

# Irene Lozano

## Si sufrir fuera sencillo

*¿Podemos elegir  
a quién amamos?*



En el año 1962, el piloto Richard Bainfield, que participó en el bombardeo de Hiroshima, llega a la base naval de Rota, huyendo de sus remordimientos. Al objeto de aliviar su sentimiento de culpa a cualquier precio, ya en EE. UU. ha cometido diversos atracos y ha entregado cheques sin fondos, pero no ha conseguido entrar en la cárcel, sino ser tomado por loco.

Movido por el deseo acuciante de ser castigado, en Rota vuelve a cometer un robo y se presenta en el cuartel de la Guardia Civil para que lo detengan. El teniente a cargo del cuartel, que quiere evitar a toda costa verse envuelto en un embrollo con los americanos, recurre a Samantha Porter para que le sirva como intérprete. Ella es una española que, siendo niña, marchó al exilio con su madre y ha regresado a Rota en busca de su padre, sin saber si estará vivo o muerto. A medida que se van conociendo, Samantha y Richard descubren que solo se tienen el uno al otro en su propósito de reconciliarse con su pasado.

La novela es una fantasía inspirada en la historia real del comandante americano Claude Eatherly, que realizó el vuelo de reconocimiento meteorológico sobre Hiroshima unas horas antes del bombardeo. Si sufrir fuera sencillo nos habla de los límites de la responsabilidad moral y la complejidad de las emociones humanas — la mayoría intraducibles—, con el amor como bálsamo capaz de curar las más profundas heridas de nuestro pasado.

Irene Lozano

---

# **Si sufrir fuera sencillo**



Título original: *Si sufrir fuera sencillo*  
Irene Lozano, 2018  
Diseño de cubierta: Bruno Barbey

---

Revisión: 1.0  
12/04/2019

*A Manu, sin condiciones.*

# Capítulo 1

«*Skaamkwaad*» (afrikaans).

«Sentimiento de culpa que estalla en enfado a causa de una reacción defensiva».

Un tábano zumbaba en la higuera. Algunas ramas habían muerto y solo eran leños cicatrizados de ceniza negra y polvo de serrín, aunque seguían flotando del tronco con un aire espectral. Por otras se precipitaba la savia hasta los cinco dedos de sus hojas, alegres como la mano de un gondolero veneciano. Entre sentarse a la sombra o tomar el sol, decidió ir a la playa cuando se imaginó desprendiéndose del albornoz azul turquesa bajo la mirada del mozo de los toldos. Sabía que a las oriundas de Rota les escandalizaba una mujer sin hijos y en bikini. Pero ella tenía el patio cuajado de higos, estaba divorciada por el rito anglicano y se divertía sofocando a Pepe con sus largas piernas brillantes de agua marina. Se secó con la mano la nuca perlada de sudor. En la atmósfera asfixiante de aquel verano, la temperatura ascendía sin cesar mientras la Unión Soviética no dejaba de mandar proyectiles a Cuba.

Echó las llaves en el cesto, sobre la toalla, y enfiló hacia el paseo de la Costilla. De pronto alguien gritó su nombre inglés:

—¡Señora Porter! —Un joven guardia civil se acercaba corriendo.

—Pare, que se acalora.

—Soy el cabo Castrejo, de la comandancia de la Guardia Civil. —Sudaba, la sahariana abrochada hasta el cuello—. Que de parte de mi teniente, a ver si puede usted acercarse por el cuartel. —Jadeaba con tanta fuerza que el torso

se le balanceaba por la inercia.

—¿Qué ocurre?

—No le sé dar razón, doña Samantha. Me dice mi teniente que es una cosa entre ustedes, que él se lo explica.

—Ahora iba a la playa... Esta tarde me acerco.

—La cosa corre prisa... Le pido disculpas, pero es la orden de mi teniente.

—De acuerdo. Lo que tarde en llegar.

—Muy agradecido.

El cabo buscó un toldo bajo el que guarecerse y Samantha dio media vuelta para deshacerse de los aparejos de playa en su casa. Le inquietó la urgencia del recado. ¿Qué ocurría para que Arenas la reclamara con tanta prisa? ¿Habría averiguado algo? ¿La habrían descubierto? ¿Tendría que dar explicaciones más comprometidas de la cuenta? Sin querer, se vio rumiando el consejo de su madre muerta —«Tú no te signifiques»— y sabiendo que en algún momento tendría que significarse. Quizá ahora. De camino al cuartel, sus cinco sentidos permanecían alerta. Al cruzar la plaza miró las incrustaciones del mar en la piedra arenisca de la iglesia de Nuestra Señora de la O: conchas y fósiles marinos atrapados en el muro, intrusos como ella.

Las persianas del cuartel estaban desenrolladas hasta abajo; las ventanas, cerradas. La semioscuridad del verano andaluz contenía el empuje de un par de grados en el interior. El teniente Arenas la esperaba de pie.

—Buenos días. No sabe cuánto me alegro de verla. Venga por aquí. ¿Cómo está?

—Intrigada con usted.

Resolvieron los formalismos del saludo por el pasillo y pasaron de largo el despacho de Arenas. Samantha dudó.

—¿Dónde vamos? ¿Tiene novedades de lo mío?

Arenas se detuvo al borde de la escalera que conducía al sótano y se dio media vuelta para urgiría con la mirada. Su rostro estaba dotado de precisión matemática. Era un cuadrado casi perfecto. En el centro, su enorme nariz, un orondo cohete espacial, quedaba varada entre dos paralelas casi perfectas: la espesa línea continua de sus cejas y la más corta del bigote, con sus púas oscuras.

—Baje conmigo, haga el favor.

Descendieron y atravesaron un pasillo iluminado por una bombilla desfallecida. La sombra de Arenas, que caminaba más ceremonioso de lo habitual, se agrandó como si lo estuvieran ascendiendo a general. Samantha quiso apreciar el frescor del sótano, que enseguida le infligió un escalofrío de miedo. Solo el repicar de sus tacones sobre la loseta le aseguraba que caminaba en línea recta, pero no pudo saber si sonaban como un coro de góspel o como bellotas maduras al caer de la encina. Un pequeño distribuidor se abría a una puerta y tres rejas, que Samantha miró en abanico, buscando a su padre. No había nadie en las celdas. Arenas se dirigió hacia la puerta cerrada del fondo y sacó un enorme llavero de sereno.

—Mire ahí dentro, se lo ruego.

Samantha no se movió. Tenía cemento en las vértebras y la respiración coagulada. Imaginó a su padre vivo y a su padre muerto, lo vio libre y lo vio preso detrás de aquella puerta, en un cuchitril húmedo, atestado de cucarachas.

—Entre, mujer, que no le va a hacer nada. Es solo un americano.

Su corazón había dejado de latir y temblaba a impulsos dramáticos. Se agarró al quicio de la puerta y Arenas la empujó para abrirla de una vez.

Un hombre tumbado boca arriba sobre un jergón irrumpió en su estático campo de visión. No era su padre ni lo había visto nunca. Respiró de alivio, pero él no se inmutó ante la irrupción de ambos. Tenía la delgadez inmóvil de los ascetas. Sus brazos reposaban tras la cabeza, sujetándose la nuca como si quisiera darse compañía con sus manos, mientras sus ojos permanecían empedrados en el techo. El pelo peinado hacia atrás dejaba ver una arruga que le hendía la frente de lado a lado, acentuando su concentración. Su boca se había estancado en un rictus de indiferencia. Estaba descalzo. Samantha vio una bota militar negra en el suelo, junto a una colilla de rubio americano y briznas de ceniza. Las tripas de lana y esparto del colchón asomaban por las partes donde habían reventado los remiendos. En el techo solo había un respirador obstruido por una tela de araña en desuso.

Arenas le agitó la pierna y bromeó como un buen anfitrión:

—Eh, americano, vuelve. Se acabó la cuarentena.

El hombre se sobresaltó y emitió un gruñido de lobezno destetado.

—*Good morning* —insistió Samantha, que había empezado a



tranquilizarse.

Él profirió algo en un inglés reticente que apenas se oyó. Retiró la vista del techo con morosidad y los miró con un destello verde, tan rápido que pareció robado o de estraperlo.

—Fíjese —terció Arenas—. Ni papa de español entiende.

Samantha comprendió entonces para qué la necesitaba: solo se trataba de traducir. Se sosegó.

—*Are you all right?*

—*Yeah, fine.*

—*What do you want?*

—*I accuse myself of killing a hundred thousand people, maybe a hundred and fifty thousand.*

Imperturbable como una buena intérprete, se giró hacia Arenas y tradujo:

—Dice que ha matado a cien mil personas.

El fino oído de Arenas había entendido perfectamente.

—¿Cómo? —exclamó con incredulidad.

—Como poco...

En ese crítico instante, los labios del teniente tensaron una sonrisa de medio lado y la ceja se le arqueó por el extremo contrario, rompiendo la geometría calma de su rostro.

—¿Qué ha matado a cien mil personas? ¡La Virgen! Pero si no debemos de ser más de unos miles aquí en Rota, qué sé yo, seis mil o siete mil. Ahora alguno más, pero...

En los años que llevaba en la comandancia de la Guardia Civil del pueblo nunca se las había visto con un homicida. Se dedicaba sobre todo a la vigilancia del contrabando de la base naval y alguna vez había perseguido pequeños hurtos. Ni siquiera había un robo en su feliz hoja de servicios. Se había metido a guardia civil por necesidad y tradición familiar, pero había conseguido vivir tranquilo sin ser un aguerrido guardián del bien. Nunca ha habido héroes miopes y su metro sesenta y ocho no daba para peripecias.

—Haga usted el favor de preguntarle algo más, a ver qué le pasa, que yo no quiero problemas con los americanos. Tengo que mandarle a otro lado...

Samantha asintió, divertida por los apuros de aquel guardia de pueblo.

—*My name is Samantha Porter, how do you do?* —Le tendió la mano,

pero no reaccionó.

Arenas dio un par de pequeños pasos hacia atrás y se escabulló susurrando:

—Se lo dejo.

Quiso salir sigiloso, pero su torpeza le hizo golpearse el talón con el tabique. En un movimiento reflejo, su rodilla se dobló y fue a clavarse en el canto de la puerta. Masculló y salió a gachas, agarrado al picaporte con una mano mientras se acariciaba la rodilla con la otra. El chirrido de la puerta acabó en un portazo que retumbó como si cediera la tapa de un féretro.

En ese momento, el americano se incorporó con la parsimonia de un cadáver perplejo. Sentado sobre el jergón, se encendió un cigarrillo con los hombros encorvados y tras exhalar la primera bocanada de humo hizo un esfuerzo por erguirse. Samantha disipó la humareda con la mano y solo entonces pudo mirarlo a la cara y sentir la fuerza de sus ojos terrestres. En sus años de crupier en el Brighton Pier había aprendido a calar al jugador de enfrente a través de los ojos, pero la mirada de aquel hombre estaba enterrada bajo dos pupilas de escarcha y no le proporcionaba información alguna. Apenas le pareció percibir un lejano aroma a trébol, que descartó como una alucinación porque nunca unos ojos le habían olido a nada.

—Soy el comandante Richard Bainfield. Es un placer, señora Porter.

—Entonces, habla usted español.

—Aprendí de niño, mi abuela era mexicana, pero hace años que no lo practico. ¿Qué día es hoy?

—6 de agosto, ¿por qué?

—A estas horas ya había regresado de Tinián.

—¿Qué es eso?

—Es un islote del Pacífico, a seis horas de vuelo de Japón. Allí tenemos la base de Northfield. Yo debí haberme hundido allí, en la fosa de las Marianas, la más profunda de la tierra. Ojalá. Habría acabado mi tortura y me habría quedado más cerca del infierno, donde merezco estar.

—No diga eso, hombre. —Hizo una pausa y se ajustó un mechón de pelo rubio tras la oreja—. ¿Qué hacía usted allí?

—Era una madrugada clara, despejada. Pensábamos que habría algunas nubes bajas, que en ningún caso hubieran impedido el bombardeo, pero ni

siquiera... El cielo estaba limpio, el sol... Vi un precioso amanecer, justo antes del Apocalipsis. No sabía que nunca habría para la humanidad otro día como los anteriores.

—No será para tanto —dijo Samantha. Aquel hombre resultaba demasiado grandilocuente para su paciencia, cortada por el patrón del pragmatismo inglés.

—¿Qué sabrá usted? ¿Qué sabe usted de qué le hablo?

—No lo sé, no, pero vaya al grano. No me pagan por hacer esto.

—¿Qué clase de traductora es usted que no sabe escuchar?

Le tocó el orgullo.

—Traductora accidental, crupier en el casino del Brighton Pier y muchas otras cosas. ¿Usted qué es, doctor en apocalipsis, plagas y trompetas?

Bainfield ya se había acostumbrado a la incomprensión que despertaba su experiencia en Hiroshima. La había experimentado con todos sus matices: a veces, teñida de condescendencia; otras, de la convicción, con una palmadita en la espalda, de que estaba loco; en ocasiones se había encontrado con recelo e incredulidad e incluso con una hostilidad temerosa como alambre de espino. Había aprendido a manejar aquellas respuestas de sus interlocutores, ya fueran policías, psiquiatras o jueces, con absoluta tranquilidad. Sin embargo, aquella irreverencia despreocupada y femenina lo sacó de sus casillas.

—¡Oiga! ¿Qué se ha creído? Usted me «*crispa*» los nervios, me crispa, como se diga... —El comandante estaba gritando, para su propia sorpresa.

—Me parece que aquí no se me ha perdido nada... —Samantha se puso en pie. Bainfield subió aún más la voz en un intento desesperado de atraer su atención.

—¿Quién es usted? *What the fuck!* Quiero un policía que me detenga. Váyase de aquí, *out! Out!*

Agitado, movía la cabeza como un pájaro con giros secos a uno y otro lado, mientras repetía «*out, out*», ensimismado. Se agarró la piel del gaznate a la altura de la nuez y, poniendo sus dedos índice y pulgar en forma de pico, comenzó a pellizcarse a espasmos nerviosos.

Samantha aprovechó su ofuscación para retroceder con lentitud hacia la puerta, sin quitarle la vista de encima. Lo último que vio antes de salir del cuchitril fue al americano derrumbarse sobre el jergón, mientras se le

arracimaban los gemidos en la boca. Subió los peldaños apresurada, atusándose su media melena rubia: el vozarrón de aquel loco la había despeinado como una ráfaga de viento polar. Irrumpió en el despacho de Arenas y le explicó, por este orden y sin tomar aire, uno, que aquel tipo estaba majareta —y al decirlo se llevó el índice a la sien para que Arenas comprendiera su énfasis—; dos, que, de no ser así, se trataba de un maleducado, aunque cabía la posibilidad de que fuera un energúmeno chalado; y tres, que en todo caso, hablaba español a la perfección.

—Así que mi misión aquí ha concluido. —Hizo el ademán de marcharse, pero el teniente Arenas la sujetó por el brazo.

—No puede usted dejarme aquí con él. No nos entendemos.

Ella se zafó del brazo y de su desesperación con un movimiento rápido.

—Le digo que sí. Solo se equivoca a veces con el léxico culto. Se entenderán ustedes sin problemas.

De pronto se oyó un golpe seco que procedía del sótano. Luego un costalazo que retumbó en el suelo del cuartel. Arenas se zambulló escaleras abajo y ella le siguió sin pensarlo. Oían cada vez con más fuerza patadas y puñetazos, contra los tabiques o el piso, o todo al mismo tiempo. Lo último que escucharon fue un estruendo craneal, de huesos redondos y densos embistiendo los cimientos del edificio.

Y todo volvió a quedar en silencio.

Encontraron a Bainfield tirado en el suelo.

—Lo único que me falta es que se me muera aquí un americano de un testarazo. Vamos, no salgo de esta...

—Tiene una brecha en la frente, pero no sangra mucho. Rápido, traiga un vaso de agua y el frasco de agua oxigenada. —Samantha se puso al cargo, en vista de que la preocupación de Arenas giraba en torno a sí mismo—. ¡Y mi bolso!

Al cabo de irnos minutos, Arenas volvió con un vaso de agua en la mano.

—Agua oxigenada no hay, esto no es la Cruz Roja.

Sacó del bolso un pañuelo de lino rematado por encajes de seda y con unos bordados de flores pálidas. Lo humedeció y se lo pasó por la frente, las sienes, las mejillas. Lo mojó por completo y le escurrió unas gotas en la cabeza, donde parecía tener la contusión. Sujetaba a Bainfield en su regazo

como una *Pietà*:

—¿No guarda hielo en alguna parte? ¡Está inconsciente!

Arenas no se molestó en contestar, se limitó a agacharse mientras ella pedía que le diera aire y le plantó en cada mejilla un cachete que restalló como un látigo: plas, plas.

Bainfield pestañeó muchas veces, como si calentara los párpados antes de abrirlos.

—¿Ve? Eso es lo que se hace —dijo Arenas satisfecho.

Una voz silbante y difusa dijo algo como:

—*Are you going to arrest me?*

—Gracias a Dios. —Arenas resopló y se persignó.

—Le ha hecho una pregunta, Arenas.

—¿Qué dice? Si es que no le entiendo.

—Que si le va a detener...

Arenas se inclinó de nuevo sobre él y mirándole fijamente, dijo:

—No-le-voy-a-a-rres-tar.

Bainfield apretó los ojos, que rabiaron una lágrima impotente.

—Sí, sí le va a detener, comandante —dijo Samantha—. Beba un poco de agua y cálmese. Al tragar, unas gotas se derramaron por la comisura de sus labios y ella las recogió con los dedos. Él giró la cabeza y miró hacia arriba, buscando la cara de Samantha.

—No se vaya.

—No me voy. —Mediante un gesto le indicó a Arenas que saliera del cuchitril.

Al cabo de unos minutos, Bainfield comenzó a sentirse restablecido.

—Quiero que me detengan. Yo maté a cien mil personas en Hiroshima.

—Tranquilo, no piense en ello ahora.

—Yo hice el vuelo de reconocimiento meteorológico sobre la ciudad. Yo di el «*go ahead*», como se dice... El ok. Poco después despegó el idiota de Tibbets, tan ansioso de matar que quiso pilotar él personalmente. Bautizó el B-29 con el nombre de su madre, *Enola Gay*, ¿lo sabía?

—No.

—Soy un criminal, tienen que detenerme... Me duele mucho la cabeza. — Cerró los ojos y se pasó las manos por el cráneo dolorido. Le sangraba la

mano derecha, le escocían las heridas de los nudillos.

—Hay que curar esas heridas.

—No, deje eso ahora.

—¿Es usted piloto entonces?

—Sí, aunque ya no he vuelto a combatir. Aquel 6 de agosto, al regresar a Tinián, me empecé a encontrar mal. Tres mil kilómetros de ida y tres mil de vuelta del infierno. Poco después empezamos a saber lo que había pasado, lo que habíamos hecho. A algunos nos habían dicho que lanzaríamos una, bomba como no había conocido la humanidad. Pero nada más. Muchos no lo sabían. Bombas atómicas contra población civil... El objetivo era un puente en una ciudad, y a esas alturas de la guerra nos parecía normal. Odiábamos a los japoneses. Ellos atacaron Pearl Harbor, y una guerra es una guerra. Pero aquello... Yo nunca pude imaginar...

—Le vendría bien reposar en silencio —interrumpió Samantha.

—Escúcheme, se lo ruego. El hongo deformó la tierra, ¿usted ha visto esas fotografías? Debajo había gente. —Bainfield guardó silencio unos instantes y volvió a pellizcarse la nuez. Ella las había visto, recordaba perfectamente la imagen en la página sábana del *Times*—. Me encerré en mi barracón y no me levanté de la litera en cuatro días, no comí ni bebí. No podía dormir. No podía hablar. Los muchachos se acercaban para reconvenirme por sentirme tan mal. Solo habíamos matado enemigos. Los médicos me dieron pastillas... En ciento cincuenta metros a la redonda desde el punto donde cayó *Little Boy* no quedó nada en pie. Nada en absoluto. Escombros mezclados con seres humanos carbonizados, evaporados, reducidos a polvo. —Samantha escuchaba perpleja, sin decir una palabra. Él continuó—: En una escalera de piedra, la bomba dejó impresa la sombra de una persona que estaba sentada. La sombra de un ser volatilizado, ¿se lo imagina?

—Me cuesta, la verdad.

—La sombra, una silueta impresa de forma permanente —musitó con la misma perplejidad de la primera vez que lo supo—. Ponga su mano ahí. —La agarró del brazo y colocó su mano a contraluz sobre la trayectoria luminosa de la bombilla—. ¿La ve ahí en la pared?

—Sí.

—Ahora, imagine que usted desaparece carbonizada, pero la sombra de su

mano queda dibujada en esa pared para siempre. ¿No es macabro? Pues eso lo hice yo. —La voz de Bainfield se rompió como si sus cuerdas vocales se granularan en guijarros. En su mente irrumpió el chófer Hakiro Mori, que conducía su coche de caballos en Hiroshima en el preciso instante en que estalló la bomba. Vio el carromato impreso sobre el puente, justo en el momento en que sacudía el látigo sobre el jamelgo, y al señor Hakiro Mori pulverizado, como parte de la sombra negra que empezó a ascender sobre Hiroshima.

—Déjelo, hace mucho ya...

—Todos estos años no. Qué calor, me asfixio, no puedo respirar.

—Calle.

—Quiero contárselo.

Samantha pensó que en inglés le sería más fácil, pero no llegó a decirlo. Él se acurrucó en el jergón y empezó a balbucir ristas de palabras en inglés. Al cabo de un rato calló y, de pronto, levantó la cabeza de nuevo hacia Samantha con extrañeza, como si no esperara verla ahí. Se incorporó con lentitud y sacó del bolsillo un puñado de billetes y monedas. Tomó la mano de Samantha y se lo entregó.

—¿Qué me da? —dijo ella.

—El dinero que le robé anoche. Me tienen que detener, pero no quiero su dinero.

—A mí no me ha robado.

—¿No? —Quedó suspenso un instante, desconcertado—. He robado a alguien, de eso me acuerdo perfectamente. Los asalté con un cuchillo, la mujer me dio el dinero que llevaba en el bolso. ¿No eran usted y su marido?

—No, estoy divorciada.

—Yo también, Margaret me dejó.

—¿Por qué atracó a esas personas?

—Para que me detengan. Soy un criminal. No puedo andar suelto.

—¿Y por qué no lo detuvieron en su país?

—Primero me homenajearon como a un héroe. Luego me encerraron con los locos.

—¿Y qué es?

—Simplemente culpable.

## Capítulo 2

«Querencia» (español).

«Inclinación afectiva hacia alguien o hacia algo; particularmente, tendencia de las personas o los animales a volver al sitio en que se han criado».

Samantha subió al despacho del teniente, que se levantó de la silla como una vela en cuanto la vio. Nadie se cuadra mejor que un guardia civil, incluso cuando lo hace sin querer. Las contraventanas estaban entornadas, casi cerradas, para oscurecer y refrescar la estancia. Sobre la mesa, Arenas dejó caer un lápiz mordisqueado, aún húmedo en el extremo. Junto a un par de hojas rayadas, con notas manuscritas, había un papel de carboncillo y un manojito de llaves. La mesa auxiliar estaba vacía y la Hispano-Olivetti martilleaba en una sala cercana. Samantha dedujo que solo disponían de una máquina de escribir para todo el cuartel.

—¿Qué? Dígame. Estoy deshecho.

—Tiene usted un problema, Arenas. —Dejó el puñado de dinero sobre el escritorio.

Él apartó las monedas para agarrar el billete de diez dólares. Se giró hacia el resquicio de la ventana para examinarlo al trasluz. La primera vez que había visto uno fue en un club de alterne, unos meses después de la llegada de los primeros contingentes de militares americanos a la base. Nunca antes había sujetado uno en sus manos. Escudriñó con primor sus hilos, las fibras; recorrió las marcas de agua con la yema de los dedos; palpó su textura de lino y algodón, las membranas, los relieves y los rostros ocultos. Aquel billete era



un ecosistema. Estaba lleno de éxito.

—Es el botín —dijo Samantha, sacándolo del éxtasis—. Dice que anoche atracó a unos paseantes. Que entrega el dinero, pero quiere que lo detenga usted, que lo espose y lo meta en una celda.

Se giró hacia Samantha y con cuidado dejó de nuevo el billete en la mesa.

—Ah, claro. El matrimonio que vino anoche. Les había asaltado un tipo al que no entendían, pero les sacó una navaja y le dieron todo. La Virgen, qué lío... Pero eran españoles, y aquí hay dólares mezclados con pesetas.

—Serán de él. Está bastante desorientado y habrá sacado todo el dinero de su bolsillo sin fijarse.

—¿Cómo iba yo a pensar que el ratero era un militar americano?

—Es piloto de combate. Se llama Richard Bainfield.

—¡Piloto de combate, Virgen Santísima! —Se secó el sudor de la frente y siguió frotándosela un rato, cabizbajo. Paseaba de un lado a otro del despacho, apenas tres o cuatro metros, sin dejar de cavilar—. Ya sé lo que vamos a hacer. Que no se lo tome a la tremenda, un mal día lo tiene cualquiera. Bebería de más y...

—No, no es eso.

—Y una cosa así, pues tampoco es tan grave. Su contrición está clara y el propósito de enmienda también. Nosotros devolvemos el dinero a los damnificados, con una compensación en dólares y ya está arreglado. —Sonrió satisfecho de su audacia—. ¿Qué detener ni detener? Que se vuelva a la base y se olvide. Dígale que se marche tranquilo, que esto lo arreglo yo. Hala, baje.

—No lo va a hacer. Quiere que lo detengan.

—De eso nada.

—Está empeñado. No va usted a creer lo que ese hombre me ha contado... Participó en el bombardeo de Hiroshima.

—¿Y qué tengo yo que ver con Hiroshima?

—Se ve como un criminal y quiere ir a prisión. Por eso el atraco, para que lo encarcelen.

—¿Y viene aquí, a la Guardia Civil de Rota, a que arregle yo lo de Hiroshima? Pues éramos pocos...

—Ya, ya.

—Ese hombre no rige.

—Muy bien no debe de andar.

—Menudo follón con los americanos. Se me va a presentar aquí un escuadrón de la Sexta Flota y a ver qué hago yo. —Se llevó las manos escandalizadas a la cabeza—. En toda la historia de la Benemérita, nunca un hombre se ha visto en un apuro como este. Ni el duque de Ahumada.

—No puedo ayudarle más, Arenas. Habla español perfecto, ya le he dicho. Cuanto más sabía del comandante, menos entendía.

—Le ruego que no cuente nada de esto, Samantha. Ni miaja mientras lo soluciono.

—Seré discreta, como usted con lo mío. ¿Ha sabido algo?

Arenas se desabotonó el cuello de la camisa. Hacía un rato que se había quitado la sahariana, pero seguía sudando. Carraspeó.

—Sin novedad.

—¿Ha hecho algo?

—Estoy en ello —zanjó Arenas con aire ministerial.

Seis meses antes, Samantha había llegado a España desde Londres en busca de su padre, desaparecido durante la guerra, y de su propio pasado. Se había dirigido a Rota con la intención de entrar en contacto con un tal brigada Arenas del que su madre le había hablado en un par de ocasiones antes de morir. Era un viejo amigo de su padre; en su día estuvieron unidos por ese inquebrantable respeto que se profesan los hombres íntegros entre sí, según le explicó. Al día siguiente de llegar a Rota, se presentó en el cuartel de la Guardia Civil y descubrió que aquel hombre ya no vivía. Se lo dijo el cabo de guardia, con un gesto huidizo, casi desdeñoso, y algunas evasivas a sus preguntas. Solo después de insistir, logró averiguar que su hijo era teniente en esa misma comandancia y el cabo ya no pudo hacer nada para evitar que Samantha lo conociera. Arenas se ofreció a ayudarla cuando ella le contó casi la verdad sobre su padre. Si no se la relató toda, fue porque nunca la había sabido, aunque obvió ese hecho. El sentimiento de abandono la acomplexaba.

—Siéntese —dijo Arenas. Le indicó la silla de madera carcomida. Al otro lado del escritorio, se aposentó en su butaca curul—. Le dije que no olvidaría su caso y no lo he hecho.

—Me dijo que no denunciara para no meterme en complicaciones y le obedecí. Pero de eso hace seis meses.

—Qué calor hace aquí, la Virgen. —Arenas resopló. Encendió el ventilador de contrabando y volvió a sentarse en su trayectoria. Las aspas empezaron a batir el aire denso y el sudor se licuó en su nuca hasta evaporarse. Emitió un suspiro de alivio—. ¿Lo ha visto? Es una maravilla. Los traen de Texas, que debe de ser un desierto como esto.

—Arenas, ¿qué haría su padre si viviera? Mi madre me contó lo de sus simpatías..., eso, políticas.

—No se confunda. Él fue de los de Alcalá del Valle. No se alzó, pero no era un rojo, era un brigada de la Guardia Civil, un brigada leal cuando la lealtad se castigaba en vez de premiarse. Su padre era otra cosa, por lo que yo sé. —Bajó la voz—. Más político. Pero buena persona, sin duda. Y buen maestro, él enseñó a mi padre a leer en uno de esos viajes... ¿cómo los llamaban?

—Giras de alfabetización.

—Eso. Mi padre nunca lo olvidó. Me decía que Rafael Portero era más importante para él que Colón, porque Colón solo había descubierto América y él le había descubierto el mundo entero enseñándole a leer.

—Hágalo por ese mundo...

—Pero no se metía en política, estemos claros.

—Arenas, le bastaría con pedir información a algún compañero de San Fernando para que tiráramos del hilo del hospital...

—No es fácil... Uf, qué gusto. —Alargó el cuello en dirección al ventilador y las hebras de su rala cabellera revolotearon en el aire.

—Será más fácil para usted que para mí, ¿no? —Alzó la voz dos tonos, tratando de atraer su atención.

Arenas volvió a la conversación contrariado.

—¿Usted sabe por qué mataron a mi padre?

—No me había dicho que lo mataron.

—Porque de esas cosas no se habla aquí, ¿no lo entiende? No hablamos de todo aquello. Vivimos y punto.

—¿Por qué lo mataron?

—Pues porque no pudo evitar que quemaran la iglesia de Vejer. Ardió mientras él protegía al cura para que no lo mataran los rojos. Y eso les pareció peligroso, que salvara al padre Antonio en vez de la iglesia. Pum, pum, dos

tiros y fuera.

—Dios mío.

—Yo estoy en el cuerpo porque el padre Antonio habló por mí a no sé quién. Entré con diecisiete años y gracias a eso pudimos comer en la posguerra. Mi madre freía las mondas de patatas, pero al menos comía toda la familia. Los que quedamos... He salido adelante luchando mucho, pero no soy uno de los suyos y lo sé. Estoy de prestado. Hace más de veinte años que terminó la guerra y aquí hemos empezado a levantar cabeza cuando llegaron los americanos, ¿sabe? Y de eso hace muy poquito, seis, siete años. No quiero recordar y usted me obliga.

—Parece que tenga yo la culpa de la guerra...

—La Virgen, qué carácter.

—Escúcheme usted ahora. Mi madre y yo empezamos a tirar para delante allí en Inglaterra, después de vivir otra guerra, y durante muchos años todo parecía ir bien, pero ¿sabe qué? Si sales a flote sin tu padre, el lastre acaba tirando de ti hacia el fondo y tienes que volver atrás para recuperar el pecio. Si no, te hundes con él. Tienes que regresar, rebuscar esa carga enterrada sin cruz o no enterrada, y echártela a la espalda. La vida no te deja desprenderte sin querer. Lo cargas, y si puedes seguir andando con ello auestas, con el tiempo lo superas, pero tirarlo sin más no funciona.

—Parece usted una literata.

—Yo no sé nada de mi padre desde que me llevaron al exilio con diez años. Usted al menos...

—Shhh, hable bajo, mujer. —La mera mención de la palabra «exilio» lo sumió en el nerviosismo. Se asomó por la rendija de la ventana y luego al pasillo, para cerciorarse de que nadie los hubiera escuchado por descuido.

—Tampoco sé qué le ocurrió después —prosiguió—. No sé nada. Por eso vine hasta aquí desde Inglaterra, no para fastidiarle a usted con los recuerdos.

—Ahora se pone brava porque me ha hecho un favor con el americano loco. Pasa usted rápido la factura al cobro.

—Tiene gracia que acabe yo ayudando a un guardia civil.

—Yo la ayudo a usted cada día encubriendo su identidad.

El golpe chasqueó directo en su mejilla. Arenas le acababa de recordar el poder que le confería ser el depositario de su secreto. Lo encajó con

elegancia. Para templar el ambiente, se dio el tiempo de reclinarse en la silla y apoyarse en el respaldo. Sintió en la espalda el pinchazo de un clavo desquiciado y, tras un rápido respingo, se acomodó al fin.

—Por supuesto, y le estoy muy agradecida.

—¿Cree que nadie curioseará? ¿Que no me han preguntado? ¿Que no he mentado diciendo que es usted Samantha Porter y no Amanda Portero?

El sonido de su verdadero nombre le atravesó el tímpano como una daga. Para los vecinos era una inglesa sofisticada, trabajadora y formal, quizá libre en exceso, aunque ser extranjero en Rota concedía un plus de libertad intrínseco. En realidad, era hija de un maestro sedicioso, al que trataba de encontrar sin que se supiera de su relación con él. Era una española sin partida de bautismo y si todo esto se supiera, de forma instantánea quedaría cancelada la tolerancia hacia ella. Los vecinos le aplicarían los parámetros locales y la policía franquista, los métodos siniestros que quizá habían practicado ya con su padre. O tal vez no.

—Usted sabe lo difícil que es mi situación. —La voz de Samantha se tornó dulce, casi lastimera. Era el tono que le convenía—. Y yo no tengo ninguna duda de que hace lo que puede.

—Deme algo de tiempo. —Hizo una mueca de condescendencia—. A ver a quién puedo tocar en el hospital.

—De acuerdo. Me voy, entonces. Bajaré a despedirme del piloto.

Apenas Samantha salió del despacho, Arenas dirigió la vista al dinero sobre la mesa. Hendió los ojos en el billete de diez dólares y, de pronto, su brazo se abalanzó sobre él como un camaleón precipita la lengua en su presa, con tanta rapidez que, incluso si alguien lo hubiera estado mirando, dudaría de haberlo visto. Se lo guardó como si degustara un saltamontes. Ahora el éxito rebosaba en su bolsillo.

Cuando ella entró en el cuchitril, encontró a Bainfield tumbado en el jergón, rumiando otro de sus recuerdos no vividos, pero asumidos como su culpa más íntima. El maestro de escuela Masaru Iwabashi caminaba sonado, con el rostro hinchado y las cuencas de los ojos negras de vacío. Estaba cubierto de sangre y pus, sin ver ya la nube de cenizas polvorienta que crepusculaba Hiroshima. Cayó al suelo junto a una viga de hierro retorcida, lo único que quedó en pie de su escuela, y allí murió, solo entre miles.

—Me voy, comandante.

Bainfield se incorporó de súbito, sorprendido. La miró y quedó inundado por sus ojos. Le brotaban como un acuífero silvestre. Manaban agua límpida en el iris, mordisqueado por un círculo de fuego y un arrastre de musgo vivo. Ni los años de crupier en el Brighton Pier habían espesado aquella mirada termal.

Metió la mano bajo el colchón de lana y extrajo un sobre lleno de cartas.

—Por favor, guárdeme estos papeles. —Lo dijo al tiempo que los depositaba en sus brazos, sin darle ocasión de rechazarlos—. Si me detienen, mejor que no los lleve encima.

—¿Por qué confía en mí si le hago perder los estribos?

—Porque no tengo otra opción. —Era verdad, pero era mentira al mismo tiempo.

Samantha intuyó que aquel hombre le iba a traer complicaciones.

## Capítulo 3

«*Iktsuarpok*». (inuit).

«Sentimiento de impaciencia y expectación que nos hace asomarnos a la ventana continuamente cuando esperamos la llegada de alguien».

Al entrar en casa, se sintió repelida por un fuerte olor a podrido. La dorada se había echado a perder: las barras de hielo se habían derretido, porque había olvidado reponerlas, una vez más. No se acostumbraba a vivir sin frigorífico. Mientras se desabrochaba las sandalias y contenía el ímpetu de una arcada, pensó que se haría con una nevera americana en cuanto pudiera, en cuanto alguna familia de la base organizara una Yard Sale. Uno de los pequeños privilegios de trabajar con los americanos consistía en acceder a aquellos mercadillos familiares que organizaban en el jardín de sus casas para poner sus objetos a la venta cuando iban a regresar a su país. Desprenderse de todo aquello que no querían transportar les permitía obtener algún dinero. Para los españoles que trabajaban en la base, la Yard Sale constituía la única puerta de entrada al sueño americano y sus pertenencias, pues les estaba vedado el acceso al Nex, el gran centro comercial de la base, y el contrabando se prevenía con una pareja de guardias civiles apostada en cada acceso. El único tráfico legal de objetos tenía lugar en los jardines del *housing* y Samantha había recurrido a él en numerosas ocasiones. Su casera, doña Eulalia, le alquiló la casa familiar que tenía cerrada a un módico precio, por recomendación de Arenas, pero se negó en redondo a llevarse los muebles a los que Samantha había puesto objeciones por ser demasiado viejos o

anticuados. «Los puede aprovechar —sentenció Eulalia—, están buenos».

«Aprovechar» era un verbo odioso para ella. Su pasado le pesaba por sí solo como para cargar con el de doña Eulalia. Estaba decidida a desaprovechar los muebles rotos y sellar las grietas de la tapia del patio. Arrinconó todos los cachivaches viejos en un cuarto sobrante de su casa, que ese día quedó convertido en trastero: allí quedaron arrumbados el carcomido aparador de color marrón levítico; las cortinas lacias cuyos remiendos entristecían el ventanal del salón; el sofá agusanado, con sus tapetes zurcidos y amarillentos; una lámpara de araña excesiva y mugrienta. No quería recuerdos vicarios ni objetos sin sangre. Había vuelto a España para averiguar el paradero de su padre y eso significaba iniciar una nueva vida, aunque tuviera un tránsito obligado por el pasado. Poco a poco fue adquiriendo en sucesivas Yard Sales objetos modernos de los que rodearse. Cuando se marcharon los Clayton les compró dos hamacas de playa de madera, enteladas con listas azules y blancas, que parecían de estreno al colocarlas en el patio. A los Hayes les compró un armario ropero, una vidriera Sterling que colocó en el zaguán y un espejo sol que puso en el baño, sobre el lavabo. En el jardín de los Wright adquirió un aparador estilizado y ligero, barnizado en alegre viraró, además de un secador de pelo y un tocadiscos Philips, donde escuchar la docena de vinilos que pudo salvar de su divorcio. A los Morrison les compró un escritorio con gavetero y fabulosos tiradores de bronce. Lo puso en el otro cuarto, que se convirtió en su despacho. Cuando colocó sobre el escritorio su máquina de escribir, la Smith-Corona silenciosa de color hueso y teclas verdes que trajo de Londres en su maletín negro, le pareció un lugar acogedor para su soledad de traductora. También de los Morrison adquirió un pequeño sofá *art decó* de color hueso, suficiente para ella sola, y un par de estereras de fibra de coco que dispuso a ambos lados de su cama, para no pisar el suelo frío de loseta al levantarse. El día que adquirió una mesa redonda puesta en venta por los Miller, pudo por fin arrinconar en el trastero la mesa camilla que le había dejado doña Eulalia, con las faldas zurcidas y los flecos ralos. En torno a ella dejó tres sillas sin magulladuras y reemplazó la cuarta por una tapizada en azul tejano, rompedora, que consiguió en el jardín de la señora Lewis, junto con un juego de manicura intacto y una lamparita de plástico amarillo, con forma de hongo, para su mesilla de noche. En el tiempo



que llevaba en Rota, ninguna familia había vendido una nevera, pero conservaba la esperanza de conseguirla pronto, para nunca más soportar el olor del pescado putrefacto.

Cogió un periódico atrasado de la estantería para agarrar la dorada sin rozar sus escamas gelatinosas y hediondas. Otra arcada le arañó la garganta como un arado. A pesar del ímpetu, pudo envolver el pescado purulento con rapidez y arrojarlo a la basura. Le confortó saber que el malestar en el estómago tenía una causa física. Con frecuencia simplemente la retorció por dentro, urgiéndola a que no esperara más. Ahora aguardaba cosas concretas: una nevera y una línea telefónica, pero desde los diez años su vida había sido una sala de espera, de la que ella no quería marcharse, pues su padre podía irrumpir en cualquier momento. Al morir su madre y divorciarse de Alan, se dio cuenta de que nada la anclaba al puerto de Londres y decidió volver a España en busca de su padre, pero ¿por qué? ¿Por qué si él nunca fue a su encuentro? ¿Por qué, si no dio señales de vida ni de muerte? A veces deseaba que hubiera fallecido en lugar de dejarle la carga de una orfandad incierta y el peso de aprender a amar por su cuenta, como aprendió a leer sin él.

Sacó al patio los restos del pescado podrido y fue a lavarse las manos. Las frotó largamente, se cepilló las uñas con mucho tiento para no arañar el esmalte rojo. Después se perfumó con las últimas gotas del agua de rosas de Harrods. Había dejado la puerta del patio abierta para renovar el espeso aroma *post mortem* del cadáver de dorada. Comenzó a abanicarse. Una llamarada de calor invadía la casa, el oxígeno del aire se espesaba, irrespirable, y recordó Hiroshima. Extendió la mano a contraluz, vio su sombra sobre la pared blanca y evocó la trágica huella del espectro. La apartó con violencia antes de que ardiera. Se había rodeado de objetos coloridos, había abrigado las aristas de la plata y, aun así, no conseguía que sus palpitations se oyeran por encima de las sombras.

Se asomó a la ventana de su cuarto, a través del cristal. Quiso imaginar a su padre apareciendo en ese momento allí, en Rota, en el cruce de la angosta calle Ruiz de Alda, pero no logró verlo. Oía sus pasos tranquilos sobre el empedrado, veía su maletín de maestro adusto, pero no su gesto distante, como un sacerdote que conoce los terribles secretos del sacrificio de las almas. Ya solo recordaba la fotografía de su cara, tan descolorida en la imagen como en

su propia memoria. Muchas veces le había parecido verlo llegar al apartamento de Anerley Street, y también a Drury Lane. Incluso en la casa de West Park Drive, donde se asomaba desde la cocina, pues su cuarto daba al jardín trasero. Esa expectación apostada en las ventanas de todas las casas se había codificado en su cuerpo: los brazos cruzados con paciencia, la mirada de pastor, larga y difusa, para abarcar más terreno con menos foco, al objeto de detectar cualquier movimiento, por nimio que fuera, siempre a través del cristal. Esperar había llegado a convertirse en no esperar nada. Sin embargo, desde que llegó a España, su padre se había hecho más plausible y lo sentía con la misma textura con que percibió a Sherlock Holmes, cuando siendo una adolescente su madre la llevó a visitar Baker Street. Había percibido su presencia en la mecedora de su casa-museo, lo había olido en los restos de su pipa y su jeringuilla de cocaína. Solo faltaba que él cobrara cuerpo. Entonces le pidió a su madre que se quedaran un poco más, hasta que apareciera Sherlock. Ella la reprendió: «Es un personaje de ficción, Amanda, ¿estás tonta o qué?». Su padre había adquirido esa intensidad etérea de los personajes ficticios y ella se sentía igualmente difusa. Era de nuevo una intrusa en su país.

Alargó la vista hacia el fondo de la calle. Las macetas con los geranios y las gitanillas en flor salpicaban de rosa y verde los muros encalados. Las casas podían tener humedades en las tripas, pero las fachadas refulgían aunque no hubiera más que cal para blanquear. A última hora de la tarde, Samantha decidió ir al mercado para comprarle a Francisco algo de carne y disfrutar de un rato de conversación banal. Luego adobaría el lomo con albahaca, tomillo y tedio.

Callejeando hasta llegar a Veracruz, pasó delante de las casas hondas que tanto llamaban su atención. Se trataba de casas de vecinos a las que se accedía por un estrecho zaguán, el mínimo para dar paso a un patio compartido con un pozo en el centro. Cada familia vivía en una habitación y hacían uso común de la cocina y las letrinas. Aunque la entrada en funcionamiento de la base había facilitado que el agua corriente llegara a la mayoría de las casas del pueblo, aún quedaban muchas que se abastecían de su propio pozo, al que recurrían también para llenar el abrevadero de los animales. Casi nunca faltaba un pequeño establo con un burro o un mulo, cuyos olores se mezclaban con la ropa recién lavada de los niños y las rosas reventonas del patio.

El día que llegó, con exceso de cautela y un contenido manierismo inglés en los gestos, se dio cuenta de que Rota constituía el lugar perfecto para una forastera. Siempre debía explicar quién era, pero lo hacía con tiento y precisión, como se camina por un desfiladero. Se reconocía en el desconocimiento de todos con todos, de las pieles blancas, las rojas y las mestizas; de aquellas frases *started in English* y acabadas en español; se veía en las mejillas sonrosadas de las niñas que habían dejado una vida a medias en cualquier Missouri. Por encima de todo, se identificaba con los roteños que habían llegado a desarraigarse sin moverse del sitio, mientras sentían perplejos el corrimiento de tierras bajo sus pies. Alojarse y desalojarse, abrir y cerrar, derruir y construir a borbotones: el cambio perpetuo era la rutina. Muchos habían dejado lo que tenían entre manos cuando irrumpió el primer camión Mack y no lo habían vuelto a coger. Quien no había visto su tierra expropiada se había ido de colono a El Bercial, o había aprendido un oficio durante la construcción de la base y sabía decir *blowtorch*, pero no «soplete». Muchas mujeres se habían convertido en administrativas, otras en putas, y junto a las que vinieron de El Puerto, de Jerez, de Sevilla, eran conocidas como «las mujeres que agradan». Además del dinero de la expropiación, muchos mayetos habían recibido animales, vacas españolas o suizas, yeguas morunas. Los americanos pagaron el terremoto.

Admiraba a los roteños. Un buen día los lanzaron en un cohete a la velocidad del sonido. Ellos se abrocharon el cinturón con calma y dijeron: pues vamos a ver qué es eso del espacio. Al llegar, se atusaron el pelo, vieron a un negro y probaron la *pizza capricciosa*. Les pareció exquisita.

—No todo ha sido fácil, doña Samantha, no crea. —Francisco exponía ese día una hermosa pieza de falda y otra de morcillo sobre el mostrador de mármol. Había conseguido un ventilador de contrabando, y donde el aire no alcanzaba para espantar a las moscas, las sacudía con un trapo. Al final del día las barría con los restos de sebo.

—Usted vende mucha carne para las hamburgueserías, no me diga que no.

—Me harto, sí. Yo no tengo queja, pero las mejores tierras de cultivo eran las de la base. —Afilaba el cuchillo con la piedra con preciosismo, como si esculpiera una hoja azulada.

—Debe de quedar poca gente en el campo, ¿no? Además, si me lo ha

contado usted, que muchos campesinos vivían en chozas.

—Pocos, pero algún mayeto queda todavía. Para ellos dejar su terruño atrás es como abandonar a sus abuelos. Algunos prefieren ver a sus parientes al sol y no la torre de control o la del agua —soltó una risotada—, con esos cuadros rojos y blancos, de lejos parece esto Arkansas o por ahí...

—A mí me lo pareció cuando llegué... Ahora ya me he acostumbrado, como todos.

—Eso, como todos. Porque muchos tienen alguna cosilla en la base, el que no trabaja hace chapuzas, y con la construcción ganaron mucho. Se hacían turnos de veinticuatro horas, aquí, que solo sabíamos salir a trabajar con el sol y recogerlos al oscurecer. Había tajo hasta los domingos por la mañana. Algunos decían que era pecado...

Samantha sonrió de medio lado.

—El padre Juan se queja mucho, ¿no?

—Hay cosas que solo sabe él. Ha casado ya a algunas roteñas con americanos deprisa y corriendo.

—Dame un poco de morcillo de ahí, anda.

—Faltaría más. —El carnicero cortaba la pieza sin dejar de hablar—. Pero hubo gente que no pudo, no vaya a creer. El pobre don Celedino, que recibió un buen pellizco y unas buenas tierras, pues un día... —hizo el gesto de una soga en su cuello y bajó la voz— ahorcado que apareció. ¿Por qué? Vaya usted a saber. No pudo y ya está. Ustedes los forasteros no se dan cuenta del cambio.

—Nosotros somos el cambio. Si no fuera por la base, aquí estaríais cuatro gatos cociéndoos en vuestra sopa de calabaza. Todos vinimos a lo mismo, buscando trabajo —mintió una vez más, perfeccionando su papel, en el que cada día se sentía más cómoda y representaba más redondo, más perfecto. Hasta para ella cobraba verosimilitud su personaje.

—Yo sé lo que me digo. Que yo he visto lo de antes y usted no, doña Samantha.

—Aquí ahora hay gente de todas partes, eso está bien.

—Algunos vieron el mar por primera vez al llegar aquí. Todo ha venido de lejos, hasta el cemento, que lo trajeron de Israel.

—Anda, y el chino que hace los trajes.

—Ese hace trajes y lo que no sabemos. Rota ya no nos pertenece...

—Mejor, Francisco. La miseria que sea de otro.

—El cambio ha sido muy grande.

—Yo en Londres ya tenía frigorífico —se sonrió.

—Claro, usted es una bachillera, doña Samantha, para mí casi más que la alcaldesa.

Ella soltó una carcajada.

—No, no. Lo mío son las letras, pero no me llame bachillera.

—Pues si no le gusta, no se dice y no se hable más. Yo no me meto en dibujos, pero sí le digo que cuando se pone usted pantalones, ¿sabe qué dicen aquí las señoras? Que yo las oigo, doña Samantha, que yo sé más que el confesor.

—Pues eso es mucho.

—Dicen que usted tendría que mandar, que nos iría mejor. Y como siempre está ahí en los actos con los *lieutenant* esos y el alcalde...

—Los intérpretes estamos ahí, pero somos invisibles.

—Usted ha estudiado y eso se nota, mujer. En su casa se hablaba de algo más que de calabazas.

Apretó los labios. En todas las conversaciones llegaba un punto en que callaba, mentía o daba esquinazo.

—Mire a ver, hombre, que me está cortando muy grueso ese filete.

Se tenía vetado a sí misma mencionar a su familia. Solo Arenas sabía quién era su padre y a ratos se arrepentía de habérselo revelado. Nunca traspasaba esa línea para evitar caer en contradicciones y no acabar delatándose a sí misma. Sin embargo, el halo de misterio que la envolvía empezaba a despertar curiosidad teñida de recelo.

—Lo único que a muchas les gustaría saber más de usted —dijo Francisco. Que doña Aurora había preguntado si había estado casada seguro, que la veía muy normal para ser divorciada. Que doña Soledad se extrañaba de que pasara los días de descanso sola en su casa. Que doña Remedios apostaba por que algo tendría por ahí, alguna distracción masculina. Que doña Dolores la veía muy guapa y decidida y estaba deseando que se sentara un día en la calle a charlar con los vecinos como hacían todos. Que doña Milagros no sabía a dónde íbamos a llegar con eso del bikini y que una mujer no necesitaba ser tan

marisabidilla, le bastaba con llevar bien su casa. Para culminar la curiosidad de todos, el carnicero preguntó con una afirmación—: Se la ve a usted muy sola, doña Samantha, y eso sí da un poco de penilla.

Esbozó la sonrisa más amplia de que fue capaz, para que a Francisco no le quedara ninguna duda de su tranquilidad.

—Por eso no se preocupen, yo estoy muy feliz así.

Se despidió y cruzó el patio porticado camino de la puerta de salida. Empezaban ya a recoger los puestos de pescado, de pan, de legumbres, de flores, de hortalizas, y cuando llegó a su casa eran las ocho de la tarde. Cerró la cancela con llave y se asomó por última vez a la ventana. Otro día entero abandonada, sin ver llegar a nadie. ¿Cuántos le esperaban por delante?

## Capítulo 4

«*Fika*». (sueco).

«Pausa tradicional en el trabajo para tomar un café y conversar con los colegas de asuntos ajenos a las tareas profesionales».

Nada más despertarse, dos minutos antes de que sonara el reloj, el comandante Bainfield vio con sus ojos sufrientes a la mecanógrafa Juna Hichiko, que acababa de comenzar su jornada diaria. Eran las ocho y cuarto de la mañana y, en ese momento, *Little Boy* relampagueaba sobre Hiroshima. La oficinista estaba copiando un informe y sintió un leve picor en el antebrazo. Dejó de teclear para rascarse. A continuación, quedó envuelta en llamas y se fundió a más de cuatro mil grados centígrados de temperatura.

De golpe, el cuerpo del comandante se incorporó con un pavor agarrotado, como de ultratumba. Hasta sus oídos rodaba a tumbos el lamento: «Esa chica, esa chica, esa chica...». Dejó de jadear y cogió el vaso de agua de la mesilla. Apuró hasta la última gota y respiró de nuevo. Se levantó para ir al baño. Ya no veía sangre en su orina y se sintió reconstituido, a pesar de los recurrentes pensamientos invasivos del infierno. Sobre la mesilla vio la postal enviada por sus hijos desde Nueva Orleans. La fotografía mostraba la soleada calle San Luis, en el barrio francés, y el primer plano de una alegre balconada en un chaflán; coches de caballos y mecánicos circulaban mezclados. «Te queremos, papá», escribían con su caligrafía inocente y premiosa. Los había perdido, pero eran ya las ocho menos cuarto de la mañana y tenía maniobras. Su larga osamenta felina se puso en pie sigilosa. Se duchó y se sacudió el agua. Sin

secarse, se vistió con el mono azul de volar. Hacía ya un calor bochornoso y al dirigirse hacia el hangar con sus pasos mullidos, las gotas de humedad refrescaban su piel cuando se allanaban con la brisa matutina.

Allí se encontró con sus hombres, dispuestos en círculo, de pie. El jefe de escuadrilla, comandante Cameron, comenzó su *briefing*:

—Señor, están presentes el suboficial sonarista Davidson, el suboficial radarista Chandler, el cabo mecánico York, el cabo electrónico Higgins y el oficial Tacco Cameron.

Richard Bainfield miró uno a uno a los hombres dispuestos a volar con él ese día en el flamante P-3 Orion que acababa de sustituir al Grumman Albatross.

—Nuestra misión hoy consistirá en un escuadrón de reconocimiento antisubmarino. Llevaremos a cabo una patrulla en el Mediterráneo occidental. Dos submarinos rusos salieron hace unos días por el estrecho de los Dardanelos. Los tenían localizados desde la base de Sigonella, pero han perdido el rastro, así que hemos de encontrarlo de nuevo. Hace unas dos horas los submarinos se han sumergido y han apagado los diésel, así que os necesito muy despiertos. Chandler, si ese ballenato sale a respirar, quiero ser el primero en saberlo. Y tú, Davidson, si se mantiene bajo el agua, quiero saber exactamente por dónde se mueve. Ahora, preparaos, salimos en diez minutos.

Todos asintieron. Estaban listos. El P-3 se encontraba tras ellos, revisado por los mecánicos y cargado de combustible hasta el gollete.

—La patrulla antisubmarina durará unas cuatro horas y estaremos de vuelta para la hora de comer. No tendremos que realizar ningún aterrizaje fuera de la base, hoy puede usted quedarse en tierra, cabo York.

—De acuerdo, señor.

—¿Alguna pregunta? —No las había y el comandante Cameron prosiguió, recordándoles el momento crítico en que se encontraban—: Los rusos están transportando misiles a Cuba, a tan solo noventa millas de América. Nuestro trabajo de vigilancia es siempre importante pero en estos momentos resulta crucial, muchachos. Queremos que los rusos sientan nuestro aliento en el cogote, ¿está claro? Que sepan que si amenazan América, lo van a sentir aquí y en cualquier parte del mundo donde haya soldados americanos.

El cabo York levantó la mano dirigiéndose a Bainfield:



—Señor, tengo una pregunta.

—Dígame, cabo.

—¿Es verdad que han llamado a filas a ciento cincuenta mil reservistas?

—Eso parece. Los rusos tienen ya numerosos hombres en Cuba, técnicos sobre todo. Nuestro presidente y comandante en jefe está al mando de la situación. No bajéis la guardia.

Se pusieron los cascos, embarcaron en el avión y comenzaron a ajustar los dispositivos para despegar. Bainfield terminó de subirse la cremallera del mono antes de tomar los mandos del avión y esperó unos segundos. Ya sabía que se le aparecería una visión, de forma ritual: el cielo despejado de Hiroshima, el resplandor sobre la ciudad como un inmenso *flash* cegador y luego la noche en las ruinas, bajo turbias nubes de cenizas, humo y polvo.

Sobrevolaban el Mediterráneo en silencio. Solo de vez en cuando Bainfield hacía un comentario sin importancia que recibía un sí por respuesta. Aquellos malditos submarinos parecían haberse esfumado, seguramente estaban protegidos por la capa térmica. Pero no les quedaría mucho tiempo antes de tener que emerger de nuevo a la superficie y entonces serían suyos.

—Vamos, Chandler, déjate los ojos en la pantalla, no quiero perder ese trozo de hierro. Y tú, Davidson, permanece atento, si se sumerge quiero una sonoboya cada cinco millas para mantener el seguimiento. Cameron, por favor, encárgate de coordinarlo, en unos minutos tendréis los peces a la vista a través de vuestras ventanillas.

A pesar de que Chandler confirmaba la consistencia del eco radar, Bainfield volaba con la vista clavada en la superficie azul del mar. Cabía la posibilidad de que se hubiera tratado de una señal espuria, un cachalote, gaviotas o cualquier otra cosa, pero poco después recibieron la localización precisa de los dos submarinos, que iban muy cerca uno del otro.

—¡Son nuestros, chicos! —Los tenían localizados. Eran dos viejos submarinos de la clase Leninets, la generación más moderna del último modelo convencional soviético.

Habían acertado a la primera y, en vista de que no se sumergían, mantuvieron su rastro en superficie hasta la embocadura oriental del estrecho de Gibraltar. Menos de una hora después, Bainfield hizo el *handover* a la base de Tazacorte, las orejas del Atlántico, donde se encargarían de seguir

vigilándolos hasta su destino. Entonces emprendieron regreso a Rota con la satisfacción de haber cumplido la misión encomendada. Por el circuito interior de comunicaciones agradeció el esfuerzo a sus hombres y los emplazó a una cerveza bien fría en el Windjammer a la primera ocasión. El aterrizaje en el aeropuerto de la base fue suave, apenas soplaba una ligera brisa de poniente.

—Buen trabajo, chicos —dijo Bainfield una vez parados los motores.

Se encaminó hacia el edificio de oficiales. Le habían dado aviso de que el capitán de navío Kirkpatrick, el máximo mando americano de la base, quería hablar con él en cuanto terminara la misión. Se imaginaba el porqué.

Llamó con los nudillos a la puerta del capitán.

—Señor, me ha mandado llamar.

—Bainfield, siéntese. ¿Cómo ha ido la patrulla?

—Bien, señor. Sin novedad. Hemos detectado dos submarinos y los hemos seguido hasta pasar la señal a Tzacorte.

Kirkpatrick se pasó la palma de la mano por la cabeza. Estaba calvo e incómodo.

—Bainfield, comprendemos que toda esta tensión con los rusos seguramente le haya hecho recaer. El riesgo de una guerra nuclear es algo que no puede dejar indiferente a alguien con su historial, pero lamento decirle que su... acto impropio de hace unos días va a tener consecuencias, no las que usted buscaba. Lo hemos salvado, y nos hemos salvado, de un grave problema con los españoles, pero no podemos arriesgarnos a que vuelva a ocurrir.

—Lo sé, señor.

—Al mismo tiempo, queremos ayudarle, somos conscientes de su condición y...

—No estoy enfermo, ya lo sabe. Solo he querido ser declarado culpable. En efecto, la situación actual me preocupa... me altera quizá más que a otros. Pero no estoy enfermo. El doctor Underwood se lo volverá a decir.

—En efecto, Underwood le hará mañana un nuevo diagnóstico. Mi decisión es que entretanto deje usted de patrullar.

Bainfield aceptó sin inmutarse. Asumía las consecuencias de sus actos. Y esta no era de las peores.

—Muy bien. ¿Dará parte a Washington?

—Aún no lo sé. En el Pentágono ahora no leen más que despachos sobre

los rusos y Cuba. No están para minucias. Le informaré en su debido momento.

—Sí, señor.

Se dirigía hacia la puerta cuando Kirkpatrick dijo:

—Por cierto, los chicos registraron su casa esta mañana. Nada especial, algo rutinario.

—¿Cómo? —Se contuvo. No quería complicar aún más su situación y los papeles importantes ya no estaban en su casa—. Llevo aquí un año y no he cometido ningún error. No he oído nunca que hagan registros rutinarios en las viviendas.

—No nos pone fácil confiar en usted, Bainfield. Ese es el problema.

—Es mutuo, señor. —Salió sin dar un portazo y se dirigió hacia la hamburguesería.

Samantha entregó su pase en el puesto de control al infante de marina de guardia, que llevaba en la muñeca un viejo Omega de oro. Sin dejar de ponerlo en hora y darle cuerda, comprobaba la documentación de Samantha. Ella se miraba en la ventanilla de la garita, fruncía los labios de carmín intenso y se los humedecía con la lengua. Se pellizó con suavidad las mejillas para sonrosarlas y recordó a su padre diciendo: «Rojo es salud».

Se adentró en la base cuando el infante de marina le franqueó el paso para quedarse mirando sus piernas largas y sinuosas que pedían paciencia. Con su manera lánguida de caminar parecía que sus caderas de gelatina se fugaran muslo abajo con cada paso y volvieran a subir en un bucle sin fin. Era casi mediodía y la pradera interminable del campo de golf verdeaba con su orden y su brillo hasta precipitarse hacia el acantilado. Al otro lado de la valla de seguridad distinguió a un grupo de chicos acuclillados, casi reptando entre los matorrales. Uno de ellos se levantó de pronto y gritó: «¡Tengo una!». Ufano, mostró a sus amigos el pequeño trofeo redondo, blanco y exótico. Sonrió. Luego, delante de la iglesia, destriparían la bola de golf para mostrarles a las niñas lo que tenían en su interior. Dentro de la base los coches circulaban despacio, el ambiente era apacible hasta que aterrizó una patrulla aérea, cuyas estelas de acero se disolvieron en el aire embarullándolo. Se preguntó si el comandante Bainfield estaría pilotando.

Llegó hasta el edificio de mando, una construcción de dos alturas, con soportales, fachada de color vainilla y rematada por teja árabe. Rodeado de palmeras, pinares y jardines floreados sobre grama, cubierto por un cielo azul resplandeciente, no parecía un complejo militar, sino turístico, salvo por la leyenda inscrita sobre azulejos en los que se podía leer: «Commander U.S. Naval Activities Spain».

Llegó hasta el despacho del teniente Moore, que hablaba por teléfono con la puerta abierta. Moore compartía despacho con otros mandos encargados de cuestiones logísticas y administrativas, y era mucho más que cordial. Cuando la vio comenzó a hacer aspavientos exagerados con el brazo que tenía desocupado, indicándole que entrara. Sobre su mesa, Samantha vio una carpeta de color hueso con el marchamo de «*Classified*» impreso en letras azules. Sobre ella, un pisapapeles con forma de tortuga, de color gris claro. Pasó el dedo sobre la pezuña descascarillada de la tortuga instintivamente, mientras se preguntaba qué documentos contendría. Le habían atraído todos los secretos siempre, hasta que se había encontrado viviendo en uno peligrosamente, como le ocurría ahora.

En la pared colgaban dos grandes mapas: uno de la base y otro del sur de Europa, en el que destacaban con chinchetas de colores los emplazamientos militares americanos: Aviano, Lakenheath, Ramstein... Cuando por fin colgó el teléfono, el teniente la saludó con alegría: «*Good afternoon for you, Samantha. Glad to see you around*». Moore encarnaba el entusiasmo de los mandos americanos destinados en Rota: buen clima, buena comida, playas de ensueño. ¿Acaso había un lugar mejor dónde combatir en una guerra fría?

Samantha le entregó la traducción de un folleto sobre las características técnicas de una grúa. Le había costado más esfuerzo de lo normal, debido a la jerga técnica, y así se lo explicó al teniente. Se había tratado de un encargo excepcional, pues normalmente lo relativo a la maquinaria pesada venía ya traducido de las oficinas de la Navy en Madrid. Sin embargo, Moore le explicó que en las semanas siguientes tendría bastante trabajo de asuntos bilaterales, protocolarios, municipales, los habituales de Samantha. Llevaba unos meses trabajando para ellos y había conquistado su confianza. No resultaba fácil encontrar traductores de inglés meticulosos y cumplidores como ella. La jerga del folleto le había supuesto un reto y les había vuelto a

demostrar que podía sacarlos de cualquier aprieto. El teniente ponderó con la cortesía habitual las ventajas que suponía para ellos tener a una inglesa nativa como traductora y prometió a Samantha que trasladaría a sus superiores la petición de un aumento en su tarifa en los siguientes encargos. Se despidieron con un apretón de manos.

Le gustaban los hombres de uniforme. No los hombres conjuntos que parecen un solo hombre, sino el hombre individual, uno solo y concreto, de uniforme. Le atraía, aunque el atuendo militar eliminaba mucha información personal, de ahí que hubiera desarrollado una habilidad especial cuando se dirigía a ellos, una manera de centrar su atención en los gestos, el rostro, la ceja que se arqueaba o deprimía sobre el párpado, la profundidad de los ojos, las idas y venidas de las manos..., todo aquello que le proporcionaba datos inteligibles, al contrario que el metal de la pechera. Supo con certeza que el teniente gestionaría su aumento de sueldo y se marchó contenta.

Al pasar por delante de la hamburguesería, el olor a carne a la parrilla le hizo reparar en que estaba hambrienta. Un grupo de soldados americanos conversaban en la puerta al tiempo que mordían sus hamburguesas chorreantes de ketchup y mayonesa. Aún faltaba un buen rato para la hora de comer española, pero ella había desayunado muy temprano. Pensó que almorzaría allí, así no se tendría que preocupar más que de echarse la siesta cuando llegara a casa.

Un hombre recostado sobre la pared, casi adherido a ella como una lagartija, buscando la sombra bajo el conciso techado de cañizo, la miraba fijamente. Tiró la colilla que tenía entre los dedos y se irguió para llamar su atención. Samantha reconoció de pronto al comandante Bainfield en uniforme, con su pantalón y su camisa *beige* de manga corta. Le impresionó su buena planta. Solo lo recordaba tumbado del día que se conocieron en el cuartel de la Guardia Civil.

—¡Hombre! —Frenó en seco—. ¿Cómo está, comandante?

Él se quitó la gorra y la saludó con una inclinación de cabeza versallesca. La invitó a acercarse con un gesto de la mano.

—Bien, acabo de terminar mi patrulla.

—Siempre le veo a la sombra. —Sonrió. Bainfield captó el juego de palabras.

—No me gusta hablar de eso. —Señaló a su alrededor y susurró—: Ellos no saben.

—Disculpe, yo ya me iba. —Se sintió violenta.

Bainfield le agarró la mano para retenerla y la soltó al instante, sorprendido él mismo de su familiaridad. Lejos de ofenderse, Samantha recordó por un momento los sábados por la tarde de su adolescencia en Londres, cuando se encontraba con sus amigos españoles, hijos de exiliados. Abrazarse, tocarse, era el modo en que sus cuerpos recordaban el país perdido, la cultura pulverizada: un gesto de resistencia frente a la contención sentimental que imponían los modales ingleses.

—No he conseguido que me encierren —Bainfield bajó aún más la voz—, solo que me prohíban patrullar. Hoy he hecho mi último vuelo, parece. Tengo que pensar una estrategia.

—Está decidido a convertirse en un delincuente, por lo que veo.

—Usted también cree que estoy loco, ¿no?

—Loco no sé, pero... —Se vio a sí misma hurgando con cuidado en su léxico para elegir palabras que no lo hirieran y cambió de tercio—: ¿Qué son esos papeles que me dio?

—¿No los ha mirado?

—No.

—Parece que acerté con usted. ¿Me concede eso, al menos? Un buen criterio que un loco, en fin, no tendría.

—Me dijo que no tenía otra opción.

—Pero me di cuenta con rapidez de que debía ponerlos a salvo y aproveché la oportunidad de encontrarme con usted: una isla desierta que puede ser peligrosa, pero significa la supervivencia para un naufrago.

—¿Tan solo se siente?

Bainfield se quedó pensativo unos instantes.

—Tengo a Underwood, él es un gran apoyo y, además, mi médico.

El radarista Davidson se le acercó y Bainfield se interrumpió. Sus hombres iban a comer allí, pero él prefería proseguir la conversación con Samantha. Le dijo que fueran sin él.

—Kirkpatrick me acaba de contar que han registrado mi casa, fijese si he acertado.

—¿Por qué lo han hecho? ¿Tienen derecho?

—Básicamente, sí. Es por el incidente de la otra noche... No sé qué me pasó. No debí hacerlo, pero estaba fuera de mí, como en los peores tiempos. Ahora me quieren medicar otra vez, para aplacarme..., destruirme.

La curiosidad la tentaba, pero temía seguir conociendo a aquel hombre que la interesaba cada vez más.

—Oiga, yo solo he venido a entregar mi traducción y ya me voy...

—Permítame que la invito a una hamburguesa, ¿quiere?

—Se dice «invite», en subjuntivo.

—Eso del subjuntivo es muy complicado... —Le puso la mano en la espalda, a la altura de la cintura, y ella se sintió conducida con tal suavidad que no puso ninguna objeción, ni tuvo ganas de explicar que el subjuntivo expresa duda, posibilidad o deseo.

## Capítulo 5

«Sobremesa» (español).

«Conversación animada después de la comida que disfrutaban los comensales sin levantarse de la mesa».

Cuando les llegó su turno frente al mostrador, una camarera se dirigió a ellos en inglés de La Línea. Samantha respondió en español sin dejar de mirar a su alrededor. Era la primera vez que entraba allí: uniformes de camuflaje comiendo perritos calientes, adolescentes de Ohio bebiendo Sprite mientras mojaban las patatas fritas en mayonesa, hamburguesas grandes, hamburguesas pequeñas, hamburguesas medianas. Una madre americana regañaba a su hijo por derramar la Coca-Cola.

—Los de Dallas estamos mejor educados —bromeó Bainfield.

Señaló una mesa vacía en el rincón y se sentaron.

—¿Y qué dice el médico de que no le permitan patrullar?

—No puede pronunciarse y no tiene más remedio que acatar órdenes, pero Underwood sabe que no estoy trastornado.

A esas alturas, a Bainfield le importaba mucho la opinión de Samantha. Más que la de Kirkpatrick. La opinión pública americana lo había tomado por loco unos años antes, sin que le molestara gran cosa. Pero de repente, su interés por aquella mujer le estimulaba para contarle su historia, explicarle quién era realmente, consciente de las pobres credenciales que había mostrado el día que se conocieron.

—Underwood nunca creyó que yo sufriera fatiga de combate. Al principio,



tal vez, cuando yo estaba desconectado de mis sentidos, como si hubieran apagado el botón del mundo, y era un pedazo de carne triturada en una litera. Pero la fatiga de combate es otra cosa, es que el ruido de explosiones, el tableteo de ametralladoras, los tiroteos te persigan a todas horas. Tuve amigos en el frente europeo a los que ese ronroneo de la guerra acompañó toda la vida, y las imágenes de sus amigos muertos con un agujero de veinte centímetros en el estómago. Yo no viví nada de eso. Nunca estuve en la primera línea del frente y aquel día hice un vuelo tranquilo, plácido. Lo imagino con un vals de fondo y resulta hasta hermoso. Pero yo condené a Hiroshima.

—No es justo que se culpe, usted no tomó la decisión.

—Yo di el «*go ahead*». Recuerdo el mensaje literal que envié a Tinián: «Capa de nubes de menos de tres décimas en todas las latitudes. Consejo: bombardear principal». Principal era la ciudad-objetivo: Hiroshima. En concreto, el puente en forma de T sobre el río.

Bainfield se sumió en un silencio absoluto. Vio el hospital Shima convertido en una pila de escombros y, a mil quinientos metros del centro del impacto, a la pequeña Satsuki llorando. Preguntaba a su madre por qué se había hecho de noche por la mañana temprano. Una nube de cenizas y humo cubrió la ciudad. Un cuerpo humano carbonizado pasó ante ellas, no tenía boca ni ojos. No tenía piel. Satsuki hundió su cabecita en el vientre de su madre.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Samantha.

—Sí, sí, a veces me agarra como una fiebre de imágenes, recuerdos de cosas que no he visto, aunque sé reales.

—Fatiga de combate es locura, ¿no?

—No. Antes lo llamaban neurosis de guerra. Suena peor. Usted es de las que piensa que cualquiera que acude a la consulta del psiquiatra es un loco, ¿no?

—Quizá. En su caso, no lo sé.

—Merezco odio y castigo, simplemente.

Samantha lo miraba de soslayo, sin decir nada. No entendía qué había en la cabeza de aquel hombre y eso hacía aumentar su atractivo, aunque ella nunca lo hubiera reconocido. Necesitaba comprenderlo con precisión y, para lograrlo, se interesaba por él cada vez más. Se esforzaba por esconder sus

emociones, arte en el que se consideraba una maestra, pero él veía su alma, intrigada y temerosa, contradictoria.

—Yo he estado con locos de verdad, en el hospital de veteranos de Waco, ¿le suena?

—No.

—Mejor. Los soldados allí no tienen heridas físicas, sino en el lugar que resulta más inaccesible para un soldado: el alma. En el Ejército, quien tiene problemas psicológicos es un débil. Si carece de fortaleza para soportar el combate, no debió alistarse. Punto. Los hombres allí sufren el doble, su alma se ha hecho jirones hasta que no han soportado más. Algunos llegaban directamente desde las vías del tren, porque tuvieron la lucidez de ir al médico un minuto antes de tirarse. Otros no. La Segunda Guerra Mundial dejó miles, cientos de miles de hombres dañados psicológicamente. Dentro del complejo de Waco hay un lugar, el pabellón diez, cuya sola mención aterroriza a los pacientes. Allí están los hombres que no saben ni su nombre, que solo pronuncian frases inconexas...

—Pero, usted... ¿estuvo allí? ¿En ese manicomio?

—Sí. —Calló, impresionada—. Cuando no sabían qué hacer conmigo me ingresaban en Waco y, cuando empecé a resultar demasiado amenazador, me metieron en el pabellón diez. Aquello es el infierno. La mayor degradación de un ser humano es perder la cabeza. Tenía un compañero, uno que se sentaba a mi lado en el desayuno, que estaba siempre ido. No sé cómo se llamaba. Él tampoco. Paseaba sin rumbo por los pasillos. De repente, se tiraba al suelo y empezaba a rodar, en silencio. Otro se levantaba a medianoche y comenzaba a soltar un sermón. Nadie les hacía caso. Los médicos no se sorprendían con nada y estaban desbordados. A lo sumo, subían la dosis de tranquilizantes. Los hombres vestían camisones sucios y empapados, se hacían todo encima sin darse cuenta. Les atendían cuando podían, cuando tenían un rato libre entre una inyección, un *electroshock* y el atar a un paciente a la cama.

—¿Por qué lo metieron allí?

—Debieron de pensar que me volverían loco mezclándome con ellos. El pabellón diez era espacioso, pero siempre cerrado con llave. El patio al aire libre estaba rodeado de alambre de espino y las ventanas enrejadas. No nos dejaban movernos. Si me ponía a redactar una carta, un vigilante se paraba

detrás de mí para mirar por encima de mi hombro lo que escribía. No me dejaban ir a misa. Hasta nos daban unas navajas especiales de seguridad para afeitarnos sin que pudiéramos cortarnos las venas. Aquellos hombres estaban deshumanizados de tanto dolor como habían visto, muerte y más muerte en dosis insoportables. Me propuse no dejarme impresionar por todo lo que veía. Llegué a perder la sensibilidad humana...

—Dios mío.

—Todo mi empeño era mantener la cordura, porque ellos querían enloquecerme. El personal médico no estaba preparado para hacer frente a todo aquello. Solo sabían sedar, no sabían cómo gestionar aquellas heridas extensas, a cielo abierto, como minas de las que se pudiera extraer eternamente la materia prima del sufrimiento humano. Había otro que se ponía a destruir el jardín y, cuando dejaba todo despedazado, yo veía los fragmentos de él mismo esparcidos por el suelo. Los médicos actuaban como si aquello pudiera volver a unirse y formar un hombre. Otro gritaba que su peor enemigo era él y empezaba a golpearse a sí mismo. Una vez se lanzó de cabeza contra la pared y cayó desmayado del golpe...

Samantha recordó el cabezazo de Bainfield en el calabozo.

—Nadie escucha a los locos, pero si los escucharan, sabrían lo que solo ellos saben. Oyen esas voces tentadoras en el fondo de su cabeza, diciéndoles que se aparten del mundo... Esas voces... a menudo dan ganas de oírlas. Yo las escuché alguna vez.

—¿Usted oía voces?

—Es una forma de hablar —la quiso tranquilizar.

—Pero se le ha pasado, ¿no?

—Eso parece, aunque no quiero tentar a la suerte. No me encuentro muy bien estos días. No es comparable a lo de entonces, pero he recaído, como usted sabe.

—¿Y qué hacía usted allí si no estaba loco?

—Querían quebrarme, que pareciera un loco para contar a la opinión pública que yo había perdido la cabeza. Querían quitarme mi credibilidad porque mi mensaje a la sociedad americana era muy poderoso.

—¿Qué mensaje?

—Cuando me di cuenta de que necesitaba que me consideraran culpable,

cometí un delito, un pequeño robo sin importancia, asalté una gasolinera en Memphis y me llevé el dinero de la caja, pero lo dejé allí mismo al salir, metido en una bolsa junto a uno de los surtidores. Me detuvieron, pero me soltaron enseguida, mi caso se fue haciendo más y más popular. El Estado Mayor me había proclamado héroe y yo reivindicaba mi culpabilidad.

Samantha estaba demudada. Solo había dado un mordisco a su hamburguesa y se agarraba a ella con ambas manos.

—Coma, que se le va a enfriar... —Bainfield rio, y ella no comprendió cómo podía narrar aquella pesadilla y reír entre medias—. Comprendo que no me crea, estoy acostumbrado. Ni siquiera le exigiré que me pida disculpas cuando salga de su error.

—La verdad, me cuesta creer que lo mantuvieran allí encerrado si no estaba loco.

—Algo tenían que hacer conmigo, era un delincuente... Y mientras estaba encerrado, distintos médicos me diagnosticaban unas cosas u otras, lo que más conviniera al Pentágono.

—El Pentágono vs. Bainfield.

—No necesito que me crea. —Estaba mintiendo, pero Samantha no lo percibió. Dio un largo trago a su Coca-Cola y sintió que las burbujas chispeantes en su garganta quitaban carga de intensidad a la situación—. O sí, mire, en realidad, sí lo necesito. Mi último ingreso en Waco, que duró más de dos años, concluyó cuando me dejaron salir porque un juez dictaminó que era plenamente consciente y responsable de mis actos, que solo tenía un acusado sentido de culpa. Ellos me impusieron como condición que me marchara del país. Lo acepté sin problema. En Texas me sentía tan solo que mi aislamiento no podría empeorar en el extranjero. Once años entrando y saliendo de ese infierno habían destruido todas mis relaciones. Mis hermanos ya no querían verme. Mi madre había muerto, mi padre era un anciano. No podía ni visitar a mis tres hijos y no quería complicar la vida a mis amigos, que ya habían hecho bastante para sacarme de allí. Estuve algunas semanas viviendo en un motel de carretera, completamente solo.

—¿Por qué vino a Rota?

—Tengo un buen amigo en Europa. Además, Rota es la más pequeña de las islas Marianas. Me pareció que todo encajaba de forma simbólica. Aquí

podría expiar mi culpa y poner en marcha el plan B.

—¿Cuál es?

—Dedicarme al activismo antinuclear. Encontraré detalles en las cartas mías que está custodiando.

—¿Cartas a quién?

—A Günther Hebbes, un filósofo austríaco. Él es casi el único que me ha comprendido, un auténtico amigo. La última me llegó apenas dos días antes de conocerla a usted. Léala.

—¿Qué dice? Cuéntemelo y déjese de intrigas.

—Están muy activos y... —Richard se interrumpió de golpe. Se acercaba un grupo de soldados. Pasaron junto a él, llamándole «señor», y él agradeció sus respetos con una mirada de autoridad y calidez. Observaron con curiosidad a Samantha y se sentaron en la mesa contigua. Eran media docena de jóvenes, no tendrían más de veinticinco años, todos blancos menos uno. Reían alegres.

—No han conocido el frente, no saben nada de Waco ni de Normandía. Ni de mí... Aquí solo lo sabe Kirkpatrick y los médicos. —Acercó su cabeza a Samantha para hablar en voz baja. El perfume de su pelo lo embriagó, olía a miel y pepitas de higo. Se esforzó por proseguir—: Günther está muy involucrado en el movimiento antinuclear. Estas últimas semanas están muy activos todos, se mueven por días, lo de Cuba pone al mundo frente a la idea de una guerra nuclear inminente. Podría significar la aniquilación de la humanidad.

—¿Y qué va a hacer usted? Pero si tiene ahí los galones y las estrellas...

—Están organizando un gran acto y quiero participar. Naturalmente, no me lo permitirán.

—¿Entonces?

—Entonces tengo que pensar cómo salir de aquí.

—¿Escapar? ¿Quiere decir desertar? Está loco, ahora sí que no tengo dudas.

Seguían llegando comensales y sentándose en torno de ellos. Bainfield prefirió zanjar la historia.

—Lea esa carta y deme una idea mejor.

Uno de los soldados de la mesa contigua los miró con intención y susurró

un comentario a sus compañeros, que arracimaron las cabezas y aguzaron el oído. Estaba claro que murmuraban sobre ellos.

—Espero que no se interprete mal que comamos juntos aquí —dijo Samantha.

—No, usted viene por trabajo y almuerza conmigo en un sitio público. Ningún problema. Al contrario, hacía años que no comía con una mujer y, pese a todo, es agradable.

—¿Pese a ser yo tan antipática?

—Pese a que usted no cuenta nada de sí misma. ¿Quién es? ¿Qué esconde?

—¿Esconderme? —Samantha se puso en guardia—. En absoluto. Le contaré lo que quiera.

—Demos un paseo.

Al levantarse se rozaron los brazos. Le turbó su piel luminosa a contraluz, bajo un vestido verde esmeralda sin mangas. Sus hombros al aire salieron andando pimpantes, como sendos toboganes alegres por los que él quiso deslizarse, en picado.

## Capítulo 6

«*Viraha*». (hindi).

«Descubrir el amor que sientes por alguien al separarte de él».

El sol trituraba las formas. A lo lejos, el depósito del agua se acható y sus contornos se desdibujaron como el vaso de vino de un borracho. La torre de control del aeropuerto había dejado de avizorar y se disolvía en vapor de calima. Solo el cuerpo rotundo de Samantha permanecía íntegro a ojos de Bainfield, que se quiso rezagar para contemplar su sólida silueta. Sin embargo, ella siempre había sentido sus contornos difusos, los de su cuerpo y los de su alma, compuesta de fragmentos que se unían indecisos, esperando el momento de romperse. Fatigaba sus pasos, aún más lánguidos por el calor. Su cuerpo era una dádiva en repliegue, una entrega morosa. Arrancaba con ímpetu en su cintura, se convertía en una explosión provisional a la altura de sus caderas y se sostenía en el canon clásico de sus piernas con garbo.

De pronto ella se giró y el pecho de Bainfield quiso henchirse para ser digno, pero el aire se había espesado tanto que apenas pudo inhalar lo justo para seguir respirando. Quería tocarla, olería, saborearla. Quería treparla de abajo arriba y esto le hizo sentirse desconcertado. Se enfrentaba a la tarea de conocer, no un cuerpo nuevo, el de ella, sino también uno ya conocido, el suyo propio. Sus sentidos salían del letargo con ademanes de jaguar.

Encauzó el deseo para llevarlo al terreno del interés, una sublimación que sin duda resultaría más civilizada para Samantha. Sus ojos eran en ese momento para él todos los ojos del mundo: los de Eva, los del juicio final y

todos los diminutos del entreacto. Deseaba saber todo sobre ella, escuchar la historia que retenía. ¿Quién es usted? ¿Qué es usted? ¿Trabaja para nosotros? ¿Cuánto tiempo lleva en Rota? ¿Cómo llegó aquí? ¿Por qué? Es inglesa, ¿no? No, ese cuerpo no era inglés. ¿Cómo vive? ¿Qué come? ¿Qué bebe? ¿De qué lado duerme?

Ella eludió la tromba de preguntas personales con habilidad para no verse obligada a mentir y contestó con el aspecto más banal de su vida, algo a lo que se sentía legitimada por la preocupación y el asco de la comida podrida:

—Pues soy una mujer desesperada por conseguir una nevera. El otro día se me pudrió el pescado. No me acostumbro a conservarlo con barras de hielo y, además, con este calor, es imposible.

—Ah, eso puede ser fácil de arreglar. Venga, vayamos por aquí.

En cuanto encaminaron sus pasos hacia la zona residencial de la base, Samantha dejó caer más preguntas para que él siguiera relatando su peripecia, lo que hizo de forma obediente. Le contó que, al acabar la guerra, tanto él como su mujer, Margaret, solo deseaban llevar una vida normal. Apenas se habían visto un par de semanas en siete años de matrimonio. Él albergaba la esperanza de que volver a casa fuera como despertar de una pesadilla y dejar atrás Hiroshima como un mal recuerdo.

—Fui un niño feliz en una familia feliz del condado de Grayson, cerca de Dallas.

Samantha envidió la seguridad de saberse amado y jugar al fútbol.

Bainfield relató su alistamiento en las Fuerzas Armadas, su vocación de piloto y su afición al *poker*.

—El *poker* es un juego de psicólogos y estadísticos, ¿sabía usted eso?

—Recuerde que he sido crupier. —Sonrió dándose importancia y pensó que únicamente sabía enorgullecerse de su pasado canalla.

—Yo quería volver a casa para jugar al *poker* y sonreír de nuevo.

El comandante siguió hablando un buen rato. Le contó cómo empezó a trabajar en una petrolera, en la que le ascendieron al cabo de un año, nombrándole director de ventas como premio a su diligencia en el trabajo. Se matriculó en derecho, en horario nocturno, y se fue sacando la carrera poco a poco. Tuvo tres hijos con Margaret.

—Era guapísima. Todo era perfecto, todo hubiera podido ser perfecto.



Su deseo de llevar una vida normal pareció cumplirse durante los primeros años, aunque él percibía que no era el mismo. Un temblor interno le acechaba. No lo percibía nadie más que él, pero resonaba. Al principio parecía una tormenta lejana y, poco a poco, fue cobrando un arraigo terrestre, barruntando un terremoto que iba a producirse dentro de él. Empezó a sentir miedo. Había algo acechante en su interior, no le pertenecía y amenazaba con estallar en cualquier momento.

A él se le había presentado en forma de pesadillas, con los rostros de niñas de Hiroshima pulverizados o fundidos por el calor. Se despertaba y se veía empapado en sangre, como si él mismo estuviera bajo la bomba. Se veía en el epicentro de un relámpago de calor sobre el cielo de Hiroshima. Luego despertaba y la sangre era sudor, chorros de sudor que manaban de su cuerpo como un manantial atormentado e irrefrenable. Después vino el insomnio, las pastillas, el alcohol...

—La neurosis de guerra aparece cuando menos la esperas. Veía pilas de escombros y muertos y solo aliviaba el dolor bebiendo.

Margaret se fue alejando de él poco a poco. Le tenía miedo y así se lo contaría al juez tiempo después: le quería, pero no podía seguir viviendo con él. Por la noche saltaba de la cama con el rostro desfigurado, entre aullidos: «Soltadla, soltadla». No descansaba por la noche y acumulaba mal humor por el día. Gritaba, gruñía. El dolor se encarnizaba con él.

—¿Y le dejó? —preguntó Samantha.

Bainfield afirmó con la cabeza. Contó que sus días se sucedían en la soledad más absoluta. Miraba al Richard de entonces y lo veía con una grulla negra al hombro, una grulla maciza, con su plumaje de resina compacta, pesada, hundiéndole en el subsuelo, de día y de noche. En aquella época, dormir bien era para él dormir cuatro horas. Llegó a convencerse de que nunca más volvería a dormir una noche completa ni dejaría de vivir los días entre sombras. La caja de somníferos sobre la mesilla resultaba muy tentadora. La primera vez que intentó suicidarse habían transcurrido cinco años desde el fin de la guerra.

Samantha se sentía confundida por aquella narración sin pudor. Estaba claro que no quería ocultar los aspectos más escabrosos de su vida y de su personalidad. Pero se acababan de conocer y su educación inglesa quedaba

abrumada ante tanta intimidad. Le resultaba honesto en exceso.

—¿Por qué me cuenta esto? Es muy íntimo y apenas nos conocemos.

Bainfield se sintió desnudo por error.

—No es tan íntimo. Toda América estuvo al tanto de mi vida durante algún tiempo —dijo desdeñoso. Se lamentaba de la importancia que irnos minutos antes había dado a esa mujer lejana y fría, se lamentaba de haberse sentido atraído por ella, cuando estaba claro que ella era incapaz de sentir.

—No le caigo bien, ¿verdad?

—Es usted arrogante. No soporto a la gente arrogante. Pero la disculpo porque veo que se defiende de algo, no sé bien de qué.

—No soy arrogante —se defendió ella.

—Sí, lo es. Vive aquí, entre el pueblo y la base, y piensa que los del pueblo son demasiado incultos y los de la base demasiado militares para estar a su altura. Se atribuye usted una sensibilidad exquisita, pero solo quiere oír hablar de sentimientos en las novelas. Los de la gente real, como yo, la ponen muy nerviosa. —Había querido zaherirla y lo había conseguido.

—Sí que me pinta usted mal... —Samantha no supo qué pensar. Tenía razón, pero no se explicaba cómo había llegado a saber todo eso de ella si apenas había hablado.

—Pinte usted otra cosa si puede...

—Usted no me conoce.

—Pero es cierto lo que le digo, ¿sí o no? Usted admira a los poetas. Punto. Los sentimientos, en el papel. Bah.

—Admiro mucho a los roteños, su capacidad de adaptarse al cambio que acarrea tenerlos a ustedes aquí, en fin...

—Al mismo tiempo, admito que es honesta. No quiere hablar más de usted para no mentir.

—Todavía le quedan cosas por contarme.

—Todo es dar vueltas a lo mismo. ¿Qué quiere que le cuente? Me sentía enterrado en vida. La culpa es como una lápida del cementerio, pero en vez de llevar tu nombre lleva el de tus víctimas. Cien mil sepulcros caían sobre mi cabeza cuando abría los ojos cada mañana. Eso era yo.

Samantha se dejó estremecer por la compasión.

—Pero usted no era el responsable.

—Sí, no el único, pero lo era. Lo sigo siendo, aunque ya lo voy encajando en mi vida. Entonces pensaba que era yo en realidad quien había muerto en la guerra y el diablo me estaba haciendo creer que estaba vivo para que penara mis culpas; que todos los autores de aquel crimen estábamos ya en el infierno, pero él nos hacía vagar por la tierra como castigo.

—¿Usted cree en el demonio?

—Lo llamo creer en Dios, pero sí, una cosa lleva a la otra.

—Ya.

—En realidad, dejé de creer, aunque tampoco soy ateo. No lo sé.

Bainfield siguió explicando cómo los médicos lo habían atiborrado a pastillas por pura impotencia. No sabían cómo extraer de la memoria una carga como la suya. Simplemente lo medicaban, le sedaban el alma hasta amortiguarla para que cayera en sigilo.

—No saben nada realmente. No sabemos nada del alma humana. Para ellos era fácil verme como un loco: los demás miembros de la misión estaban bien. Alguno va por ahí diciendo que no ha perdido una noche de sueño en su vida. A los que estaban mal los escondieron, como a mí.

—Pero ya es usted normal, ¿no?

—¿Normal? ¿Qué quiere decir normal? Eso solo se dice de quien no conoces. Schopenhauer decía que, visto de cerca, nadie es normal. Usted tampoco, aunque no se deje ver de cerca.

A Samantha le asombró aquella cita de Schopenhauer, pero reprimió el comentario para no verse censurada de nuevo por arrogante. Volvió a la conversación sobre electrodomésticos grandes y pequeños, sobre lo fructíferas que le resultaban las Yard Sales y sobre las variedades de pescado local. Estaban llegando al *housing*, la zona de viviendas de la base.

—Veamos si hay alguna Yard Sale anunciada por aquí —dijo él.

—No sé si es buena idea que paseemos juntos por esta zona.

—No está prohibido para los españoles, tranquila.

—¡No soy española! —Samantha no pudo contener un grito, y lo lamentó en el mismo momento de proferirlo.

—Perdone —susurró Bainfield. La agarró del brazo para intensificar su disculpa y la suavidad de su piel le hizo olvidar la arrogancia y el pescado podrido—. No pretendía ofenderla.

—No, no me ofende... Qué tontería. A veces, cualquiera puede parecer un loco, ¿verdad? —Se sentía abochornada, pero, sobre todo, sabía que se había delatado, que aquella reacción desmesurada habría hecho sospechar a un hombre como Richard. Sabía demasiado de la condición humana como para pasar por alto un indicio tan ostensible.

Él se detuvo a la altura del 806 de la calle Jaén. De pronto, parecía estar seguro de que no habría ninguna Yard Sale anunciada en ese momento, porque había ido derecho hasta llegar allí.

—¿No íbamos a dar una vuelta por el *housing*? —Samantha desconfiaba con facilidad y, en ese momento, se censuraba a sí misma por haberse dado el capricho, un segundo antes, de confiar en aquel hombre sin tener motivo. O, para ser precisos, teniendo motivos para no hacerlo: al fin y al cabo, acababa de conocer a Richard y todo lo que sabía de él apuntaba a que era un loco. ¿Qué hacía en la puerta de su casa? Había creído que lo estaba despistando para no hablar de sí misma y ahora resultaba que era él quien la había engatusado para llevarla a su casa. Se sintió idiota.

—No es necesario, no hay ninguna Yard Sale.

—¿Qué quiere de mí? —Estaba inquieta.

El comandante no respondió. Se limitó a abrir la puerta de su casa y la mantuvo sujeta, invitándola a entrar con una sonrisa. Samantha receló aún más y durante irnos segundos que duraron varios siglos, ella miró al suelo y luego hacia el mar, que la cegó con intensos destellos, como si todos los peces plateados asomaran sus lomos al sol. Después lo miró a él y reparó en que el empedrado de sus ojos se había pulverizado. Ahora tenían la textura granulada de las dunas y un color verde y miel semejante a un oasis. No supo si quedarse o echar a correr. Un perro salió de la casa moviendo el rabo, dejando tras él ondas de jovialidad que se disolvían en el aire. Rozó su lomo con la pierna de Richard.

—Este es Platón, quería enseñárselo, los ingleses aman a los perros, ¿no?

Era un labrador de color chocolate idéntico al de sus vecinos de West Park Drive, que ella deseó tener toda su adolescencia. Jadeaba. Se acercó sin dejar de agitar su cola de nutria hasta abalanzarse sobre ella apoyado en sus patas traseras. Samantha lo acarició y no sintió el calor de su pelaje, sino la humedad de su lengua, que lamía su mano con cordialidad:

—*Hi, Plato! How are you doing?* —Le habló en inglés, como hablaba a Orwell, y él pareció entenderla. Se alejó unos metros hacia el jardín, encontró un palo roído entre los setos de boj y la aspidistra. Lo agarró con la mandíbula y se lo entregó a Samantha. Ella se lo lanzó cerca: ya estaba jadeando y pensó que correr envuelto en aquel pelaje podía sofocarlo demasiado—. ¿Por qué Platón? No le pega tener un perro que se llame Platón...

—Su arrogancia, ¿ve?

Se quedó en suspenso unos instantes, airada y avergonzada a la vez, sin saber cómo defenderse, o si debía siquiera contrarrestar aquella acusación. Lo cierto era que no concebía el menor refinamiento intelectual en un piloto de combate, pero su cabeza estaba reordenando la información de que disponía a toda velocidad: un militar americano, criado en un pequeño pueblo cercano a Dallas, que amaba a los perros y a Platón. No conseguía acabar un retrato coherente de aquel hombre enigmático que cada vez le interesaba más. O tal vez se trataba de un prodigio que solo estaba en manos de Platón, dos mil quinientos años después.

—¿De qué conoce usted a Platón? —le preguntó al fin.

—De sus diálogos. ¿Y usted? ¿De sus fiestas?

Samantha encajó la broma.

—Quiero decir que cómo llegó a leerlo, si es que lo ha leído...

—Lo he leído, sí. Después de la guerra. O sea, lo ha leído mi nuevo yo.

—¿Su yo verdadero? O sea, su yo-yo. —Pensó que tal vez Bainfield no captaría el juego de palabras, pero se rio enseguida y ella quedó satisfecha de haber eludido la deriva metafísica de la conversación.

En cambio, él quiso regresar al punto donde se había quedado.

—No tenga ninguna duda de que yo era uno antes de la guerra y otro después... —Platón había regresado con el palo en la boca y le presionaba la espinilla a su amo para que se lo lanzara. Él lo arrojó hacia la pradera de grama que comenzaba en su jardín y corría briosa hasta ir deteniéndose en las casas de los vecinos—. Venga, le enseñaré mi jardín.

Comenzó a caminar y Samantha lo siguió sin querer. Sobre el murete trasero que separaba la zona de comer y la pradera se derramaba una cascada de buganvillas. Dos palmeras se erguían al fondo, y después la vista caía hasta el puerto de la base. Los rompeolas formados por tetrápodos blancos, en

cambio, se distinguían con claridad. Varados a lo largo de la costa con sus siluetas romas amontonadas, parecían una manada de animales fantásticos que hubieran llegado a esas aguas castrenses para morir en paz.

—¿Antes era usted cuerdo y después loco? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Veo que no tengo modo de convencerla... Tendrá usted que conocerme más para confiar en mi cordura. —Samantha sonrió y Bainfield recordó por qué habían ido hasta allí—. Entre, quiero enseñarle una nevera portátil que tengo, a ver si le sirve mientras conseguimos una grande.

Una vecina los observaba desde el jardín de enfrente agarrada a la cancela y adelantando la nariz, como si quisiera olfatear aquella inusual actividad en casa del comandante. Al ser vista, agitó la mano para saludar y Bainfield le devolvió el saludo con un descuidado movimiento de la cabeza.

—Aquí la gente es muy puritana —dijo—. Mucho dinero, tecnología, Ejército, pero a la hora de la verdad, le aseguro que esa señora está pensando lo mismo que una de Rota.

—Pues aquí la gente los tiene a ustedes por muy... liberales, digamos.

—Eso es Nueva York y California, no Estados Unidos. Aquí se han encontrado la América profunda y la España profunda. Tendría usted que ver cómo salen los marinos de los buques cuando recalá aquí la Sexta Flota, sobre todo cuando vienen de zonas de tensión. Parecen manadas de becerros, se bajan del buque y se montan como locos en los taxis, allí mismo en el muelle, y van directos, desatados a los burdeles, como si se les fuera la vida...

—Es un negocio floreciente.

—¿El taxi o la prostitución?

—Ambos.

—Lo sé. No parece escandalizar a nadie y, sin embargo, todos desaprueban que usted entre en mi casa, solo porque ocurre ante sus ojos.

—Bueno, pues ya estoy dentro.

Todo era desorden en casa de Bainfield, como en su cabeza. Había papeles tirados por el suelo, papeles encima de una mesa cuadrada que parecía de comedor, aunque no tenía más que dos sillas en tomo; papeles sobre un sofá de dos plazas, tapizado en color granate y con los brazos desgastados como si los hubiera roído un ratón. Alcanzó a ver uno de aquellos documentos, con anotaciones a mano en el margen que no fue capaz de descifrar, y el marchamo

de la US Navy. Sintió una pizca de desolación: aquel caos era el reflejo del alma de Bainfield. Un cuadro torcido de un payaso triste llamó su atención. Era siniestro, le crispaba y, sin embargo, se acercó para enderezarlo con medida precisión en los gestos de sus dedos.

—No se moleste. Ese cuadro ya estaba ahí cuando me mudé a esta casa, como casi todo lo demás. No lo he quitado por pereza, pero no me gusta. Si se cae y se rompe, lo podré tirar sin remordimiento.

—Se siente usted culpable de todo, por lo que veo —dijo Samantha. Bainfield se rio y afirmó con la cabeza. Reparó en que, por primera vez, se había tomado con humor el martirio de su culpa—. Pues mire qué fácil. —Con un suave empujón en la esquina inferior, Samantha dejó caer el cuadro, cuyo cristal se rompió con estrépito—. Hala, arreglado. —Bainfield se sobresaltó—. Ya no tiene usted ni cuadro triste ni remordimiento.

Ambos rieron a carcajadas. Platón movía el rabo. No ladraba solo por no soltar el palo que seguía prieto en su mandíbula.

—Ahora hay que recoger los cristales antes de que el perro se corte —dijo Bainfield—. Más desorden aún. Le pido disculpas. Ya le dije que ayer registraron la casa, sin aviso. No he tenido tiempo de recoger nada.

Samantha reparó en la distancia con que se refería a «la casa», como si no fuera suya, pero le tranquilizó encontrar una explicación coyuntural al caos.

—¿Qué buscaban?

—No lo sé, quizá algo para incriminarme. El capitán de navío Kirkpatrick está indignado conmigo.

—Es comprensible. Puso en un aprieto a la Navy con el incidente de aquella noche. Los españoles sabemos quiénes son ustedes por su comportamiento aquí. Quiero decir, con los nativos, o sea, con los españoles —titubeó y agachó la cabeza, barajó un par de frases para cambiar de asunto, pero Richard la miraba con ojos de detective: conjugaba «españoles» en primera persona del plural y no le había pasado inadvertido. Ella se cubrió la mejilla con el envés de la mano.

—¿Lo ve? —dijo Bainfield—. La gente nos parece normal solo cuando no la conocemos suficiente.

—¿Qué quiere decir?

—Usted.

—¿Que no soy normal?

—Tan normal como todos, incluso como yo mismo.

—¡Oiga!

—No se ofenda. Pero dígame quién es de una vez. O no me lo diga si no quiere, pero entonces sea más indulgente con los demás, incluido yo mismo.

Se acercó a Samantha sonriendo. Verla vulnerable y desconcertada le hacía tener aún más ganas de besarla. Ella también deseó el beso fugazmente y, por eso, retrocedió un paso. Él la miró a los ojos, sintió su inundación de nuevo y a continuación se detuvo en sus labios. Sin rastro ya de carmín, hablaban un rumor de palabras que él no escuchaba, solo los veía subir y bajar, rotundos y salvajes. Ella carraspeó y miró alrededor. Él retomó el habla:

—Necesito un poco de tiempo para volver a poner cada papel en su sitio. No quiero amontonarlos sin más, porque son muy valiosos y los perderé si no los ordeno. Además, tengo que saber si me han confiscado alguno.

Platón regresó de beber agua en el aseo. Le goteaba el hocico y se tumbó sobre un documento. Bainfield se agachó a cogerlo.

—Quita, quita. —Lo sacó de debajo del perro y le echó una ojeada—. ¿Ve? Este, por ejemplo, mírelo. Le gustará. Es uno de los últimos informes de Waco. El médico no entiende por qué me vigilan tanto y recomienda que se me suspendan todos los tratamientos. Mire. ¿Cree que si hubiera estado loco, habrían dejado de tratarme?

Samantha lo tomó en sus manos y comenzó a leerlo, fingiendo un cierto desinterés. Finalmente dijo:

—Bueno, veamos su nevera, que es para lo que hemos venido.

Richard se encaminó hacia una de las habitaciones y ella lo siguió. Todo estaba limpio, aunque destartado, con ese aire de habitación de hotel que los hombres imprimen a sus casas.

—Falta cariño en la decoración.

—Sí, no hice nada cuando llegué. Los muebles ya estaban aquí, de la familia anterior...

—A mí me gusta decorar, pero lo hago solo como inversión, porque lleva mucho tiempo y dinero. En mi casa he puesto cierto empeño, pese a que no sé cuánto tiempo me quedará.



—Haga aquí su apuesta, dígame qué necesita esta casa para que a usted le guste y lo pondré.

Lo dijo con espontaneidad, como si no significara gran cosa y al mismo tiempo lo implicara todo. Ella bajó la mirada, ruborizada, pero él no se dio cuenta porque estaba subiendo la persiana del cuarto pequeño. Olía a cerrado.

—Lo uso como trastero. Mire, esa es su nevera. ¿Qué le parece? Es pequeña, pero le servirá.

Samantha afirmó, ya sabía de antemano que sería mejor que nada.

—La cargamos en mi coche y se la acerco a su casa.

—De acuerdo.

Samantha reparó de repente en que sus vecinas la verían llegar con el comandante, lo que podía ocasionar un revuelo de enormes dimensiones en la calle Ruiz de Alda. Los americanos disponían de sus lugares en Rota y todo aquello que estaba *off-limits* —como les explicaban al llegar— no debían pisarlo. De esta forma se aseguraban de que no frecuentaran lugares de escasa higiene o peligrosos. Las instrucciones eran claras y los lugares donde se toleraba su presencia estaban tasados. La casa de Samantha no era uno de ellos.

—Sé lo que está pensando —dijo Bainfield—, pero no tenemos otra opción. No la va a llevar usted a pulso, ¿no?

La metió en el maletero y ambos se subieron al Dodge blanco. Bainfield conducía.

—¿Me tomarán por una puta? —preguntó Samantha. Se dirigían hacia el puesto de control y el sol empezaba su descenso vertiginoso. Se preguntó cómo el tiempo había transcurrido tan rápido desde que acabaron de comer. Habían pasado toda la tarde charlando y a ella le había parecido un instante.

—No, tranquila, ellas no vienen aquí, son los soldados los que salen a buscarlas.

—¿Y usted? —Samantha lo miró fijamente a los ojos, buscando la señal de la ocultación que acompañaría a su negativa. Diría lo mismo que todos los hombres.

—No, nunca. —Ella le sostuvo la mirada—. Se lo aseguro, nunca. No me interesa el amor pagado.

—No se llama amor, en realidad.

—Entonces no me interesa.

—Eso dicen todos.

—Yo he oído a muchos hablar de las ventajas del sexo con prostitutas...

—Será entre hombres. A las mujeres siempre nos cuentan milongas.

—Por una vez, podría creerme.

Circulaban por la carretera principal de la base con parsimonia. Bainfield agarraba el volante con la mano izquierda y tenía el brazo apoyado en la ventanilla, medio recostado hacia Samantha y más concentrado en el trayecto que en el destino. Se cruzaron con un marine en moto, que le hizo una seña para que se detuviera. A continuación se cuadró y le hizo el saludo militar.

—Señor, justo me dirigía a su casa para notificarle una orden del capitán de navío Kirkpatrick.

—Dígame.

—Ordena que se persone en la consulta del doctor Graves.

—Estaré allí en media hora.

—Han dicho de inmediato, señor.

—De acuerdo.

Bainfield imprimió ligereza a la misión. En cuestión de minutos llegaron a casa de Samantha. La calle era demasiado estrecha, de modo que aparcó en la plaza contigua, cargó la pequeña nevera en un carro y la fue empujando hasta la puerta que ella le indicó. Doña Berta se asomó a la puerta de enfrente, saludó sonriente y se quedó a mirar, como si se tratara del único entretenimiento fuera de la rutina que tuviera ese día. Samantha indicó a Bainfield dónde dejar la nevera, pero no entró en la casa. Hubiera cometido una imprudencia, dado que había ojos vigilantes. Cuando doña Berta los vio de nuevo en la puerta de la calle, se despidió, «Hala... Con Dios», y desapareció en su zaguán. Bainfield también empezó a despedirse:

—El domingo tengo tiempo libre, ¿quiere venir al rodeo? Lo han inaugurado hace poco.

—No es buena idea dejamos ver por la base juntos de nuevo.

—Entonces, tómese un café conmigo en el bar Central.

—De acuerdo —dijo Samantha. Y, sin embargo, no sabía si asistiría o no. En ese momento, solo quería zanjar el encuentro y llevar a cabo algunas indagaciones sobre aquel hombre. Le interesaba mucho y, pese a la opinión

común, si a algo se parece el amor en sus comienzos, es al interés. Quería saber más sobre él sin mostrar la debilidad de preguntárselo.

## Capítulo 7

«*Saudade*». (portugués).

«Añoranza de algo, tristeza al recordar a una persona o alegría pasada, con el conocimiento reprimido de que quizá nunca volverá».

Conectó la nevera, pese a que Bainfield le había recomendado esperar unas horas antes de hacerlo. Quería guardar ya el morcillo para regresar a la civilización. A continuación se puso la bata de algodón macilenta que había sido roja, estampada con ramos grisáceos, y se dio cuenta de que estaba raída en las axilas. La manga corta tenía también algunos ribetes carcomidos. Se preguntó por qué para estar en casa usaba ropa vieja, inadecuada a ojos de los desconocidos, pero apta para los suyos: por qué ese maltrato a sí misma tan de posguerra.

En el cuarto que reservaba a los trastos, se encontraba el baúl de color teja con motivos hindúes que había enviado desde Londres antes de partir, cargado hasta arriba, pesado como si llevara un par de cadáveres. Hacer *tabula rasa* con su pasado comprendía también deshacerse de casi todos los objetos que la habían acompañado hasta entonces, salvo los que cupieran en el baúl. Sacrificó incluso su biblioteca. Se la vendió a un librero de viejo de Charing *Cross*, que amaba más los libros que a los hombres, gruñía en cada regateo y se perfumaba con ginebra. Solo aceptó comprar sus libros al peso. Samantha fue rápida de reflejos y, un momento antes de entregárselos, sacó de la balanza los dos ejemplares que se exiliaron con ella: el teatro completo de Lorca preciosamente encuadernado y una edición prínceps de *La voz a ti debida*, de

Salinas, de 1933. Se maldijo por un momento: había libros de los que nunca podría desprenderse, y eran esos dos, reliquias de un pasado que le prometían un futuro mucho mejor que el presente.

Allí estaban, nada más abrir el baúl, junto a recuerdos tan viejos que quizá hubieran muerto, a resguardo de ojos indiscretos que la identificaran como lectora de poetas fusilados o exiliados: «Me gusta tanto la palabra recuerdo. Es una palabra verde, jugosa, mana sin cesar hilitos de agua fría...». Un poco más abajo, el título de maestro de su padre, que trajo en el doble fondo del maletín de la Smith-Corona. Lo releyó orgullosa: «El presidente de la República española, y en su nombre, el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes...». Más abajo constaba que don Rafael Portero Bengoa se había graduado como «maestro de primera enseñanza» en 1932 y se le autorizaba a ejercer. Lo dejó en el suelo, sobre el collar de perlas que había sido de su madre y de su abuela y ahora era suyo.

A medida que iba extrayendo objetos, se dio cuenta de que todos estaban vivos y sus manos se aceleraron, rebuscando hacia el fondo, para llegar a donde quería salvando aquellas estaciones intermedias de nostalgia y paloduz en el Retiro. Por fin aparecieron las seis carpetas con recortes de prensa inglesa, atesorados durante años por su madre. Las hojas de periódico asomaban amarillentas, los ribetes se veían mordisqueados por ratones o ácaros. Las sacó una a una con decisión. Pesaban como la historia de Europa, pero para ella resultaban más livianas que la carga de su pasado personal.

Abrió la primera carpeta y extrajo una página sábana del *Times*, con una gran fotografía en blanco y negro, y un titular del cual solo pudo leer «Yalta» antes de que se le desintegrara en las manos. Algún bicho se había dado un festín de celulosa a cuenta del final de la Segunda Guerra Mundial. Trató de desdoblar la página, pero resultó imposible. Stalin, Churchill y Roosevelt se convirtieron en escamas, en granos, motas, y finalmente en un espeso polvo que impregnó el aire del cuarto y penetró su bata vieja hasta empercudiría. Abrió la ventana del cuarto que daba al distribuidor, el lucernario regaba de luz la parte anterior de la casa, pero el aire del exterior también estaba detenido y espeso. No corría un soplo. Vio las motas de polvo emprender el vuelo como una nube de mosquitos iluminada desde el cielo. Salió al escueto comedor, abrió la puerta del patio y, mientras recobraba el resuello, se tomó

un café con un mantecado de Estepa. No había prisa, tenía toda la tarde por delante para buscar al piloto Richard Bainfield en aquella hemeroteca familiar. Se disponía a disfrutar de sus pergaminos preciosos, y al acabar la tarde por fin tiraría a la basura la vieja bata roja de ramos grises.

Su madre, bibliotecaria metódica de gafas de pasta y cola de caballo, le había contado en alguna ocasión que el papel prensa duraba cincuenta años y, por ello, las hemerotecas buscaban fórmulas para conservar los periódicos antiguos. Acababa de comprobar que algunos no llegaban ni a los cincuenta, pero ella preservaría todos los que pudiera. Constituían la guía histórica de su infancia exiliada, con la que esperaba salir de dudas sobre los verdaderos pilotos de Hiroshima y obtener información de aquel comandante, cuya peripecia bien podría ser la calentura imaginativa de un Napoleón cualquiera.

Los recortes componían una selección caprichosa, llevada a cabo por su madre atendiendo simplemente a noticias sugerentes para ella. Hiroshima debía estar. Ningún lector de prensa del año 1945 podía pasar por alto el primer bombardeo atómico de la historia contra población civil. Su madre nunca trabajó de bibliotecaria en Inglaterra, pero cada día guardaba una o dos noticias del periódico, las clasificaba y archivaba, como si con eso atenuara las pérdidas: Rafael, su biblioteca, España. Todo se había desintegrado como roído por insectos hambrientos de vidas ajenas. Se había exiliado de su lengua y con ella de la capacidad de entender, no solo lo que los otros decían, sino sobre todo lo que querían decir. Había perdido su profesión y, por tanto, sus posibilidades de sentirse útil. Había perdido también a su marido y, con él, la seguridad de un refugio familiar. Había perdido a sus vecinas y amigas... Si hubiera sido Eva, se habría llevado una semilla de manzano del paraíso. Pero se conformaba con mantener un vínculo ordenado con la realidad: se llamaba Elena, había encanecido por completo y en su cara siempre estaba anocheciendo.

Samantha guardaba en su memoria la imagen de su madre sentada, leyendo aquellos enormes periódicos ingleses que ocupaban toda la mesa de la cocina. Al principio, dedicaba días a cada ejemplar y no compraba uno nuevo hasta haber leído y comprendido cada noticia del anterior. Siempre tenía junto a ella el diccionario Collins, su primera adquisición al llegar a Plymouth. Su madre lo compró incluso antes de buscar casa y lo mostró a la pequeña Amanda con

orgullo: «Nuestra primera inversión en propiedades inglesas». Aquello fue cuanto poseyeron durante varios meses, junto a sus dos maletas de cartón, una de ellas abombada por la humedad del trayecto y los barcos. «Aquí está todo lo que nos hace falta, ya te lo puedes leer bien», le había dicho su madre. Obediente, empezó por la «A»: «*Aback* [e'baek] adv.: to be taken, sorprenderse, quedarse desconcertado/a». Después emplearía con frecuencia esta expresión, la primera que aprendió de su diccionario. La segunda era «*Abacus*», ábaco: fácil. La tercera se le apareció como destino: «*Abandon*», abandonar. Y dejó de leer el diccionario.

Durante años, las dos se sentaron, tarde tras tarde, en la cocina. Salían a cazar palabras cuando en Londres ya había anochecido. Para Elena constituía un trabajo, la obligación de aprender el idioma de su nuevo país para salir adelante. Para ella, un juego. En cuanto aparecía una palabra desconocida, su madre la leía en voz alta, a la española: «*Des-pe-ra-tion*». Con la destreza de una pianista persiguiendo la música, los dedos de la pequeña Amanda corrían por las páginas del diccionario hasta encontrarla: «La tengo», decía riendo, y leía la traducción. Su madre las anotaba en papelitos de igual tamaño que recortaba con primor. Por un lado, escribía el término inglés; en su reverso, la traducción al español. Las palabras emprendían entonces un viaje, que empezaba en el tarro del día siguiente; al cabo de siete días, y tras un nuevo repaso, se trasladaba a otro tarro, el del mes. Todas iban encontrando su último descanso en una caja de zapatos, que alcanzó la consideración de botín semántico y que se repasaba una vez al año. Cuando su madre quería elogiar sus progresos con el inglés, abría la caja y se lo mostraba, para que viera todo lo que habían aprendido. Antes de que la primera caja de palabras se llenara, ya habían conseguido establecerse en Londres. Contaron con la mediación de un diplomático socialista que dedicó todo su esfuerzo, durante los tres años de la guerra, a ayudar a refugiados españoles a ponerse a salvo en Gran Bretaña. Manuel Ocampo no había tratado al padre de Samantha de forma directa, pero sus referencias y su prestigio en el sindicato de maestros le sirvieron como referencia para lograr su ayuda. Ocampo consiguió mantenerse en su puesto hasta el final de la guerra, cuando él mismo y su familia se convirtieron en refugiados. Sus tres hijos, y especialmente Anabel, de la misma edad que Samantha, constituyeron el núcleo inicial de un círculo de amigos, hijos de

exiliados, adolescentes que se reunían los sábados por la tarde para nada en particular: merendar y ligar en su propia lengua, abonar sus raíces trasplantadas.

«¡Siguiente!», decía Amandita. Y su madre, que leía cada vez más rápido: «*War...*, uve doble, a, erre». Guerra. «Esta ya ha salido muchas veces, mamá». Elena asentía con la cabeza y fruncía el ceño. Con apenas doce años, la niña sabía qué gesto de su madre obedecía a un pellizco negro en la mitad del corazón que no se le había gangrenado. La otra parte se la amputó al salir de España. Apretaba los labios hasta que se teñían del púrpura siniestro de las penitencias y abría los ojos para mirar hacia adelante con fuerza, como si la Gorgona estuviera persiguiendo sus ojos para convertirla en piedra.

Al decir «*war*», se le oscureció el semblante en la misma forma que lo hacía cuando ella le preguntaba: «¿Cuándo vendrá papá?». Después intentó sonreír, pero la sonrisa se le quedaba siempre escasa, sin llegar a los ojos. Así ella aprendió que, aunque no puedas ahuyentar la tristeza, no debes molestar a los de alrededor mostrándola. Nadie te creerá, pero no harán preguntas sobre tus sentimientos que quizá no puedas contestar: el éxito consistirá en haber contenido el llanto. Cuando su madre esbozaba ese gesto, Samantha sabía que a continuación la mandarían ir a bañarse para quedarse sola. Entornó la puerta al salir. Su piso de Londres no era tan lúgubre como cabría esperar de un bajo. Fue una casona inglesa del siglo XIX que habían dividido en distintos apartamentos. Ellas disponían de una habitación, cocina y salón, donde cada noche el sofá se convertía en su cama. Era más de lo que Elena hubiera podido esperar cuando salió de España con una niña de diez años y dos maletas de cartón.

La ventana de la cocina daba a un parque exuberante, con una inmensa pradera de lomas verdes, saciadas de lluvia. Era un jardín libre y en orden, como los ingleses, aunque sin ironía. La niña solía quedarse a fisgar en el quicio de la puerta. Su madre ponía bollitos a hornear y ya empezaba a oler a tristeza. Entonces los sacaba del horno y comenzaba a llorar. ¡Qué bien lloraba su madre! Mantenía la cabeza erguida, la mirada melancólica fija en la ventana verde y los ojos abiertos de par en par, como una bañera esperando ser rebosada. Se le iban llenando de agua, destellaban reflejados en el vidrio, hasta que de pronto parpadeaba y sendas lágrimas le rodaban por las mejillas,



formando dos raudos reguerillos imperfectos, casi alegres en su discurrir a destiempo. No se le retorció el semblante, solo esbozaba un dolor elegante y lejano, de quien no se avergüenza de sufrir. Antes al contrario, a su madre parecía fortalecerla. Entonces llegaba un punto en que, como si no pudiera soportar su propia fortaleza, se cubría la cara con las manos y gemía, porque se puede sobrevivir a una guerra, pero no salir indemne.

Aún no había terminado la guerra en España cuando recibieron en Londres la noticia de la muerte de la abuela Mercedes. Su madre se lo dijo bien temprano, al despertarla para ir al colegio, y a bocajarro: «Nena, ha muerto tu abuela». Ella respondió perpleja: «¿Por qué?». Y no había nada especial: «Porque todos vamos a morir». Samantha se volvió a hundir en la almohada, porque ella no sabía llorar con elegancia, y se partió como un junco tierno en duelo, milimétricamente en dos, de arriba abajo, supurando dolor. Su madre le puso apenas una mano en la espalda y experimentó una pequeña satisfacción en los hipidos arrítmicos de su hija: mejor que fuera haciendo hueco a la desolación, el mundo que las esperaba resultaba demasiado peligroso para que ella fuera frágil. Aquel día, la pequeña Amanda llegó al colegio con los ojos hinchados como garbanzos que hubieran estado en remojo una semana.

Atravesaron el parque, húmedo y frío, con pisadas que crujían a hielo sobre la tierra.

—Mamá, la abuela decía que junto a cada tallo de hierba que brota hay un ángel inclinado diciendo: «Crece, crece».

—Cosas de tu abuela, hija... A ver si deja de llover...

—Pero ¿dónde están los ángeles? Los quiero ver...

—Ahora vamos con prisa.

—Papá decía que Dios no existe. ¿Tú crees en Dios?

—En Dios, sí; a los curas no los quiero ni en pintura.

—¿Y los ángeles?

—Cosas de tu abuela, era una mística. —No quiso dejar una rendija al consuelo.

—Ella decía que yo también tenía uno siempre al lado, como la hierba, diciéndome: «Crece, crece», y que por eso crezco tanto.

—Qué tontería —embistió.

Un viento yerto agitaba los árboles aquel día y, de la mano de su madre,

Amanda se sintió sola, sin saber aún que ella no creía en los ángeles porque no sabía querer o lo había olvidado. Siempre había sido fuerte, pero los avatares del éxodo la habían encallecido hasta los párpados y solo miraba en línea recta, para mostrar a su hija la severa senda de la vida que tenían por delante. La niña imaginó siempre a su abuela como un ángel —crece, crece— que la alentaba cuando no podían hacerlo ni su padre desaparecido ni el corazón vitrificado de su madre. Cómo sabe una si la quieren, se preguntaba. Y ella se acercaba a su oído y susurraba: «Crece, crece». Así había crecido, sin estar muy segura. ¿Cómo sabe una si la quieren? ¿Era una mirada? ¿Una conversación solar? ¿Una nevera? De la naturaleza del amor, en su infancia sacó en claro dos cosas nada más: que no pierdes a tu abuela y a tu padre si no los has querido antes; y que cuando dos pieles buscan recodos donde rozarse, es la hora de ponerse a salvo.

Con su infatigable convicción analítica, fingiendo que se trataba de dos sentimientos distintos, se dijo a sí misma que no sentía amor, sino interés, y comenzó a abrir las carpetas de los recortes en busca de Bainfield. En los ejemplares de sus primeros meses de estancia en Inglaterra, aún se podían ver numerosas palabras subrayadas: *desperation, war, appeasement*... Fueron disminuyendo poco a poco, a medida que su madre fue dominando el inglés. Pasó rápido los años hasta llegar donde le interesaba. Hitler se había suicidado junto a Eva Braun. Los soviéticos habían tomado Berlín y un bombardero se había estrellado contra el Empire State Building. Era 1945 y en San Francisco se había firmado la Carta de las Naciones Unidas. De pronto, vio la fotografía a toda página de una enorme bola de humo y fuego sobre lo que parecía una ciudad. El vocablo subrayado era «Hiroshima», la primera palabra japonesa que aprendió el mundo.

Un poco más adelante halló un reportaje sobre los pilotos que habían participado en los bombardeos atómicos: exactamente lo que buscaba. Celebró su suerte. Sus ojos se atropellaron sobre aquella docena de pequeños retratos, pero, cuando llegaron a los pies de foto, fueron a dar no sobre Paul Tibbets ni sobre Robert Lewis ni Thomas Thereby, sino directamente sobre Richard Bainfield. Eso, Richard. En su día lo debió de leer, pues vivir en un país en guerra convierte la lectura diaria de la prensa en una pura estrategia de supervivencia. Ahí estaba él, sonriente con su frente sin surcos, con el pelo

impecable, peinado hacia atrás, intacto de culpa. Lucía el afeitado perfecto del joven americano que se sabe encarnación de un sueño. Adelantaba el mentón y se mostraba orgulloso en su uniforme de piloto de combate, su casco en la cadera, su pulgar en alto. Todo ok. Tras él se adivinaba la silueta del *Straight Flush*, el B-29 que pilotó él mismo aquel 6 de agosto, o tal vez fuera el *Enola Gay* de Tibbets. Las imágenes estaban tomadas en la base de North Field, en la isla de Tinián, según explicaba el reportaje, la víspera del bombardeo.

Richard tenía razón: era él, pero era otro hombre. De aquel joven candor, de aquella pose triunfadora que hubiera resultado arrogante de no ser por su rostro inofensivo, no quedaba nada en el comandante de hoy: también había muerto en Hiroshima, pese a que el periódico daba noticia de que todos habían sobrevivido y se preparaban para recibir homenajes en Washington. La guerra había terminado y Estados Unidos, con la complacencia de haberla acortado y sin que el mundo conociera aún la dimensión de la tragedia atómica, se disponía a celebrar su hegemonía en un nuevo mundo y a agasajar a aquellos jóvenes pilotos que habían logrado la capitulación incondicional e inmediata de Japón. Se quedó unos minutos desentrañando toda la información que le daba el joven rostro de Richard. En la parte más baja de aquella página del *Times*, un anuncio de tabaco aseguraba que los médicos preferían fumar Camel.

Los legajos de su madre cobraban sentido de forma inesperada. Los había acarreado desde Inglaterra confiando en que le sirvieran para seguir el rastro de su padre. Nunca imaginó que con ellos corroboraría la peripecia de un piloto cortés, atormentado y masculino hasta en su dolor. Comprendió que Bainfield no era un loco Napoleón, y al tiempo que se hacía real ante sus ojos, un cascabel la alborotó a la altura del estómago. ¿Cómo sabe una si ama? Escuchó al ángel —crece, crece—, instándola a mecerse en la incertidumbre. Enseguida el mandato materno de ponerse a salvo invadió su mente mercurial y decidió dejarse de tonterías y salir de inmediato al cuartel de la Guardia Civil.

Corrió, irrumpió, habló como torbellino en el despacho de Arenas:

—El comandante Bainfield no está loco ni es un impostor. Es quien dice ser. Vive atormentado por lo que hizo. Realmente lo hizo.

—Me pilla usted merendando. —Sujetaba con la mano una jugosa rodaja

de sandía, que iba cortando en pedazos con su navaja de Albacete—. ¿Por qué está tan segura?

—¿Recuerda las carpetas de que le hablé?

—Pero me dijo que nos servirían para lo de su padre.

—Claro, no me podía imaginar... Mire. —Samantha desplegó la hoja del *Times* sobre la mesa.

Arenas se atusó el bigote y miró de lejos.

—Es él, no se puede negar. —Arenas se jactaba de ser un buen fisionomista—. Y que me haya tenido que caer justo a mí... —Guardaron silencio unos instantes, una pausa de incredulidad y desconcierto—. Esto cambia algunas cosas, pero no otras, doña Samantha. Yo le tomé por loco y usted también, ¿no? —Ella titubeó y no pudo contestar. Arenas prosiguió—: Yo pensé que se lo inventaba todo, que solo era un trastornado. Pero aun siendo verdad, ¿qué quiere que haga yo?

—¡Pues ayudarle!

—Ese hombre es cabezota como él solo. El otro día acabé llamando a la base para que vinieran por él, todo con mucha discreción, que aquí las paredes oyen y si se entera alguien de que ando soltando a los ladrones... Peor aún, que los animo yo a irse. —Parecía asombrado de su propia heterodoxia.

—Usted siempre es generoso.

—Pero fíjese cómo me compromete esto a mí. Le dije a su jefe, al general que vino por él, que esto no podía ser, todo con buenas palabras, que uno no sabe a quién va a necesitar mañana. —Se llevó otra rodaja de sandía a la boca. Con la palma de la mano se limpió el agua que se le deslizaba por la comisura de los labios.

—¿Y qué dijo?

—Se le caía la cara de vergüenza al hombre. Me aseguró que no volvería a ocurrir. Ellos no quieren líos tampoco.

—¿Qué le van a hacer? ¿Lo sabe?

—Me pareció que no le darán otra oportunidad.

—Dios mío... Esta mañana estuve con él en la base.

—Pues dígame que no haga más tonterías. Y no se acerque mucho a él.

—¿Qué van a hacer? ¿Lo devolverán a Washington? Dígame. ¿Qué le contó?

—Cree usted que yo lo sé todo... No tengo idea, doña Samantha.

—No lo sabe, pero lo sabe.

—Los problemas en los cuerpos militares se extirpan así, mire. —Rebanó el último trozo de sandía e hizo una onomatopeya sonora para darle mayor verosimilitud—. Raaaas. Y desaparecen. —Se zampó la rodaja.

—Los hombres no se extirpan.

—Su amigo se llevó por delante a unos cuantos... —Secó con la manga de la sahariana la hoja de su navaja y ladeó la cabeza para contemplarla al trasluz: brillaba como el crimen perfecto.

—No diga eso, él no fue. —Sintió que se le fruncía el pecho. Replegó los hombros hacia dentro, cruzó los brazos y se agarró los codos.

—Ya, ya. —Esbozó una sonrisa de medio lado—. En fin, en el Ejército los hombres son sustituidos fácilmente. Un piloto sucede a otro piloto y ya está. Mire mi padre: raaaas... Fuera. Y otro brigada en su puesto. Así son las cosas.

—En el Ejército se cumplen órdenes, eso lo sabe usted también.

—Yo no le culpo, él solito se echa encima cien mil muertos, ¿o no se acuerda ya de la juerga de la otra noche?

—Era una guerra.

—Veo que le ha cogido usted aprecio a ese americano.

—Me da pena. Nada más. —Lo dijo con aplomo, pero no sabía si era pena u otra cosa, porque el alboroto del cascabel se había detenido. ¿Cómo sabe una si quiere? ¿Cómo se distingue la lástima de la empatía, el afecto del cariño, el amor ajeno de la soledad propia?

—Usted sabrá lo que hace —sentenció Arenas.

Un coche patrulla se detuvo frente a la ventana y el teniente se asomó de costado. Traían a tres hombres. Samantha los vio pasar esposados y se irguió para curiosear. Eran trabajadores del campo, a juzgar por su vestimenta. Pronto se oyeron empujones y gritos en el pasillo, que se fueron diluyendo cuando los fueron encerrando en celdas.

—Aquí también seguimos en guerra...

El hombre que había acompañado a los detenidos se presentó de golpe en el despacho y saludó a Arenas llevándose la mano a la frente sin mucho brío: no era guardia civil.

—Arenas, se te saluda, hombre. —Se acercó hasta él para darle un abrazo

y una tunda de palmetazos viriles en la espalda.

—Gutiérrez, hombre, ¿qué tal?

—Ya ves, limpiando. Seguimos rodeados. Estos rojos no escarmientan. — Lanzó una mirada a Samantha que pareció una amenaza—. En fin, me voy que tengo mucho trabajo.

—¿Quién es? —preguntó Samantha.

—Un policía secreta, de la brigadilla. No es mal tipo, algo impulsivo nada más.

—Esto no acabará nunca. Y por gente como él.

—No le juzgue mal. Él me dio la pista del hospital.

—¿Se lo ha contado? —se inquietó.

—No, mujer, tranquila. Le di solo el apellido de su padre, no sabe nada de su parentesco.

—¿Ha averiguado usted algo más?

—Qué va. Con el lío de su amigo...

—La semana que viene iré yo al hospital de San Fernando —anunció Samantha—, por si tienen algo en sus registros. Ya que usted no hace nada...

Arenas esquivó la alusión personal.

—Manténgame informado, se lo ruego. Y cuide sus espaldas. Ocúpese de usted, no se acerque mucho a ese americano, el hombre no está en buena situación y la puede meter en un lío. A ojos del pueblo usted es una inglesa que trabaja para los americanos en la base. Nadie sabe lo de su familia.

—Usted.

—Nadie se va a meter, porque es usted una forastera, pero si da que hablar, la gente empezará a hacer preguntas. No revuelva las aguas, doña Samantha. No dé que hablar y no la juzgarán.

Ella quedó suspensa unos instantes. Ya había mantenido esta conversación, punto por punto, varias veces. Desde el principio Arenas le había advertido de que no husmeara demasiado. Ella no ignoraba los riesgos: buscar a un maestro republicano, militante activo de la UGT en los años treinta, haciéndose pasar por una lejana prima inglesa, entrañaba riesgos. Si alguien descubría su parentesco, indagarían en la vida de ella también y se convertiría en sospechosa, como todos los familiares de los perseguidos políticamente. Seguramente la acusarían de algún delito, real o fabricado, y le pedirían todos

los documentos imaginables: su partida de nacimiento, que quizá había ardido en algún ataque bélico; su partida de bautismo, inexistente... Demasiados problemas. No saldría indemne de ellos: los rojos iban a la cárcel, el exilio o el cementerio.

—¿Cree que si la descubren podrá seguir trabajando para los americanos?  
—inquirió Arenas.

—Supongo que no.

Sabía el peligro que corría, pero le ayudaba que Arenas se lo recordara. Aún no se acostumbraba a vivir en un país triste, en un pequeño pueblo que se ocupaba mucho de las vidas ajenas, ahora con el folclore y el dinero de los americanos. Todo el material de los otros era aprovechable: a veces para una denuncia policial, otras para un cotilleo a la salida de la iglesia, para pedir un favor o para negarlo. La información era moneda de cambio. A los americanos se les perdonaba todo porque traían el dinero. Sin embargo, a ella no la indultarían por ese lado.

Pensó que no había calibrado bien los riesgos al almorzar con Bainfield tan amistosamente en la base. Dejarse ver con él de nuevo constituía un error de principiante, pero ya se había comprometido. ¿Cómo lo esquivaría ahora?

## Capítulo 8

«*Mono no Aware*». (japonés).

«Sentido agudo y momentáneo de la fugacidad de las cosas bellas que provoca alegría y conduce a cierta melancolía, por la conciencia de que esa belleza se desvanecerá».

Lo primero que hizo Samantha el domingo cuando se levantó fue salir al patio para desperezarse. Estiró los brazos hacia el cielo y sacó pecho. Entrelazó los dedos de las manos, dobló las palmas hacia fuera sobre su cabeza y, después de unos instantes, dejó caer el tronco despacio hasta tocar el suelo con la punta de los dedos. Se agarró los tobillos, flexionó y estiró varias veces las rodillas. Cuando hubo crecido, se puso a regar.

Las gotas de agua resbalaban por las hojas de los pensamientos. Los geranios y la madreselva seguían cuajados de flores. Le gustaba contemplar cómo el agua empapaba la tierra despacio. Las primeras gotas que no había atrapado la tierra volvían a deslizarse por el desagüe de la maceta. Otras caían al suelo y repicaban en sus pies descalzos: sentía el frescor azul en sus pies sobre la loseta fría justo cuando el día comenzaba a girar de este a oeste. El rincón de los rosales se tupía de olor a medida que vaciaba en ellos la regadera. Cogió las tijeras y cortó un par de rosas. Se sentó en la hamaca y comenzó a deshojar los pétalos uno a uno, mientras les hincaba la uña para extraer su aroma y adherírselo a la piel. El cielo llevaba semanas despejado, hubiera dicho que el universo y el aire se habían detenido de no ser por los soles y las limas que iban y venían, en redondo, tan salvajes.



Se mordió los labios, clavó la uña en el último pétalo de rosa y se acercó la yema del dedo a la nariz. Decidió no acudir a la cita con Richard Bainfield y el perfume de rosas se le antojó fugaz y escarpado. No quería despertar ni la menor sospecha. Al rato empezó a bullir el fuego lento en las casas contiguas, con su olor a caldo de gallina. A media mañana irrumpiría el aroma del tocino y finalmente se espesaría con la patata para hacerse más y más denso a mediodía.

El comandante Bainfield abrió los ojos en su cama y se extrañó de sentirse normal. Seguramente habría tenido una de sus pesadillas recurrentes, o tal vez no. El caso era que no la recordaba y al despertar no vio una vez más al agente de seguros Iguro Hoshijima aplastado por la tapia de su jardín. Se levantó conteniendo la euforia, pero sin cautelas, por primera vez en años quería confiar. No vio luz en las casas cercanas. Salvo los marines de guardia, todos dormían en la base. Tuvo la sensación de estrenar el día para sí y eso aumentó su placidez. Era como empezar con medalla de oro y le pareció un buen augurio para aquel domingo en que tenía su cita con Samantha. Hubiera dicho que se sentía pletórico si no fuera porque no tenía derecho.

Se metió en la ducha alegre y se lavó con energía las axilas y los genitales. Al afeitarse reparó en los arañazos del espejo del baño y en su esquina cascada. Puso especial cuidado en no cortarse y esa mañana no derramó ni una gota de sangre. De pie en medio del salón, con una taza de café americano en la mano, contempló su casa con los ojos de Samantha. Un soplo de rubor hizo a sus mejillas entrar en calor. El mobiliario era austero; la decoración, espartana; el desorden, completo. En todo el salón únicamente había un sofá de escay desvencijado, uno de cuyos brazos mostraba una raja como una cicatriz. Había pertenecido a los anteriores habitantes de la casa, como el resto de los muebles: una mesa de comedor y dos sillas. Él solo había comprado la televisión, que aún se apoyaba en el suelo. En su cuarto no había más que una cama de matrimonio, lo único que trajo de Estados Unidos, por sus necesidades de un colchón especial que le ayudara a mitigar el insomnio. Lo tenía desde hacía años, pero solo uno de sus lados se mullía a diario: se percibía el desnivel de años sin dormir abrazado. El único exceso decorativo

—un pompón con flecos de color berenjena que adornaba el pomo de su armario— también era de segunda mano. Los otros dos cuartos de la casa no los habitaba. Uno permanecía cerrado, el otro le hacía las veces de almacén.

Por primera vez echó de menos algún objeto con significado para él, pero solo había traído un par de álbumes de fotos y alguna cosa más que debía de estar en el trastero, en alguna de las cajas aún sin abrir. Le pesaba tanto el pasado que no había querido ningún testigo de él, sin embargo, se daba cuenta de que se había rodeado del pasado despersonalizado de otros, unos desconocidos que habían ocupado aquella vivienda antes que él. Se lamentó de no haberlo tirado todo al llegar, en lugar de vivir en aquella tristeza heredada.

La edificación era nueva, pues el *housing* llevaba apenas tres años construido, gracias a lo cual la casa había soportado la dejadez con dignidad. Decidió que al día siguiente tiraría todo lo gastado e iría al Nex a comprar muebles, cuadros, cortinas. Era el momento de avanzar, incluso de incorporar algún recuerdo. Por un momento imaginó que Samantha quisiera acompañarle de compras, aunque lo descartó enseguida. No se atrevía ni a sugerirlo. Platón lo miró moviendo el rabo: esperaba su desayuno y su paseo. Le dio un palmetazo en el lomo y le advirtió que aún faltaba un rato.

Se sentó en el sofá y dio otro sorbo al café. De pronto reparó en una lámpara de pie junto a la puerta trasera, que hasta ese momento le había pasado desapercibida. Lo mismo le ocurrió con una estatuilla de porcelana que representaba un pescador en tonos pastel. Era como si una pila de objetos perdidos estuvieran entrando de repente en su radar, o tal vez quienes registraron su casa hubieran dejado algún dispositivo de escucha. Pero no, no lo habrían hecho dejando una pista tan obvia. De todos modos, le daba igual. Iba a arramblar con todo. Aquel salón carecía de alma, solo encamaba el desarraigo del pasado, que se había llevado por delante su pañoleta verdiblanca de *scout*, la camisa azul marino que le regaló su hermano, las fotos con Margaret en California, cuando aún creían y confiaban.

Comenzó a espigar su tortuosa memoria y encontró la imagen borrosa de la naturaleza, la montaña y muchos niños, pero no consiguió enfocarla bien. Durante todos estos años, y estaba reparando ahora, había perdido la imaginación, se le había volatilizado la capacidad de crear imágenes propias

en su cabeza. Pero ahora estaba recreando el pasado sin sufrir. Se sintió por un instante con fuerzas para dejar atrás la culpa. Quería echar a volar la grulla que le acompañaba posada en su hombro desde hacía años. Vivir experiencias alegres era la materia prima de los buenos recuerdos, y eso es lo que él quería hacer. De pronto, le pareció una osadía. Se conformó con que Samantha olvidara la desolación de aquella casa. No quería que identificara aquel abandono con su auténtica personalidad. Había sido tan indiferente ante la vida como su destartada casa lo era a la estética más elemental. Ahora su existencia comenzaba a ser habitable y quería mostrarle a Samantha sus estancias luminosas, sus rincones acogedores. En su memoria destelló el primer helado del verano frente al White Rock Lake, con las risas y correteos de sus tres hermanos: era un recuerdo y por primera vez en años lo vio con claridad y sintió que no emanaba hostilidad alguna. Se miró al espejo y quiso conocerse mejor.

Terminó de recoger los papeles desperdigados por el salón, los colocó en una caja y los puso sobre una pila de documentos para recordarse a sí mismo los dos que faltaban: la autorización de su hermano para salir de Waco y la carta de Günther al presidente. Por suerte, los más valiosos los custodiaba Samantha.

A las diez en punto, henchido de optimismo y con un afeitado impecable, se sentó en una de las mesas del bar Central. Se encontraba situado —de forma estratégica, pensó— en una pequeña plaza en el corazón del pueblo, un cruce de callejuelas por el que casi resultaba obligado pasar para cualquier desplazamiento que se llevara a cabo por el pueblo. Una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo negro y un rosario en la mano cruzó apresurada, antes de enfilarse hacia la calle Veracruz. El camarero bromeó:

—Vamos, doña Adelaida, que llega usted tarde. El cura la va a regañar.

—Ya, hijo, ya. —Y siguió su camino.

Le explicó al comandante Bainfield la situación de la mujer con una sonrisa de camarero profesional:

—Le ayudan al párroco con la misa varias viudas. Hoy va justita de tiempo. Bueno, dígame qué le pongo.

—¿Y a dónde va? —preguntó Bainfield, que empezaba a cogerle el gusto a la naturalidad con que allí se departía con desconocidos.

—Pues a Nuestra Señora del Carmen, donde el padre Juan.

Se sintió cómodo. Los roteños querían a los americanos y si no, disimulaban muy bien. Los guiños de complicidad, los comentarios sobre las vicisitudes de unos y otros les hacían sentir parte de aquella comunidad.

—Un café americano, por favor.

—Ea, y la ensaladilla rusa la tengo en la nevera para cuando vengan los soviéticos...

Bainfield rio, pero no dijo nada. El camarero quería charlar.

—Hay que ver la que se está formando allí en Cuba, ¿no? Usted debe de conocerlo bien...

—No mucho más que usted, no crea.

Bajó la vista hacia el ejemplar del *Herald Tribune* del día anterior que había cogido para distraerse durante la espera. La guerra fría tenía su propio ritmo y se había acelerado en las últimas semanas. Como no había concretado con Samantha la hora a la que se encontrarían, llevó a cabo una previsión logística para la espera: dinero, un puñado de frutos secos, el tabaco y su carné de militar. Todo a buen recaudo en los bolsillos de su chaqueta, una americana. Por cuestión de imagen, les obligaban a llevar una vestimenta limpia y atildada cuando salían de la base. Él se sentía bien en su estrenado papel de dandi y su planta le acompañaba. Su optimismo también. Desde la mesa divisaba toda la plazuela: avistaría a Samantha en cuanto apareciera, antes de que ella lo localizara a él.

Bainfield iba pasando las páginas del periódico sin concentrarse demasiado, leyendo titulares aquí y allá. Se seguirían haciendo pruebas nucleares en el desierto de Nevada, aunque habían decidido que, en adelante, serían subterráneas. La niña Yaeko sin brazo le golpeó la memoria, le colgaba la piel de la cara, era un monstruo inocente. Estaba jugando al escondite, justo antes de entrar al colegio, cuando el resplandor de la bomba la cegó. Salió despedida junto con los escombros de la escuela. Horas después estaba tirada en el suelo, tratando de beber las gotas de lluvia negra que caían del cielo de Hiroshima. Bainfield sacudió la cabeza y se detuvo en una fotografía de John F. Kennedy bañándose en California. Salía del agua rodeado de mujeres

entusiastas en la playa de Santa Mónica. Le gustó aquel presidente con su niño interior intacto.

Cuando llegó al final del periódico comenzó de nuevo. Leyó las mismas informaciones varias veces. Se había endurecido la ley de embargo comercial a Cuba, esta vez presionando a terceros países. En cada ronda comprendía algo nuevo. Se empezó frenando todos los embarques marítimos soviéticos con destino a la isla caribeña, pero esto incrementaba la tensión. Las autoridades cubanas habían pedido a Rusia expertos en el manejo de armamento moderno. Es decir, atómico. Cada vez más intelectuales y militares trabajaban en ese ámbito, los espías, tanto rusos como americanos, veían amenazas por todas partes. Un mensaje malinterpretado, un fallo tecnológico, una información mal transmitida, en la tensión actual, podía hacer saltar al mundo por los aires. La guerra nuclear global estaba más cerca que nunca. Y él sabía lo que eso significaba. Vio a Katsuo Keyrintuku deambulando aturdido por la ciudad, pensando que los americanos habían rociado Hiroshima de gasolina desde un avión y le habían prendido fuego. Se quedó parado ante un colgajo y le costó reconocer que se trataba de un cuerpo humano carbonizado, sujeto por maderos que ardían en un edificio municipal.

Cuando el comandante Bainfield encargó su tercer café, le pidió al mozo el periódico local, pero no tenían. Las otras mesas se habían llenado hacía un rato. Empezaba a inquietarse.

—Por casualidad, ¿conoce usted a Samantha Porter?

El camarero se quedó pensativo.

—La inglesa, ¿no?

—Sí. ¿La ha visto hoy?

—Hoy no la he visto. Suele parar por aquí, pero hoy no ha venido. Si quiere usted que le diga algo cuando la vea...

—No, gracias. No tiene importancia.

Se dio unos minutos para pensar. Tal vez debería dejarle algún recado, pero ¿cuál? ¿Un simple «Te estuve esperando»? ¿Un más atrevido «Cuándo podremos vernos»? De pronto, una mujer se detuvo frente a su mesa y se inclinó sobre él, insinuante.

—¿Tienes fuego, americano? —Retenía las letras al hablar, creando expectación en torno a su boca, pintada de rojo pasión dos milímetros más allá

de los labios. Al agacharse para encender el cigarrillo, chupando la boquilla de forma ostensible, no miró la llama, sino al comandante. Solo disponía de unos segundos para mostrar sus habilidades profesionales—. Gracias, chato, ¿me invitas a sentarme?

—*I don't speak Spanish, I'm sorry.*

—No importa, querido. El amor es una lengua internacional —dijo, rozándose la comisura de los labios con la punta de la lengua.

—*No, no, thanks.* —El gesto de la mano la frenó en seco.

El camarero observaba la escena esperando que ella estuviera a punto de dar media vuelta y marcharse. Compartía clientela con las prostitutas, pero había un acuerdo tácito por el cual ellas podían acercarse sin molestar demasiado. Él las recomendaba cuando alguno le preguntaba por «mujeres de agrandar» y ellas mandaban a su cafetería a los clientes. Aunque nadie lo reconocía, las prostitutas mantenían una relación simbiótica con el sector hostelero del pueblo. La gente las toleraba, pero no las quería. Se decía que eran forasteras, cuando serlo equivalía a venir de la provincia, y así se zafaban de la deshonra, pero la realidad es que también las había locales. Los americanos habían multiplicado los panes y los peces, es decir, los taxis y los coitos: tenía algo de milagroso.

Un hombre enclenque, de no más de treinta años, se acercó a la mesa del comandante Bainfield y se dirigió a la prostituta en español, con un marcado acento francés. Bastó que le dijera: «Márchate», para que ella se alejara sin rechistar. Después lo miró.

—A veces van más lejos de lo que deben.

—Yo no tengo costumbre... —dijo Richard.

—No se preocupe. Comprenda que resulta usted apetecible para las chicas. Joven, apuesto y, sobre todo, americano.

—Supongo que me ven como un dólar con piernas.

—Ellas hacen su trabajo, como usted el suyo. ¿A qué se dedica?

—Soy piloto, hago patrullas de vigilancia marítima.

—Encantado, yo me llamo Denis. —Le tendió la mano para estrechársela.

—Comandante Bainfield. Es un placer. ¿Y usted qué hace? Usted tampoco es de aquí.

—No, soy francés.

Rota se había convertido en un Eldorado no solo para los roteños, sino también para muchos que pasaban por allí, nómadas como Denis. Charlatán consumado, comenzó a contarle a Richard su peripecia. Había recalado en Rota huyendo de Marruecos, donde tras proclamarse la independencia y aprobarse un Código de Libertades Públicas, los marroquíes habían dado rienda suelta al odio postcolonial hacia los franceses.

—La convivencia se había complicado mucho, la independencia entró en nuestras casas y en las cabezas de los marroquíes, que de repente empezaron a protestar por todo. Un buen día, vi un charco de agua en uno de los baños de mi casa y le mandé a un sirviente que lo limpiara. Él se negó y me contestó con descaro: «Ya no sirvo a los franceses». Le tuve que echar a empujones. Estaba tan enfadado que le escupí: «Vete con tu sultán», le dije. —Se reía mientras lo contaba.

—¿Y qué ocurrió? —Aquel hombre estaba consiguiendo distraerle.

—No pasaron ni tres horas antes de que la policía marroquí se presentara en mi casa para detenerme. Pasé la noche en un calabozo de Casablanca. No se lo deseo a nadie. Los policías me maltrataron, no me dieron ni un vaso de agua. Mi mujer encontró a un abogado francés que también estaba haciendo las maletas y cuyo último cliente fui yo. Salimos huyendo de Marruecos y vinimos a parar aquí, con la idea de pasar un par de semanas y seguir camino hacia Francia. Pero ya ve, llevo más de cinco años y, de momento, me quedo. Las cosas me van bien. —Levantó la vista hacia el callejón por el que se había marchado una de «las cosas».

—Por lo que veo, maneja un negocio...

—Se puede decir, sí. —Le entregó a Richard su tarjeta—. Está usted demasiado solo y aburrido. Si alguna vez quiere compañía, llámeme. Cualquiera de mis chicas estará encantada de pasar un rato con un hombre como usted.

Richard cogió la tarjeta con cortesía, pero negando con la cabeza.

—No soy muy aficionado...

—Para oficiales las tengo también más selectas...

—No, no es eso.

—¿Está casado?

—Divorciado.

—Me llamará antes o después, *heuresement. Goodbye.*

—Adiós.

Antes de que la mañana se agotara por completo, supo que Samantha no se presentaría. Su mente táctica comenzó a barajar escenarios posibles. Uno, que ella no hubiera querido verle por miedo a los rumores. Dos, que le hubiera ocurrido algún percance —menor, de lo contrario el camarero lo sabría—, pero suficientemente grave como para impedirle acudir a la cita. Tres, que quisiera marcar distancias respecto de él. Por tanto, disponía de tres opciones: a) olvidarla; b) localizarla; c) no hacer ni una cosa ni la otra y dejar que el destino decidiera. Descartó a) de inmediato. A esas alturas, ya se sabía incapaz. Para intentar b) sintió que le faltaba arrojo. Dejó, por tanto, c) como mejor opción de bajo coste. Aceptó que era el momento de la retirada.

Cruzó la plazuela, hombres sin dientes apuraban su aperitivo de aceitunas machacadas, risotadas viriles y palillos. Caminó con zancada huidiza, el plantón le achataba los hombros. Supo que estaba desertando, temeroso no sabía muy bien de qué. Se le acortaban los músculos y, de entre todos ellos, el corazón se le hizo enano. La trampa implícita en el plan de «dejar transcurrir los acontecimientos» residía en conformarse con los muebles rotos y el riesgo de perder lo poco que sus dedos se habían prometido apresar de Samantha: los remolinos de tersura en su brazo, la conversación con esperanza y *El apartamento* en el auto-cine. Se desesperó en la confusión: puestos a arriesgar, ¿no era más propio de un soldado hacerlo en el combate? ¿Debía conformarse con ser un cangilón rodando en una noria empujada por un burro o debía luchar? ¿Y luchar por qué? Lo tuvo claro de pronto: por aquello en lo que creía, en ella y en las mañanas soleadas del Atlántico. Con la misma convicción con que había defendido su cordura durante años. Se recostó a la sombra sobre una pared de cal y se encendió un cigarro. Aspiró dos caladas y en el breve instante en que el tabaco se convertía en humo, en sombra y en nada, rectificó. Un relámpago de juventud le recorrió las piernas: quería salir a explorar, hacer noche en sus manos, acampar en su pecho. No se conformaba. Quería cargar de dinamita su destino.

Caminó con pasos rápidos hacia la calle Ruiz de Alda. Unos minutos después, tocó a la puerta con los nudillos.

Le pareció oír pasos, pero nadie abrió. Golpeó el llamador dos veces, con



fuerza. Por fin apareció Samantha.

—Márchese —dijo sin concesiones.

—No se preocupe, me voy, solo quería asegurarme de que está usted bien.

—El perfume de rosas lo agitó. La vio más guapa que nunca, con su melena corta recogida en una breve coleta alborotada.

—Pues claro que estoy bien...

—¿Necesita algo?

—Sí, conservar mi trabajo. Usted también, por cierto, así que dejémonos de tonterías. —Hizo el ademán de cerrar la puerta, pero él la detuvo con la mano.

—Espere, quiero contarle algo importante.

—Me está poniendo nerviosa —exclamó. Le agarró del brazo y, como si lo engullera, lo metió en el zaguán. El portazo se clavó en los oídos de Bainfield—. Aquí las paredes oyen, ¿qué quiere?

Permanecieron de pie en la semioscuridad del recibidor. El olor a rosas se hizo más intenso y Bainfield deseó besarla, pero solo acertó a decir:

—Nada, saber dónde estaba. Verla.

—Pues en mi casa, ¿le extraña?

Podía haberse sentido incómodo, incluso maltratado, pero le parecía justo. Al fin y al cabo, aún pensaba que no era digno de la paz sencilla que Samantha le proporcionaba.

—No, perdone. Le pido disculpas.

—De acuerdo, perdonado. Váyase.

—Quería contarle mi reunión con el capitán el otro día... —Ella le miró con impaciencia, pero no dijo nada. Bainfield prosiguió—: Me han apartado de patrullar y me obligan a ponerme bajo vigilancia médica de nuevo.

—Vaya. Lo siento.

—Quizá no se paran ahí.

—Paren, es subjuntivo.

—Quizá me llevan a América de vuelta. Eso me... —se interrumpió y agachó la cabeza. Se le encorvaron los hombros de caracol.

—Lleven, es subjuntivo.

—Bueno, ya me marcho.

—Espere. —Samantha salió de la gramática—. No se ponga en lo peor.

Tampoco lo van a cambiar de un día para otro.

—Así es como actúan exactamente. Y lo pueden hacer... En fin, quería pedirle algo. Los papeles que le di... Me gustaría que los leyera.

—Pensaba que me lo había prohibido.

—Ya no, léalos, por favor. En esos papeles estoy yo. Todo. Si le interesa conocerme...

—¿Todo?

—Mi vida.

Samantha accedió, fingiendo desgana. Se asomó a la calle furtivamente y miró a derecha e izquierda: nadie.

—Váyase ahora, rápido, que no le vean salir.

En cuanto Bainfield salió, cerró la puerta y cogió la carpeta. Nada le interesaba más en ese momento.

## Capítulo 9

«*Ubuntu*». (zulú).

«Amabilidad hacia los demás inspirada por el reconocimiento de que uno se hace humano en razón de otras personas».

Abrió el cajón del gavetero donde había depositado el sobre de Bainfield, lo sacó y extendió los papeles sobre el escritorio con cuidado de no desordenarlos. Eran cartas manuscritas, apiladas por orden cronológico. Tal como él le había explicado, la suma de aquellos documentos trágicos constituía una relación, la que había establecido con el filósofo Günther Hebbbs. Él conoció su caso cuando se encontraba en la cumbre de su notoriedad. Después de haber adquirido fama en Estados Unidos y Japón, el interés periodístico por su caso llegó a Europa y se publicaron varios reportajes, uno de ellos en la revista alemana *Stern*, donde Hebbbs lo leyó. Allí se detallaba la peripecia de Bainfield, que en ese momento se hallaba encerrado en Waco. Samantha volvió a amontonar las cartas ordenadas por fechas y salió con ellas bajo el brazo. Se dirigió al patio, con la idea de pasar la tarde leyéndolas en una hamaca, pero al asomarse ni siquiera pudo mantener los ojos abiertos. Un golpe del solazo triunfante de mediodía le cayó encima: se precipitaba en picado sobre los blancos y los azules de Rota, abriendo paso a la calma chicha de la siesta.

Cerró de nuevo la puerta del patio y se sentó en el sofá del salón con una manzana y un vaso de agua. Comenzó a leer. La primera carta tenía un tono administrativo que le decepcionó. Confiaba en desenmarañar el carácter

intrincado de Bainfield a través de aquella singular relación epistolar, pero constaba de un par de párrafos, fechados apenas dos semanas antes, relativos al activismo antinuclear. Dedujo que varios intelectuales estaban organizando una gran reunión en Viena, a la que llamarían congreso para darle más fuste, en la que debatirían sobre el uso militar de la tecnología nuclear y sus peligros para la humanidad. Al final redactarían un manifiesto y lo entregarían en la sede de la Organización Internacional de la Energía Atómica. Samantha no pudo evitar juzgar inútiles aquellos esfuerzos, demasiado pequeños frente al riesgo de guerra nuclear en que la crisis de los misiles estaba poniendo al mundo. El filósofo le pedía a Bainfield que participara en el congreso, convencido de que su testimonio resultaría más elocuente que todos los alegatos filosóficos, literarios o artísticos que pudieran verse allí.

No eran esas cuestiones prácticas las que suscitaban su interés. Le dio la vuelta al montón de legajos para empezar a leer las más antiguas, de manera que pudiera zambullirse en la relación de los dos hombres y lo que esta le revelara sobre Bainfield. La primera tenía fecha de 3 de junio de 1959. Günther Hebbes se disculpaba por invadir la privacidad de Bainfield presentándose por iniciativa propia, pero lo justificaba explicándole que tanto él como su círculo de amigos pensadores se habían conmovido por su desgracia, y para ellos se había convertido en un símbolo del futuro. Pero eso no era todo, Hebbes quería comprender su experiencia. Para gente como él, dedicado profesionalmente a dilucidar los problemas morales de su tiempo, constituía un reto y un compromiso ineludible. Escribía el filósofo:

*La tecnificación de la existencia, esto es, el hecho de que todos nosotros, sin saberlo, cual piezas de una máquina, podamos vernos implicados en acciones cuyos efectos seamos incapaces de prever y que, de poder preverlos, no podamos aprobar —esta tecnificación ha cambiado toda nuestra situación moral—. La técnica ha traído consigo la posibilidad de que seamos inocentemente culpables de una forma que no existió en los tiempos de nuestros padres.*

Samantha se detuvo en aquellas palabras manuscritas y subrayadas por dos veces en el original de Hebbes. No era un diagnóstico médico ni un fallo

judicial, sino un veredicto moral. No hubiera debido sorprenderse por la precisión de aquel filósofo, al fin y al cabo, ¿quién mejor dotado para un juicio ético que él? Se quedó pensativa con la perspicacia de aquel sintagma: inocentemente culpable. Significaba absolver y condenar a Bainfield al mismo tiempo. Condenarle como él se condenaba; absolverle como él no se absolvía. La paradoja del filósofo llevaba implícito el perdón, pero sobre todo permitía a Bainfield darle sentido a su experiencia. A ella le hablaba de su compleja personalidad.

En ese momento, el comandante enfilaba ya la desierta avenida de San Fernando. Todos habían desaparecido por la urgencia del sopor de media tarde. Caminaba despacio, algo aturdido por el calor, buscando la sombra. Se sentía satisfecho: a pesar del plantón, había logrado ver a Samantha y había accedido a su petición, de manera que se la imaginó con las cartas en la mano, adentrándose en los secretos de su alma. Evocó el día en que recibió la primera carta de Günther. Estaba encerrado en Waco, dado por loco, y de repente otro ser humano, a miles de kilómetros de distancia, pero con sensibilidad e inteligencia, comprendía lo que le estaba ocurriendo. Cuando en su día había leído aquello de «inocentemente culpable», no solo había sentido un calor humano que le hizo derramar una lágrima, sino que él mismo había entendido mejor lo que le ocurría. Hebbs le había explicado quién era él: un hombre que no podía sobrellevar el peso de la responsabilidad moral en solitario. Mientras los jefes militares y políticos, sus familiares y amigos y una parte de la sociedad americana lo tomaban por loco, él le había dicho que era el único cuerdo de todos. Por primera vez en años, no estaba solo frente al mundo.

Al llegar al puesto de control de la base, saludó al infante de marina americano. Era el soldado Johnson, con el que tenía cierta familiaridad:

—¿Cómo va el servicio? —le preguntó.

—Bien, señor. Demasiado movido para ser domingo, algo pasa.

Bainfield supo a qué obedecía aquella agitación. Las noticias sobre Cuba no dejaban de empeorar y quizá habría que movilizar a los oficiales de las bases europeas.

Irrumpió en su cabeza el doctor Sasaki en ropa interior, quemado y ensangrentado, aplicando compresas húmedas como un autómatas sobre las quemaduras de cientos de pieles. Una hilera de hombres, mujeres y niños escapaban de Hiroshima por la autopista Koi. Iban desnudos o en harapos. El calor de la bomba había dejado las flores de los kimonos impresas sobre la piel de las mujeres.

Samantha proseguía leyendo sobre esa nueva forma de culpa que acarreaba la tecnificación de la existencia. El filósofo manifestaba una convicción que lo unía a Richard. Lo que le había ocurrido a él en Hiroshima podría sucederle a cualquier ser humano a medida que la tecnología avanzara. Hebbbs veía las heridas del alma de Bainfield a cielo abierto. Y le explicaba a él mismo cómo había conseguido mantenerse humano en un universo bélico y tecnológico:

*El que usted no haya podido superar lo ocurrido es consolador, indica que ha logrado mantener viva su conciencia, a pesar de haber sido una simple pieza del aparato técnico y de haber cumplido su función. (...) El hecho de hacer daño a un solo hombre, pese a ser algo concebible, no es fácil de superar. Pero usted tiene la desgracia de haber dejado tras de sí doscientos mil muertos. ¿Cómo iba a ser posible sentir dolor por la muerte de doscientas mil personas? Nadie puede hacerlo. (...) Esta inutilidad se debe a nuestra situación en la era técnica: podemos producir más daño del que somos capaces de representarnos. Nuestra imaginación moral no nos alcanza.*

Bainfield se acercaba ya a su casa, cuando recordó la primera impresión que le produjo la comprensión de Günther hacia sus delitos. Después del asalto a la gasolinera, atracó algunas oficinas de correos. Fue refinando sus métodos hasta entregar un cheque sin fondos en una sastrería a cambio de un elegante traje de chaqueta de doscientos dólares. Lo detuvieron, pero nunca pasó más que unos meses en prisión. Günther los interpretó como los actos desesperados que eran, propios de alguien que no encontraba otra forma de decirle a la sociedad americana que no era su héroe, sino un criminal de

hermosa sonrisa. Solo les pudo hablar en el lenguaje del crimen, para decirles que no era un triunfador. Al entrar en su casa, recordó aquella frase de Hebbas gracias a la cual empezó a reconciliarse con su pasado: «También usted, Bainfield, es una víctima de Hiroshima. Y puede que esto también sea para usted, sino un consuelo, al menos un motivo de alegría».

Samantha empezó a comprender aquel dolor inconcebible sobre sus espaldas, siempre encorvadas. Volvió a mirar la fecha de la carta. Habían transcurrido catorce años desde el bombardeo de Hiroshima hasta que él recibió aquel consuelo de uno de sus semejantes. Fueron numerosos quienes le apoyaron, durante años recibió cartas de Estados Unidos y de Japón. Sin embargo, muy pocos le habían comprendido, quizá solo aquel filósofo. Al pensar en cómo sus actos habían desbordado su propia capacidad de imaginarlos, sintió por él una compasión sangrante. Ella sí era capaz de figurarse su dolor, porque era el de un solo hombre. Aquellas imágenes invasivas de los vivos y los muertos de Hiroshima que irrumpían en su cabeza constituían lo más parecido a hacerse cargo de sus actos. Era su imaginación moral trabajando *a posteriori*. Samantha sintió el dogal del dolor ajeno apretando su cuello. ¿Cómo sabe una si ama? ¿Dolerse con el dolor de otro es querer? ¿Compadecer es amar? ¿Supone al menos un buen comienzo para el amor? ¿Se puede compadecer y admirar a la vez, como le ocurría a ella? ¿Puede ocurrir cualquier cosa en el corazón sin que una sepa ponerle nombre? Aquella inagotable variedad de sentimientos la fatigaba. Si amar resultara tan sencillo como la furia partisana que había vivido en los partidos del Chelsea en el Stamford Bridge. Si consistiera solo en cuidar, como él cuidaba de Platón. Si equivaliera a echarlo de menos... Deseó que apareciera en aquel momento.

En el preciso instante en que Bainfield sacó las llaves ante la puerta de su casa, vio a Reika Sasaki con su pierna gangrenada bajo la lluvia. A su lado se recostaba una mujer con un solo pecho, junto a ella, un hombre con la cara quemada y las cejas colgando. El reportaje de John Hersey en *The New Yorker*, un año después de la bomba, le permitió ver los rostros de sus víctimas anónimas. Fue la primera vez que se puso cara a cara frente a ellas y

desde entonces no habían dejado de perseguirle, con sus heridas amarillas o rojas o purulentas. Malolientes. Günther reconocía su heroísmo, pero él se sabía solo un superviviente más de Hiroshima. Deseó que la lectura de las cartas despertara los sentimientos de Samantha... Pero ¿cuáles? ¿Compasión ante su sufrimiento, temor a su supuesta locura, admiración hacia su fortaleza, como la que había suscitado en el filósofo? Al abrir la puerta se estableció corriente y los visillos de color hueso ondularon la estancia. Se hinchaban y se deshinchaban filtrando el sol de ámbar. Olía a sal marina, como huele un día nuevo.



## Capítulo 10

«*Hiraeth*». (galés).

«Nostalgia de lugares a los que no puedes volver, de lugares perdidos del pasado o que jamás existieron».

Se le agotó la paciencia antes que la esperanza y, después de algunas semanas, Samantha supo que no debía aguardar más las averiguaciones de Arenas en el Hospital. Nunca iban a llegar. Las circunstancias, los vecinos y el ministro de Gobernación habían inculcado en el teniente una ansiedad gregaria por ser aceptado, endureciendo su basta piel hasta hacerla impermeable al sufrimiento ajeno si venía con complicaciones.

Decidió que iría ella misma al hospital esa mañana y se improvisó una extranjería rotunda calándose el sombrero pastillero, *a la Jackie Kennedy*, que había comprado en Londres antes de que la primera dama del mundo lo luciera en la escalerilla de un avión. Se miró en su espejo sol y se deslumbró sola. Era forastera en su altura sofisticada y en el vuelo de sus manos de polemista. No vio ni rastro de su infancia huérfana, ni de su exilio, ni del paloduz en las tardes del Retiro. Le aterrorizaba imaginarse envuelta en eso que los libros ingleses llamaban el «terror blanco» de la dictadura: familias enteras perseguidas por desafectas, detenidas, torturadas. Sabía que para no acabar en una cárcel debía renegar con credibilidad del padre, que anhelaba, ocultar su niña dañada con manolequinas hechas del mismo charol que los tricornos. Arenas había obtenido cierta información valiosa, hasta donde pudo hacerlo sin comprometerse. Gracias a él supo que su padre vino a Cádiz

para solicitar su reingreso como maestro a la Comisión Depuradora Provincial, que filtraba hombres como aguas fecales. Se arriesgó porque contaba con el informe favorable de su amigo, el brigada Arenas de la Guardia Civil, que luego resultó estar muerto. Se sometió a la depuración pensando que, al no haber estado en la provincia durante la guerra, el pliego de cargos estaría limpio. Sin embargo, fue acusado de «leer prensa de izquierdas», «corromper a los niños con ideas ateas» y una general «desafección a la patria». Desafección a la patria precisamente él, que por amor a su país no marchó al exilio; que quiso más a su patria que a su hija... Al parecer, según las indagaciones de Arenas hijo, no pudo alegar nada en su descargo y le denegaron el ingreso. Después se perdía su rastro. Volvía a aparecer en una orden de detención, acusado del delito de rebelión, él que había sido leal a su país y a sus obligaciones de maestro en un país analfabeto. La última pista que halló fue su paso por el hospital de San Fernando, de donde desapareció en circunstancias no aclaradas.

Por tanto, había concluido Samantha, la búsqueda debía continuar en el hospital. Seguramente le pedirían identificarse y ella, con calma, mostraría su pasaporte inglés, atribuyendo las diferencias leves en los apellidos a la existencia de dos ramas familiares, la inglesa y la española. Cabeza fría, candidez foránea y sombrero sin ala: ese era el plan. Aquella visita entrañaba un gran peligro, pero no había dejado atrás su vida en Londres para salir indemne de este viaje, sino para averiguar el paradero de su padre y así narrarse la educación sentimental de su infancia.

Salió de casa para coger el autobús de las diez, con tiempo suficiente para pasar por la farmacia. Quería comprar analgésicos.

—Buenos días, señora Porter, qué alegría verla... tan elegante.

El farmacéutico de Rota era temido y admirado por igual. Temido porque se le vinculaba a relaciones vengativas de posguerra. Admirado porque estudió en Madrid y regresó para abrir allí su botica. Se estableció en un pequeño local sin ventilación, pero enseguida ahorró y pudo trasladarse a la plaza, junto al bar Central. Aquel ascenso social de un hombre sin pedigrí farmacéutico encarnaba para muchos roteños el incipiente éxito de una clase media esforzada que pujaba por salir de la pobreza haciendo músculo con sus méritos. Hurtado desprendía el aire de suficiencia de quienes creen la fantasía

de haberse hecho a sí mismos, como si algún hombre pudiera sostenerse solo. Para los de arriba, era un hombre listo; para los de abajo, un ejemplo. Rara vez se desprendía del antifaz de sus gafas oscuras, bajo las cuales sus ojos se adivinaban negros y pequeños como morralla de carbón. Las lenguas informadas aseguraban que se había quedado tuerto de una paliza. Al dirigirse a Samantha suspendió su tono arisco de comerciante sin competencia. Con ella era amable porque la amaba —o, al menos, la deseaba— desde el primer día que apareció por allí, pero no entendía sus desaires. Su madre no dejaba de insistir en que un farmacéutico soltero constituía, sencillamente, la pieza que cualquier mujer querría cobrarse.

—Buenas, Hurtado. —Samantha contestó como si su campanilla tocara a muerto.

—Usted dirá.

—Deme una caja de Okal, por favor.

La sacó del cajón bajo el mostrador, sin apartar la mirada oscura de los ojos de Samantha.

—Tanto traducir, tanto traducir... Al final le tiene que doler la cabeza, claro.

—Será eso. —No se esforzó en sonreír—. Deme algo para los mareos también.

—Si una tarde quiere usted venir a tomar café a casa, ya le he dicho otras veces que mi madre lo hace muy rico. Y en nuestro patio corre bien el aire.

—Se lo agradezco, como siempre, Hurtado. Pero tengo mucho trabajo últimamente.

A sus espaldas sonó la voz de un hombre, grave e intimidatoria, como recién salido de hibernar.

—Okal, lo que yo necesito. —Era el agente Gutiérrez de la brigadilla, y había entrado con tanto sigilo que Samantha no le había oído. Con el sobresalto sus hombros respingaron y él se sintió satisfecho. Su misión fundamental en Rota consistía en infundir terror entre los culpables, los inocentes, los sospechosos y los que pudieran sospecharse sospechosos—. Vaya, sé asusta usted con facilidad —prosiguió.

—Me ha sorprendido —balbució Samantha—. Eso es todo.

—El que nada debe nada teme... Usted es joven y guapa, no se asuste.

Tiene mucho que ofrecer. —Al decirlo, acercó su cara hasta quedarse a apenas unos centímetros de distancia de Samantha. Ella retrocedió un paso.

—Eso mismo le digo yo —terció Hurtado—, que las mujeres no están hechas para trabajar tanto y menos con la cabeza. Si se casara usted, viviría más tranquila.

—Lo dudo. —Trató de conferir seguridad a sus palabras, pero se había quedado acorralada entre el policía, el mostrador y el farmacéutico, cuya papada reverberaba ahora sobre el cuello de la camisa. Sacó una moneda de cinco duros para pagar.

—Créame, algún día se arrepentirá.

¿La cortejaba o la amenazaba? Salió de la farmacia con paso ligero. Los dos hombres siguieron hablando de ella. Mal.

Hurtado no era un cacique, pero sí amigo de los caciques; no era ignorante, pero le gustaba que los demás lo fueran; no ostentaba poder político alguno, pero un día, después de misa, sintió cómo el pueblo llano de los bancos de atrás se hacía a un lado para cederle el paso al salir. Fue justo tras abrir el segundo local de farmacia y supo que había llegado. Estaba convencido de que no podría impresionar a Samantha mientras ella no fuera a misa y lo viera, no como un comerciante de pueblo, sino como uno de aquellos pechos de fuelle poderoso que salían henchidos de la iglesia, palmeteando las espaldas de otros hombres igual de importantes. «Mira que ir a fijarte en la única mujer del pueblo que no cree en Dios», le recriminaba su madre. «Ya creerá, madre, ya creerá».

A la hora de comer llegó al hospital de San Fernando, un edificio chato, blanco y ruinoso que aún no se había recuperado de la posguerra o tal vez de la decadencia fin de siglo. Entró sin saber a dónde dirigirse y tiró por la izquierda sin ningún motivo. Después de atravesar el *hall* de entrada, se vio frente a un mostrador. No había nadie, esperó. Aunque el edificio disponía de grandes ventanales blancos, aquella era una zona de penumbra en el cruce de dos largos corredores. La pared del fondo amarilleaba. Un calendario del Sagrado Corazón de Jesús colgaba junto a un crucifijo de madera hinchada por la humedad. Debajo había un carro metálico con torundas de algodón en un

frasco, jeringas y agujas, un líquido desinfectante, un termómetro de mercurio, agua oxigenada.

De pronto, a través de una puerta entornada, intuyó un archivador de pie, en uno de cuyos cajones pudo distinguir perfectamente el rango de las letras M-P. Comenzó a repasar las preguntas que debía formular, con precisión, con rapidez, mostrando las inseguridades gramaticales justas para dar credibilidad a su historia. Quería que su padre estuviera vivo, pero tal vez lo prefiriera muerto. No sabía nada, solo que debía ceñir su pasado al pasado para que dejara de martillar su presente. Necesitaba saber si lo habían capturado o él había elegido abandonarlas.

Siempre lo conoció desconociéndole, con sus gafas de vidrios gruesos, embarcado en cualquier misión histórica. Era el heroico madrugador que salía de casa aún de noche, iluminando su camino con el candil de la alfabetización; el defensor de los pobres, el guía de los niños sin zapatos; el apóstol de la liberación por el conocimiento; el maestro de esmerada caligrafía sobre el encerado que volvía a casa con la camisa arrugada y el traje azul tiznado de blanco. En aquella España nueva por la que luchaba no habría opresión ni ignorancia, según le resumía a su niña, que nunca consiguió ilusionarse con sus discursos: en aquel paraíso terrenal, ella no tendría padre.

Aparte del sueldo como maestro, obtenía algún dinero extra que, por caridad o gratitud, le daban las madres de sus alumnos menos pobres. Así era como ella sabía de su padre, mirando en un cenicero de piedra verde que imitaba cuarzo. Si por las mañanas había una peseta o unos céntimos, significaba que su padre había vuelto a dormir. Si no, estaba de misión alfabetizadora por España. Pero aquella mañana de agosto de 1937 en que partieron al exilio no encontró ninguna pista al despertar. Habían dormido en casa de unos conocidos de Gijón, que no tenían cenicero de falso cuarzo. Estaba desorientada en el mundo ininteligible de los mayores con sus rostros indescifrables, de los que ella solo sacaba en claro el terror. Su madre le comentó que su padre quizá aparecería en el puerto del Musel, y ella supo que no. Que serían ellas dos solas, apenas nada más que dos seres humanos buscando refugio.

Elena cogió los tres pasaportes ingleses, seguramente falsificados por un concienzudo tipógrafo madrileño, ahora encargado de atender las necesidades

de los civiles que huían de España. Tal vez fue Pedro Zuazu, muy amigo de Rafael, aventuró la madre. Juntos habían visto de lejos a Pablo Iglesias en alguna reunión y eran grandes amigos de Besteiro, Saborit, Cordero. Con su numeración correlativa, su timbre y su sello rojo sobre una hoja grisácea, John Porter, Helen Porter y Samantha Porter componían la perfecta familia inglesa unida por el apellido del varón. Su madre los comprobó varias veces.

—Tenemos que salir ya.

—¿Y papá?

Samantha recordaba perfectamente cómo había preguntado la pequeña Amanda. Y cómo su madre, adivinando o mintiendo, le dijo que quizá estaría en el muelle, le enseñó la fotografía del pasaporte y le hizo ver cuánto se parecía a su padre: «Sois clavaditos». El resto de su vida fue la única imagen que conservaron de él.

Rompía a amanecer cuando llegaron a la ensenada del puerto del Musel, acosado por los bombardeos de la Legión Cóndor. Había sacos terreros por todas partes, esperando ser trasladados para proteger algún sótano donde la gente se arracimaba cuatro o cinco veces al día. Elena sabía que debían huir ya, que las bombas no dejarían de caer y la huida en barco se complicaría en los últimos días, cuando todo el mundo quisiera evacuar.

Avistó una larga cola de mujeres y niños, algún que otro hombre desarmado, cargando con fardos, cajas de cartón atadas con cuerdas y maletas en las que cupo una vida porque tenía que caber. Con la silueta del cargadero al fondo, aquellas caras infantiles rodeadas de un paisaje hecho a brochazos de hulla y carbón parecían también mercancías. Todos buscaban escapar de la ciudad en cualquier cosa que flotara: un vapor, un mercante, un remolcador, una barcaza.

Sus pasaportes y un nombre propio que Elena pronunció en el oído de un patrón les consiguieron dos embarques en un pesquero que partía hacia la costa francesa. Desde allí tratarían de llegar a Inglaterra. Apenas pusieron un pie en cubierta, sonó la sirena y zarparon. Amandita, como la llamaba su padre, comenzó a llorar: «¿Por qué no viene papá?». Su madre tenía unas ojeras como nubarrones negros, pero no dejó caer una gota. Se puso sus gafas de bibliotecaria y dijo: «Tengo que ponerte a salvo».

Cientos de miles de niños marchaban solos a países mucho más lejanos, le

contó, y por ello debía sentirse afortunada: estaba con su madre. Desde la rada de Brest emprendieron el segundo viaje, hasta Inglaterra, mientras Asturias terminaba de caer en manos de los militares sublevados contra la República. «¿Sabe papá dónde estamos?». «Sí, nos encontrará». Pero ambas sabían que no era verdad. También cuando la pequeña Amanda nació él sabía dónde estaban y tardó casi dos semanas en aparecer. Ella nunca supo si fue falta de prisa o falta de ganas, pero el caso era que, en el momento de su llegada al mundo, cuando te rodean todos los brazos para darte calor, los de su padre no estuvieron. De entonces le venía aquella herida figurada en su costado, por la que el viento polar entraba hasta su pecho cuando las cosas se ponían difíciles.

Al cabo de un año, ya establecidas en Londres, Amandita seguía reiterando la pregunta y su madre zanjó para siempre la conversación: «Papá no va a venir, y lo que tienes que contestar si te preguntan es que murió en la guerra de España». No le dijo que hubiera muerto de verdad, sino que eso era lo que debía decir. Se convirtió en la única niña de su infancia que no sabía si tenía padre o no. Había niños huérfanos, con padres divorciados o que los perdieron en otra guerra. Solo ella ignoraba su condición. Con el transcurso de los años, inventó por fin la frase que, sin mentir, contestaba a los curiosos: «Mi padre está en España». Y nadie preguntaba si vivo o muerto. Su corazón de niña pareció encajar aquella identidad difusa mejor que su alma de adulta, pero se debió solo a que lo enterró en lo más hondo de su memoria, porque era incapaz de comprenderlo o tan siquiera manejarlo. Al hacerse mayor, fue perdiendo poco a poco la costumbre de vivir sin padre. Cada día que pasaba lo había extrañado más, se había hecho más y más preguntas, pero nunca se atrevió a formularlas en voz alta porque su madre lo había convertido en un tabú. Solo en sus últimos días Samantha inquirió por el momento exacto en que su madre supo que él no iba a venir. «Nunca estuvo, Amanda, eso es todo», contestó lacónica. El mismo día que el médico le dijo a Samantha que su madre no viviría más de tres meses, Samantha decidió que se marcharía a España cuando la enterrara. La justificación —mi padre está en España— se había convertido en verdadera con el tiempo.

De repente se encontró frente a una enfermera ataviada de blanco, de la cofia a los zuecos, con su traje blanco, su delantal blanco y sus dientes blancos sonrientes.

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—Quería información sobre Rafael Portero. —Se aseguró de pronunciar las erres desvaídas, como buena anglosajona.

—¿Es un familiar ingresado?

—En realidad, no. —Exageró el titubeo de su gramática con un preámbulo despistado, *beg your pardon* soy una pariente lejana y leves errores sintácticos—. No sabemos nada de él por años, no hay en España familiares y la parte inglesa de la familia averigua qué pasó a él. Tenemos asuntos familiares para resolver... —Mentía y, por primera vez desde los diez años, al mentir casi rozaba la verdad sobre el paradero de su padre.

—Comprendo. —Con eficaz desinterés administrativo, la enfermera se volvió hacia el archivador, se acuclilló y abrió el último cajón. Samantha se puso de puntillas, atisbando por encima de su hombro.

—¿En qué fecha dice que estuvo aquí?

—No sabemos, 1937,1938... —Se ajustó el sombrero con los dedos de la mano izquierda.

—Miraré en el otro archivador, ya hace tiempo...

Samantha se quedó sola en la encrucijada de pasillos. No había nadie, salvo un grupo de celadores ociosos a unos metros de ella, sentados en torno a su almuerzo. El olor de su panceta frita se amasaba en el aire con los efluvios de formol y anestesia que exudaban las paredes. La enfermera regresó con una carpeta polvorienta. La abrió sobre el mostrador y estornudó, mientras Samantha veía la fotografía de su padre, del mismo color sepia que llevaba impreso en su retina desde el día que huyeron de Gijón. Tras ojear un par de papeles, la enfermera sacó de otro cajón una segunda carpeta, repleta de hojas que sobresalían, como si fuera a reventar. Extrajo un documento y lo leyó para sí, bisbiseando con los labios racimos de sílabas. Samantha intentó leer al revés, pero la enfermera puso de un golpe su mano sobre el texto y la miró. Los cuatro ojos sintieron miedo. Ambas se escrutaron en el temor recíproco y



un latigazo de pánico sacudió el aire, llevándose las motas de polvo flotantes. Samantha intuyó que había descubierto algo importante, quizá justo lo que la delataba.

La enfermera salió por una puerta lateral con la intención de aproximarse a Samantha. De hecho, musitó: «Voy a explicarle despacio». Samantha, sin embargo, no escuchó. Su pánico juzgó aquellos movimientos amenazadores y su cráneo asustado le oprimió la facultad de pensar antes de actuar. Se dio media vuelta y salió andando a toda prisa. Mientras huía imaginó a la blanca enfermera tras ella con el director del hospital, el jefe de policía y el cabo de guardia, pero lo cierto es que salió al otro lado del mostrador y vio que Samantha se había esfumado. Miró en todas direcciones y, por fin, la vio a lo lejos: «Señora Portero, señora Portero», gritó. Hizo intención de salir tras ella, pero Samantha había echado a correr nada más oír su apellido español. Los celadores levantaron un instante la vista de sus bocadillos y la posaron perplejos en el revuelo de gritos y taconeos.

Al salir del hospital acelerada, Samantha tropezó con el muñón de una pierna tullida que pedía limosna. Estuvo a punto de rodar por la escalinata, pero solo se le cayó el sombrero. Lo agarró para no dejar pistas y ni siquiera masculló algo en contra de aquel mendigo que había estado a punto de matarla. Sudaba, pero no paró hasta llegar a la estación de autobuses, jadeante, casi al punto de ebullición. Sintió un momento de paz al ver que el autobús hacia Rota estaba a punto de salir.

Al abandonar San Fernando y coger la carretera general, el baqueteo agitaba sus vísceras arriba y abajo. Se sentía exhausta. Todo había sido en vano. No entendía lo que había hecho: se había puesto en riesgo para acabar huyendo. Todo aquello la desbordaba, el miedo le consumía los nervios y entornó los ojos. Le ordenó a su cabeza calmarse, pero no lo conseguía. Había aprendido a no confundir sus pensamientos con los hechos y a buscar siempre la explicación favorable de la realidad. Pero no podía quitarse de la cabeza que aquella enfermera la había identificado como hija de Rafael Portero. «Sois clavaditos». La enfermera irrumpía nívea en su imaginación, con papeles, rejas y esposas. Nunca había estado más cerca de las respuestas a sus preguntas y se empezó a justificar. Su incertidumbre crónica se sintió amenazada por la certeza de las palabras escritas en aquellos legajos, aunque

ella no pudiera reconocerlo. Su nombre a gritos reverberaba en su memoria: «Señora Portero, señora Portero». Era la primera vez en su vida adulta que la llamaban así. Sintió el impulso de atender y luego el pánico. El miedo le estalló en los tímpanos, como si fueran la bocamina del dolor extraído a pico y pala de sus entrañas. Al enfilarse la comarcal, alguien le gritó al conductor que cerrara la ventanilla para evitar que entrara el polvo del camino. El autobús dejaba una tolvanera tras de sí.

En aquellas carpetas había información crucial, de lo contrario no se explicaba la mirada heladora de la enfermera. Lo único que le consolaba era saber, ahora a ciencia cierta, que no lo habían tiroteado en una calleja de Gijón, ni lo habían fusilado, ni había muerto en un bombardeo. Había llegado vivo hasta un hospital de Cádiz, se confirmaban las averiguaciones de Arenas. ¿Qué sucedió después? Y lo que más le importaba: ¿qué había ocurrido antes? ¿Por qué las dejó marchar solas al exilio? Las había abandonado, como ella había sospechado muchas veces. «Nunca estuvo, eso es todo». Su madre tenía razón. A ella la había abandonado desde que nació. Cuando volvía de alguna misión siempre le daba grandes abrazos, proporcionales a la ausencia, y se ponía a leer con ella un cuento de *Las mil y una noches*. Se maravillaba de lo bien que leía su hija, sin haberla casi enseñado: «Cuando hube regresado de mi último viaje, formé el decidido propósito de no volver a embarcarme. Pero cierto día me anunciaron que un oficial del califa deseaba hablarme». Ella proseguía leyendo hasta que los ojos hormigueaban y los labios ya no emitían más que un susurro continuo, quería retenerse con vida junto a su padre, como la narradora del califa. Pero nunca lo conseguía y a la mañana siguiente él se había marchado a leer con otros niños.

«Nunca estuvo, eso es todo». Se había resistido a creerlo durante mucho tiempo, achacándolo a la naturaleza desconfiada de su madre. Se sentía doblemente derrotada por tener que darle la razón, pero los indicios eran elocuentes. Cabía la posibilidad de encontrarlo con vida, pero quizá él no quisiera ser encontrado. Sintió la soledad fondear en su vientre. Tenía que hacerse con esas carpetas y su única posibilidad era el teniente Arenas. Se dirigió al cuartel directamente nada más bajar del autobús en Rota.

—Olvídelo, doña Samantha, olvídese de eso. —Arenas no se conmovió cuando ella le contó su viaje al hospital y le pidió que consiguiera las carpetas

de su padre. No iba a involucrarse—. Yo no puedo hacer eso, mujer. Aquí me conocen mucho y más en ese hospital, que es militar. Me la juego si hago eso.

—Igual alguien de su confianza podría...

—Peor, eso nos compromete a los dos. Es imposible, hágase cargo.

Samantha se despidió de mala gana. Arenas tenía razón y eso solo la frustraba más. Notó grumos en la saliva, como si estuviera espesando a fango. Le obstruía la garganta. Al sentir arcadas, se alejó rápidamente hacia la playa. Vomitó sobre la arena. Ni siquiera tenía fuerzas para la rabia. El puño sordo de la ira la tenía agarrada por el estómago, golpeando como un reloj que marcara las horas: todas hieren, la última mata. No se reconocía en aquel torbellino físico y psíquico, ella, la experta en controlar sus emociones mejor que una auténtica inglesa. Si su madre la viera, le afearía aquella debilidad, como el día que volvió del Colegio llorando porque las niñas con pecas se reían de su acento extranjero. Alzó la vista: el hermoso sol de ámbar caía sobre la línea del horizonte. Caminaba lentamente por la playa, hundiéndose con cada paso. Toda una vida ignorando quién era su padre, buscando una excusa a su abandono que ahora se esfumaba, mientras la evidencia cobraba cuerpo. ¿Por qué nunca viniste a buscarme?

Arrastrando los pies se fue acercando al mar: ¿cómo podía caber la infinitud del agua en un monosílabo? Se sentó en la orilla y rompió a llorar. El frescor en las piernas alivió la comezón de sus entrañas. Se estremeció cuando las olas le tocaron el vientre, pero enseguida se hizo a la temperatura marina. A otras cosas no se acostumbra una nunca. ¿Cómo era poder decirle al gamberro que se reía de tu acento que tu padre le iba a dar una paliza? ¿Cómo era graduarse con las mejores notas y enorgullecerlo? ¿Qué se siente cuando te besan la frente?

Un grano de sal penetró en su labio inferior, que había empezado a agrietarse. El escozor le hizo frotarse y se le enrojecieron más. Las olas desperdigaban gotas sobre ella. Su pecho se fue llenando de arroyuelos de sal marina; su rostro, de lágrimas negras y hiel. Se desmayó. Y el Atlántico siguió trepándola con su lenta marea.

# Capítulo 11

«*Luscofusco*». (gallego).

«Momento de transición entre el día y la noche: crepúsculo y alba».

Después de pasar el día desocupado deambulando por la base, el comandante Richard Bainfield salió a dar un paseo por la playa. Caminaba descalzo, chapoteando por la orilla, con los zapatos en la mano. A lo lejos distinguió cómo en un punto la línea del agua marina se desdibujaba en rizos irregulares, dejando ver una protuberancia burbujeante. Aguzó la vista. Las olas se enrollaban y desenrollaban como una persiana marina sobre un cuerpo. Aceleró el paso, reconoció a Samantha, musitó su nombre. Corrió. De los distintos encuentros fortuitos con los que había soñado desde el día del plantón en el bar Central, ninguno pasaba por sacar su cuerpo rendido de debajo de una losa de agua, sin apenas oxígeno en los pulmones.

—¡Samantha! ¡Samantha! —Estaba inconsciente y no contestaba—. Vamos, respire, respire normal.

La alejó de la orilla y trató de incorporarla, pero no lo consiguió: pesaba como si se hubiera bebido un océano. Bainfield la tumbó de lado, tal como le habían enseñado en los cursos de salvamento, y comenzó a acarrear agua en sus manos. Se la arrojaba en la cara para espabilarla, pero ella no se inmutaba. Le tomó el pulso. Vivía. Le dio dos bofetones, uno en cada mejilla.

Con un rebufo de ballena, Samantha expulsó por la nariz y la boca agua salada mezclada con mucosa, saliva y brillantes granos de arena. Poco después comenzó a pestañear. Vomitó mientras él le sujetaba la frente húmeda.

Samantha recobró poco a poco el resuello. Respiraba agitada.

—Tiene que quitarse esta ropa mojada o cogerá una pulmonía. —Bainfield la cubrió con su chaqueta—. La llevaré a su casa. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Empezaba a comprender lo que oía, pero seguía sin articular palabra. Cuando recuperó la plena conciencia, sintió escalofríos que serpenteaban sus extremidades lacias. Richard ya no la sujetaba, la abrazaba. Permanecieron sentados en silencio. Por fin, ella murmuró: «No me suelte», como si temiera caer a las aguas abisales donde no existe el sol.

—¿Qué me ha pasado?

—No lo sé, la encontré ahí tirada en la orilla, casi cubierta por el agua.

—Creo que me desmayé. Estaba pensando en todo y...

—Ha estado a punto de ahogarse, la marea sube rápido a estas horas.

—Me ha salvado.

Ahora sí, Richard saboreó por fin el orgullo dulce de los héroes.

—Vayamos a mi coche, lo tengo ahí al lado. La dejaré en su casa.

Ya en la puerta, Samantha le invitó a entrar.

—Pase, por favor. Acaba usted de salvarme la vida. No andemos con remilgos.

—¿Remilgo?

—Sí, son miramientos, contemplaciones..., tonterías, vamos.

—Remilgo, remilgo, remilgo...

—Se dice en plural, pero no se la aprenda, es una palabra un poco antigua, mi abuela la usaba.

—Pero si la conoce usted, no será tan rara.

Samantha ganó tiempo con una sonrisa de compromiso mientras pensaba una excusa. La debilidad ralentizaba su mente y ella, rápida por naturaleza, se sentía como un caballo berberisco atado a un poste. Finalmente encontró una salida.

—He aprendido mucho español leyendo. Los escritores usan esas palabras. A lo mejor aquí también, se habla bien en Andalucía.

—Pero el acento es horrible. A veces no entiendo nada.

—Sí, pero el vocabulario es muy rico: zarcillos, aljibe son palabras que solo usan aquí.

—¿Qué significan?

—Zarcillos son pendientes. Aljibe, una piscina.

Bainfield pronunció «aljibe» aspirando la jota, pero entre las dos zetas de «zarcillos» se trabó y desistió.

—Habla usted como una nativa.

—Gracias por el cumplido.

—¿Cumplido? Cumplir es hacer algo que uno ha prometido, ¿no?

—Es un halago —zanjó. Estaba cansada. Le indicó con un gesto que la esperara en el salón y se metió en su cuarto para ponerse ropa seca.

Richard deambulaba por la estancia. En la pared colgaba una lámina enmarcada. No sabía nada de arte, pero se quedó a contemplar los azules, añiles y morados de la mirada ultravioleta de Monet. Sobre la mesa había una Smith-Corona, con un folio rizado en el carro, a medio escribir, y unos papeles en inglés con el timbre de la US Navy. Trataban de una bomba hidráulica para una excavadora y de la construcción de nuevos pabellones en la base. También vio una carpeta cerrada de la que asomaban recortes de prensa. La abrió y se dio de bruces consigo mismo, con los héroes de Hiroshima cuando aún no sabían que serían inocentemente culpables. No se reconoció. Aquel hombre joven con el júbilo de una bomba en los ojos no era él.

De pronto vio la ceniza de la tarde polvorienta en el parque Asano de Hiroshima. Al estar lejos del epicentro de la explosión, la vegetación se había salvado: los bambúes tenían hojas, los juncos encontraban el agua de los arroyos, los troncos de los pinos no se habían calcinado. La savia seguía circulando. Los heridos llegaban en tropel a refugiarse entre los árboles. Se agolpaban los vivos y los muertos. La muerte había pasado con su guadaña de adornos coloridos y su mala puntería. Resultaba imposible distinguirlos porque todos permanecían inmóviles, con los ojos abiertos y desprovistos de expresión, ignorando si caerían del lado de los supervivientes que recuerdan o de los muertos que se olvidan.

Yoko Nakamura y sus hijos se sentaron al lado del riachuelo, junto al bosquecillo de laureles, queriendo aspirar el último aliento del verdor. Bebieron agua y empezaron a toser. A causa del olor de la ionización

producido por la fisión de la bomba, vomitaron durante cuatro días. El joven Richard Bainfield también murió allí, pero Richard nunca le rezó un rosario de difuntos. Por él podía arder eternamente en el infierno. Le odiaba y tenía que expiar sus actos. Era un desconocido que lo había nombrado heredero universal de una culpa próspera, brillante, afilada.

Samantha irrumpió en el pasillo atusándose el pelo mojado con una toalla de mano. Se había puesto una camisa de seda verde de cuello barco y un pantalón cómodo.

—Disculpe el desorden, no esperaba visita. En general, no tengo visitas. De hecho, usted es el primero que viene a esta casa.

Richard se giró. Enarbolaba la página del *Times*.

—Veo que investiga sobre mí.

—Sí. —Sonrió—. ¿Le sorprende?

—No, me gusta. Guarda usted periódicos muy viejos.

—Mi madre tenía esa costumbre.

—¿Ahora me cree?

—Sí, aunque ha cambiado usted mucho.

—Todo.

Samantha abrió la puerta de fuelle de su cocina americana y se dispuso a preparar un café. Él se acercó.

—Sé que nunca me castigarán por lo que hice.

—¿Qué pasó con su mujer?

—Se divorció. Le robé incluso a ella. —Se cubrió la cara con la mano izquierda.

—¿A ella también?

—Me quitó las llaves del coche, para que no *condujera* bebido.

—Se dice «condujera».

—Eso... Yo le arranqué los cables, hice un puente y me marché. Llamó a la policía y me detuvieron. Me volvieron a ingresar en Waco. Usted pensará que estoy loco también... —Samantha no contestó. Richard quedó pensativo unos instantes—. En aquel ingreso me dieron choques de insulina.

—¿Qué es eso?

—Me inducían el coma con inyecciones de insulina. Sufría convulsiones hasta perder la conciencia. Luego me daban descargas eléctricas... Me

llegaron a tener sesenta horas en coma. Después me resucitaban con glucosa.

—¿Para qué sirve esa barbaridad?

—Se lo hacen a los esquizofrénicos y los psicóticos. Es un tratamiento que no vives en realidad, porque cuando te lo dan no estás consciente y, sin embargo, te aterroriza. Yo temblaba cuando se acercaba el momento. Mi cerebro o mi alma o lo que sea sabía algo que mi conciencia ignoraba.

Empezaba a anochecer.

—¿Ha leído las cartas que le di?

—Sí —contestó Samantha.

—Entonces me comprende. Günther me explicaba cómo me sentía. Él me salvó. Me ayudó a entenderlo en vez de buscar mi condena asaltando gasolineras.

—O sea que lo del otro día... No fue la primera vez.

—No, la primera fue hace casi diez años. Entregué un cheque sin fondos, de una cantidad pequeña. Me juzgaron y me condenaron a nueve meses en la cárcel de Louisiana. Pero, en fin, no quiero recordar eso. Günther me decía que debía reflexionar sobre ello y aceptarlo.

El ulular de una lechuga entraba por la puerta abierta del patio. Samantha dio un sorbo a su café y se sentó en el sofá. Richard continuó relatando su rosario de delitos. Un nuevo atraco en Dallas y otro ingreso en Waco.

—En el informe, el médico me calificó de «lunático» —se rio—. Me diagnosticaron cambio de personalidad. Pero ¿cómo no iba a cambiar? ¿Se puede matar a cien mil personas y seguir siendo el mismo? —Richard se puso en pie y subió el tono de su voz—. La cuestión era en qué me había convertido, en qué me habían convertido ellos... Pero los psiquiatras no lo sabían. Günther, sí: inocentemente culpable. Ojalá lo hubiera tenido cerca de mí antes. Él me decía que yo era el único cuerdo, porque hice, frente a mis actos.

Samantha se empezó a inquietar. Richard, inmerso en su historia, hablaba a borbotones, como si ella no estuviera allí.

—Unos días quería gritar en medio de la calle qué había hecho. Otros, quería callarlo todo y seguir viviendo como si no hubiera pasado. Dicen que estoy fuera de la realidad, pero soy el único que tiene presente lo que hicimos.

—Qué paradoja.



—Cuanto más me negaban el castigo, más me obsesionaba. Sí, tal vez estuve loco algún tiempo. Para haber bombardeado Hiroshima con todas las consecuencias, no he salido tan mal. Eso me dice Günther. —Se sentó en el sofá y la miró de frente—. ¿Usted cree que estoy loco?

—Vaya, qué tarde es. ¿Otro café? ¿O mejor una cerveza? —Hizo el ademán de levantarse a traer algo más de la cocina, pero Richard la sujetó por el brazo.

—Cuénteme su vida. Yo he hablado demasiado.

—Mi vida es aburrida... No vale la pena.

—Dígame quién es. Yo también he tenido secretos: los huelo.

Samantha sonrió para disimular su intranquilidad.

—Este pueblo es muy pequeño. Todo se sabe.

—Una extranjera no usaría esas palabras, por muchos libros que haya leído... ¿Cómo era? ¿Bacilos?

—Zarcillos. —Samantha bajó la vista. El corazón le latía con ferocidad. De forma casi imperceptible, la seda de la camisa oscilaba con él arriba y abajo—. ¿Qué sabrá usted del español?

—Sé mucho de los seres humanos. He visto el alma humana al microscopio. He estado encerrado en una jaula con los animales salvajes de mi imaginación. Y he vuelto.

—Mis padres eran españoles. —La respuesta era elusiva, incluso fraudulenta, pero su mente ardía calculando el riesgo y necesitaba tiempo.

—¿Y usted nació en Londres?

Se levantó del sillón.

—Voy a por cerveza.

Parada ante la recién estrenada nevera, fingía buscar la botella que tenía ante sí. Richard salió al patio y encendió un cigarro, como si se preparara para una larga conversación. La miró de soslayo y, a lo lejos, ella vio sus ojos mullidos y calurosos bajo la luz amarilla del farol. Solo él podía ayudarla e intuyó que debía confiar. Contar la verdad entrañaba riesgos.

## Capítulo 12

«*Mamihlapinatapai*». (yagan).

«Mirada silenciosa entre dos personas cuando ambas quieren iniciar algo, pero ninguna se atreve a dar el primer paso».

Al agarrar la tumbona de madera, Richard se pellizcó con la bisagra. Se chupó la yema del dedo gordo y en el gesto Samantha no vio vulnerabilidad, sino erotismo. Él palmeteo sobre la otra hamaca vacía para que se sentara a su lado.

—Cuéntemelo en voz baja, no hay prisa.

Samantha mordisqueó los ribetes de su desesperación, que empezó a parecer manejable.

—De pequeña, guardaba la guinda de los pasteles para comerla después, cuando volviera mi padre y leyera conmigo.

Así comenzó el relato de su infancia anhelante, de la huida, el desarraigo y un pasaporte falso. Le contó durante un largo rato numerosos detalles de su vida, hasta que aterrizó en las dificultades de buscar a su padre sin desvelar que era su hija. Le describió el incidente del hospital.

—Éramos idénticos, él un poco bajito, pero fuerte. Disfrutaba haciendo gimnasia fuera del aula con los alumnos, «mis niños», como él los llamaba. Se colocaba frente a ellos y, con sus pantalones de tergal, empezaba: «Un, dos; un, dos». Estiraba los brazos hacia el suelo, pero no llegaba más allá de las rodillas, abría los brazos en cruz con un salto, los cerraba. Una vez corrí a ponerme a su lado en medio de la clase para seguirle. Me estaba divirtiendo

mucho, pero él me regañó con su mirada severa, me agarró del brazo y me mandó a la última fila, con los torpes. Sabía que aprendemos con el ejemplo. No me importó. Cuando me castigaba, me prestaba atención.

—¿Él también era rubio?

—Me tiño el pelo. Forma parte de mi disfraz. —Se aró la melena con los dedos y se colocó un mechón tras la oreja.

—Le favorece mucho. —Richard quiso distender el dramatismo. No le pasaba desapercibida la pena en los ojos de Samantha, que no logró sonreír.

—Gracias por...

—¡El cumplido! —completó Richard veloz.

—Es usted muy rápido. Ya habla español más deprisa que yo.

Él levantó el vaso de cerveza.

—Por los cumplidos... Y por usted.

—Deberíamos tutearnos: nos hemos contado todo... Casi. —Su voz se tornó grave—. Estoy en un callejón sin salida. Tanto esfuerzo para nada. Debí imaginar que me resultaría imposible dar con él. No puedes investigar sobre tu padre pensando que no te van a relacionar con él ni te van a condenar por lo que hizo, cualquiera que sea el delito de enseñar a leer. Así funciona mi país. Todos somos sospechosos; y la hija de un maestro republicano depurado, culpable. —Richard rio mientras asentía con la cabeza—. ¿De qué se ríe? —Samantha cogía impulso para indignarse—. ¿Acaso lo encuentra gracioso?

—¡Cómo es la vida! Usted es considerada culpable siendo inocente; y yo, inocente pese a ser culpable.

—La vida es perra.

—¿Perra?

—Cruel, injusta, áspera.

—Perra. Aprendo mucho vocabulario con usted.

—Contigo, Rick.

—Contigo, Samantha.

Al cabo de un rato, ella se levantó para fisgar desde la ventana de su cuarto qué hacían los vecinos. Seguían ahí, de tertulia en la acera. Rick no podía salir y decidió preparar algo de cena. Sacó dos tazones de gazpacho y un plato de jamón con picos.

—¿Nunca has perdido la esperanza? —le preguntó.

—Sin ella, no habría soportado los internamientos en Waco. No la perdí siquiera en el pabellón diez. Ni en los días de agosto en que me atontaban a drogas. En esos días no era capaz ni de escribir frases coherentes.

—¿Por qué en agosto?

—Al acercarse el aniversario de Hiroshima, temían que sufriera un brote, pero yo decía lo mismo todo el año.

Pasó por su cabeza la imagen del niño Hinata en carne viva, sus pies se hundían en el asfalto caliente y blando mientras caminaba aturdido entre incendios. Pero esta vez la visión fue apenas un relámpago.

—¿Cómo lo soportaste?

—Para entonces, gracias a Günther, había encontrado un propósito en mi vida: luchar juntos contra las armas atómicas. A mi Gobierno no le gustó la idea, claro.

—¿Lo sabían?

—Me leían las cartas. Todo era arbitrario. Yo no estaba incapacitado legalmente, pero le pidieron a mi hermano que se hiciera responsable de mí, algo a lo que él se negó. Pedí un juicio para que un juez estipulara si podía tomar mis propias decisiones y así vivir en libertad. Dos médicos corroboraron que no tenía ningún problema mental, pero al final siempre había algún informe superior que aseguraba que no podía salir. El juez escuchó mi testimonio, comprobó que yo razonaba de forma coherente. Aun así, no se atrevió a dejarme libre, pero les dijo: «Si este hombre no tiene el alta en tres meses, quiero volver a verle». Para mí fue un éxito. Nunca lograron desanimarme, mi único temor a veces era que sufrir tanto me estuviera haciendo invulnerable, de algún modo insensible a los sentimientos humanos, pero no... —Hizo una pausa para mirar a Samantha y prosiguió—: Miles de personas me mandaban cartas de apoyo desde todas partes del mundo. Incluso me escribían mujeres europeas haciéndome proposiciones de distinto tipo, hasta amorosas. Yo pensaba: ¿es que no hay hombres en Europa?

Samantha soltó una carcajada.

—Las mujeres tenemos una extraña afición al sufrimiento masculino. Los héroes nos encantan, y los mártires; cuanto más novelescos los hombres, más nos gustan.

—¿A ti también?

—Yo ya tengo los pies en la tierra. —Se hizo un silencio. Richard se sentía cómodo. Ella no—. Para mí, en todo caso, eres un hombre de carne y hueso. Y estás loco como lo estamos todos, quizá un poco menos. Estoy de acuerdo con Günther. —Un instinto fiero empujó a Richard a acercarse a ella. Se miraron en silencio, inmóviles. Pensaron lo mismo, pero ninguno se atrevió a recorrer los últimos centímetros. Ella giró la cara hacia el suelo—. Hay que ver, cuántos pétalos sueltan los geranios.

Richard se tomó unos largos segundos para sonreír mientras pensaba que podía responder a eso.

—Tienes un patio muy bonito. Me gustan las flores saliendo de las macetas y las rejas negras sobre la pared blanca. Es como tener un paisaje dentro de casa. Este pueblo es hermoso.

A continuación hizo un comentario sobre la devoción a la Virgen de los roteños. Todas las familias acogían en algún momento del año la imagen, que iba rodando de casa en casa con sus aderezos, inspirando plegarias y rogativas que luego se comentaban en la carnicería o el tabanco.

—Pronto vendrán a ofrecérmela, ya me debe de tocar —dijo Samantha—. Y no sé qué excusa poner. No quiero ser antipática, pero no creo en esas cosas.

—Quédatela cuando te la traigan. Es importante llevarse bien con los vecinos.

—La ayuda que necesito no es divina, sino humana.

—Si crees que yo puedo dártela, dímelo.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer?

—Cualquier cosa que me pidas.

—La única persona que hace lo que *le pido* soy yo misma, y no siempre. —Quiso ser displicente, alejarse de aquella lealtad que le invitaba a echar el ancla sobre un fondo mullido de posidonia. ¿Cómo sabe una si la quieren? Sus labios se fruncieron. Decidió plantearlo como una transacción—. ¿Y qué quieres a cambio?

—Yo también necesito tu ayuda, Samantha.

Se acomodó en la hamaca. Ahora todo consistía en negociar un acuerdo conveniente para ambos. Ella necesitaba que él acudiera al hospital; y él, saber qué diablos era la pastilla que le habían prescrito. El doctor Underwood

estaba de permiso esos días y no podía consultarle. No se la estaba tomando, pero quería averiguar qué trastorno le achacaban esta vez. Si lo habían catalogado de nuevo como un trastornado, porque no podía decirse que aquello fuera un diagnóstico, su situación volvía a ser crítica.

—¿Te acuerdas del marine que vino a buscarme cuando estábamos en mi casa, el día de la nevera?

—Sí.

—Me comunicaron que me van a abrir una investigación.

—Por tu atraco...

—Por mi atraco y por los proyectiles nucleares en Cuba. Están muy nerviosos. Ahora más que nunca, temen que yo describa cómo sería una guerra nuclear. Tienen razones para sospechar de mí, la verdad.

—¿Cómo acabará esa investigación?

—Como les dé la gana. Es posible que me devuelvan a América o que me encierren...

—Deberías tomar esa pastilla, Rick. —Samantha suavizó el tono de voz—. Si estuvieras curado, no lo habrías cometido.

—Llevo muchos años sin hacer tonterías, pero a mí también me afecta la escalada del conflicto con los rusos. Necesito contarle al mundo lo que yo sé de la bomba atómica, soy el único que puede describir cómo destruye nuestra imaginación moral. Pero te aseguro que estoy curado, no de una enfermedad que nunca he tenido, sino de mi culpa por participar en el apocalipsis.

Para Samantha no resultaba difícil averiguar algo sobre aquel medicamento. Se ofreció para ir a la farmacia al día siguiente con cualquier excusa.

—De acuerdo —dijo Rick—, dime qué puedo hacer yo. No sé cómo lo haces, pero siempre hablo yo antes.

—Conseguir la información que tienen de mi padre en el hospital de San Fernando.

—¿Me llevo a un agente de operaciones especiales? —ironizó—. Asaltar hospitales no es mi especialidad.

Samantha le explicó que debería presentarse como un familiar lejano, igual que hizo ella. Lo primero, debía excusarla por su huida abrupta, justificarla por encontrarse indispuesta de pronto o algo así; después, dejar claro que eran

de la misma familia y que iba a terminar lo que ella había empezado. Por último, salir de allí cuanto antes. Ella le esperaría en alguna cafetería de la zona.

Al cabo de un rato, Rick se levantó para marcharse. Al pasar junto a la mesa, miró de nuevo los recortes de prensa, quizá por vanidad. Tras detenerse en la extrañeza de su propia imagen, pasó algunas hojas hasta recalar en una noticia de 1947, donde un par de palabras subrayadas en rojo llamaron su atención.

—Diez años después de llegar a Londres, ¿tu madre aún aprendía inglés en los periódicos?

—No, para esa época ya hablaba como una nativa. Y no tardó mucho. En mi familia somos buenos para las lenguas. Por eso yo tengo este fluido español con acento inglés. —Samantha rio, pero el semblante de Richard denotaba preocupación.

—Aquí sigue habiendo palabras subrayadas... Y en los días siguientes también.

—Déjame ver.

Comprobó que era cierto. En una crónica que reclamaba la fundación de un Estado seguro para los judíos, la palabra «*father*» destacaba en rojo, casi en el último párrafo. En la siguiente noticia, era «*never*». Ávida de deshacer aquella intriga, Samantha fue pasando páginas, buscando la palabra roja en cada una: «*loved*», «*daughter*»...

—Dios mío —dijo—, esto es el mensaje en clave de mi madre. Siempre sospeché que lo había hecho, pero nunca he logrado dar con él. Toma, revisa esa parte. —Le dio a Richard la mitad de los papeles. Iban cantando cada palabra roja en voz alta, en un extraño bingo cuyo premio gordo ignoraban: «*abandoned*», decía uno; «*mistake*», exclamaba el otro. «*War*», «*hopeless*», «*search*»...

Después de un buen rato, la ristra de palabras se había convertido en tres frases plenas de sentido. Ella fue leyéndolas una a una, mientras Rick las anotaba en un papel:

—«*Father-never-loved-daughter. The-war-was-excuse-your-search-makes-no-sense*» —balbució Samantha—. *Daughter* soy yo. —Lo repitió tres veces en voz alta, para creérselo—. «Tu padre nunca quiso a su hija. La guerra

fue una excusa. Tu búsqueda no tiene sentido». La respiración se le atascó en gemidos intermitentes. Miraba la caligrafía, de Richard sobre el papel. Con pucheros de niña que intenta disimular su frustración, dijo: —Tienes una letra muy bonita.

—Lo siento —dijo él.

Samantha escuchaba en su pecho una sorda cuenta atrás.

—Es mejor que te vayas.

—No. —Le echó el brazo por el hombro, pero ella lo retiró—. Soy tu amigo. —Volvió a darle asilo en sus brazos, era lo único que podía hacer, y esta vez lo aceptó.

Entonces ella se acurrucó en el pecho de Richard, que olía a jabón Lagarto, como las coladas de su infancia, y la cuenta atrás tocó a su fin. El estallido ocurrió al ralentí. La onda expansiva del dolor fue recorriendo metódicamente su cuerpo. Un jugo de gotas de veneno afiladas se desparramó alegre por sus vísceras. Se estrelló con el estómago, golpeó el hígado, chocó con la garganta, hendió el corazón. Y agonizó por las arterias, hasta la última pulgada de sus entrañas. La metralla la hacía añicos, asida al cuerpo de Richard.

En el calor mutuo, el culpable consolaba a la inocente; la culpable le hacía verse cuerdo; el inocente besaba a la abandonada; la fuerte necesitaba al loco.

—Yo te ayudaré. Iremos al hospital —dijo Richard.

—No tiene sentido —sollozó.

Se sentaron en el sofá, acomodando los cuerpos. Al cabo de un buen rato, Samantha acabó de llorar y, poco a poco, se fue quedando dormida. Cuando terminó de conciliar el sueño, Richard la tumbó, le cubrió el vientre y el pecho con la manta escocesa del patio y se marchó. Era plena madrugada y no había ni una silla en la acera. Los vecinos habían concluido su tertulia y se habían retirado.

Apenas dobló la esquina, justo cuando estaba a punto de alegrarse porque nadie lo había visto salir, se topó con la pareja de la Guardia Civil patrullando.

—Comandante, buenas noches.

Era Arenas, y Bainfield lo saludó con la mano para evitar detenerse.

—Hace buena noche, ¿eh? —insistió Arenas—. ¿Qué? ¿Dando un



paseílo?

—De vuelta a la base. Trabajos nocturnos.

—Precisamente por aquí, ¿verdad? Claro.

No le creía, lógicamente. Los americanos no estaban autorizados a hacer trabajos fuera de la base sin un permiso específico, y menos de noche. Si fuera cierto, la Guardia Civil estaría avisada.

De pronto Richard se detuvo en seco y levantó la vista hacia el coche patrulla. Miró a Arenas e imaginó el placer de pedirle explicaciones por haber dejado a Samantha en la estacada, y después darle un puñetazo para ajustar las cuentas. Arenas sintió el desprecio en sus ojos y le dio una palmada en el muslo al cabo conductor para que siguiera.

—Muy bien. Hala, a descansar.

Rick contuvo su desprecio. Él brindaría a Samantha la ayuda que aquel pobre diablo le había negado.

## Capítulo 13

«*Verschlimmbessem*». (alemán).

«Empeorar algo cuando se está intentando mejorarlo».

En los dominios de su farmacia, Hurtado le vendía un linimento matadolores a doña Remedios, que sufría hinchazón en los tobillos.

—Esto se lo quita. Huele fuerte, pero es bueno.

—Huy, a ver si no voy a poder salir de casa con la peste, don Adolfo.

—Huele porque hace efecto, como el agua oxigenada cuando escuece...  
Lléveselo.

—Ya, ya...

Samantha entró en la farmacia. Hurtado se sorprendió de verla con expresión alegre. Mientras se acercaba al mostrador, iba derrochando una sonrisa espléndida, como nunca la había visto. Y se la regalaba sin dudas a él, pues no dejaba de mirarle a los ojos, también sonrientes. Se tocó los botones de la bata blanca, para asegurarse de tenerla bien abrochada, y se la planchó con las palmas de las manos, nervioso.

—Buenos días, doña Samantha.

—Buenos días, don Adolfo.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila y Hurtado lo interpretó como una señal: al fin había cambiado de actitud hacia él. Samantha le hizo un gesto sutil con la mano, invitándole a alejarse hacia el otro extremo del mostrador con expresión de complicidad. Doña Remedios se quedó a pie firme, mirándolos por el rabillo del ojo y guardando la calderilla moneda a

moneda. El deseo de Hurtado por Samantha había sido la comidilla del pueblo en las últimas semanas, y él estaba convencido de que los rumores aumentaban su prestigio. En las partidas de dominó, viniera o no al caso, le gustaba soltar algún chascarrillo alusivo al tema, para que no decayera la leyenda de su pretensión de seducir a Samantha. Estaba seguro de que eso también la presionaría y le ayudaría a conquistarla. Una noche en el casino, después de ganar varias manos, se llevaba una modesta fortuna a casa cuando levantaron el tapete. El alcalde dio un último trago a su copa de *brandy* y se repasó los dientes con el palillo antes de tirarlo al cenicero.

—¿Qué, boticario...? «Afortunado en el juego, desdichado en amores» — le espetó, con ánimo de sonsacarle las últimas novedades.

—Los refranes mienten todos, alcalde, ya lo sabe. El afortunado en el juego gana dinero y las mujeres lo huelen, huelen el dinero como los vampiros la sangre. Y van detrás. ¿O no?

—Desde luego. Mira la de putas que han venido de todas partes al olor de los americanos.

—Pues eso. Y putas son todas. Solo que unas lo saben y otras no. Unas van detrás del dinero y otras delante, pero olisqueando todas. —El alcalde le dio la razón con una risotada y Hurtado añadió—: La tengo a punto de caramelo. Apostaos algo, que hoy es mi noche. —Y zanjó la conversación.

A partir de cualquiera de sus ocurrencias sobre las mujeres, comenzaba el trabajo colectivo del rumor. Podía partir de uno de los jugadores habituales, el alcalde, el cura o Cirilo, que ya levantaba un pequeño emporio con las mudanzas internacionales; o quizá de cualquiera de los mirones, el estanquero, el limpiador municipal, el vendedor de cupones pro-ciegos, que no se perdía una partida y tenía el oído más fino del pueblo. A la mañana siguiente, el alguacil lo soltaba en la tertulia callejera o la maestra lo dejaba caer en la cola de la carnicería. La mecanógrafa lo recogía y le añadía un par de capas para endulzarlo, como si fuera un bizcocho que crecía, se rehacía y mejoraba en cada hornada. La camarera lo dejaba caer distraídamente a su compañera en un momento de aburrimiento detrás de la barra. La historia a medias, interrumpida por un cliente, se terminaba de cocinar en la puerta de la iglesia, para que después la panadera lo aderezara al descuido, colocando las pistolas con su guante de doble guata. Todo el pueblo estaba al tanto del trato arisco

que Samantha le dispensaba, aunque eso no significaba gran cosa. Seguramente estuviera haciéndose la estrecha, comentaba el taxista; lo cual la convertía en una mujer decente, precisaban en el puesto de encurtidos; pero no estaba relacionado en absoluto con las posibilidades reales que Hurtado tuviera de conquistarla, sentenciaban en la funeraria.

Él sabía a ciencia cierta que el «no» de una mujer hay que tomárselo como un «quizá». Se trataba de insistir, de no rendirse. Alguna vez dudaba, pero en sus pensamientos más íntimos. Hasta el cazador más fornido deja aflorar su inseguridad cuando se relaja en la tranquilidad de su casa, pensaba. Solo una vez insinuó en voz alta que aquella mujer no quería nada con él. Su madre le hizo abandonar el derrotismo de inmediato.

—Cuanto peor trato, mejor matrimonio, hijo. Eso es así. Ella se está dando a valer porque quiere ponerte a prueba. Quiere que te esfuerces y ver si vas con buenas intenciones o no. Es lo que haría cualquier mujer decente. Será todo lo divorciada, inglesa y atea que quieras, pero decencia tiene.

Entonces su madre le endilgaba una perorata sobre la psicología femenina que le insuflaba ánimos. Ella conocía a las mujeres mejor que él, pues nunca había tratado de cerca a ninguna. En su facultad hubo unas pocas nada más y, a lo largo de la carrera, las que no habían encontrado marido y habían abandonado los estudios, se mantenían en asientos aparte, lejos de los hombres. En su farmacia, únicamente trataba con clientas. Si con algunas pegaba la hebra un poco más era con las señoras mayores, que no pensaban muy distinto de su madre.

Hoy estaba frente a él con una enorme sonrisa, tal como intuyó su madre. La mirada cómplice de Samantha le aceleró el pulso y el gesto con el que señaló la zona más resguardada del mostrador terminó de ponerlo nervioso. Allí estaban los dos, lejos del mundo, prestos a intimar. Porque él había obedecido de forma automática, sin pensar a qué vendría aquello o qué iría a decirle Samantha. Simplemente acató. Ella se inclinó sobre el mostrador y Hurtado olió el perfume de agua de rosas.

—Necesito que me haga un favor, Hurtado. Es una cuestión personal y...

—Lo que necesite, doña Samantha.

Si le hubiera pedido que se tumbara en el suelo para pisarle con tacones incandescentes, Hurtado lo habría hecho, y feliz por la oportunidad. Samantha

carraspeó y señaló con la cabeza hacia doña Remedios, que seguía allí con su linimento en la mano, mirando hacia los tarros de las fórmulas magistrales como se mira desde la platea de un teatro.

—Doña Remedios, le di su cambio, ¿verdad?

—Sí, hijo, sí.

—Hala, con Dios.

Doña Remedios salió refunfuñando.

Cuando al fin pudo hablar, la petición de Samantha resultó más razonable de lo que él esperaba.

—Tengo esta medicina en casa y no sé para qué sirve. —Sacó un blíster de Torazina del bolso y se lo mostró—. Me traje una caja con varias cosas de Inglaterra y, ya ve, ahora la tengo y no sé para qué me puede servir. Si usted quisiera mirármelo...

—Yo le miro lo que usted quiera. —El encargo era tan nimio que Hurtado lo juzgó una excusa para estar a solas con él, acercarse a musitar en su oído y mandarle alguna de las señales que él había esperado durante meses. Hasta las peras más verdes acaban madurando. No pudo evitar dirigir sus ojos al escote. Tenía los pechos pequeños, pero turgentes—. Ahora mismo. Solo faltaría.

—No quiero importunarle, Hurtado, si tiene cosas que hacer, puedo pasar mañana.

—No, no, de ninguna manera. Espere aquí.

Se fue a la rebotica, ufano de poder al fin hacer algo que ella apreciara y le hiciera mirarle con ojos más generosos. El encargo resultaba demasiado fácil como para que ella se sintiera en deuda, pero era lo que le había pedido y habría de devolvérselo, al menos, en simpatía. Tenía la ocasión de poner fin a su desdén, que estaba a punto de resultarle humillante, y ajustar sus cuentos a la realidad.

Al cabo de unos minutos, volvió con gesto de frustración:

—Pues ya lo lamento, pero no figura ni en el vademécum español ni en el europeo.

—Qué cosa más rara —dijo Samantha.

—Miraré más despacio en los libros que tengo en casa. Se lo diré en cuanto sepa algo.

—No quisiera molestarle...

—Usted nunca, doña Samantha, ya lo sabe. Pásese a verme a finales de semana, precisamente en un par de días tengo que ir a San Fernando, así que, si no lo encuentro, puedo consultar en el hospital.

—¿En San Fernando? No, de verdad, no quiero causarle más molestias...

—Le aseguro que lo hago encantado.

—No, no —dijo ella con rotundidad—, démela y no se hable más. Al fin y al cabo, son solo unas pastillas. —Se esforzó por recuperar la sonrisa—. Las tiro a la basura y asunto concluido. No vale la pena tanto trabajo por un puñado de pastillas. Vaya usted a saber lo que mi madre guardaba...

—En fin, como usted quiera, pero le digo que no me cuesta nada. —Le alargó el blíster con la mano.

—Se lo agradezco igual, Hurtado, de veras. Sería algún tratamiento de los últimos meses de su enfermedad. Olvídelo.

Samantha le arrancó la medicina de la mano y se marchó deprisa, con el gesto torcido y un traspies. Tras un momentáneo desconcierto, Hurtado pasó a la rebotica a anotar el nombre del medicamento antes de que se le olvidara. ¿Por qué se habría marchado así? ¿Por qué se había ido justo cuando los dos estaban a solas en la farmacia? La curiosidad se apoderó de él y se dispuso a remover las bibliotecas que hiciera falta para averiguar qué diablos era eso de la Torazina. No pensaba desperdiciar esta oportunidad.

A la hora de la comida, Hurtado consultó un par de libros en casa y, de regreso a la farmacia, confirmó sus averiguaciones con una llamada de teléfono. La Torazina solo se comercializaba en Estados Unidos y eso le extrañó. En un principio, lo achacó al origen inglés de Samantha, aunque no terminó de engañarse. Si no se vendía en Europa, no lo podía haber traído de Inglaterra, y todo lo americano que había en Rota salía de la base. A punto de echar el cierre al final del día, Arenas llegó jadeando.

—Espera, Adolfo, un momento, haz el favor.

—Arenas, ¿qué te pasa?

—Necesito algo para los ardores, que estoy fatal desde hace un par de días.

—Pues bicarbonato, Arenas, ¿qué te voy a dar? Lo de siempre.

—No me hace nada últimamente.

—Sí, hombre, sí. Pero tantos ardores, ¿de qué? Si ahí en el cuartel vivís como Dios...

—No blasfemes, Adolfo. Los americanos cada día me dan más dolores de cabeza. No es que den problemas, que no los dan. Pero todo se complica... Y uno lo que quiere es vivir tranquilo.

—Tengo unas hierbas antinerviosas que me acaban de traer, dicen que son muy buenas.

—Déjame los nervios. Mejor no tocarlos.

—Por cierto, esta mañana vino tu amiga, la inglesa esa, con una medicina. Quería que le averiguara para qué sirve. Dice que la trajo de Londres, pero solo se vende en Estados Unidos.

—Ah, igual es del piloto ese que está un poquito... —Se llevó el índice a la sien sin mucho énfasis.

—¿Tú crees?

—Se les ve juntos a veces. Serán amigos...

—Un hombre y una mujer no pueden ser amigos —sentenció el farmacéutico.

—Una mujer divorciada a lo mejor sí. Esta es inglesa, Hurtado, qué sabemos tú y yo. Mira, yo no he salido de la provincia y tú... Bueno, tú para estudiar en Madrid y vuelta. Qué sabemos.

—¿Y dices que los ves mucho juntos?

—Últimamente, sí.

—¿Y está tocado o qué?

—Ya le digo yo a doña Samantha que no se fíe, pero... Estás obsesionado con la inglesa, ¿eh? —Arenas cambió de tercio y se centró en acordar los detalles de la partida del domingo—. Entonces, en tu campo, que ya no hace tanto calor. ¿Has avisado?

Un grupo nutrido de aficionados al dominó se había ido tejiendo en torno a Arenas. Cuando el dominó se les fue quedando pequeño, él empezó a organizar timbas clandestinas de *poker*, donde apostaban el dinero por fajos. Para el curso que comenzaba, ambos pretendían organizarías con regularidad, al menos un par de veces por temporada. El guardia civil dinamizaba el grupo y eso le había granjeado las simpatías del farmacéutico. No se llegaba a fiar

de él, pero se daba cuenta de que Arenas quería estar ahí, con los hombres situados de Rota, aunque se sintiera un intruso. Conocía la historia de su padre, pero le gustaba hacerse el tonto, para darle una oportunidad y vigilarle al mismo tiempo, como si estuviera en libertad condicional: los meritorios son siempre complacientes.

—Habla con Mariano —le ordenó Hurtado.

—Mejor habla tú, Adolfo, que es el alcalde y se me hace raro. A veces tenemos nuestros más y nuestros menos con lo del contrabando.

—Vale, chaval, no te preocupes. —Le dio un fuerte palmetazo en la espalda—. Tú cierra lo del almuerzo. Nos recoges aquí a la hora del aperitivo y vamos a mi campo.

—De acuerdo —dijo Arenas.

Se despidieron en la puerta, mientras Hurtado echaba el cierre a su botica. Pero apenas se habían alejado tres metros cuando Hurtado le preguntó:

—Oye, Arenas, ¿cómo has dicho que se llama el americano ese? —Se llevó el índice a la sien.

—Se llamaba... ¿Cómo se llamaba? ¡Ricardo! Eso, Ricardo Banfil o algo así, ya sabes tú que tienen unos nombres difíciles esta gente... Banfil o Benfil o algo así.

Hurtado enfiló hacia su casa, cabizbajo, dándole vueltas a toda aquella información. La alegría de la mañana había devenido recelo y comenzaba a tomarse ira. La medicina era del americano, no cabía duda. Se sintió utilizado. Todo coincidía. Estaba un poco tocado, según Arenas, que sabría por qué lo decía. Recordó haberle visto un domingo, no hacía mucho, en la plaza, toda la mañana solo, allí sentado. Le extrañó porque los americanos no solían ir solos a las cafeterías de los lugareños. Era muy raro ver a uno de ellos allí sin ningún español. Para estar solos ya tenían entretenimientos en la base: la pizzería, el gimnasio, la bolera, el rodeo, el auto-cine. No les faltaban distracciones allí dentro y entre ellos se acompañaban. Hurtado los conocía bien. Cada cierto tiempo los proveía de anestésicos y medicinas básicas pues, aunque tenían su propia farmacia, como entregaban a discreción a los soldados lo que pedían, a veces se les agotaban algunos medicamentos. Los trataba muy de lejos y no les tenía especial simpatía: nos habían arrebatado Cuba, aunque el Caudillo pareciera dispuesto a perdonárselo. Tenerlos cerca le parecía bien



solo porque regaban las praderas de golf con dólares.

Todo cobraba sentido. La Torazina se prescribía para combatir los estados obsesivos agudos y además tenía efectos ansiolíticos y antidepresivos. ¿Cómo había llegado a manos de Samantha? La conocería de la base, claro, pero una medicación de loco no es algo que se comparta con cualquiera.

Entró en casa. La madre le esperaba para azuzarle con sus reflexiones de psicología pop:

—Me ha dicho doña Remedios que la inglesa te ha visitado hoy... ¿Has sacado algo en claro?

No contestó, pero sintió un mordisco en su orgullo. La idea de que aquel pilotucho medio tocado estuviera cerca de Samantha o que intentara conquistarla le irritaba profundamente. Le empezó a hervir el estómago también a él y se tomó un vaso de bicarbonato. No, no podía ser. Aunque claro, los dos se entenderían bien en extranjero. Tenía que descartar aquella posibilidad. Tenía que investigar a ese tipo y averiguar algo más de la relación entre ambos. Si existiera, lo consideraría una afrenta.

El primero al que pensó en acudir para obtener información fue Denis. Él estaba al tanto de todo lo que ocurría en el pueblo, porque dominaba el negocio de las prostitutas: unas trabajaban para él y al resto las conocía. Las controlaba a todas. Aquella misma noche fue a buscarlo. Como buen cliente que era, le proporcionaría información.

El francés, sin embargo, no sabía nada del comandante.

—¿Ricardo? Será Richard.

—Bueno, pues Richard.

—¿Y dices qué es comandante y piloto? No, no me suena... —contestó Denis.

Hurtado se lo describió físicamente. Alto, escuchimizado, castaño y con los ojos verdes. Andaba con un aire muy americano, como si se sintiera superior, aunque tenía chepa.

—Ah, sí. Ahora ya sé quién dices. Los ojos verdes, sí. Hablé con él precisamente el otro día en la plaza. Pero él no frecuenta a las chicas. Vamos, no lo creo —le dijo.

—Averígualo, Denis, me interesa mucho. —Hurtado deslizó un duro en el bolsillo de su americana.

—Preguntaré a las chicas a ver, ya sabes que yo hago todo lo que puedo por ti. Trato excelente al buen cliente, ese es mi lema —dijo riendo—. Si me entero de algo, te diré ‘enseguida. Pero me temo que no va a ser fácil.

—De acuerdo, gracias.

—Te quedarás un rato, ¿no?

—Sí. ¿A quién tienes por aquí?

Media hora después, Hurtado regresaba apaciguado por el ritual de apareamiento. Su madre le esperaba intranquila: los lunes no solía llegar tan tarde. Refunfuñó algo por tener que volver a calentar la sopa, pero él no prestó atención y se sentó a mirar la televisión. A esas horas, ya no había vecinas; su madre las invitaba algunas tardes a contemplar aquel aparato mágico, más por presumir de su estatus que por la compañía. Cuando por fin ella se fue a la cama, pudo quedarse solo un rato, tratando de distraer el escozor que bullía en la boca de su estómago. Si aquel pilotucho no iba con putas, con alguna mujer tendría que aliviarse. Todo cobraba sentido. Tardó en dormirse. Y entre las ovejas maldijo a Bainfield.

Samantha tampoco podía conciliar el sueño. Durante toda la tarde había tratado de tranquilizarse restándole importancia a su accidentada gestión. A fin de cuentas, una nunca sabe lo que las madres guardan en los armarios del baño. Si el farmacéutico había averiguado algo del origen americano de las pastillas, lo achacaría a importaciones de medicamentos desde Estados Unidos a Gran Bretaña o algo así. No pudo evitar sentirse contrariada. Por lo que conocía de él, estaba segura de que le había podido la curiosidad. En los últimos días nada le salía bien.

Rumiaba su torpeza. Supo que no iba a poder dormirse hasta que cayera agotada y se levantó para proseguir con la traducción. Toda la tarde había estado tranquila hasta que había dejado de trabajar y la había invadido la preocupación. Se sentó en la mesa del salón con los papeles. A los cinco minutos ya estaba enfrascada traduciendo. Su capacidad de prestar atención a lo que hacía era enorme y la tenía bien adiestrada. Siempre había constituido su antídoto contra cualquier agobio. Se sumergía en una traducción y los problemas se disipaban, porque la cuestión más relevante del mundo era si

aquel pasado simple sería mejor verterlo al español como un pretérito perfecto o como indefinido. Ese era el tipo de problemas en los que ella se desenvolvía como una señora en sus dominios, en los que nunca acechaba ninguna amenaza, ningún miedo. Al contrario, con los años había ido adquiriendo una experiencia que le hacía sentirse cada vez más segura. En el amor le ocurría lo contrario, cuánta más experiencia tenía menos se atrevía.

Había cultivado una extrema capacidad de concentración desde niña. No le importaba no entender nada de lo que se explicaba en clase. Era indiferente que el chaval que primero se fijó en sus caderas resultara no querer nada con ella cuando descubrió que era española. Ya de adulta, todos los problemas de la vida desaparecían cuando se volcaba sobre un texto para traducirlo. En las ambigüedades del léxico se desenvolvía con más soltura que en las incertidumbres de la vida.

Amaba las palabras de sus dos lenguas. Se trataba quizá del único sentimiento que le había sido correspondido siempre. Ellas abrían generosas la puerta a sus secretos. Samantha se sentía como un cirujano: se situaba frente a una palabra y le decía: «Dime, ¿quién eres, palabra?». Entonces cortaba sus tejidos con el bisturí y examinaba ambivalencias, matices, equívocos o circunloquios. Las cuidaba con tanto esmero que ellas le brindaban fácilmente sus significados, le regalaban sus usos y combinaciones. Otras veces no hablaba, solo observaba: «¿A dónde vas, palabra?». Y la palabra, sin estridencias, recorría el camino hasta llegar a su par español. Allí estaba la otra esperando: «¿Qué quieres ser, palabra?». Y ella se acomodaba para tejer su propia casa, como un gusano se fabrica su morada de seda; en otra lengua, pero acarreando su alma intacta de un idioma a otro, hasta nacer como una nueva crisálida, estrenando una casa vieja, con los fardos de los siglos a cuestas.

Los seres humanos son mucho más grandes por dentro que por fuera, decía Chesterton. Siempre recordaba aquella lectura, la primera que entendió, cuando estaba sentada en su escritorio, trabajando con palabras. Algunas eran especialmente pequeñas por dentro y enormes por fuera, como «a», la preposición total, una ínfima letra que ocupaba varias páginas del diccionario: a veces se traducía «at», otras veces «in», otras «to», otras nada...

Hurtado refutaba la tesis de Chesterton: era mucho más pequeño por dentro

que por fuera, y esa mezquindad envuelta en la simpatía que le había dispensado por la mañana resonó a peligro como el cascabel de una serpiente. Rick sí era infinitamente más grande por dentro que por fuera. Recordó la fuerza destructiva de su culpa, su calidez, el abrazo de aquel piloto de combate a una niña abandonada, exiliada dentro y fuera de su infancia. Evocó el calor que irradiaban los dos abrazados, en ese mismo salón provisional. Y siguió traduciendo hasta caer dormida sobre el ala dorada de un diccionario abierto.

## Capítulo 14

«*Cwtch*». (galés).

«Sentimiento de seguridad al estar en los brazos de la persona amada».

Se despertó sobre el diccionario, aún no había amanecido y una ligera brisa desde el patio purificaba el aire. Cuando enfocó la visión leyó la palabra «*homesickness*», nostalgia, a tres centímetros de ella. Al erguirse, le dolió el corazón, la cabeza y las cervicales. Se masajeó con ambas manos en pinza sobre el cuello y ascendió por la nuca en círculos hasta distender la base del cráneo. Se tomó un Okal y dejó sin tratar el dolor de su alma por no encontrar un remedio improvisado. Apilaba miedo y dolores, sin saber dónde colocar ese sentimiento de extrañar la infancia que nunca había tenido. No era nostalgia, tampoco desarraigo. Ni siquiera sabía ponerle nombre a la seguridad de recibir un cariño que no conocía y echaba de menos.

Había quedado con Rick al principio de la periférica para acudir en su coche al hospital de San Fernando. Esta vez tendría que disfrazarse de verdad. El sombrerito de Jackie Kennedy ya no le servía. Ni podía parecerse a Amanda Portero, ni a la Samantha Porter desbocada que se retractó de su osadía hacía apenas cuatro días. Se caló la peluca morena que su madre usó cuando salieron de Madrid hacia Asturias y, mirándose en el espejo sol, remetiÓ las guedejas rubias. Cubrió la cabellera lisa y falsa con un pañuelo de grandes flores verdiazules que se anudó en la barbilla. Al salir de casa, se enfundó unas enormes gafas oscuras, a pesar de que aún no había salido el sol. Necesitaba pasar desapercibida y había elegido un vestido amplio: su talle

fino llamaba la atención de los hombres y no era el día para coquetear.

Atravesó el pueblo en penumbra. El sol apenas despuntaba, las callejas vacías exudaban frescor de riachuelo. Alcanzó la periférica sin cruzarse con nadie y quiso pensar que el día había empezado bien, realmente bien. Sin embargo, no vio a Richard. Esperó girando impaciente sobre sí misma, buscando las luces del coche o el ruido del motor, deseando que apareciera por algún lado. El silencio era absoluto. A lo lejos distinguió una figura masculina, retrocedió unos pasos y se arañó la pierna con un cardo. Por fin comprobó que era él.

—Puntual, pero a pie.

—¿Qué ocurre, Rick? ¿Y el coche?

—¡Qué guapa! Pareces una actriz de Hollywood.

—¿Dónde está el coche?

—No me permiten cogerlo. Es peligroso conducir con la medicación que debería estar tomando, pero no tomo.

—Las famosas pastillas que solo se venden en Estados Unidos... No me lo recuerdes. No quiero ni imaginarme lo que sabe ya el tipo ese a estas alturas. ¿Y qué vamos a hacer sin coche?

—Es un lío, sí.

—¿Un lío? Es un desastre. —Se puso en jarras—. ¿Qué hacemos?

Samantha no reparó en el golpe que suponían para Richard aquellas nuevas trabas del capitán de navío Kirkpatrick. Estaba demasiado airada al ver sus planes desbaratados.

—Quizá acaben encerrándome como en Waco. Están muy nerviosos con lo de los rusos.

—El problema es que no se fían de ti.

—Yo tampoco de ellos. El Pentágono hace los diagnósticos médicos cuando están en apuros.

—No vas a hacer campaña antinuclear, ¿verdad?

—¿Aquí? Me detendría antes la policía española que mi capitán. Pero ellos no lo saben.

La única opción que les quedaba era llegar a San Fernando en autobús de línea. Resultaba lento y tedioso, además de muy arriesgado, pues mucha gente se desplazaba entre los pueblos de la zona para trabajar en los días

laborables. Seguro que los verían juntos, y no podían permitirse que los relacionara un rumor más. Ya habían comido a la vista de todos en la hamburguesería de la base. Ya tenía el ojo avizor el camarero del bar Central y el teniente Arenas; ahora también el farmacéutico.

—Un chisme más y lo sabrá todo el pueblo.

—¿Sabrán qué, Samantha? Somos amigos.

—No pensarán eso. Aquí los novios decentes salen a tomar un helado con carabina hasta que se casan...

—¿¿Armados?!

Suspiró para no perder la paciencia.

—Da igual. Que no podemos ir juntos.

—Iré yo solo.

—¿Y cómo vas a demostrar que eres familiar de Rafael Portero?

—Pediré que me enseñen los papeles, no hace falta que nos los den, ¿no? Tú tampoco tienes pasaporte español.

—Pero en el mío pone que me apellido «Porter». Se parece.

—Por eso saliste corriendo el otro día. Tengo que ir yo. Ya me inventaré algo.

Para ella, significaba confiar demasiado. Aquella protección que Rick le ofrecía le resultaba tan poco familiar que le incomodaba.

—Samantha. —Era el único que pronunciaba bien su nombre.

—¿Qué?

—Las cartas... Yo confié en ti.

—Dijiste que no tenías otra opción.

—¿Y tú la tienes?

—No.

—¿Sigues pensando que estoy loco?

—No.

Hasta ese momento, Richard no se había percatado de cuánto necesitaba ese «no» de Samantha. Él sabía que no estaba loco: Günther le había ofrecido su humanidad como espejo, le había enseñado a conocerse. Únicamente cuando se aceptó a sí mismo pudo empezar a cambiar. El «no» de Samantha resonó alegre en sus oídos como el aleluya de una guillotina a punto de caer. Y se precipitó sobre su culpa y la hizo pedazos. Y los pedazos se pulverizaron.

Y el polvo se disolvió en el aire. Quiso besarla, pero se contuvo. Solo atisbaba la posibilidad. Y como quiera que no podía apartar los ojos de los suyos, fue ella quien acabó por mirar al reloj.

Cantó el último gallo cuando Bainfield se dirigía hacia la parada para tomar el autobús y Samantha desaparecía por una callejuela blanca maldiciendo el empedrado: si los ingenieros llevaran tacones, pondrían otro pavimento. Las gitanillas fucsias desbordaban las rejas y permitían a algún fisgón asomarse desde una ventana clandestina del Pozo de la Villa.

Al llegar a su casa, se tumbó en el sofá. Se sentía exhausta, pero la tensión le impedía conciliar el sueño. Si al menos tuviera teléfono, podría recibir noticias de Rick con cierta rapidez, pero estaban tardando más de dos años en dar una línea. Por delante tenía otro largo día de espera. Si todo le salía bien, regresaría en el último autobús y no llegaría a Rota hasta las diez de la noche.

Buscó el sobre de Rick y extrajo el fajo de cartas. Las horas transcurrirían más rápidas con alguna distracción que la acercara a él. Se asomó al patio. Un hermoso día de otoño la invitaba a sentarse bajo el toldo, con un café y un barreño de agua tibia. Le escocían los pies. Añadió unas sales al agua, los sumergió y se sentó a proseguir la lectura. Hablaba Günther Hebbes, desbrozando la personalidad del comandante Bainfield:

*Si las autoridades te ponen trabas, créeme: los poderosos no son todopoderosos. Siempre es posible dar un rodeo, encontrar una forma de eludir las dificultades; y, desgraciadamente, vivimos en una época en la que los rodeos son moralmente necesarios.*

*Tu carta me ha causado un gran dolor. Comprendo perfectamente que una persona que ansía vivir en libertad pueda perder la paciencia e incluso ponerse fuera de sí. Tu reacción demuestra que no has perdido la vitalidad y que, pese a la aplastante monotonía de tu vida diaria, sigues conservando tus esperanzas y tus ideales. Los arrebatos no son signo de anormalidad, y solo los anormales no se comportan de forma anómala en situaciones que no son normales.*

Hacía dos meses que se habían conocido, en una situación ciertamente anormal. Sonrió recordando la irritación recíproca que se causaron el primer



día. Ahora comprendía que Rick se sentía atado a un Ejército cuyas acciones repudiaba pero, al mismo tiempo, su vida se vaciaba cuando no podía participar de él, como le ocurría desde que le habían prohibido patrullar.

*Quiero decirte cuánto respeto me merece tu actitud estoica. Sé que lo último que querrías es adoptar el pomposo papel de mártir —continuaba el filósofo—. Pero el verdadero mártir jamás desea serlo, simplemente está condenado a convertirse en tal. Créeme si te digo que a tu lado me siento pequeño, sobre todo cuando pienso con qué entereza aceptas tu destino. Demuestras que este papel que tú no has elegido no te queda grande.*

*Ambos estamos de acuerdo en que tu historia ha de escribirse. Sigue adelante. No es tarea fácil reconstruir la vida mediante la rememoración. Deberías empezar leyendo las Confesiones de San Agustín.*

*Cuenta con mi amistad, no dudes ni olvides jamás una cosa: tienes más amigos en el mundo de los que crees.*

*Tu amigo,  
Günther*

Samantha descubría un Rick extraordinario, casi indestructible, que había extraído voracidad por la vida de la experiencia mortífera de la guerra y la muerte en masa. Volvió a mirar la hora en su reloj de pulsera y pensó cuánto le gustaría leer lo que Rick escribió a aquel filósofo. Entró de nuevo en casa para rebuscar en el sobre, pero reparó en que no podían estar allí, sino en manos de Hebbbs. Sintió la misma decepción que cuando iba al cine de adolescente y se atascaba la cinta justo al empezar la película. La distancia que intentaba poner con Rick se había acertado sola, sin contar con ella. Una expresión de incredulidad asomó a su rostro cuando constató que sus sentimientos habían elegido su propio camino.

De pronto reconoció una caligrafía diferente. Era una carta llena de tachaduras y correcciones. Abajo, la rúbrica de Bainfield, espigada y perfecta, de pendolista. Revolvió las últimas hojas: había tres borradores más, conservados por Rick, bien por ser especialmente relevantes, bien porque no se fiaba de que sus guardianes permitieran a las cartas llegar a su destino. Samantha no quería leerlas, sino beberías.

La primera estaba fechada el 12 de junio de 1959.

## Capítulo 15

«*Ya'aburnee*» (árabe).

«Literalmente, "tú me entierras". Expresa la preferencia por morir antes que la persona amada, pues no se soportaría la vida sin ella».

El tedioso coche de línea circulaba sobre los baches de la carretera como si estornudara. Una vez que abandonaron la periférica, la única carretera asfaltada de la provincia, los huesos de Bainfield solo descansaban del baqueteo cuando el autobús se detenía en los márgenes del camino para que subieran y bajaran los viajeros. Los que descendían se iban moteando entre los algodones, doblados hacia el terruño seco donde recogían bolas blancas en cuadrilla.

Se puso las gafas oscuras antes de que el sol culminara su ascenso. Ninguna de las incomodidades de aquel viaje atrasado podía diluir su sensación de ser un soldado de Samantha en el lance de cumplir con éxito una misión. Obtendría el pasado de Samantha y se lo entregaría con los brazos en alto para que no la hiriera más. Cuando ella lo condecorara, compensaría tal vez —y al pensar esto se le arquearon las cejas— el daño que había causado. Vio al doctor Sasaki recorriendo los pasillos de su hospital, donde los muertos esperaron durante días a que los vivos los sacaran a la calle. Los heridos, desperdigados por las aceras, dejaron de pedir agua cuando comenzó a caer la lluvia negra, que en lugar de aplacar su sed, los quemó por dentro.

En el bolsillo del pantalón llevaba un puñado de canicas de colores, que acariciaba mientras se concentraba en sus músculos vigorosos y ponía en

alerta sus sentidos. Anticipaba la operación, en la medida que podía, sin conocer el terreno. Entraría, se dirigiría a la recepción de enfermeras de la primera planta, detrás de la cual había dos puertas laterales de vaivén, por las que entraba y salía el personal sanitario. Nadie debía escuchar la conversación. Llegó hasta el mostrador, no había gente merodeando, así que no tuvo que hacerse el remolón. Se dirigió directamente a una enfermera que anotaba algo de espaldas. En cuanto hizo notar su presencia, ella se giró y él reconoció las señas que Samantha le había dado de la que la atendió a ella. En los segundos que tardó en acercarse a él, Bainfield la escrutó de arriba abajo y se detuvo en su rostro para obtener toda la información psicológica que pudiera servirle. Abrió la sonrisa desde una oreja a la otra y comenzó con la observación amable que había pergeñado por el camino:

—Buenos días. Cuidado con la gorra, parece la torre de Pisa...

—Se llama cofia, pero gracias. —Sonrió con la cordialidad justa.

Pasó una camilla, Richard bajó el tono:

—No hablo muy bien español, disculpe. Busco a un hombre que estuvo aquí ingresado hace años. Mi hermana vino el otro día, somos parientes suyos, ingleses.

—La recuerdo, sí...

—Le ruego que la disculpe, padece de los nervios y a veces hace estas cosas. Me dijo que era usted muy agradable y la verdad es que tenía razón.

—¿Qué desea? —Su voz era exageradamente tenue, tenía la garganta llena de bebés dormidos.

—Busco información de Rafael Portero. —Le enseñó el pasaporte de Samantha con rapidez, para que reconociera la foto sin darle tiempo a sentir la tentación de cogerlo, y sin dejar de parlotear como el más genuino charlatán —. Dios mío, qué manos tan maravillosas, ¿es usted Escorpio? —Ella afirmó con un perplejo movimiento de cabeza y Bainfield pensó que era su día de suerte—. Entonces, ¿podría ver su historia médica tal vez?

Se acercó a la mesa y sacó de un cajón una carpeta blanca, rebosante de papeles amarilleados. Sin duda, se trataba de la misma que vio Samantha. Richard sintió que se aceleraba, a cada una de sus pulsaciones le seguía otra más débil, como un eco juguetero. Se esforzó por controlarlo: mantener la calma lo era todo en este momento. Ella se acercó y depositó la carpeta sobre

el mostrador. Bainfield alargó el brazo sonriente. De sopetón, ella puso su mano encima: la guardiana de aquella información iba a dosificarla.

—Su tío estuvo aquí ingresado en 1938. —Pasaba las hojas e iba arrastrando el dedo índice por los datos—. Sufrió un traumatismo craneoencefálico, o sea, en la cabeza. Parece ser que trabajaba como estibador en el puerto de Cádiz y tuvo un accidente... Una pierna rota, varias costillas fisuradas y contusiones en la espalda.

—¿Cuánto tiempo estuvo ingresado?

—Varias semanas. Luego se fue.

—¿Cuándo?

—No consta. —Richard notó que sabía algo más. La miró sin prisa, con un silencio lento y urgente. Ella bajó aún más la voz. Su susurro era apenas inteligible. Se inclinó sobre el mostrador sin dejar de mirarle a los labios—. Huyó.

—¿De quién?

Cerró la carpeta bruscamente.

—Tengo mucho trabajo, lo siento.

—Cuando acabe su trabajo, yo la espero. Por favor. Mi hermana está enferma, terminal. Quiere dejar las cosas arregladas antes de..., ya me entiende.

—No le conozco de nada.

—Nos veremos en un lugar seguro, donde usted diga. Confíe en mí, se lo ruego, soy incapaz de hacer daño a nadie. —Y al decirlo vio las llagas ardientes de la señorita Sirimoto, que corría desesperada a zambullirse en el río.

—A su tío le atendió una enfermera que se jubiló el año pasado. A veces las enfermeras cuidamos demasiado...

En ese momento, un médico de pelo cano, bata blanca y fonendoscopio a modo de guirnalda hawaiana entró por una de las puertas laterales. Como si oyera «cuerpo a tierra», Bainfield se agachó a atarse los cordones.

—Eso es todo, caballero. Lamento no poder ayudarle. —La única vez que alzó la voz, hablaba a nadie.

Cuando oyó los pasos del médico alejarse, se levantó:

—Mire, nosotros volveremos a Inglaterra en un par de días. Se lo ruego.

La enfermera se compadeció.

—A las seis en la heladería del Romano, callejón del niño del Remedío.

Abandonó el hospital ufano de haber dejado caer las dos mentiras más grandes de su vida: que su hermana estaba enferma terminal y que era incapaz de hacer daño. Se sintió satisfecho y buscó un banco para sentarse a anotar todos los detalles en la libreta, con su letra menuda. Rafael Portero seguía en España en 1938 y, puesto que la última pista era una huida del hospital, cabía la posibilidad de que siguiera con vida.

Deambuló por la ciudad hasta que llegó la hora convenida. Preguntó a un transeúnte cómo dar con la heladería, un local estrecho y alargado, como un pasillo. En la barra, iluminada con dos tubos fluorescentes, se acodaba un parroquiano. Al fondo, en la penumbra, se distinguían un par de mesas vacías. Se sentó.

La enfermera apareció con cierto retraso y ocupó con rapidez la silla frente a él. Richard se la había dejado adrede, sabiendo que la prominencia de una mocheta le permitiría estar semioculta y así hablar con más tranquilidad.

—Usted es un desconocido —le espetó.

—Confíe en mí, no me contará nada que no quiera. Yo no contaré nada de esto. No nos volveremos a ver jamás.

Richard se levantó a pedir dos helados de limón antes de que el camarero se les acercara. Volvió con ellos en la mano.

—Está usted más guapa sin uniforme.

—No me halague más, le voy a contar lo que sé.

Sacó del bolso un par de hojas con el membrete del hospital y se las entregó a Richard. Contenían toda la información médica del accidente y el tratamiento recibido por Rafael Portero. En una ojeada rápida vio dos operaciones quirúrgicas, pero no quería entretenerse con los papeles, que luego podría examinar despacio. Debía aprovechar el testimonio de aquella mujer.

—Se lo agradezco mucho, ¿cómo se llamaba su compañera, la amiga de mi tío?

—Elisa Fraile. Vive en Vejer, o al menos allí nos dijo que se iba cuando se

jubiló. Su familia es de allí.

—¿Cuándo se jubiló?

—Hará un año y medio o así. Le hicimos una cena de despedida. No tenía amigas amigas, pero es costumbre despedir a las que se jubilan. Ella ayudó mucho a su tío. Yo llevaba poco tiempo en el hospital, pero lo recuerdo bien. Fue un caso... sonado.

—¿Sonado?

—Al poco tiempo de ingresar, la policía lo localizó. Parece ser que era peligroso, anarquista o algo. Venían a por él. Por eso huyó.

—¿Y dónde fue?

—No me comprometa, se lo ruego. Le estoy contando más de lo que debo. Si alguien llega a saberlo...

—Han pasado más de veinte años, no le sucederá nada. Para nosotros es un tema personal, nada de política. Solo queremos saber dónde está nuestro tío, saber si vive o no. Y si está muerto, merecería una sepultura digna, como todos los cristianos, ¿no cree?

—Un comunista no sería muy buen cristiano.

—Era un buen hombre, se lo aseguro. —Richard hablaba como el perfecto sobrino sentido y lo notaba—. No hizo mal a nadie. No tema.

La enfermera apoyó el codo en la mesa y se cubrió ligeramente la boca con la mano. Richard apenas podía entenderla y se acercó hacia ella hasta casi tenerla arrinconada contra la pared.

—Elisa se enamoró de su tío, se le veía tan desvalido y solo al pobre. Todas lo notábamos, cómo lo cuidaba, con qué amor hablaba de sus sueros y preparaba su medicación, lo contenta que se puso cuando empezó a recuperarse tras la primera operación... Durante la segunda ella estuvo, no era enfermera de quirófano, pero lo pidió y se lo autorizaron. Cuando recuperó la conciencia, hablaban todo el día. No sé de qué, pero hablaban mucho. En cuanto ella tenía un minuto libre, se iba a la habitación de él con la excusa de hacerle unas curas y pegaban la hebra...

—¿Cómo?

—Que hablaban mucho. Eso le hacía mucho bien, a él, quiero decir. Bueno, y a ella también. Nunca la había visto tan alegre. Pero un día entró en el cuarto de enfermeras muy nerviosa, llorando. Cogió a Flor, su única amiga

aquí, que murió luego la pobre, y se lo contó entre lloros. Pude oír que venían a por él por socialista o algo, yo de política, no entiendo. No sé cómo lo averiguó ella, no sé qué había hecho él, pero al día siguiente..., pof, desapareció. Cama vacía. ¿Y sabe qué? Un hombre convaleciente, como él estaba, no podía huir solo. Era fuerte, pero no corpulento, y las operaciones y la cama debilitan mucho.

Bainfield sacó su libreta para apuntar «convaleciente» y «corpulento». Ella lo frenó con un gesto de la mano.

—No anote.

—Ok, tranquila, no lo haré.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Él todavía cojeaba cuando huyó. Elisa lo tuvo que ayudar, de eso estoy segura. En los días siguientes, se la notaba tensa, pero contenta, sin la desazón del día que venían a llevarlo —acercó las muñecas—, ya me entiende. Yo me enteré años después de que, efectivamente, ella le había ayudado a huir y lo tenía escondido en su casa. Fíjese. Hay que estar muy enamorada de un hombre para hacer eso en plena guerra. Pero ella estaba feliz. De pronto, habrían pasado varias semanas, llegó un día por la mañana y no la reconocí. Era como si no hubiera dormido en toda la noche, las ojeras le colgaban hasta la barbilla, tenía los ojos rojos y estaba demudada. No decía nada, no hablaba con nadie, ni siquiera con Flor, que mira que le preguntó veces la pobre, a ver qué le pasaba. No sé, a lo mejor se lo contó fuera del hospital, pero desde luego algo pasó. Envejeció de golpe, como si le hubiera caído una condena. Fíjese que hasta le salieron canas de repente, que no tenía, tenía un pelo moreno precioso y se le puso blanco en un mes. Se quedó pálida, ajada, en fin... Ya nunca fue la misma, ya no volvió a ser ella. Cuando terminó la guerra, todas nos alegramos menos ella. La vi llorando mientras se lavaba las manos en un rincón del aseo de enfermeras. Todo el mundo estaba contento y ella no. Todos llevábamos alguna carga encima después de tres años de guerra y, aun así, sentimos un alivio. Ella no, parecía que para ella la guerra no pudiera acabar nunca. Algo ocurrió, pero no sé qué.

Richard escuchaba atónito. Aquella mujer lo contaba con tal viveza que creía estar viendo a Rafael Portero huir del hospital, renqueando, con el torso vendado y su dolor en las costillas, a la guarida de una enfermera enamorada. Volvió de golpe a la realidad.



—Estoy muy sorprendido, no teníamos ni idea de todo esto.

—Lo sé.

—Me ha dado mucha ayuda, no sé cómo agradecerérselo.

—Lo sé, ojalá yo tuviera la misma suerte.

Richard no quiso preguntar.

—Lo siento. ¿Podría enviarle un presente, como muestra de mi gratitud?

—No, mejor no. —Se levantó de la silla—. Si encuentra usted a Elisa, la pobre, solo dele recuerdos míos.

—Lo haré, pero ¿de quién le digo?

Se intentaba abrochar los pequeños botones redondos de la rebeca. Eran tan diminutos que sus dedos agitados no lograban meterlos en el ojal.

—De una antigua compañera —dijo. Y se fue.

Cuando Bainfield se disponía a recostarse sobre la silla, un grupo de militares americanos entró en la heladería, entre ellos el cabo mecánico York, de su escuadrilla. Rick se cambió de silla y se ocultó tras la mocheta. Bajó la cabeza y fingió escribir en su libreta.

## Capítulo 16

«*Wabi-sabi*» (japonés).

«La belleza de la imperfección. En un sentido amplio, una forma de vivir que acepta el ciclo natural de crecimiento y decadencia».

La noche cayó y Rick no había regresado. Samantha se asomó a la calle, los vecinos no habían tendido sus líneas de vigilancia en la acera. Comenzaba la retirada a las ventanas de otoño, desde donde fisgaban prescindiendo del placer del comentario colectivo instantáneo. Durante los meses fríos, la comunidad parecía diluirse sin aquella dura masilla de juicios inocentes. Por fortuna, el buen tiempo siempre regresaba y, con él, cada uno volvía a ponerse en su sitio.

Carraspeó una y otra vez, tenía la garganta irritada o quizá se estaba resfriando, pero sacó un cigarro de la cajetilla de Marlboro que Rick le había regalado y se lo encendió.

Vivía aferrada a sus carpetas de papeles, como él. Respectivamente. Ella acarreaba pistas para la memoria, sembradas sin cariño, como siempre, entre pies de foto y titulares de la gran historia de los hombres blancos. Él llevaba enfardelada su culpa y su certificado de cordura, expedido por una autoridad en raciocinio. Cargaban el lastre de sus pasados. Buscaban dónde acomodarlos. Y todo ocurría respectivamente.

La luna se inflamaba en el patio cuando Samantha se sentó a leer por fin la primera carta escrita por Richard a Günther Hebbbs:

*Desde que tengo uso de razón, siempre me he interesado vivamente por la cuestión de cómo se debe obrar y actuar.*

*Aunque, y esta es mi esperanza, no soy ningún fanático en temas religiosos ni en temas políticos, estoy convencido de que la crisis en la que todos estamos inmersos exige que reexaminemos profundamente todo nuestro sistema de valores y lealtades. (...) Nos encaminamos a una situación en la que nos veremos obligados a reconsiderar hasta qué punto estamos dispuestos a transferir a las distintas instituciones sociales (partidos políticos, sindicatos, Iglesia o Estado) la responsabilidad sobre nuestros pensamientos y nuestros actos. Ninguna de estas instituciones es suficientemente capaz de emitir un juicio moral infalible, por lo que es necesario desafiar su pretensión de emitir un juicio de ese tipo.*

Su vista recorría las frases de Rick, con su herida a cielo abierto. Supo cómo se había reconstruido a sí mismo sobre los escombros del sufrimiento, cómo había espantado la fantasmagoría de los recuerdos primero y cómo los había aceptado después. Samantha observaba su alma al microscopio y, por un momento, su propia soledad encontraba compañía en aquella sensibilidad sutil. La sensación le era tan ajena que de forma inconsciente, intentó una última maniobra para dirigirse hacia el interés textual, de alumna aplicada al comentario de texto.

Su lenguaje era primitivo, pero plástico; no de escritor, sino de quien trata de contar algo de naturaleza incomunicable, con frases yuxtapuestas y una simpleza en la sintaxis «que mostraba la intemperie emocional donde se hallaba, el encierro desguarnecido. Una precariedad que aullaba. Qué consecuencias tendría eso para el lenguaje de cualquiera, pensó Samantha. ¿Qué carencias no habría acumulado Richard en cada estación de su dolor? Prosiguió:

*Como usted me decía en su carta, trato de ampliar mi imaginación moral. (...) Tengo sed de respuestas para las cuestiones que me tienen absorto.*

Ella también. Se rindió.

*Solo podemos sentir dolor por una víctima: es todo cuanto puede hacer el sentimiento; quizá podamos representarnos diez: es todo cuanto puede hacer la imaginación; pero asesinar a cientos de miles de seres humanos, eso es absolutamente imposible. Y no solo por razones técnicas, sino fundamentalmente por una razón moral: porque el exterminio en masa excede con mucho aquello que podemos lamentar y representarnos y aquello que nuestra imaginación y nuestros sentimientos podrían inhibir.*

En el reloj dieron las doce y ella supo que ya no regresaría esa noche, justo cuando lo sentía allí. El último autobús desde San Fernando ya debía de haber llegado hacía rato. ¿Qué habría ocurrido? Desde por la mañana la carcomía la curiosidad al ver tan cerca la posibilidad de hacerse al fin con aquellos papeles. Ahora, además, estaba muy preocupada. ¿Y si le había parado de repente la policía con cualquier excusa y algún papel sobre su padre lo había delatado? ¿Y si lo habían detenido? ¿Y si no había conseguido nada y sin salir del hospital le habían jugado una mala pasada?

Aquella noche no iba a poder dormir, así que se preparó para una vigilia confortable. Salió al patio y se acomodó en la tumbona tapada con la manta azul de cuadros escoceses que compró en Edimburgo. Si conseguía amodorrarse un par de horas, buenas serían. Si no, le esperaría despierta toda la noche. Si al amanecer no había vuelto, saldría a buscarle. Contempló el cielo estrellado unos instantes. Sintió frío en los riñones. La lona dejaba pasar el relente de la noche. Se levantó a por una colcha para cubrirla y siguió leyendo. Era lo más parecido a estar junto a Rick.

*La verdad es que la sociedad no puede aceptar mi culpa sin reconocer simultáneamente en sí misma una culpa mucho mayor. Pero, naturalmente, es muy deseable que la sociedad se dé cuenta de esto. Y ahora acepto este hecho: es poco probable que yo consiga este reconocimiento poniéndome a malas con la ley, como lo hice cuando decidí desenmascarar al «héroe» en*

*que la sociedad me convirtió para poder seguir viviendo en la indolencia.  
Espero que estés bien en todos los sentidos.*

No había ni una brizna de locura en sus palabras. Eran pura lucidez. Apuró la última carta con un trago de cerveza. Destinarlo fuera de Estados Unidos fue la forma que encontró el Pentágono de liberarlo y controlarlo al mismo tiempo. Podían ir calibrando cómo evolucionaba su activismo antinuclear y al mismo tiempo neutralizarlo en un país dictatorial. La angustia de sentirse de nuevo atado en corto como una fiera peligrosa probablemente había desatado su último estallido antisocial, como él llamaba a sus pequeños delitos.

Samantha cogió el fajo de cartas para meterlas en el sobre. De improviso, un papel doblado varias veces cayó al suelo, lo sintió rozar su pierna y lo buscó a tientas con la mano en el suelo, apenas llegaba luz del farolillo. Lo desdobló. Era otra nota de Richard a Günther, más desgastada y manoseada que las demás, pero sin tachones.

Comenzó a leer, pero apenas entendía. La mayor parte de las letras resultaban ilegibles y cuando podía descifrarlas, se transformaban en frases sin sentido. Hablaba de tranquilizantes con sintaxis de trastornado. «El doctor», «mi estado puede mejorar», decía en medio de un batiburrillo léxico. «Las drogas», «mi crisis», «mi culpa». Miró la fecha: 3 de agosto de 1960. La semana Hiroshima. Lo tenían drogado quince años después de la bomba atómica. Al fin, una frase completa: «Últimamente me han dado más tranquilizantes, pues el doctor afirmó que mi comportamiento era el de un *hypermaniac*». Y la despedida: «Hoy me hallo bajo los efectos de las drogas, disculpa la confusión. Tu amigo».

Se le humedecieron los ojos. La única carta de loco obedecía al trastorno inducido por los vigilantes con sus drogas de deshumanizar. Lo enajenaban de sí mismo. Si alguna vez había estado loco, había sido por culpa de ellos.

¿Por qué no llegaba?

## Capítulo 17

«*Mangata*». (sueco).

«Camino que dibuja el reflejo de la luna en el agua».

El cabo mecánico York y el resto de los marines se marcharon un rato después sin percatarse de la presencia de Bainfield. El reticente héroe de Hiroshima —pensó viéndose desde fuera— se salva de habladurías y posibles represalias del Estado Mayor gracias a la moqueta de una heladería de barrio. *Such is life*. Dejó transcurrir algo más de tiempo, consciente de que se arriesgaba a perder el último autobús a Rota. Por fin marchó hacia la parada con rapidez y toda la energía que había contenido durante la espera. Cuando llegó, descubrió que solo saldría ya un último autobús a Cádiz. Lo tomó: desde allí le sería más fácil encontrar algún barco: el camino más recto entre Cádiz y Rota se hacía por mar. Quería estar de vuelta esa misma noche en casa de Samantha, si no lo conseguía, ella iba a preocuparse.

La noche había caído sobre la ciudad cuando alcanzó el muelle de Cádiz. No había nadie. Contempló las embarcaciones vacías, que se bamboleaban al vaivén suave de las aguas. Vio un pequeño bote de remos, sin nombre y en buen estado, amarrado tan solo por una maroma cuyo nudo resultaba fácil de desatar. Le tentó la idea de saltar, soltarlo de la estaca y remar sin descanso hasta llegar a Samantha. Su vena delictiva le ofrecía una solución rápida y fácil, pero la descartó. Pensó en el castigo del Pentágono, en el daño al dueño del bote y en las dudas sobre él que un acto así suscitaría de nuevo en Samantha. Concluyó que no podía permitirse esto último y en ese preciso

instante vio que ella lo anclaba de forma irreversible en la cordura, algo que solo el amor loco puede lograr.

La imaginó leyendo sus cartas como él había leído el historial médico del padre, sus recortes de prensa. Respectivamente. Viajaban con su plomo a cuestras, con recuerdos vivos. Indagaban en sus sufrimientos. Averiguaban sus historias. Escrutaban sus heridas. Y todo lo que había ido ocurriendo respectivamente comenzaba a suceder recíprocamente.

La luna se inflamaba en el muelle cuando le sorprendió un vozarrón viril y desconfiado:

—¿Quién anda ahí?

Richard se giró, miraba a su alrededor, pero no vio a nadie.

—¿Hola?

El hombre salió del galpón a paso de anciano sin prisa, con cautela para no tropezar con las redes de pesca y los aparejos extendidos por el suelo. Se acercó a Richard.

—¿Qué busca?

—Necesito llegar a Rota. Es muy urgente. —Decidió confiar en un desconocido una vez más.

—A estas horas no hay transporte, hombre. Hasta mañana, nada.

—No puedo esperar.

Ahora Richard lo tenía frente a frente y distinguía con claridad las arrugas de su cara.

—En tres horas o así llegan los pescadores, pero no salen hasta las cuatro o las cinco de la mañana.

—Gracias, volveré a esa hora.

Es difícil esperar con urgencia, pero Richard se distrajo por las callejas y después buscó una casa de comidas para cenar. De madrugada, regresó al puerto. El mismo hombre se dirigió a él al verlo y le indicó quién podría llevarle a Rota.

—Mire, aquellos, los del *Nuestra Señora del Rosario*, zarparán en una hora o así. —Señaló hacia el muelle, donde Richard avistó a hombres afanados subiendo y bajando de su pequeño barco—. Son los más madrugadores. Ya les he dicho que andaba un extranjero dando vueltas por aquí en busca de transporte. Pregunte a ver.

Eran tres hombres. Uno se plantó en el muelle de un brinco cuando vio a Richard acercarse. Los otros dos se quedaron en la embarcación, extrañados de aquella visita intempestiva. Se dirigió a ellos con toda la amabilidad de que fue capaz:

—Buenas noches, les saluda el comandante Richard Bainfield, destinado en la base de Rota. Vine a hacer una gestión personal y no he podido regresar. Pero mañana tengo una patrulla aérea importante, soy piloto, y necesito llegar allí cuanto antes. Me preguntaba si podrían transportarme...

Le miraron con recelo. Pasaban los segundos y no contestaban. Richard se impacientaba, pero comprendía que no tenían ningún motivo para confiar en él.

—Les puedo pagar...

—No, no —dijo el más joven desde el barco—. No es eso, por Dios. — De un salto se pasó a tierra firme.

—¿Entonces?

—No queremos líos, ¿sabe? Líos con los americanos y los rusos. Que aquí se mueve mucha cosa, por el estrecho, y los barcos y los submarinos entran y salen y... Nosotros somos pescadores y no queremos saber nada de guerras.

—¿De qué guerra? No estamos en guerra.

—Bueno, la de los rusos y ustedes, cualquier día empiezan...

—La guerra fría.

—Que se está caldeando... Lo mismo se ponen con los petardos, ustedes y los rusos, y saltamos todos por los aires.

—Pero yo soy americano, estamos en el mismo bando.

—¿Qué dice usted, padre? —preguntó el joven, y miró al hombre que se encontraba a su lado, esperando su respuesta. Tras unos segundos de silencio, el patriarca contestó pausadamente.

—Algunos que dicen que son pescadores trabajan para los rusos... —terció en voz baja—. No queremos que nos tomen a nosotros por espías de ustedes, dicho sea con el debido respeto.

—Bueno, los soviéticos hacen contraespionaje, siguen a nuestros submarinos desde la superficie. Esto es algo completamente distinto, soy un hombre solo, un comandante, no llevo armas. —Se retiró la chaqueta hacia atrás y mostró sus caderas sin bultos de hierro.

—A mí no me gusta tenerles a ustedes tan cerca, la verdad. A ver si va a



pasar aquí como en Cuba, nos lo llenan todo de proyectiles nucleares y luego vienen los otros... Buf, quite, quite.

Durante un buen rato conversaron sobre la guerra fría. Richard les explicó que sus patrullas aéreas eran precisamente antisubmarinas, para detectar submarinos rusos en el Mediterráneo, camino del océano Atlántico, desde el estrecho de los Dardanelos o el mar de Mármara. Mientras les contaba su hazaña en el escuadrón VQ2 el último día que voló, sacó el paquete de tabaco del bolsillo y ofreció un cigarro al hombre de más edad.

—Nosotros sabemos que algunas de estas barquitas de pescadores están aquí ancladas sin salir al mar, hasta que uno de nuestros submarinos pasa por aquí. —Sonrió y los tres hombres se rieron también—. Y entonces, casualmente, siguen los pasos del submarino desde la superficie. Sabemos que mandan información a los rusos.

—Nosotros no somos de esos. Vivimos de lo que nos da la mar —dijo el padre—. ¿Y si un día cambian las barquitas por proyectiles nucleares?

—Eso es lo que nosotros queremos impedir.

—Y si le subimos a usted al barco y se enteran los rusos, ¿qué? Lo mismo se creen que nosotros también somos espías y un día nos lanzan un pepinazo.

—En fin, no quiero insistir. Si me permiten, les ayudaré con la faena del barco. —Comenzó a cargar fardos, como uno de ellos, sin dejar de hablar—: Kruschev está muy ocupado en Cuba como para fijarse en ustedes, háganme caso...

Los pescadores lo miraban de refilón, perplejos y complacidos de su generosidad al ayudarles. El más joven le entregó una caja vacía y le clavó los ojos, sin decir nada. Richard le sostuvo la mirada, pero al cabo de unos instantes, bajó la cabeza y escupió la colilla con los labios.

—De acuerdo. Miren, estoy enamorado de una española y he venido a Cádiz a resolverle un problema... Si ella lo hiciera, se pondría en peligro...

Un par de horas después, se hacía a la mar con ellos. Aunque en su ruta no estaba previsto recalar en Rota, lo hicieron para dejarle allí. Richard saltó al muelle en cuanto la barca estuvo suficientemente cerca. Les saludó con la mano mientras se alejaban y les hizo la señal de ok con el pulgar hacia arriba como muestra de agradecimiento. Había llegado y se sentía eufórico. Se encaminó hacia la casa de Samantha con paso rápido. Quería llegar antes de

que amaneciera.

Samantha se despertó sobresaltada por el estruendo de un golpe seco sobre las losetas del patio, como si hubieran arrojado un fardo desde un paracaídas y hubiera caído a su lado. Se levantó aturdida de la hamaca solo distinguió una silueta borrosa. Alguien acababa de entrar al patio. Se puso en pie de un salto y gritó: «¡¡Quién anda ahí!!». Se agachó, cogió la manivela del toldo y la desenfundó para golpear al intruso. Justo en ese momento le taparon la boca con fuerza y una voz le susurró al oído:

—Soy yo, Samantha, soy yo. No grites.

—Mmmmm, mmmmm...

No podía hablar, intentó zafarse de aquella mano que la sujetaba con fuerza. Le dio una patada en la espinilla, pero no la soltaba. Al fin empezó a reconocer la voz de Richard y detuvo sus aspavientos. Volvió a percibir el olor a jabón de sus camisas que ya le era familiar. Apenas le veía.

—Tranquila, tranquila. —La abrazaba con fuerza—. Soy yo, ya estoy aquí.

Fue saliendo de la agitación. Richard aflojó la mano y la mordaza se fue transformando en caricia. Empezaba en sus labios, continuaba por su mejilla, hasta perderse en su pelo. Comenzó a respirar con normalidad sobre el pecho mullido de Rick.

—¿¡Dónde estabas!?

—Cumpliendo tu misión —contestó él, sonriendo.

Samantha alzó la cabeza y le miró.

—Eres un idiota. Qué susto me has dado —le regañó en voz baja, mientras se zafaba de él para dar credibilidad a su enfado—. ¿Está vivo? ¿Está vivo mi padre?

Richard la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí de un tirón. Atrapó sus labios entre los de él y la besó. Sus brazos la asían y se movían por su espalda, acariciándola con cariño y fuerza al mismo tiempo, apretándola más, como si quisiera fundirla con él. Le acarició el cuello. Samantha tenía tantas ganas de saber que no se atrevía a insistir en la pregunta. Él la apartó con suavidad.

—Te quiero, te quiero desde el segundo día que te vi —dijo riéndose.

—¿El segundo? —Samantha apenas podía abrir sus ojos legañosos—. En las novelas dicen «desde el primer día que te vi».

—Pero esto no es una novela, es la vida.

A Samantha le tranquilizó aquella distinción.

—El primer día que te vi estaba *enmimismado* —prosiguió Rick.

Samantha rio.

—¿Entimismado?

—Enmimismado.

—Se dice «ensimismado».

—Pero yo estoy en mí mismo, o sea, *enmimismado*.

—Pues sí. Pero no se dice eso.

—No tiene sentido.

—Pero es así.

Temía el nuevo terremoto que desencadenarían los hallazgos de Rick. Sin embargo, sus miedos menguaban cuando estaba con él: el matón del patio del colegio daba media vuelta y se marchaba agachando la cabeza. Acercó su boca de nuevo. A él también le estallaban los poros de la piel. Cuando un gallo cantó metálico para poner fin a la noche, estaba besando a todos los Rick: el oficial de uniforme impecable que sobrevolaba la ruta de los submarinos rusos; el atracador que quería unas monedas y un juicio a la altura de su crimen; el filósofo que se preguntaba cómo hacer lo correcto; el vulnerable que hablaba malhumorado para protegerse; el loco que escribía frases incoherentes; el amante trémulo que se enamoraba en silencio.

Se sentaron a la mesa de mármol del patio. Estaba húmeda y Rick la secó con el antebrazo. En tomo a las tazas de café, Rick le contó su labor de persuasión con los pescadores e hizo un comentario jocoso sobre su vida humilde, con sus pequeños barcos de pesca en el mar agitado de la guerra fría, cuya temperatura ascendía por días. Un avión espía U2 había confirmado que había misiles nucleares soviéticos en Cuba. En el Ejército se sabía, aunque no había trascendido ni se pensaba reconocer públicamente.

—En la cubierta del pesquero miraba las estrellas y pensaba en ti —le dijo—. ¿Tú has visto alguna vez una noche así en Londres?

—No, allí no. Yo también las he estado mirando, he dormido aquí en el patio. O, mejor dicho, he no dormido aquí...

—Yo he saltado para evitar que me vieran. Pensé que dormirías en la cama y que te esperaría aquí. No quería asustarte.

—Pero has saltado la tapia... Es muy alta.

—Soy un héroe de guerra, no lo olvides. —Sonrió mientras alzaba la ceja —. Pero no he hecho ruido, tranquila... —Rieron y el cielo terminó de amanecer. El azul brillaba a sus anchas.

Rick fue desgranando la peripecia de Rafael Portero en Cádiz de la forma que había planeado durante la espera en el puerto. Sabía dar malas noticias; era uno de los ejercicios de empatía que había aprendido en el Ejército. Iba alternando algo de lo que ya sabía Samantha con una novedad, que desvelaba grano a grano, cogiéndole la mano y acariciándosela en silencio, como si le estuviera diciendo: yo no te voy a abandonar. No le escatimó ni un solo detalle, pero se los entregó en orden, aplicando la técnica de las ocasiones en que había relatado a un compañero la muerte de un amigo en combate. Por un momento, se vio a sí mismo recorriendo Hiroshima incendiada, tratando de ir casa por casa, transmitiendo malas noticias a los supervivientes, salvo a aquellos cuyas familias se extinguieron completas. Pero solo recorría fuegos y hierros. No había nada en pie.

Salvo el sobresalto con el que la había despertado, todo fue saliendo según sus planes. Le contó cómo Rafael Portero había llegado al hospital. Sus heridas fueron causadas, no por la persecución ni la tortura, sino por un accidente laboral, un accidente como tantos de los que sufren los estibadores en el puerto. Y además había tenido la enorme fortuna de que una enfermera se enamorara de él.

—Mi padre, ¿con una amante?

—Piensa en cómo le cuidaría de bien una enfermera enamorada.

—Visto así...

Pasó allí unos días estupendos, decía Richard, poniendo tanto énfasis que a Samantha casi empezó a parecerle que su padre había sido afortunado por sufrir aquel accidente.

—No sufrió. Una herida en la cabeza siempre tiene su riesgo, pero estuvo acompañado, que es lo mejor que te puede pasar cuando estás en un hospital,

¿no?

—Si hubiera estado yo...

—Pero no podíais estar, de modo que el *second best* era que recibiera cariño de otra forma, ¿no?

—¿Y él? ¿Sigue vivo él?

—No lo sabe. Solo sabe que, cuando huyó del hospital, ella le escondió en su casa. No habló nunca del tema con su compañera, Elisa, que ahora vive en Vejer, jubilada. Puedes buscarle allí.

Samantha estaba pensativa.

—¿Y qué digo si él me abre la puerta?

—Hola, soy tu hija, encantada de conocerte —dijo Richard, impostando una voz aguda.

Samantha lo miró como si quisiera indignarse, pero, en efecto, la situación era cómica de puro ridícula y acabó riendo.

—Contigo la vida pesa menos...

—Es una estrategia de supervivencia.

—Ya, pero yo no soy así. Soy española. Nosotros tenemos un sentido trágico de la vida.

—Yo he vivido con el alma negra, Samantha. Me he visto como un demonio y he querido matarme. La vida es tragedia y comedia a ratos. Pero si hubiera conseguido suicidarme, no te habría conocido...

Estaba tan ensimismada en su tragedia que le pasó desapercibida la caricia en las palabras de Richard.

—Sé que cuando llegue el momento no seré capaz de verle nada bueno a todo esto —dijo apesadumbrada.

Él se acomodó al hilo de la conversación del que ella tiraba.

—Piensa que estás más cerca de él, como querías.

—Voy al encuentro de un padre que me abandonó, que no me quiso. Quizá hasta me dé con la puerta en las narices. No sé qué sentir.

—No creo. No sabemos cuáles fueron sus verdaderas razones para quedarse en España.

—Yo sí lo sé: sus ideas...

—Además, él tardará en reconocerte a ti mucho más que tú a él. Tendremos tiempo de reaccionar.

—¿Tendremos? —La primera persona del plural le impactó en el corazón. Los amores más grandes caben en una desinencia verbal—. ¿Vendrás conmigo?

—Claro. No me quiero alejar de ti.

Estaban parados, frente a frente, inmóviles. Una fuerza invisible arrancó en sus miradas, respectivamente, y los puso a gravitar despacio, como cuerpos celestes imantados. Él la abrazó bajo la higuera y, al adentrarse en su cuello de rosas, sintió que aquel olor equivalía a una absolución. Samantha se desabotonó la blusa para abrirle su pecho de barro y diamante. Se enroscaron sobre la manta escocesa, que había quedado tirada en el suelo, y se quitaron los nombres. Cerraron los ojos para verse con las manos. Y los dedos vagaron a tientas por kilómetros de piel desconocida. Y se investigaron en calidad de cómplices. Y conspiraron hasta llegar a su propio mundo fortificado. Rick alargó los brazos, recorrió las piernas de Samantha hasta los pliegues de los tobillos y, desde abajo, la trepó. Escaló mujer arriba y saboreó todos los recodos con sus bocas. Tensaron las cuerdas de su gesto. Y las distendieron en la cumbre, mientras ella enredaba los dedos en su pelo quebradizo. Y se dijeron palabras de amor: las de siempre como si nadie las hubiera pronunciado antes. Y se quedaron allí, atados al calor de sus cuerpos. Y cuanto más se ataban más se deshacían los nudos. Se durmieron, al raso y cubiertos. Y sucedió mutuamente.

Al cabo de unas horas, los despertaron unos golpes. Alguien estaba aporreando la puerta.

## Capítulo 18

«*Forelsket*». (noruego).

«Sentimiento de euforia al despertarse el amor».

Los golpes interrumpieron su descanso, con insistencia, cada vez más fuertes. Rick agitó a Samantha, susurrándole al oído que despertara. Aunque no sabían qué hora era, el sol estaba alto. Ella se puso en pie con un solo movimiento y, de un gesto, se metió por la cabeza el vestido verde, arrugado como su cuerpo. Se atusó el pelo.

—Escóndete en mi cuarto, rápido. No salgas por nada del mundo.

—Pero no sabemos quién es.

—Sea quien sea, nadie debe saber esto.

Se esforzó por recobrar la compostura mientras caminaba por el largo pasillo. Una cálida luz cenital entraba por la claraboya del tejado. Se miró en el espejo sol: tenía los párpados jugosos, la sonrisa roja. Tenía cara de recién amada. No podía disimularlo. ¿Y por qué había de hacerlo? Podía levantarse a la hora que le viniera en gana sin dar explicaciones. Pero no, no podía.

Entreabrió la puerta y vio el tricornio de Arenas, que colocó su brazo en primera posición de saludo, mientras ella no dejaba de pestañear, deslumbrada por la cal de la fachada de su vecino, don Evaristo, un hombre que hablaba sin verbos (¿cómo está? Bien, al campo un ratillo, con los nietos). Aquella ceremoniosidad de Arenas debía de obedecer a alguna razón. Se estiró de forma inconsciente, para estar a la altura de la formalidad.

—Buenos días, señora Porter. —Arenas miró a su derecha y ella abrió la

puerta un poco más para ver a otro hombre, que también se cuadró, como un perro se eriza para hacerse notar en medio de la hostilidad—. Es el coronel Myers, de la US Navy.

—¿Qué se les ofrece?

Algo ocurría con el comandante Bainfield. Al parecer, aquel coronel le había escrito su nombre en un papel.

—Pero solo chapurrea cristiano y no le entiendo. Hace el gesto de dormir —Arenas recostó la cabeza en sus dos manos de rezar—, pero no sé qué me quiere decir. Nunca me han dado tantos dolores de cabeza los americanos como desde que está su amigo...

Samantha comenzó a hablar con el coronel. Al ver que Bainfield no se había presentado en su puesto, se había preocupado por él. Al llegar a este punto, el coronel dejó de ser explícito, no quería dar excesiva información sobre los problemas de Bainfield. Se internó en dos o tres circunloquios, hasta que Samantha le hizo ver con afirmaciones de cabeza que estaba al tanto. Myers le explicó que había recurrido a la Guardia Civil porque la última vez resultó que... Bueno, el percance había concluido ahí. Sin embargo, al no encontrarlo en el cuartel esta vez, se había alarmado, usted ya me entiende. Temían que estuviera ido, desorientado o envuelto en algún..., cómo decirlo, algún incidente de los suyos.

Volvió con la retahíla, que si los americanos llevaban apenas seis años en España y no habían dado ningún problema, que si ellos tenían controlados a sus hombres, que si los organizaban por tandas para salir, que si les marcaban los lugares *off-limits* para evitar problemas. Que si su reputación. Si llegaba a extenderse la especie de que un oficial loco iba delinquiendo, perdón, quise decir provocando incidentes por ahí, sería un desastre para ellos. Al coronel le avergonzaba que uno de sus hombres se estuviera comportando como un adolescente gamberro en un campamento de *boy-scouts*.

—No, no lo juzgue así, coronel. Estoy segura de que el comandante no está cometiendo ningún... —Se detuvo a buscar la palabra: delito, no; atraco, tampoco; desaguisado y entuerto no tenían traducción—... ¡Error! Ningún error. Seguro; *no mistake*. —Hacía equilibrios para defenderlo sin dejar de quedar bien con sus jefes e intentando no despertar sospechas de su relación.

El coronel insistió. No se fiaba. Samantha buscaba una coartada que diera



a Richard algo de tiempo para llegar a la base.

—Ayer me lo encontré en la plaza y me dijo que iba a Cádiz a hacer irnos recados, a comprar algo para sus hijos.

—El comandante no ve a sus hijos.

—Pero les manda cosas de vez en cuando... Eso me dijo. Es lógico, ¿no? Son sus hijos, aunque estén allá lejos. —Hacía aspavientos con los brazos—. Seguramente se le hizo tarde y se le complicó la vuelta. Eso habrá sido. Yo de usted no me preocuparía.

—Eso sería también una irresponsabilidad que no le excusaría. —Se le tensaron las cerdas del bigote.

Samantha discurría a la velocidad de un caballo berberisco, pero no supo cómo salir de aquello más que con la verdad:

—El comandante ha dormido aquí esta noche.

A Arenas le bastó con entender «*here*» para que se le ensancharan los ojos como el delta del Nilo. Desembocó en una mirada agria. Su olfato de guardia civil venía oliendo a Bainfield cerca de ella. Confirmarlo le contrariaba: le había desobedecido y aquello era impropio de una mujer decente. Lo pensó. No le hizo falta decirlo. El coronel suspiró aliviado y, aunque había una gradación en los desmanes de Bainfield, enseguida se dio cuenta de que cualquier comportamiento suyo debía reprobarse.

—Con el debido respeto, no aprobamos esta cercanía con las mujeres locales, señora Porter.

—¿Se refiere a las prostitutas que visitan sus marines? —Pateó con puntería la hipocresía del coronel, pero lo lamentó en el mismo momento de acabar la frase.

—Es diferente, estará de acuerdo. —El coronel carraspeó—. Y él debía dormir anoche en la base.

—Tenía permiso.

—Ayer, no hoy. Dígale que salga.

—Se fue hace un rato. —Samantha no quería que se lo llevaran detenido, con una mano en la nuca.

—¿Seguro?

—Pasen a comprobarlo —los desafió, pero al tiempo que los invitaba con un gesto de su brazo, Arenas contuvo al coronel y lo desanimó negando con la

cabeza.

—No es necesario —concluyó el coronel—. Todo claro. Buenos días.

Arenas se despidió en voz baja:

—Deje de meterse en líos, haga el favor.

Samantha corrió a contarle a Richard lo sucedido. Se había duchado y vestido. Con el pelo mojado estaba aún más guapo. La abrazó cuando entró en el cuarto.

—He escuchado la conversación. No me quiero ir.

—Vete. Ese tipo está muy enfadado. Vete ya. Tienes que llegar a la base antes que él.

—Es imposible, no tengo coche. Si no me prohibieran conducir, nada de esto habría ocurrido..., aunque les estoy agradecido. —Besuqueó su cuello.

—Eso no se lo puedes explicar, ni que no estás tomando las pastillas, ni que fuiste a buscar información de mi padre desaparecido, ni nada.

—Lo sé, lo sé. Con las cosas de faldas hay más comprensión. Ya me las apañaré, has reaccionado muy bien.

—¿Cuándo iremos a Vejer?

—En unos días. Ahora no me van a dar otro permiso. Mañana por la tarde me paso por aquí y lo organizamos.

—Vale. Ahora vete.

Le vio marcharse con su larga zancada tranquila hasta que desapareció. Sentía su piel mullida, como si las manos de Rick siguieran dándole calor. Enroscó su dedo índice en un mechón de pelo y empezó a hacer caracolas. Los rosales trepaban por la tapia, en flores vivas. Ella también se había insubordinado y tendría que reparar su reputación ante Arenas y ante sus jefes americanos, que pronto estarían informados de todo. Tal vez su padre también tendría una hiedra en el patio, o cintas o frutales; geranios, seguro. Trató de imaginarse tomando un café con ellos, pero no vio la cara de su padre ni el limonero.

Media hora después, el comandante Bainfield cruzaba a pie el control de

la base, con las manos en los bolsillos y silbando «*Love me, tender*». Quería saborear el recuerdo y retardar al máximo el momento en que sus jefes tomaran el control de su vida. No faltaba mucho.

Dos efectivos de la Policía Militar lo esperaban apostados junto a la garita. Lo abordaron para comunicarle, señor, que debían llevarlo ante el coronel Myers de forma inmediata, señor. Trató de dilatarlo, fingiendo que le cogía por sorpresa. Explicó que necesitaba pasar por su casa, a por nada en concreto; solo por desobedecer. Se lo negaron e insistieron en llevarlo de inmediato al edificio de oficiales.

Rick siguió andando en dirección a su casa, sin reprimir la melodía de Elvis. Uno de los hombres se plantó ante él con las esposas en la mano.

—Señor, es la orden que tenemos...

El chico sudaba. No tenía más de veinte años y debía cumplir la orden odiosa de esposar a uno de los suyos, a un oficial que quizá un día le salvara la vida en una guerra cualquiera. No se resistió más, aunque siguió canturreando con las manos a la espalda. Unos minutos después se encontraba ante Myers, quien le comunicó que le abrirían un expediente, en principio informativo, pero que podría derivar en una sanción, dependiendo del cariz que tomara la investigación.

«Lo bello es difícil», pensó con Platón. ¿O era Sócrates? Mientras divagaba le quedó impuesta, de manera cautelara, la incomunicación absoluta con el exterior.

El sonsonete de Elvis que había seguido sonando cual reguero del amor nocturno se detuvo de pronto y un silencio negro inundó su cabeza. Rick solo escuchaba la voz de reglamento del coronel Myers. Y preguntaba con flechas. ¿Cuántos días? Los que dure el procedimiento. ¿Cómo exactamente? Sin salir de la base ni recibir visitas. ¿Y llamadas? Sin mantener comunicación alguna con nadie del exterior, ni telefónica ni telegráfica ni por ningún medio verbal o escrito, existente o por inventar.

Le aseguraron que no estaba detenido, pero debía esperar la resolución del expediente en condiciones restrictivas. ¿Qué restricciones? Las que le acababa de explicar y otra más. Debía trasladarse de forma inmediata al edificio de oficiales con un petate y esperar órdenes. No preguntó de qué le acusaban. Se le asignaría una habitación. Ausentarse sin permiso constituía un acto de

indisciplina, es decir, podía convertirse en una falta muy grave y un arresto.

La amplia tolerancia de la misión americana hacia las necesidades sexuales de los hombres no se le aplicaba. Su error de cálculo, si hubiera calculado algo, fue pensar que serían tolerantes también con él. Richard estaba irritado. Se le frunció el ceño, pero mantuvo la calma:

—Señor, sin ánimo de ser exhaustivos, ¿cuántos de nuestros hombres duermen con putas cada noche?

—Eso es irrelevante, comandante. Lo que le concierne a usted lo observamos con especial celo, dados sus antecedentes.

—Eso me ha perjudicado siempre. Soy el héroe de guerra maltratado por los mismos que me honraron.

—No suba el tono, está hablando con un superior.

—No he subido la voz, he hablado claro.

—Recientemente se vio usted envuelto en un acto impropio que conseguimos encubrir, pero no podemos correr riesgos. Quedará usted retenido en el edificio de oficiales mientras se instruye el expediente.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Y dé gracias que no le arresto de forma preventiva. Trasládese de inmediato al BOQ y espere órdenes.

—Señor, necesito hablar por teléfono, es imprescindible.

—¿Con su amiga española? —El coronel hizo una pausa y habló reteniendo las palabras, enfatizando la parsimonia—. Le he dicho que está incomunicado, ¿lo ha entendido?

—¿No tengo derecho ni a una llamada?

—Esto es la US Navy, entérese. Esto es una base americana en territorio extranjero y ahí fuera los rusos están a punto de bombardear nuestro país. Los mismos que nos espían en el estrecho. Esa mujer es la última con la que puede hablar. Está involucrada en los hechos. Quizá tenga que declarar también.

—No pueden hacer eso. No tenemos jurisdicción sobre la población local.

—Trabaja para nosotros.

—Eso no le da derecho a interrogarla.

—No se ponga legalista. Es amiga. Contestará amablemente a nuestras preguntas informales si el instructor quiere hacérselas. Por tercera vez, trasládese ya al BOQ y espere órdenes. No se lo diré más.

—De acuerdo.

—Puede permanecer en libertad dentro de la base, donde no tiene restricciones a su comunicación ni a sus movimientos. De momento.

—¿Qué pasa con Platón?

—¿Cómo dice?

—Mi perro.

—Lo puede traer con usted. Avisaré de la llegada del perro de Bainfield.

—Se rio con sonoridad ostensible.

En el BOQ lo someterían a un estricto control. Allí se encontraban los despachos de los mandos, las oficinas y, en la segunda planta, las habitaciones donde se alojaban los oficiales solteros al llegar a la base, hasta que se les asignaba una vivienda. Cuando era necesario, servía también para llevar a cabo arrestos informales, como el suyo. Un agente de la Policía Militar lo seguía unos pocos metros por detrás, mientras se dirigía a su casa.

Todo se había complicado de forma extraordinaria. Nunca lo iban a tratar como a los demás. Siempre lo tomarían por loco. Necesitaba pensar con claridad y hallar una forma de comunicarse con Samantha, pero la frustración le obstruía las ideas. No se le ocurría una solución. Cogió de su armario el uniforme deportivo y un par de mudas. Los monos de trabajo no le harían falta. Llenó la mochila y salió andando. El policía que se había quedado vigilando fuera caminaba tras él.

Se fue directo a la sala de entrenamiento. Soltó el petate, se calzó los guantes y comenzó a golpear el saco de boxeo. Primero fueron golpes directos, después laterales. Sus músculos entraron en calor. Se ensañó con los *swings*, de un lado y de otro, sin parar. Su pelo se había empapado de sudor, todos sus poros expulsaban rabia a borbotones. Supo que llevaba mucho rato dándole una paliza al saco porque le empezaron a doler los nudillos, sobre todo en la mano izquierda, que se lesionó en un campamento. Se tiró al suelo exhausto. Los rayos del sol entraban de refilón por el ventanuco lateral del gimnasio. Oyó unas voces masculinas, cuyas caras no quería ver, de modo que se tumbó sobre una colchoneta con rapidez y fingió estirar los isquiotibiales: se agarró los tobillos y escondió la cabeza en la caracola de su cuerpo. El policía no

dejó de vigilarle ni un solo segundo. No tenía escapatoria. Le sería imposible burlar aquel seguimiento que ceñía su espacio vital a un puñado de pasos. Era como vivir en una cárcel portátil de diez metros cuadrados. Las rejas invisibles de la jaula las cargaba él mismo.

En aquella postura, que hubiera parecido ridícula en cualquier otro sitio, se odió cuando comprendió que le iba a fallar a Samantha cuando ella más le necesitaba, exactamente como hizo su padre. La opresión le encanijaba los pulmones y se tuvo que incorporar en la colchoneta con un súbito movimiento. Inspiró dos bocanadas y le supieron espesas como aire sudado. Necesitaba con urgencia idear un modo de comunicarse con ella y no se le ocurría ninguno legal. Se puso en pie para llenarse de oxígeno hasta el abdomen, solo así podría pensar con claridad. No tardó más de un par de minutos en concluir que le abocaban de nuevo a transgredir las normas.

## Capítulo 19

«*Litost*». (checo).

«Desesperación repentina que sentimos al darnos cuenta de la propia miseria, normalmente por comparación con otros».

La niña dañada decidió ordenar el armario. Pensó que así se esfumaría el miedo de encontrarse con su padre y las horas transcurrirían más aprisa hasta que Rick llegara para planear el viaje a Vejer. Desdobló un jersey fucsia de lanilla y se le dobló la nuca con la vergüenza antigua de no tener padre. Examinó el tejido ralo de una cara falda de tubo, ya amortizada, y sintió el olor a cerrado de los cuerpos de los huérfanos. Al abrir el cajón superior, vio arañazos en el revestimiento de papel pintado. Extrajo dos camisetas interiores de felpa blanca que nunca iba a necesitar en Rota. Uno a uno, fue sacando los cuatro pares de medias que tenía. Los repasó. Estaban bien todos menos uno, que habría de llevar a la costurera para que le cogiera los puntos. Le vino a la cabeza la idea de abrazar a su padre y le tembló el juicio. Arrojó la falda al suelo, había que descartarla, y Rafael Portero era un ángel. Planchó la blusa de raso, se entretuvo con las chorreras de dama distinguida, y era un demonio. El vestido negro de mangas abullonadas comprado en Harrods apareció aplastado en el fondo del altillo y se vio en aquella fiesta de ingleses, al fin, de la mano de Alan, que le pidió casarse esa misma noche. Lo arrojó al montón para tirarlo: quería deshacerse de aquellos objetos que alumbraban la oscuridad de su memoria.

Nunca erradicaría su niñez sin padre, Richard estaba tardando, y sacó las

manoletinas de charol de una caja de cartón. Seguía sin saber si era huérfana o abandonada, y la suela no estaba excesivamente gastada. Ahora estaba a punto de descubrirlo y pensó que en la parroquia aceptarían los desechos sobrantes de su vestuario. Vio a Alan besándola en la frente cuando el amor entre ellos ya era escaso para alimentar a dos adultos. Nunca le llamó «exmarido», sino «expadre». Para todos sus amigos, «padre» era un sustantivo que se tenía en pie por sí solo. Para ella siempre venía con muletas: mi padre muerto, mi padre desaparecido. A ratos se convertía en el «no padre», que había desertado de su hija para no quererla. Cuando fue al registro civil para recuperar su apellido de soltera, dejó de ser Samantha Muir y volvió a ser Samantha Porter. Vagaba de un apellido a otro, como de un hombre a otro. Del pasaporte de un padre que no fue al de un marido que dejaba de ser.

El día transcurrió sin que Rick apareciera. De pie en la cocina se tomó el último vaso de gazpacho y salió a caminar, con el yunque de los recuerdos sobre su cerviz. Enfiló por Veracruz y, calle arriba, llegó sin darse cuenta al cruce del control de la base. Se detuvo a unos metros de la entrada. Había anochecido. Levantó la vista hacia la garita, desorientada. No iba a entrar en busca de Rick. El policía de guardia la saludó con un movimiento de cabeza. Se sorprendió de que la reconociera a distancia y en la oscuridad, pero al fin y al cabo era un vigía. La ambulancia que conducía Paco se detuvo junto a la acera. Era propiedad de los americanos, pero también daba servicio al pueblo. Por un momento, pensó que le hubiera ocurrido algo a Rick, pero lo descartó enseguida: alguien la habría avisado. No había accidente, sino maldición del destino: ser una y otra vez abandonada por hombres a los que ella debía ir a buscar. La abuela de Paco descendió de la ambulancia. Disfrutaba de los paseos que le daba su nieto cuando no había ninguna emergencia, que era casi siempre, por el pequeño privilegio de montar en un vehículo exclusivo y observar a sus vecinos desde la altura del asiento delantero. Se despidió lanzando un beso al aire a su nieto y saludó a Samantha sonriente. Un Chevrolet Corvair de color gris chirrió al frenar ante la barrera. Distinguió a cuatro personas: dos hombres delante, dos mujeres en los asientos traseros, a juzgar por la forma de sus peinados. Todos en Rota tenían con quien pasear, salvo ella. Se dio media vuelta y bajó por la avenida de San Fernando de regreso a casa.



Había visto un buque de la Sexta Flota atracado en el puerto de la base, por lo que no le sorprendió el bullicio: más hombres y más diversión en la avenida. Le costaba avanzar entre el gentío, venciendo ella sola la corriente y la multitud. Al pasar por un club de alterne con nombre de *pub*, se preguntó por qué las mujeres no podían pagar a cambio de amor. Pero las menos sentimentales del pueblo veían dólares andantes donde ella veía compañeros de Rick: algunas se vendían; otras se colocaban de camareras para cerrar los bares, pues al final de la madrugada siempre había algún americano al que se le caían los dólares del bolsillo. Como parecía un deseo de Dios mandar al pueblo ese maná, no había nada de que arrepentirse.

Se cruzó con Pepe, el chico de los toldos. Iba tan ensimismada que hubo de ser él quien la saludara:

—Buenas noches, doña Samantha, ¿cómo está?

Levantó la cabeza, sorprendida. Ni siquiera la voz grave y viril de Pepe había despertado sus recuerdos eróticos de playa.

—No le había visto. ¿Qué lleva ahí colgado al cuello? ¿Es una cámara?

—Ahora me dedico a la fotografía, da más dinero.

—¿Entiende de fotografía usted?

—Todo es ponerse. Mire qué *flash* tan gordo y vistoso. Huy, me tengo que ir, que hay trabajo.

Se dirigió al encuentro de dos marines que se acercaban caminando. Uno llevaba la corbata torcida, se tropezó con el bordillo de la acera y estuvo a punto de estrellar su sonrisa contra el suelo. El otro se carcajeó de su torpeza mientras le daba la mano para levantarlo. Pepe sonreía, cámara en ristre.

—*Smile, piense! Smile!* —El *flash* soltó su fogonazo—. Un recuerdo de la diversión en Rota, habéis salido muy bien. *Very good, very good.*

Los soldados afirmaron con la cabeza.

—*To pay now, to pay now.* —Pepe les instaba a pagar. Los marines dijeron «ok» sin dejar de reírse, sacaron un puñado de billetes del bolsillo y se lo dieron. Él se quedó con cinco dólares y les devolvió uno. Se sintió un hombre honrado.

—*The picture* —reclamó el más sereno tendiendo la mano.

—La foto hoy no. *Tomorrow no; tomorrow tomorrow*, tampoco; al otro *tomorrow* —contestó Pepe. Y le entendieron. Les dio unos palmetazos en la

espalda y los animó a seguir con la diversión.

Mientras los marines se alejaban, Samantha, que había contemplado la escena de cerca, se acercó mirando a Pepe con asombro:

—¿Ve? —dijo él—. Ellos tan contentos creyendo que tendrán su foto al tercer *tomorrow*, y yo también.

—Mañana ni se acuerdan de su foto, Pepe.

—Eso es lo que hace falta...

Se alejó sonriendo. Había oído el chisme de que Pepe hacía fotos sin carrete a los americanos. Ahora lo había visto y, por primera vez en todo el día, se había distraído de sus pensamientos obsesivos. El bullicio parecía despejarse un poco a la altura del Cocotal y, justo al pasar por delante, se topó con el teniente Arenas y el farmacéutico Hurtado, que fue el primero en hablar:

—Se la ve muy sola por aquí, doña Samantha. —Le resbalaba la lengua como si la tuviera untada de aceite—. ¿Es que su amigo americano no la saca de paseo?

Iba a decirle que no necesitaba que nadie la llevara a ningún sitio, pero se le agolparon las lágrimas en la garganta y solo pudo mirarle con desprecio. Como era lo que solía hacer, a Hurtado no le sorprendió, pero a Arenas, sí.

—Mujer, alegre esa cara. ¿Cómo es que no ha venido a la recepción en el cuartel? ¿No se acuerda? Hoy era la Hispanidad. Han venido mandos de la base, el *lieutenant*, todos. Y usted, que es española, va y se lo pierde.

A Samantha se le desencajó la expresión. Le temblaron los tacones y pensó que iba a desmayarse.

—¿Pero no era inglesa? —inquirió el farmacéutico.

—Pues claro. —Samantha se retiró el flequillo que le caía sobre el ojo izquierdo y lanzó a Arenas una mirada de hiel.

—Vaya hocico —murmuró él.

Dos agentes de la Policía Militar americana pasaron junto a ellos. Patrullaban la avenida para retirar a los soldados ebrios y evitar que provocaran altercados. Reconocieron a Arenas, pese a ir vestido de paisano, y le hicieron el saludo militar. Él intentó corresponder, pero no consiguió erguirse como un guardia civil.

—Estos te hacen la competencia. —Hurtado soltó una risotada.

—Aquí solo lleva armas el Benemérito Instituto. ¡Faltaría más!

—Yo también llevo el hierro siempre encima. Por si acaso. —Se tocó el bolsillo de la chaqueta, evidenciando el bulto, y adelantó la cara un palmo hacia ella—. Todos escondemos algo, por lo que se ve.

—Tengo prisa, señores.

—Espere, no corra tanto. —Hurtado la agarró del brazo y ella se revolvió para zafarse.

—¿Qué hace? Suélteme ahora mismo.

—Mujer, solo quiero invitarla a una copa. —De pronto había suavizado su voz.

—No quiero ninguna copa, y menos con usted.

—Qué coqueta es... Tráteme bien, doña Samantha, que me trata usted muy mal. Vamos a tomar esa copa y me cuenta lo de que es española. Me gusta todavía más.

El alma pactista de Arenas terció a toda prisa:

—Qué noche más buena se ha quedado, ¿verdad?

—Pues claro, venga a divertirse un rato, mujer. El mundo va a saltar por los aires y usted sin dejar de ser una estrecha.

—¿Qué dices, Hurtado? —Arenas soltó una carcajada—. No exageres.

—Que sí, mi teniente, que sí. ¿Es que no lees los periódicos? Que los rusos están toreando a estos en Cuba. —Y señaló con el brazo en dirección a la base—. Tú es que no te enteras de nada. Algún bombazo nos cae aquí, ya verás. Más nos vale rezar.

—Quita, quita, qué nos va a caer ni nos va a caer.

Samantha aprovechó la discusión geopolítica para escabullirse. Dijo adiós en voz baja y huyó temerosa, como si Hurtado estuviera afinando la puntería en su nuca. El maldito Arenas la había dejado al descubierto al revelar su verdadera nacionalidad. ¡Qué estúpido! Quién sabe qué más le estaría sonsacando en este momento el reptil de Hurtado. Solo podía confiar en que, con la melopea, al día siguiente se le hubiera olvidado la conversación. Todo salía mal. No podía estar saliendo peor. Si al menos Rick apareciera y le quitara la intemperie de los hombros... Hasta el último momento conservó la esperanza de encontrárselo en la puerta de su casa o merodeando por su calle. Justo antes de doblar la esquina se detuvo. Cerró los ojos, cruzó los dedos y se dijo a sí misma «por favor» tres veces, porque no tenía un dios a quien

pedírselo.

Oyó unos pasos muy cerca, a su espalda, y abrió los ojos sobresaltada. Eran pisadas lentas, de hombre mayor, pero cuando se giró aún quería albergar una esperanza.

—Le toca ya la Virgen, ¿no?

Era don Matías, viudo, panadero y bajito. La pregunta tenía sentido porque vivía en la casa colindante.

—Err, no sé, supongo.

—Si va a rezar, mejor tener a quien. —Y su respuesta también cobró sentido en medio de la desesperación.

Entró en casa a tientas. Sin luz y con los ojos acuosos a punto de reventar, se le enredaron los pies en la manga de una blusa y cayó sobre el montón de ropa vieja. Se quedó en el suelo llorando, con desconsuelo de retal descartado ella misma. Se lo tenía merecido. Nunca debió confiar en Arenas ni en Rick ni en nadie. Se sentía tan débil que ni siquiera había podido contestar a esos dos mamarrachos como se merecían. «Así escarmientas», dijo la voz de su madre. Lloró toda la noche, dando puñetazos a la ropa primero, a la almohada después. Sintió lástima de sí misma y pataleó. A ratos, lloró por Amandita, la huérfana o no; otros, por la señora de dos nombres que vagaba de apellido en apellido; y también lloró por ella sola en ese mismo instante. Parecían llantos distintos, pero eran el mismo. Y retumbaba.

En su litera del BOQ, el comandante Richard Bainfield sentía cómo la deuda que estaba contrayendo con Samantha le carcomía los rebordes de su trauma. Ya no podía saborear con placer el recuerdo de su amor bajo la higuera del patio. Estaba maldito. Todo lo que tocaba se convertía en culpa vieja. Daba igual que no cometiera errores. Él mismo era un error. Estaba condenado a causar daño sin querer, sin saber; por decisiones de otros. Miró a Platón, tumbado sobre la loseta. En aquella triste habitación no había más que una mesa, una silla y un armario. Aun sin catre, el perro era lo único apacible a su alrededor.

Durante dos días no salió del edificio ni para pasearlo. Le abría la puerta y él marchaba solo, hacia el jardín de enfrente. Pero debía de oler la tristeza

de su amo y regresaba enseguida. Restregaba la cabeza en la rodilla de Rick y se sentaba a su lado, con la certeza absoluta de que allí estaba su patria. Los recuerdos no vividos empujaban de nuevo. La primera noche vio a Yoko Samura completamente calva, caminando entre automóviles calcinados, bicicletas fundidas y tranvías abollados. La segunda irrumpió en su cabeza el cadáver de Hiroki Hashi con los ojos abiertos, junto a un árbol desnudo, entre postes de teléfono arrumbados. Al tercer día acopió toda su fuerza de voluntad para volver a la sala de entrenamiento. El ejercicio físico atenuaba por momentos el malestar que empezaba a colonizarlo de nuevo.

Underwood, su médico y amigo, lo llamó a la consulta con la excusa de hacerle un reconocimiento. Cuando entró lo saludó con palmetazos en la espalda, signo inequívoco de su integración en las costumbres locales.

—No tienes buena cara, comandante —le dijo.

Estaba informado de la situación, pero su interés residía en prevenir una crisis nerviosa que acabara en autolesiones o algo peor. Richard estaba vigilado todo el tiempo, salvo cuando se encerraba en su cuarto, donde nadie controlaba lo que podía hacer. Underwood sabía que no padecía ninguna enfermedad mental y que la complicidad existente entre ellos, fraguada en los años de Waco, era la mejor medicina para Richard, que se pellizcó la nuez varias veces antes de emerger de su silencio:

—La he abandonado cuando más me necesitaba. Sin una explicación siquiera. No me puedo perdonar. —Su respiración jadeante, corta y rápida, le ahogaba.

—No eres de los que se perdonan fácilmente.

Por el ventanal de la consulta entraba la luz a chorros. Richard apenas podía entreabrir los ojos y el médico echó la persiana.

—He visto que el doctor Graves te recetó algo para los nervios. ¿Lo tomas?

—No.

—Pues hazlo. Te ayudará estos días, hasta que se resuelvan las cosas. Déjame que te tome el pulso.

Extendió el brazo y el doctor le asió la muñeca mientras miraba su reloj. Después le auscultó.

—Tómate lo que te ha mandado Graves.

—No me fio.

—¿Qué tal estás durmiendo?

—Regular.

—¿Tienes pesadillas?

—Esta noche he soñado que ella se caía del avión que yo iba pilotando y no podía hacer nada. Si soltaba los mandos, nos estrellábamos y, si no, el vacío la absorbía, se iba alejando de mí, poco a poco, hacia la cola del avión, como atraída por un torbellino. Yo la llamaba a gritos, pero no podía rescatarla.

—¿Qué has hecho para que te tengan retenido?

Estaba sudando. Con la voz entrecortada, consiguió contarle la peripecia de principio a fin.

—¿¡Por eso!? ¿Por dormir fuera una noche?

—Sí, son ellos los que empeoran mi estado, como siempre. —Sentado frente a frente en la mesa de la consulta, sus ojos se iluminaron de repente. Puso su mano sobre la de Underwood—. ¿De verdad me quieres ayudar? Hay algo muy sencillo que puedes hacer por mí.

—Dime, comandante. Ya sabes que te tengo especial aprecio.

—Acércate a la casa de Samantha, yo te indico dónde es. Y dile que me tienen retenido e incomunicado, que no puedo salir, que me espere para hacer el viaje, que la acompañaré en cuanto esto se aclare.

Underwood torció el gesto.

—No sé, Richard. Lo que me pides es muy complicado.

—Será solo un momento, no te verá nadie. Es posible que ella ni esté, probablemente se vaya en un par de días. Quizá se haya ido ya, al ver que no aparecía. En ese caso, sería cuestión de echar por debajo de la puerta una nota que te voy a escribir. Por favor, te lo suplico, hazlo por mí. Nadie lo sabrá.

Underwood bajó la cabeza y se quedó mirando la hoja en blanco de su recetario. Le daba golpecitos con el capuchón de la pluma. Finalmente asintió con la cabeza.

—Hoy es imposible, a ver en los próximos días. Tendré que buscar un momento en que ni me controlen aquí ni en casa. No quiero preguntas.

—Cuanto antes mejor.

—Haré lo que pueda.

—Es lo más importante que un médico de las Fuerzas Armadas ha hecho nunca por mí.

—Vamos, no seas tan duro...

—Esto es salvarme la vida, Tom, de veras.

Cogió una receta en blanco y un bolígrafo y escribió unas frases para Samantha. El doctor Underwood lo guardó en el bolsillo de su bata blanca.

En ese momento, Samantha estaba decidiendo emprender de inmediato el viaje a Vejer. Hacerlo le dio fuerzas. Si había llegado desde Londres sola, podía recorrer unos kilómetros más. Iría sin Rick y se echaría a la cara a su padre. Tenía que saldar esas cuentas de una vez por todas. Un golpe del viento agitó los rosales de su patio y sacudió las ramas, que restallaron contra el muro. Cayeron unos pétalos secos, pero como el aire no paró en todo el día, al anochecer las flores estaban deshechas y el rosal desarbolado, a la intemperie.

## Capítulo 20

«*Komorebi*». (japonés).

«Los rayos del sol cuando se filtran entre las hojas de los árboles».

Descendió del coche de línea en la plaza de Vejer, frente al bar. Sobre una tablilla de contrachapado, pintadas a mano, unas letras temblorosas anunciaban «habitaciones». Suficiente, pensó Samantha. Se trataba de una casona de pueblo de dos plantas, cuya altura dominaba las viviendas contiguas. Sobre la deslumbrante cal de la fachada, emergían un par de rejas negras y la figura de una viuda. Samantha envidió sus ropajes. Si existiera, como el código de la muerte, otro para el abandono que tenía sedimentado en los intestinos, podría esperar comprensión. Pero sabía que debía camuflar sus sentimientos, porque no se había inventado la falda de la melancolía.

La conversación sobre los pormenores prácticos fue rápida y dio paso enseguida a la entrega de la llave. La viuda llevaba los ojos pegados al vientre y Samantha ladeó la cabeza tratando de encontrar su mirada.

—¿Sabe usted dónde vive Elisa Fraile?

—Esa es la Elisa del herrero, ¿no? —Por primera vez levantó la vista—. Vive allá, detrás de la plaza. La cruza usted y luego coge la primera calle y ya sale al paseo, donde los olmos. Por ahí pregunte, todos nos conocemos aquí. ¿Qué es, parienta suya la Elisa?

—Vieja amiga de la familia, sí.

—¿De dónde es usted? —Adelantó el mentón.

—Tenemos la familia entre aquí y allí.



—Nunca deja una de sufrir.

—Es verdad. —Samantha cogió la maleta—. Voy a instalarme. Gracias.

—No las merece, mujer.

Abrió la puerta y vio la celda de un monje desahuciado: la cama, breve; un cabecero de barniz sombrío, una lamparilla de noche y una mesilla que cojeó cuando Samantha dejó el bolso. Abrió la colcha y la ropa de cama despidió el olor del olvido cuando se apelmaza. Vio un orinal bajo la cama y, sobre el lavamanos, en lugar de espejo, un crucifijo y un rosario. Los descolgó despacio y los guardó en el cajón de la mesilla. No deshizo el equipaje, pues no había traído sales de baño ni aceites hidratantes. Viajaba solo con su herida. Y escocía como si estuviera hurgando en ella un batallón de gusanos con lanzas. Se preguntó qué hacía allí. Sus razones parecían haberse esfumado. Se abismaba en el miedo a cualquiera de las formas que podría cobrar un segundo abandono: la muerte, el desdén, el olvido, la demencia. Temía odiarle y echarle de menos, sentirse hija perdiéndole. Por encima de todo, se temía a sí misma, por sentirse tan radicalmente sola y soportarlo. Estuvo varias horas debatiéndose, hasta que el miedo se diluyó en la necesidad psicológica de acabar con aquella incertidumbre, fuera cual fuera el resultado. Salió andando hacia la casa de la enfermera, la última persona que había visto a su padre con vida.

Se detuvo frente a la puerta y arrimó la cabeza, por ver si escuchaba algún ruido doméstico que le resultara familiar o, al menos, le diera alguna pista de lo que encontraría. Por fin, agarró el llamador con la mano trémula. Golpeó tres veces.

Una voz de hombre anciano gritó desde dentro: «Ya va, ya va». Pensó que era su última oportunidad de huir, pero el temblor de piernas le obligó a asirse al quicio de la puerta.

Abrió una mujer robusta. Su pelo canoso amarilleaba como sus ojos. Tenía la tez tan blanca que le pareció albina. La casa estaba en penumbra y su silueta clara se dibujaba sobre el fondo negro del pasillo, como si hubiera salido incólume de un pozo oscuro. Saludó a Samantha con distancia mientras se secaba las manos en el mandil blanco que llevaba anudado a la cintura.

—¿Vive aquí Rafael Portero?

—¿Quién es usted?

—Una sobrina suya, de Inglaterra. —Exageró su acento.

—Él no tenía sobrinas.

—¿Está muerto?

—¿Quién es usted?

—¿Está muerto, sí o no? ¡Dígamelo!

—Oiga, yo a usted no la conozco.

—¿Vive o no vive mi padre? ¡Conteste de una vez!

En un arrebato de ira la agarró por los hombros y la empezó a sacudir como si fuera un olivo que hubiera de soltar la aceituna: sí o no. La mujer intentó chillar, pero su voz era débil y solo Samantha la oyó.

—¡Suélteme! Me va a hacer daño. —Retrocedió hasta la reja del zaguán y se agarró para no caerse.

Samantha estaba perpleja de sí misma.

—Discúlpeme. —Permaneció en silencio unos instantes—. Soy su hija, dígame si mi padre vive o no.

—Se lo diré, pero no se acerque.

—De acuerdo.

—Murió. Murió en la guerra.

Samantha se quedó paralizada mirando fijamente a aquella desconocida. Se le desenfocó la vista y el contorno de la enfermera se difuminó como una bruma sobre la oscuridad del pasillo.

—¿Qué pasa? —Era la voz del hombre anciano desde el fondo de la casa.

—Nada, padre, usted tranquilo. Estese ahí sentado, no se vaya a caer.

Samantha tentó la pared con la mano para apoyarse. Las piernas le flojearon y, cuando estaba a punto de caerse, la enfermera la sujetó por la cintura y la posó lentamente en el suelo mientras se desmayaba. Fue a buscar un abanico y un vaso de agua. Volvió y le dio aire en la cara, alternándolo con ligeros cachetes.

Samantha recobró la conciencia y abrió los ojos. La enfermera le acercó el vaso.

—Tenga, beba un poco, es agua con azúcar. Incorpórese.

En cuanto Samantha volvió a ponerse en pie, la enfermera la invitó a entrar en su casa y sentarse en el sofá.

—Hay algo que usted debe saber y se lo voy a contar —dijo.

Pese a que el salón estaba en penumbra, Samantha solo podía entreabrir los ojos. Vio una palangana de porcelana blanca sobre la mesa camilla, llena de agua, y junto a ella un trapo de cocina viejo.

—Usted es Amandita, ¿verdad? —Samantha no contestó—. Es clavadita a él. No tiene que fingir conmigo. Su padre la mentaba siempre.

—Usted lo escondió, ¿no?

Elisa se enjuagó las manos en la palangana. Después las posó un par de veces sobre el trapo, palmas y dorso.

—En mi piso de San Fernando... Él no hubiera vivido igualmente — musitó.

—¿Cómo dice?

—Yo viví los últimos meses de su vida junto a él.

—Cuéntemelo, se lo ruego.

—Le voy a dar un café. Está usted pálida.

Enseguida llegó el olor de la cafetera bullendo y Samantha recordó en bucle cómo en su casa de Londres aquel aroma le hacía evocar su casa de Madrid y su solitaria infancia apacible, antes de la guerra.

Elisa trajo una bandeja con dos tazas blancas de porcelana, las del juego de invitados. Le dio a Samantha la que tenía el canto descascarillado.

—Nos quisimos mucho Rafael y yo. Nunca he vuelto a querer a nadie... Esa ha sido mi penitencia.

—¿Penitencia? —Samantha intentó dar un sorbo al café, pero abrasaba. Se acarició los labios con los dedos.

—Venía inconsciente, con un golpe muy grave en la cabeza. Se le había caído no sé qué de una grúa en el puerto, trabajando, traía también una pierna rota y varias costillas Asuradas. Las radiografías eran terribles, estaba hecho papilla, la criaturita. Pero lo peor fue lo de la cabeza. Tuvieron que operarle dos veces. Yo permanecí con él. —Samantha estaba desfondada, a punto de escuchar una derrota—. Los primeros días no hablaba, ni abría los ojos siquiera —prosiguió la enfermera—. Estaba allí tendido y yo le tomaba la temperatura, le daba vaselina en los labios, que se le reseaban mucho, le cambiaba los sueros. No sabíamos quién era su familia, no llevaba documentación encima y no podíamos avisar a nadie. Nos daba mucha pena a todas, pero en la guerra esas cosas ocurrían. Aquí ya había pasado lo peor, y

había sido rápido, aunque estaban los paseos y las delaciones, pero por todas partes seguían pegando tiros. Un compañero del puerto vino a verle el primer domingo, pero no sabía su nombre. Se quitó la gorra, se sentó a su lado y al cabo de una hora se levantó, le dio dos palmaditas en el hombro y se marchó. Salvo por esa visita y por mí, estuvo solo. Claro que él tampoco se enteraba.

»De repente un día, al cabo de dos semanas, empezó a mover los dedos y las manos, estaba agitado, le daban espasmos en las piernas, tuve la impresión de que algo le iba a pasar, pero no sabía si para bien o para mal, ya me entiende. Y al día siguiente me lo encontré con los ojos abiertos. No había hablado aún con nadie. No sabíamos cómo reaccionaría; los golpes en la cabeza son muy malos y nunca se sabe. Le pregunté cómo se llamaba y me dijo: "Rafael Portero". Le hice muchas preguntas, para ver si estaba orientado, y él me empezó a preguntar a mí. Que en qué hospital estaba, que cuánto tiempo llevaba allí, en fin. Regía, pero no se acordaba del accidente. Nunca llegué a saber qué le ocurrió exactamente. Lo poco que supimos fue por ese compañero, que no volvió más.

Samantha intentó de nuevo sorber el café. Ya no quemaba, estaba amargo, pero no se dio cuenta. La cara de la enfermera se iluminaba con los recuerdos.

—Yo iba todas las mañanas a la hora del desayuno y charlaba un rato con él. Con la excusa de darle las medicinas, me sentaba allí un rato y le ayudaba a tomarse el café, porque él casi no se podía mover con el corsé que le inmovilizaba las costillas. Y así, hablando, hablando, fuimos cogiendo confianza. Charlábamos de todo un poco, que si el día estaba con sol, que si le dolía un poco menos aquí y un poco más en otro lado, que si la leche la habían calentado demasiado, en fin, él me necesitaba y yo..., pues yo a él también. ¿Qué le voy a decir? Desde que el mundo es mundo, las mujeres hemos cuidado a los hombres y encima los hemos necesitado.

Un buen día me empezó a hablar de su hija, de usted. Me dijo que se habían ido las dos de España en un barco y no había vuelto a saber de ellas. Que estaba solo en el mundo.

Samantha la interrumpió bruscamente:

—¿Por qué no fue él en ese barco?

—Me dijo que se quedó para salvar a España de los... —bajó la voz—, de estos que mandan. —Elisa volvió a sumergir las manos en la palangana—.

Él estaba tranquilo porque sabía que usted y su madre estaban a salvo.

—¿Cómo lo sabía?

—No lo sé, pero lo sabía. Por entonces empezamos a intimar, usted ya me entiende. Él ya estaba mucho mejor, aunque no terminaba de soldarle la pierna, y por eso no le daban el alta, pero ya incluso se daba algunos paseos por la planta del hospital, con mi ayuda y las muletas. A mí me hubiera encantado bajarle al jardín y sentarnos allí debajo de un olmo a charlar. Nos gustaba tanto hablar... Yo hacía lo que podía, estaba en mi trabajo y no quería que me llamaran la atención por dedicarme a un solo paciente. Pero le hacía a él más caso que a los demás, desde luego. Me fue contando todo: que era republicano, que había sido del sindicato, que era maestro y había intentado el reingreso, pero lo habían depurado y por eso había acabado trabajando en el puerto... Nos enamoramos. Así de simple.

Un día, estando en el control de planta, un médico se interesó por él. Yo creía que éramos discretos, pero al parecer nuestro romance se veía. Mis compañeras me lo decían, pero yo pensaba que era cosa de ellas, que se fijaban en todo. Yo tampoco hacía daño a nadie, era soltera y no tenía compromisos. El doctor me contó que la policía andaba tras él. Yo me asusté. Me preguntó si sabía quién era realmente, que parecía que no era trigo limpio. Pero lo defendí. Su padre era honrado, de eso estaba segurísima, y el doctor me creyó. Conseguimos distraer a la policía, que si no, igual se hubieran presentado ese mismo día.

Fui a hablar con él y le conté lo que ocurría. Me dijo que tenía que escapar y me pidió ayuda. No había hecho nada, él era bueno, todo era por la guerra y por la dichosa política. Salimos de madrugada, con él cojeando apoyado en mí, y lo escondí en mi casa. Sabía que allí estaría a salvo.

Al día siguiente, cuando volví al hospital, me hice la sorprendida de que hubiera desaparecido, como la que más. Hice teatro, pero teatro del bueno, que casi me lo creí yo de tan bien que lo hacía.

Samantha quiso sonreír. Elisa confió un poco más.

—Me hice la despechada ante todas mis compañeras, la amante abandonada... Todo con tal de que no sospecharan, no fuera a ser que la policía acabara yendo a mi casa también y nos llevaran por delante a los dos. No paraban de matar gente... Estuvo unos cuantos meses viviendo en mi casa.

Lo veo ahora y me parece una locura, pero qué felices, los dos allí en mi piso, en plena guerra. Entonces todo estaba prohibido. Estábamos en guerra y no se podía ser feliz, enamorarse, reír, disfrutar, quererse uno sin más. No se podía, te sentías mal de ser tan feliz. Todo estaba prohibido menos matar y llorar a los muertos. Todos tenían alguien a quien llorar, pero nosotros nos encerramos allí y nos pusimos el mundo por montera, como se suele decir. Era como si no hubiera guerra, como si no fuera España. Yo sabía que se había quedado aquí por sus ideas, las dichosas ideas, pero ya eso estaba perdido. Y él lo sabía. Nos olvidamos del mundo y nos dedicamos a estar juntos. Fue un sueño, la única vez en mi vida que he estado viva. —Se quedó callada, bajó la vista. Con sus dedos índice y pulgar retorció el dobladillo del mandil—. Un día le dije que nos casáramos, llevábamos cuatro meses así y yo empezaba a querer una vida normal. Todos pensábamos que no faltaba mucho para que acabara la guerra, todos estábamos deseando que acabara. El final ya se sabía, solo quedaba Madrid y era cuestión de tiempo...

—¿Y qué pasó? —inquirió Samantha.

—Se puso de pie y empezó a hablar, como si estuviera en una clase de las suyas o en el sindicato, moviendo los brazos, gesticulando. Se ponía así cuando hablaba de política, y me dijo: si ya no puedo hacer nada por España, mi obligación es ir a buscar a mi mujer y a mi hija.

—¿Eso dijo? —Samantha no supo qué sentir.

—Él tenía esos sueños tan bonitos, hablaba de enseñar a los niños y pensaba que todos íbamos a ser libres, cultos, civilizados. Decía que un día la gente no escupiría en los bares, no se interrumpiría al hablar y todo el mundo sería bueno, esas cosas. Que nuestro país cambiaría si los niños aprendían a leer. Estaba enfermo de España.

—¿Y yo, qué? —musitó Samantha, pero la enfermera no se interrumpió.

—A mí me gustaba escucharle, parecía el paraíso todo aquello que decía. Me costaba verlo, no tenía tanta imaginación como él, pero sí pensaba que algún día tendríamos muchos hijos y les enseñaría a leer y a escribir, como él decía, con ese brillo que se le ponía en los ojos cuando hablaba de sus ideas.

—Ya ve cómo se preocupaba de sus propios hijos —dijo Samantha.

—A usted la adoraba.

—Por obligación...

—A la mujer no sé, pero a usted, sí. Hablaba de su Amandita a todas horas, que si la primera palabra que dijo, que si era una niña listísima, que aprendió enseguida a leer. Él sabía que usted también le adoraba y quería ir por usted. Lo decía con lo del deber, porque un hombre... Él tenía debilidad por su hija, pero no lo iba a decir. Ya lo creo que le preocupaba no tener noticias suyas.

—¿No sabía nada de nosotras?

—Llegó un momento que dejó de tener noticias. Me dijo que iría a Gijón. Aunque todos sus amigos de allí habían muerto, él estaba convencido de que cuando empezara a preguntar las encontraría. Decía que, si no, cuando llegara a Inglaterra, pondría anuncios en los periódicos y removería Roma con Santiago si hacía falta.

Samantha quiso ser sarcástica, el dolor le tensaba la piel como si se fuera a rasgar, pero no pudo. Quería odiarle y reconciliarse con él a la vez; le admiraba y le despreciaba; lo compadecía por el sufrimiento que había padecido y, al tiempo, pensaba que se lo mereció por no haberse subido a aquel barco; por haber hecho del cariño entre padre e hija la historia de un amor imposible.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no fue?

—Cuando dijo de marcharse a Inglaterra me partió el corazón. Lloré, yo no sé cuántos días. Éramos tan felices... Yo no podía entender que quisiera irse de mi lado, ni siquiera sabía si ustedes estarían..., ya me entiende, bien.

—Ya la entiendo, sí. ¿No sabía nada?

—Decía que una vez uno de Gijón le había hecho llegar una carta con unos milicianos, pero de eso habían pasado ya muchos meses... Y se oían muchas cosas de gente que se había ido al extranjero y los tenían encerrados en campos, sin comer, con piojos por todas partes y qué sé yo cuántas cosas más. Entonces le dije que le acompañaría, que yo no me separaba de él. Yo estaba segura de que no las iba a encontrar y lo único que me importaba era estar con él. Pero no quiso. Ahora lo comprendo, pero entonces estaba ciega, ciega de amor. ¿Cómo iba a acompañarle? Y si las encontraba, ¿qué iba a decirle a su mujer? «Mira, esta es mi querida...». Eso no podía ser. Me disgusté mucho, no lo acepté. Si se iba se me acababa la vida de golpe y yo... No debí hacerlo, estuvo mal, pero...

—¿Qué? —Samantha no le quitaba la mirada de encima.

—Le dije que, si me dejaba, iría a la policía y contaría quién era. Yo le había salvado y eso me daba derecho a algo, ¿no?... Un disparate, una locura, lo peor que he hecho y bien caro lo he pagado... —Asentía con la cabeza.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y, sobre el fondo amarillento, parecían agua de tabaco. Samantha se cubrió las mejillas con las manos. Solo acertó a decir «Dios mío», mientras la enfermera proseguía su relato:

—Claro, él se asustó. Y me prometió que no se iría. Pero me dejó de querer. Yo lo notaba, primero dejó de acariciarme el pelo y colocármelo detrás de los hombros. Yo tenía entonces una melena morena que a él le encantaba, pero ya no volvió a decírmelo. Luego dejó de mirarme a los ojos cuando hablaba. Nunca me volvió a mirar a los ojos. No puedes querer a alguien por miedo, pero eso lo sé ahora. Aquello era una guerra y todos teníamos miedo. Yo también me había comprometido mucho por él. ¿Qué pasaba con mi miedo y con mi vida? Él se marchaba y me dejaba sola así, sin más, para que un día la policía se enterara y me llevaran por delante. Y todo sin preguntarme, sin contar conmigo. Me sentía utilizada. Estaba rabiosa, pero cuanto más rabiosa estaba, más le perdía. Poco a poco, pareció que se le iba pasando el enfado, pero al cabo de un par de semanas, un día volví del hospital y no estaba. Se había marchado llevando puesta la ropa que yo le había comprado, andando con la pierna que yo le había curado. Yo me quedé deshecha, rota, me sentí engañada. Si me lo hubiera dicho, yo no sé qué habría hecho.

—Se lo dijo, y usted le amenazó.

—Pero dejarme de esa forma... Él decidió por los dos. Y yo tenía miedo, me moría de miedo. Si no lo encontraban, no lo vería más. Y si lo encontraban, luego vendrían a por mí. Me destrozó, eso me destrozó.

Los ojos de la enfermera llevaban un buen rato a punto de llorar y su voz quebrada se apagó de repente. Se levantó y volvió a lavarse las manos en la palangana. Las tenía deformadas por la artrosis, sobre todo la derecha, cuyo dedo anular se montaba sobre el meñique.

—Salí a buscarle, me eché a la calle desesperada. No me lo creía. Pensé que lo iba a encontrar y le convencería de que volviera. Anduve toda la tarde dando vueltas, pensando que iba a aparecer al volver una esquina, no podía



más de angustia. Era ya casi de noche y estaba agotada. Me senté en un banco del parque. Lo empecé a odiar, por dejarme, por ponerme en peligro. Había oscurecido, me di cuenta de que aquel sitio no era bueno. En estas aparecieron dos hombres, como vigilando. Me asusté, y cuando vi que eran policías de paisano, me asusté más...

La enfermera se quedó en silencio. Se puso en pie y metió las manos en la palangana. Las frotaba sin cesar.

—¿Qué pasó? —inquirió Samantha.

No contestaba. Una lágrima cayó en el agua de la palangana; luego, otra y, después, otra más. Lloró entre espasmos, desconsolada, sin dejar de lavarse las manos mecánicamente con el agua de sus ojos.

Samantha subió el tono de voz:

—Termine de una vez.

## Capítulo 21

«*Torschlusspanik*». (alemán).

«Temor ante oportunidades que se pierden y no se volverán a tener, sobre todo al envejecer».

Al cabo de un rato, la enfermera se secó la cara con el mandil y volvió a sentarse en la silla de anea. Samantha miraba la pata roída de la mesa camilla. Estaba a punto de perder la paciencia. La enfermera retomó el relato:

—Los policías me preguntaron qué hacía allí, sola de noche, en un banco. No era lugar para una mujer. Pensé que me habían pillado, que habían detenido ya a Rafael y venían a por mí. Estaba deshecha y le pedí a Dios que me sacara de aquello. Pensé que si confesaba antes de que ellos me interrogaran, no me arrestarían, que no me pasaría nada. Podía decir que él me había engañado, que yo no había sabido quién era hasta que se fue. Bueno, pensé que Dios me estaba poniendo a prueba y que si le condenaba a él, me salvaba yo...

—¿Dios? ¿Encima pone a Dios como coartada? —La furia levantó a Samantha del sofá. Quería abalanzarse sobre la enfermera, pero se contuvo—. ¿Qué pasó? Siga.

—Ese día me condené para el resto de mi vida, dos veces, una por perderle y otra por traicionarle. De perderle me habría curado; de lo otro, no. Nunca.

—Pero ¿qué le pasó a él?

—Pues ¿qué iba a pasar? Que lo detuvieron.

Samantha se quedó demudada.

—¿Usted... Usted entregó a mi padre! ¡Usted lo condenó!

—Hace un momento le juzgaba usted un mal padre.

—Pero eso no le da derecho... ¡Usted lo mató!

—No, no diga eso. Es una barbaridad. —Negaba con la cabeza gacha. Ambas callaron un instante de tregua. La enfermera prosiguió—: Me pregunté muchas veces si realmente me había querido o si solo me había necesitado cuando estaba moribundo en el hospital. Creo que sí, creo que me quiso. Eso me hace peor, claro...

—No se atreva a juzgarle.

—Es usted la que me juzga a mí. Pero no me importa. Yo sola me hice todo el daño que una puede sufrir en la vida.

—Qué privilegio, juzgarse y condenarse una misma.

—Me dijeron que a los presos los llevaban a cualquier sitio. No pude ni encontrarle para hacerle una visita. Sé que lo mataron, pero no sé ni cómo ni cuándo. A los que no valían para trabajar los mataban con una inyección, eso me dijeron. —A Samantha se le caían las lágrimas. La enfermera continuó como si nada—: Yo le salvé la vida. Si no hubiera sido por mí, él no habría sobrevivido tampoco. Lo había colocado en el puerto un guardia civil amigo suyo, no sé el nombre, nunca me lo dijo. Allí se metían los hombres a trabajar porque nadie preguntaba de política. Al acabar el día, les daban el jornal y fuera. Cuando tuvo el accidente, se salvó de morir de milagro, y cuando vinieron a por él al hospital, también. Todo tiene un precio en la vida y lo pagamos siempre. Ahora que... yo también pagué lo mío. —No sacaba las manos de la palangana.

—¿Cree que porque le protegió en el hospital su vida le pertenecía?

La enfermera se encogió de hombros.

—Hice lo que pude, señora. Como él. Como todos. Él la quería a usted y quería ir en su busca, pero ustedes no iban a aparecer. Al mismo tiempo, su madre ya le había condenado al infierno... Ojalá él me hubiese querido más.

Samantha pensó lo mismo, pero no lo dijo. Ojalá su padre la hubiese querido un poco más, para no dejarlas marchar solas al exilio. O tal vez ya las había dejado antes, como decía su madre. Odiaba a aquella mujer por haber delatado a su padre, pero no podía evitar agradecer que lo hubiera cuidado y escondido. Su pregunta saciante tenía respuesta; una respuesta esquinada,

vidriosa, pero respuesta. La había querido como podía quererla en aquel momento. Era escaso, pero era él.

—No me odie —dijo la enfermera. A Samantha le desesperaba la tranquilidad con que aquella mujer seguía ahí sentada después de confesar su culpa. La miraba con odio, no se resignaba. Podía insultarla. Podía golpearla. Total, el viejo aquel en la silla de ruedas no iba ni a levantarse—. Ya sé que esto no es fácil para usted. —La enfermera interrumpió sus pensamientos—. Me pongo en su lugar y sé que no es fácil.

Samantha masculló cualquier cosa:

—¿Qué va a saber usted?

—Yo he vivido más de veinticinco años con esta carga.

—¿No querrá que la compadezca? —soltó, pero en el fondo sentía ráfagas de lástima hacia aquella mujer, incluso los rebordes de una identificación con su abandono.

—Sé que no. Pero no puedo evitar decírselo. Hoy me siento un poco aliviada por primera vez. Yo he pagado mi condena. Cada mes, cada día, he entregado mi saldo de amargura, la he dado toda y al día siguiente me rebotaba otra vez. Parecía que nunca iba a acabar, pero hoy estoy algo más en paz con él y con Dios.

—Deje de involucrar a Dios en esto, no está de su parte.

—Él está siempre de parte de los que sufren.

—No me venga con monsergas. Todos sufrimos.

—Le pido perdón. Le pido que me perdone. Ya sé que no va a perdonarme, pero...

—Haga lo que le dé la gana. Usted no sabe lo que significa no saber si tienes padre, si un día de pronto aparecerá por la puerta o estará enterrado en una fosa común... Venir a buscarle a los treinta y cinco años porque él no ha venido a buscarte a ti...

—Su padre la quería, eso se lo digo yo.

—Vaya, me alegro.

—Espero que usted también pueda descansar ahora que sabe la verdad. —Sacó las manos de la palangana y las restregó suavemente con el mandil.

—No me dé consejos. Es lo único que me falta. —Se levantó y fue hacia la puerta.

—¿Ya se marcha? —Samantha no contestó—. Espere un momento, hay algo que debe conservar usted. Al fin y al cabo, yo no fui nada suyo, solo le quise.

La enfermera desapareció por el pasillo y volvió con una pequeña libreta, envuelta en un pañuelo de piqué blanco. Estaba pegajosa, una de las esquinas parecía mordisqueada por un ratón. Dentro tenía infinidad de notas manuscritas y al final quedaba una página en blanco.

—Era de su padre.

La cogió y la guardó en su bolso.

—¿Esto es todo?

—Sí.

Samantha salió sin despedirse. Caminaba mirando al suelo, agitada. Se agachó a coger una hoja de álamo seca del suelo. La metió en la libreta y siguió caminando con pasos pesados. Había anochecido.

Entró en el bar del hostel y vio a dos hombres tomando un *brandy*. Se volvieron a mirarla. La viuda se acercó enseguida a atenderla.

—Buenas tardes, doña Samantha. ¿Qué le pongo, señora?

—Agua, por favor.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

Le dio una jarra y un vaso vacío. Samantha lo cogió y se fue a su habitación.

Se sentó en la cama, mirando la pared, escrutando las figuras geométricas del papel pintado. La odiaba y la iba a perdonar. La odiaba aquella noche y estaba segura de que la perdonaría en un par de días, quizá incluso a la mañana siguiente. Había salvado a su padre y después lo había condenado. También empezó a perdonarle a él esa noche. Quizá. Nunca iba a recuperar a su padre, nunca iba a suplir aquella pérdida. Seguro. Ahora al menos, veía su pasado con sus propios ojos. Quizá. Pero lo había desenterrado y ahora era un árbol con las raíces abiertas, que podía derribarse con un golpe de viento. Sus nervios hervían en cal viva. Ahora sí que estaba sola en el mundo.

A la mañana siguiente la despertó un torrente de lágrimas pugnando por

salir de sus ojos. Lloró largo rato, hasta que no pudo soportar el dolor de cabeza. Le palpitaban las sienes. Necesitaba un café y una aspirina. Se refrescó en el lavamanos y bajó a desayunar.

—Buenos días. —La viuda seguía allí—. ¿Ha descansado usted bien?

—Sí, bien. —Su voz sonó ronca como el ladrido de un perro apaleado en la calle.

—Otra cosa, no, pero tranquilo esto sí es. Aquí no se lleva uno sobresaltos más que cuando se muere alguno.

—Muy tranquilo. —Samantha sonrió.

—Aquí los días son todos iguales, pero a veces es mejor. Cuando ocurre algo, siempre es malo.

—La acompaño en el sentimiento...

—Gracias. Hace solo seis meses. —La viuda quería conversación—. Madre mía, seis meses. Si me hubieran dicho que iba a poder vivir seis meses sin él... Cuando murió, pensé que yo no duraría más de una semana. Y ya ve... Que no nos toque vivir todo lo que podemos soportar, dicen.

—Así es.

—Y ahora, pues llevando yo sola el hostel y el niño y todo, pues tampoco tiene un tiempo de pensar mucho. Pienso en él, en mi Benito, que se va a criar solo, sin hermanos ni nada, que no nos dio tiempo a más, y eso no me gusta, no es bueno para él. ¿A quién va a tener cuando yo falte? El pobre.

—Yo también soy hija única. Huérfana única ahora...

Samantha se rebulló en la banqueta. Se sentía cómoda desahogándose con una desconocida. Conversaron hasta que, en la camioneta de la tarde, emprendió el camino de vuelta a Rota. Se sintió extrañamente en paz. «Misión cumplida», pensó. Y volvió a recordar a Rick.

## Capítulo 22

«*Trepverter*». (yidish).

«Respuesta ingeniosa que nos viene a la cabeza cuando ya es demasiado tarde para usarla. Literalmente, "las palabras de la escalera"».

Lo peor del aislamiento era no saber nada de Samantha. Al amanecer del cuarto día de incomunicación, Bainfield miró desesperado a Platón. El perro se acercó moviendo el rabo y le lamió la cara. Richard le acarició la cabeza y se dispuso a recorrer con él, una vez más, los doce kilómetros cuadrados de la base, palmo a palmo. Pese a que el doctor Underwood había dejado la nota en casa de Samantha, tal como él le pidió, el hecho de que no hubiera habido respuesta le confirmaba que se había marchado sola a Vejer. No podría saber nada de ella hasta que regresara. La imaginaba viviendo sola aquel trance y se maldecía. Dio una patada a una piedra en su camino. Apenas podía hacer nada más para liberar su frustración. Patear piedras, golpear el saco de boxeo y esperar a que su expediente concluyera y le levantaran el régimen de aislamiento.

Al regresar al edificio de oficiales, el marine Ramos se acercó a él y se cuadró.

—Señor, el capitán de navío Kirkpatrick me ordena pedirle que acuda a su despacho, señor.

—Gracias, soldado.

Al fin lo iban a interrogar. Por primera vez en cuatro días, dejó de deambular. Tenía un destino y se apresuró para llegar cuanto antes. Tras llevar

a Platón a su cuarto, se dirigió a la zona de mando. Kirkpatrick lo esperaba en su despacho, presidido por una fotografía del presidente Kennedy en un portaaviones de la US Navy. Sentado a su enorme mesa de color caoba, con un banderín americano y uno español a un lado, Kirkpatrick desenredaba el cordón de rizo del teléfono con despreocupación, pero ansiaba interrogar a Bainfield con la ilusión de un cuchillo recién afilado.

—Cierre y siéntese, comandante. Tengo la misión de recabar alguna información de usted. Si colabora, esto no será más que una charla informal, aclararemos las cosas rápido y será mejor para todos.

El capitán de navío sacó del cajón una carpeta de color tierra con el marchamo de «Clasificado». Se la entregó a Bainfield para que ojeara los documentos. En ellos se atestiguaban las entradas y salidas de Bainfield de la base, algunos nombres de oficiales con los que solía comer y otros pormenores de su vida desde que había llegado a Rota. De manera que lo habían vigilado todo el tiempo, solo que en los últimos días se había hecho evidente.

—Probablemente sea usted la persona cuyos movimientos más de cerca seguimos —dijo Kirkpatrick.

—Los soviéticos se alegrarán de saberlo.

—Deje la ironía, comandante. Me refiero a nuestros hombres. Su hoja de servicios es, digamos, sinuosa. Debemos estar pendientes de usted. Esa fue la condición de Washington para concederle este destino. Nadie en el Pentágono espera que usted lleve a cabo grandes misiones aquí, supongo que es consciente. Se conforman con que no estorbe.

—Siempre confiaron mucho en mí.

—Sus escapadas nocturnas nos dan problemas, sobre todo desde aquella noche que acabó usted en el calabozo de la Guardia Civil.

—Fue un arrebató, pero sabe que hace siete años que abandoné ese comportamiento... No volverá a ocurrir.

—Ha vuelto a ocurrir la semana pasada —exclamó.

—Eso es distinto.

—Pues eso quiero que me explique.

—Dormí con la mujer a la que quiero, así de sencillo.

—Comprendo... —El general bajó la vista al expediente y marcó una cruz



en la casilla correspondiente—. Usted sabe que no está permitido.

—Con el debido respeto, señor, no le entiendo. Todos aquí duermen con prostitutas y eso sí se permite. Casi diría que se alienta. ¿Persiguen ustedes el amor, pero no el sexo? Pues sepa que el sexo entre nosotros es espléndido.

—No me hacen gracia sus bromas, Bainfield. —La irritación del capitán iba en aumento—. Estoy tratando de ayudarle y no se entera. Tengo autorización de Washington para repatriarlo en cualquier momento, cuando a mí me dé la gana. Mañana podría meterlo en un avión y mandarle a América. Estamos usted y yo aquí charlando porque, como instructor de su expediente, debo cumplir el trámite de escuchar su versión, pero tengo carta blanca para hacer lo que me parezca.

—¿Cómo? —Richard dio un respingo en la silla—. ¿Repatriarme? No pueden hacerme eso.

—Lo que le estoy explicando es que puedo, Bainfield. Tenerle aquí es un riesgo, usted daña nuestra reputación. Queremos darles a los locales seguridad y dinero, como usted sabe, así es como funcionamos en todas partes. Nada de daños, nada de inquietud, nada de historias de oficiales locos que acaban en un calabozo o en la casa de una lugareña. —El dedo índice de Kirkpatrick señalaba a Bainfield con la fuerza de un veredicto condenatorio.

—No puedo creer esto. Nunca, jamás, después de intentarlo durante años, conseguí que nadie en Washington me reprendiera por mi actuación en Hiroshima, pero sí lo hace usted por dormir una noche fuera de la base. Eso sí que es una ironía.

—Esto funciona así. Con permiso, todo. Sin permiso, nada. Usted ya lo sabe.

—En vez de corazón tienen un pisapapeles esos burócratas del Pentágono.

—Pues va usted a estar rodeado de pisapapeles si no me da una buena razón por la que permitirle seguir en Rota.

—Maldita sea... ¿Una razón? Que quiero a esa mujer. ¿Le parece suficiente? —Richard sabía que el mando de la base no le ayudaría, pero agotaría todos los recursos, trámites y oportunidades de defensa que le dieran, como en Waco. Sintió que se le aceleraba el pulso.

—Cálmese, tome un trago. —Le ofreció la botella de un *whisky* añejo cuya marca Richard desconocía.

—Hace años que no bebo.

—Deme una razón.

—Señor, la razón para quedarme es que quiero a esa mujer. Por primera vez desde Hiroshima, mi vida tiene...

—¡Dios mío! —le interrumpió bruscamente—. ¿Qué me dice, Bainfield? Lo primero, ella trabaja para nosotros, y no podemos aceptar que tenga relación con una proveedora. Lo segundo, su relación no está formalizada de acuerdo a las costumbres españolas. No queremos perturbar esas costumbres, ¿comprende? Y tercero y más importante: su... capricho con esa mujer no tiene nada que ver con lo que yo necesito, la garantía de que no va usted a organizar otro altercado antisocial.

—Le doy mi palabra, señor. Le aseguro que no volverá a ocurrir, se lo he dicho nada más entrar. Hable con el doctor Underwood, él me conoce muy bien, sabe cuáles son mis estados de ánimo desde los tiempos de Waco. Él puede acreditar mi recuperación.

—He pedido un informe al doctor Graves. —Pasó las hojas del expediente y extrajo una—. Ha tenido que aumentar las dosis de su medicación nerviosa. En cuanto a su palabra, no tiene mucha credibilidad en Washington, lamento decírselo.

—Graves no, Underwood es mi médico. Él me conoce realmente. Los burócratas del Pentágono ya me jodieron la vida una vez, espero que no lo hagan de nuevo.

Aquellas palabras indignaron a Kirkpatrick, que hablaba dardeando gotas de *whisky* y saliva:

—Oiga, Bainfield, estoy hasta los cojones de usted y su victimismo con los burócratas, como usted los llama. ¿Sabe cuántas vidas de nuestros hombres quedaron enterradas en los campos de Europa? ¿Sabe de cuántos de nuestros hombres no volvió más que una chapa de perro con un apellido? ¡Cientos! ¡Miles! ¡Cientos de miles! ¿Y qué hizo usted? Dañar el sacrificio supremo de aquellos hombres echando mierda sobre todos nosotros, llamándonos criminales. Viene usted con sus histerias de mujer a ofender a los que hemos sacado cadáveres del barro mientras conteníamos la náusea. ¡Ya está bien! El presidente Truman salvó decenas de vidas americanas y japonesas con la bomba. Eso fue así. Punto. Métase sus lecciones morales por el culo. Y deje

de hacerse la víctima, porque víctimas en nuestro Ejército las hubo, pero no pueden hablar ya, ¿sabe? ¡Están muertos, coño, muertos! Muertos, heridos, con secuelas de por vida... Y usted sigue con el caprichito de que se le juzgue y condene por la bomba... La bomba salvó a mucha gente, entérese de una vez.

La ira había puesto en pie a Kirkpatrick, —que rodeó su escritorio y se acercó hasta Bainfield sin dejar de gritar. Él se levantó también para sacar el paquete de tabaco del bolsillo. Se movía con exagerada lentitud. Bajó el tono de voz hasta el susurro:

—Me alegra hablar de esto con usted.

Se clavaron los cuatro ojos unos instantes. Richard le ofreció un cigarrillo y le tocó ligeramente el antebrazo mientras volvía a repetir la frase: «Me alegra hablar de esto con usted». Kirkpatrick rechazó fumar, pero unos segundos después, los dos estaban sentados en las sillas de las visitas y la imagen del presidente Kennedy ya no era un aura bendita sobre la coronilla de un superior, sino un hombre mirándolos conversar de un modo que Bainfield no había experimentado nunca. Se encendió el cigarro con parsimonia, ralentizando la ira que flotaba en el ambiente, dispersando serenidad:

—La guerra ya estaba decidida, no había ninguna posibilidad de que los japoneses nos atacaran.

—Lo hicieron en Pearl Harbor. —Kirkpatrick saltó rápido, su rabia ya aplacada.

—Pero aquello fue cuatro años antes, por eso entramos en la guerra, usted lo sabe mejor que yo. No iré a decirme que ese era también el motivo para terminarla.

—El motivo para terminarla fue que los cabrones de los japoneses no se rendían. Estaban dispuestos a morir todos, hasta los civiles, por su emperador. La única opción era la invasión terrestre, que hubiera costado miles de vidas americanas... —El capitán observaba a Richard aspirar con placer cada bocanada—. Deme uno, quiero fumar.

Richard se lo dio y tomó la palabra:

—Yo nunca desacredité a ninguno de nuestros hombres muertos en combate. Eso no es verdad y es una acusación que me ofende. En realidad, los defendí. Cumplí las órdenes que me dieron, como todos. Algunos ni siquiera sabían lo que hacían. Y pagaron, vaya si pagaron. ¿Qué me dice de McVay, el

comandante del *Indianápolis*? Transportó la bomba desde San Francisco hasta Tinián sin saberlo, una misión secreta, en la que las únicas instrucciones que recibió fueron que salvara la carga que llevaba antes que a sus hombres, luego fue abandonado a su suerte y...

—Lo sé, conozco esa historia, no hace falta que me la cuente.

—La quiero recordar, con todo el respeto, señor, porque es la prueba de que el Estado Mayor no quería soldados, ni siquiera buenos soldados, quería robots obedientes. Automatas sin conciencia, no hombres. Después de dejar la carga en la base, mandaron al *Indianápolis* zarpar de nuevo, sin darles siquiera la escolta de un destructor. ¿Se acuerda? Y cuando un submarino japonés hundió el crucero, estuvieron cinco días los hombres, mil doscientos hombres en el mar, devorados por los tiburones, porque nadie fue a rescatarlos. McVay sobrevivió, pero murieron más de ochocientos. Nunca un destructor de esta clase había navegado sin escolta y sin detector de submarinos. Y encima...

—¡Lo sé! No me lo diga.

—Lo sabe, pero actúa como si no lo supiera. Así son las órdenes del Pentágono. Encima lo sometieron a juicio, por haber perdido el buque, por no haber hecho zigzag —soltó una risa irónica—, cuando todos sabemos que el zigzag no sirve para eludir un torpedo de un submarino. Cualquier día se suicidará...

—El comandante McVay no se suicidará.

—Ojalá, pero no le creo. Son muchos los hombres que no soportan el destrozo moral de la bomba atómica. Ustedes han querido hacer creer al mundo que las consecuencias de la bomba quedaron en Hiroshima, pero nuestro Ejército las sufrió y ustedes lo arreglan con expedientes disciplinarios, como hacen conmigo, como el juicio a McVay.

—Mire a Tibbets, tan orgulloso de haber pilotado el *Enola Gay*.

—Un hombre que afirma no haber perdido una noche de sueño es que no sabe lo que hizo.

—¿Qué dice, Bainfield? Él lo sabe mejor que nadie, él vio el hongo nuclear ascender treinta mil metros sobre la ciudad y sintió zarandeado su avión por la onda expansiva... ¿Cómo no lo va a saber? Él y Stiborik son los que mejor lo saben. Y dijo que fue una bomba como otra cualquiera, solo que

más grande. ¿Es que usted es el único que lo sabe? Su arrogancia no conoce límites...

—Mire a Bregman, el piloto de Nagasaki, ha anunciado que se suicidará cuando se cumplan cuarenta años del bombardeo. Él sí lo sabe.

—Son las bombas que nos hicieron ganar la guerra. ¡Dios! ¿Tan difícil es de entender? ¿Cuántos de nuestros hombres habrían muerto si hubiéramos ocupado Japón a golpe de bayoneta? ¿Cuántos, Bainfield? Para eso sirvió la bomba. Tibbets es un héroe para el pueblo americano.

—Señor, ¿qué va a decir cuando se suicide Bregman o cualquier otro?

—Todavía falta...

—¿También es un loco? Si al menos la destrucción de la bomba atómica les hubiera enseñado alguna lección...

—No necesito que me las dé usted, Bainfield. Ya está bien de conversación.

—Veo que le incomoda, no me sorprende.

Kirkpatrick calló un instante y contestó con furia:

—Y ahora, ¿qué recomienda el exquisito comandante que hagamos en Cuba? ¿Qué le parece que pongamos frente a los proyectiles nucleares de los rusos a noventa millas de nuestra costa? ¿El algodón de estos campos? ¿Qué sugiere, Bainfield, si estalla este conflicto? ¿Qué peleemos sin hacemos daño? ¿Qué inventemos la guerra sin sangre?

—Soy un soldado. Sé lo que es una guerra. Pero la bomba atómica...

Kirkpatrick lo interrumpió:

—Zanjemos esta conversación. No lleva a ningún lado. Ya me ha dicho lo que necesitaba saber. Tendrá noticias mías.

Bainfield se quedó perplejo ante aquella abrupta conclusión. Pero lo cierto era que ningún alto mando se había atrevido a discutir así con él y, solo por eso, Kirkpatrick empezaba a merecerle respeto.

—Márchese. ¿No me ha oído? —insistió Kirkpatrick.

—Sí, señor. Muchas gracias, sepa que le estoy muy agradecido.

Apagó el cigarro en el cenicero antes de abandonar el despacho y estrechó la mano de su superior antes de salir. Sintió que los rescoldos del Bainfield atormentado quedaban allí, en el despacho de Kirkpatrick, otro hombre obediente. Bajando las escaleras, se le ocurrió la frase última que hubiera

querido espetarle: Kennedy es un buen presidente, pero un día habrá un demente en la Casa Blanca y entonces los generales tendrán que elegir entre salvar a la humanidad o salvar su culo de autómatas.

## Capítulo 23

«*Cafuné*» (portugués brasileño).

«Acariciar con ternura el cabello de la persona que amas».

Había caído la noche cuando el coche de línea llegó a Rota. Lo primero que hizo Samantha al entrar en su casa no fue encender la luz, sino soltar la maleta en el zaguán. Abrió la cancela. Se zafó de los tacones mientras encendía el interruptor. Sus pies, deseosos de oxígeno, se esponjaron al posarse sobre el frescor de la loseta. Se agachó para acariciarse los talones maltrechos y vio un pequeño papel blanco en el suelo. Era una hoja apaisada, como las recetas médicas, plegada varias veces. Sus dedos se atropellaron al desdoblarla. La primera palabra que leyó fue la última: «Rick». Y su rúbrica. De un golpe leyó su mensaje:

*Mi querida Samantha, me tienen aislado. Ven a la base y busca al doctor Underwood, él te ayudará a encontrarme.*

*Te quiero.*

Una perplejidad de piedra la dejó inmóvil unos segundos. El Rick real que la amaba y el Rick imaginario que la había abandonado chocaron como dos placas tectónicas. La colisión retumbó en su estómago, mientras el terremoto dislocaba sus huesos. ¿Entonces Rick la quería con el mismo esmero que había puesto en su caligrafía? ¿Entonces no la había dejado? Se llevó las manos a la cara, sin saber si era por horror o sorpresa. Estaba tan familiarizada con el

abandono que lo reconocía incluso cuando no existía. Sintió vergüenza de sus miedos. Lloró mientras se alegraba. Se maldijo por conocerle mal y sobre todo por desconocerse tanto a sí misma. Maldijo la semilla de desamor sembrada por su padre, la herida vieja que supuraba como si fuera de la noche anterior. Si de niña hubiera sufrido la polio, todo el mundo vería su cojera y la compadecerían. Pero estaba renga del alma, de un dolor que no dejó rastro porque le había hecho ser quien era, aquella brumosa niña dañada, cuyos sentimientos seguían vivos a hurtadillas en la mujer adulta.

A la mañana siguiente, antes de que dieran las ocho en el campanario de la plaza, salió de su casa camino de la base. Cruzó el control y se dirigió directamente al hospital. Por un momento, la asaltaron el temor y las dudas respecto a Rick, pero no quiso pensar. Apretó el paso y siguió caminando hasta atravesar el patio ajardinado del hospital. Llegó a la zona de consultas y miró una a una todas las puertas, hasta encontrar el rótulo que buscaba: «Doctor A. K. Underwood». No había nadie en la sala de espera. Miró a ambos lados, recorrió el pasillo con la vista y finalmente tocó a la puerta antes de abrirla.

—Pase, por favor. —Parecía estar esperándola.

Samantha empezó a contar quién era, pero él la interrumpió:

—Estoy al tanto de todo. Yo dejé la nota en su casa. —Le explicó cómo la situación de Rick había empeorado en los días en que ella había estado fuera.

—¿Está arrestado?

—De una manera informal. Le están investigando y mientras tanto debe cumplir un arresto domiciliario en el edificio de oficiales. No quieren que hable con usted, pero ellos sí quieren interrogarla, como parte del expediente de Rick.

—¿Y qué quieren que yo les cuente?

—He sabido que fueron a buscarla para recabar su testimonio, pero como no estaba, eso ha retrasado todo el proceso de Rick.

—Vaya... —Notó que sus mejillas se arrojaban de culpa y vergüenza.

—El caso es que él no ha negado nada —prosiguió el médico—, simplemente ha reconocido, en fin, los hechos. Si fuera cualquier otro, incluso un marine, no tendría mayores consecuencias, pero se trata de él. Y lo temen, Samantha, le tienen pánico. Durante años tuvo en jaque a la plana mayor del



Pentágono... No quieren debate nuclear en absoluto, ¿me entiende? Y menos ahora.

—¿Qué le van a hacer?

—Devolverlo a Washington. Si no lo han hecho ya, es porque están muy atareados con los soviéticos en Cuba. Esa es mi impresión. No crea que me dan cuentas de sus actos.

Samantha dejó caer sus codos sobre la mesa de Underwood y se llevó la mano a la frente. Se rendía.

—No puedo pensar con claridad.

—No hay mucho que pensar. Richard ya conoce la maquinaria de Washington. Si le quieren arrancar de aquí, lo harán. Punto.

—Necesito verle. Quiero hablar con él.

—Quédese ahí. Yo le haré llamar. Él también necesita hablar con usted. No sé si es consciente de lo importante que es usted para él. —Samantha negó agitando la cabeza, como si no quisiera oírlo—. ¿No lo sabe? La ama.

—¿De verdad? —Le miró con ojos de cervatillo asustado.

—Usted le ha hecho concebir una existencia, digamos, normal, después de años de vivir torturado. —Underwood sintió una limpia compasión por ambos. Samantha temía creerlo. El doctor levantó el teléfono y pidió que avisaran con urgencia al comandante Bainfield para que se presentara en su consulta.

—Métase ahí y espere. —Le indicó una cabina contigua.

Al cabo de irnos minutos, apareció Rick. Underwood le explicó la situación.

—Me iré para que podáis hablar, pero no tenemos mucho tiempo, a las nueve empiezo a pasar consulta y no podré ya ocultaros más.

Rick le dio las gracias y abrió la puerta de la cabina. Era un espacio angosto, de unos tres metros cuadrados, con dos puertas, una comunicaba con la consulta y otra con una sala donde había una camilla y una máquina de rayos X. La sala de rayos, a su vez, comunicaba por el extremo opuesto con la cabina de otra consulta. El médico se lo había advertido. No podían tener la certeza de que no abriera alguien por el otro lado, aunque él deambularía con discreción por el pasillo para intentar evitarlo. Les urgió:

—Sed rápidos.

Rick cerró la puerta tras de sí y se encontró a dos centímetros de Samantha.

—No me queda más remedio que abrazarte.

Ella sonrió mientras él retiraba despacio un mechón del flequillo que le tapaba la cara. Ciñó su cintura con ambas manos y sus bocas se acercaron lentamente hasta tocarse. Un chisporroteo de bengalas iluminó la angosta cabina y sus labios. Respectivamente. Por fin, Samantha tomó aire y habló:

—Cuéntame qué pasa.

Resumió su conversación con Kirkpatrick en una frase:

—Que puedo bombardear Hiroshima, pero no escandalizar a los vecinos de Rota con nuestra relación indecente.

—Eso es el famoso puritanismo americano, ¿no?

—Por otro lado, es la primera vez que consigo ser culpable de algo. No me hace sentir mal del todo.

—Pero ¿estás arrestado?

—Las palabras de Kirkpatrick fueron: «Está usted detenido, pero puede seguir haciendo su vida normal».

—¿Y eso qué significa?

—Que no puedo hablar con nadie del exterior, tengo que dormir en el edificio de oficiales, no me asignan ninguna misión ni ningún trabajo. Y cuando me muevo por la base tengo a un soldado detrás siguiéndome todo el día, para asegurarse de que no infrinja el aislamiento.

Samantha se sobresaltó.

—¡Te habrá seguido hasta aquí!

—No pasa nada, Underwood es mi médico. No sospechará. Tampoco pueden acusarme de haber violado el aislamiento —dijo con soma—, al fin y al cabo, yo no he salido de aquí.

—No sé cómo te lo tomas todo con esa calma...

—Bueno, lo importante. ¿Has averiguado de tu padre?

—Está muerto.

—Lo siento, Samantha. —La volvió a abrazar—. Lo intuías, ¿no?

—Supongo que sí, pero no quería verlo. He averiguado cosas importantes, te las contaré despacio. Ahora tenemos que pensar qué hacemos.

—Vámonos, Samantha. ¿Tú me quieres?

—Sí.

—Yo nunca te voy a abandonar.

—Lo sé...

De pronto, escucharon voces en la consulta de Underwood. Parecía una conversación con un paciente.

—Samantha, tenemos que marcharnos de Rota. Hace unos días se ha declarado el Def Con 2, hay mucho movimiento.

—¿Qué es eso?

—El estado anterior a una guerra nuclear. —En su mente quiso irrumpir el señor Hakimoto caminando entre los muertos para ir a refugiarse al río, el único lugar no incendiado de Hiroshima. Pero no lo logró y Rick se quedó en el presente.

—Dios mío. Pensaba que eran bravatas del ruso y de Kennedy.

—Podría ser. Es un Def Con 2 parcial, a nosotros de momento no nos afecta. Pero hay mucho nerviosismo, en cualquier momento pueden ordenarnos que estemos listos para desplegar y combatir, o quizá no. Corre el rumor de que el Def Con 2 lo han decretado los generales a espaldas del Gobierno.

—¿Cómo?

—No sé qué puede pasar. Hay mucha confusión. Se rumorea que nos han derribado un U2, puede ser la chispa que haga estallar todo.

—¿Qué?

—Un avión espía. Sobrevolaba Cuba para tomar fotografías del despliegue soviético de cabezas nucleares y lo han abatido. Si el presidente Kennedy responde, se acabó.

—¿¡Se acabó!?! ¿¡Así!?!

—Parece que van a evacuar la base de Guantánamo, lo cual no indica nada bueno. Pero no sé realmente lo que está pasando. Todo son rumores.

—¿Podrían evacuar también esta?

—No creo. Guantánamo está en Cuba, querrán sacar a nuestra gente de allí porque están pensando en bombardear. Aquí... En fin, lo mejor es que vayas a testificar sobre mi expediente, así me levantarán el aislamiento. Espero.

—Rick, si de repente te movilizan para combatir...

—Te aseguro que no iré. No voy a participar de otra guerra atómica. Si estallara, lo único que querría sería vivirlos últimos veinte minutos del mundo

junto a ti. Todo esto me ha trastornado, pero ahora... Menos mal que estás aquí. —Le acarició el pelo de nuevo—. Ahora tengo incluso más motivos para desertar, pero no sé cómo. Vamos, pongámonos en marcha y ya iremos viendo. Nos comunicaremos a través de Underwood.

—Mañana se celebra un acto oficial en el ayuntamiento, por la feria de la vendimia, y tengo que hacer de intérprete del capitán de navío. Es un acto que tenían planeado desde hace un par de meses. No creo que me aparten. Irá también el almirante español y las autoridades. Habrá mucha gente entrando y saliendo.

—Sí, los oficiales estamos todos invitados.

—Tal vez sería un buen momento... Cuando acabe...

Los nudillos del médico en la puerta los apremiaron a salir de la cabina.

Samantha se aseguró de que no había ruidos en la consulta de Underwood antes de asomar la cabeza. El doctor le hizo una seña para que saliera por la sala contigua. Abandonó el hospital con paso rápido, sin mirar atrás, como si hubiera robado un secreto de Estado. A continuación, se dirigió al edificio de oficiales. En la puerta, un marine le preguntó a quién buscaba:

—Al capitán de navío Kirkpatrick —contestó.

A los pocos minutos le hicieron pasar a su despacho. Enseguida entró también un comandante.

—Si no le importa, él tomará nota. No es nada formal, solo queremos saber algunas cosas sobre la noche del martes de la semana pasada. —No le quitaba el ojo de encima. La escrutaba como si quisiera averiguar algo que ella no iba a revelar voluntariamente—. ¿Dónde estaba usted aquella noche?

—Estaba en mi casa.

—¿Sola?

—Le contaré las cosas como ocurrieron, capitán. No tiene sentido demorar esto.

Samantha reprodujo los hechos sin adornos, obviando el salto de Rick para entrar en su patio.

—¿En qué se basa su amistad?

—No somos amigos, tenemos una relación sentimental. Espero que no esté

prohibido.

—Señora Porter, son las costumbres españolas las que no queremos violentar y usted sabe que las relaciones extramatrimoniales no se aceptan aquí.

—Lo que sé es que ustedes no entienden nada de lo que le ocurre a Rick. Si se hubieran esforzado, no lo tendrían sometido a aislamiento. Su Policía Militar patrulla las calles de Rota para evitar que sus soldados y marineros monten algún escándalo, que se peleen. Los organizan en tandas para que salgan el día que les toca salir, les prohíben ir *off-limits*, de modo que frecuenten solo los burdeles con buenas condiciones de higiene, donde no contraigan enfermedades venéreas; los aleccionan para que sean formales y estén de vuelta a tiempo. El comandante Bainfield es un oficial serio y no necesita que lo vigilen. Ha cuestionado el asesinato de cien mil personas en Hiroshima y su colaboración en el lanzamiento de la bomba atómica. Ha querido penar por ello, ¿y ustedes van a castigarle por dormir conmigo una noche?

—También ha habido una denuncia interna. Al parecer, pasó usted una noche en su casa aquí en la base.

—Eso no es cierto.

—Mi deber es investigarlo y dar una respuesta.

—No es Verdad, sencillamente. Estuve en su casa porque me regaló una nevera, pero nunca he dormido allí.

—Verá. La gente de la Navy es tradicional, no les gustan estos comportamientos.

—Si lo que usted me pide es que formalicemos nuestra relación, no lo veo muy complicado. Nos queremos.

—No sé si seguirá él aquí para cuando se celebre la boda.

Samantha se enfurecía por momentos, pero se esforzó por mantener la calma.

—No pueden hacer eso, sería descabellado.

—Las necesidades del servicio me permiten tomar decisiones rápidas sobre los destinos de mis oficiales. Tengo motivos de sobra para justificarlo.

La decisión parecía madura. Tenían que urdir un plan de huida con rapidez. No iba a permitir que Rick fuera desgajado de ella de un tajo y lo hicieran

subirse a un avión de papel que no podría cruzar el Atlántico con la carga de su pasado, en medio de una guerra atómica mundial. Samantha se lo explicó al capitán con sus mejores palabras. Él se limitó a escuchar. Finalmente, preguntó por su propio futuro, solo para dar una pátina de normalidad a sus planes. Era importante que no sospecharan nada.

—¿Seguirá contando conmigo el departamento de traducción?

—Por nuestra parte, no habrá problema una vez que Bainfield no esté. — Aquella respuesta era un acto fallido. Tenían la decisión tomada. Aquel interrogatorio era un mero trámite.

—Mañana hay un acto municipal en el que soy su intérprete...

—Sí, eso sigue adelante. No tenemos tiempo de reemplazarla y no quiero que nada salga mal. Bastante contratiempo es ya haberlo retrasado por la situación en Cuba. Mañana nos vemos.

Al salir del despacho, Samantha se sorprendió al ver a Rick sentado en un banco en el pasillo. Se quedaron mirándose fijamente, con miedo a acercarse. El capitán Kirkpatrick salió tras sus pasos.

—Ya pueden ustedes hablar. Tenemos la información necesaria, Bainfield. Su incomunicación ha terminado.

Cuando Kirkpatrick se fue, Samantha le contó a Rick que habían tomado ya la decisión de deportarle a su propio país. No tenían tiempo que perder, debían tramar algo. No contaban con más de un día o dos.

—Mañana están ocupados con la fiesta, pero pasado te repatriarán. Si no lo han hecho ya, es porque no quieren molestar al Pentágono en medio de la tensión con Cuba, pero no tardarán mucho.

—Vaya, por fin me va a castigar el Ejército norteamericano. Lo he conseguido...

Comenzaron a caminar hacia la salida del hospital, hablando en voz baja, conteniendo los gestos, como si comentaran una expresión inglesa de difícil traducción.

—Rick, esto es serio. Si te devuelven a Estados Unidos, no nos volveremos a ver.

—Si de algo estoy seguro, es de que no nos vamos a separar, Samantha.

No sé cómo, pero vamos a estar juntos. —Rick reprimió la caricia que su piel le pedía en ese momento—. Tengo el coche aquí en la puerta, te acercaré al control.

Cuando se disponían a entrar en el coche de Richard, se toparon de bruces con el farmacéutico.

—Buenos días, doña Samantha, la veo bien acompañada.

—Ya ve, Hurtado, haciendo gestiones, mañana tenemos un acto municipal importante. ¿Y usted, cómo por aquí?

—He venido a traer unos medicamentos.

—Qué coincidencia.

—Ellos también calculan mal, no son tan listos como parecen, aunque a usted se la ve muy entusiasmada. En fin, cada uno elige sus compañías... —Samantha percibió el recelo de sus palabras. Se preguntó si recordaría el incidente de la semana anterior o con la borrachera habría olvidado sus dudas sobre la nacionalidad de ella.

—Bueno, yo trabajo para ellos, como tantos de nosotros aquí en Rota. —Odiaba verse pidiendo perdón por su vida privada, y era la segunda vez que debía hacerlo aquella mañana. ¿Qué deuda había contraído con aquel hombre? ¿Qué le hacía atreverse a decirle con quién debía o no relacionarse? Rick había entendido lo que decía, pero Samantha sabía lo que había querido decir.

—El otro día la vieron por el hospital de San Fernando. —Hurtado disfrutaba acorralándola.

—Visitaba a un familiar.

—¿Y su amigo americano fue también a visitar al mismo familiar unos días después? —Esbozó una sonrisa siniestra—. No sabía que fueran parientes...

—No es asunto suyo, Hurtado.

El farmacéutico se quedó mirando cómo ambos se marchaban juntos hacia el coche de Rick mientras la ira empezaba a rugir en su estómago como un motor de combustión. La ofensa lo cebaba; la humillación lo engrasaba. Samantha sabía que su orgullo viril no acostumbraba a sentirse despreciado. Probablemente sentía que había estado jugando con él, aceptando sus requiebros mientras se entregaba a un americano. Vieron a Hurtado sentarse en su coche, dar un puñetazo al volante y maldecirlos con palabras que no pudieron oír. Iban tras él a una cierta distancia. Cogió la avenida de San

Fernando y frenó en seco a la altura de la sastrería china. Se bajó y se puso a charlar con un hombre de gafas oscuras.

—Es Gutiérrez, el de la brigadilla —dijo Samantha.

—¿Brigadilla?

—Policía secreta.

Ignoraban lo que el farmacéutico le estaba contando, pero a buen seguro les haría daño. Ahora ambos estaban bajo sospecha.



## Capítulo 24

«*Pana Po o*» (hawaiano).

«Gesto de rascarse la cabeza mientras se está pensando».

Se imaginaba la conversación de Hurtado con el agente secreto más célebre de Rota, Gutiérrez. Entró en su casa en tromba, sin parar hasta que alcanzó la mesilla de noche y sacó la libreta azul de su padre. De lo que quiera que fuera culpable, aquel cuadernillo constituía la prueba más sólida. Rafael Portero había anotado decenas de nombres. Muchos estarían ya en el cementerio o en el exilio, pero los demás conformaban un botín de apellidos para cualquier policía de la dictadura. Levantó el colchón de su cama y la metió debajo, pero inmediatamente deshizo el movimiento: aquel escondrijo era demasiado obvio. Fue a la cocina, abrió el *Classic English Cookbook* y ocultó entre sus páginas aquellas hojas que la convertían en española. Es decir, antiespañola.

De improviso, tres golpes pausados del llamador en el portón la sobresaltaron. Se asomó y reconoció a Gutiérrez.

—¿Qué desea?

El policía mostró su placa y empujó la puerta para acceder al zaguán. Se escrutaron. Él llevaba gafas oscuras y una chaqueta marrón de punto en ochos. Las prominentes entradas dejaban ver una frente desconfiada y revelaban una cierta edad, aunque todavía se movía con ligereza.

—Señora, tengo que charlar con usted unos minutos. —Aquel tono inquisitivo lo hacía más caricaturesco: en medio de los preparativos de una guerra nuclear, ella representaba para la policía una amenaza peligrosa.

—Usted dirá. —Samantha no se movió. No estaba dispuesta a invitarle a entrar. Se le secó la garganta.

—Su nombre es...

—Samantha Porter.

—¿Es usted española?

—Inglesa.

—¿Documentación?

—Si me va a interrogar, tengo derecho a...

—Derechos, derechos... Deje esa filfa.

—... A la asistencia consular.

Gutiérrez acercó su rostro frotándose las manos con lentitud. Samantha se imaginó en un calabozo, a solas con él, ávido de emociones fuertes como torturar o violar a una detenida.

—Vamos a ver si se entera usted, señorita. Uno, no es un interrogatorio, solo una charla cordial. Relájese y verá como... —Seguía lijando las palmas de sus manos.

—¡Soy ciudadana británica! La legislación internacional me protege.

—¡Dos! ¡Y no me interrumpa más! —Dio un golpe de tacón en el suelo que sobresaltó a Samantha—. Usted me enseña su documentación aunque sea la reina de Inglaterra, porque lo dice la legislación española, que es la válida aquí. La internacional, le digo yo por dónde me la paso. —Bajó la vista para mirar sus genitales, que quedaban ocultos bajo su enorme barriga redonda—. Y tres: si colabora, será más rápido. ¿Me ha comprendido, bonita?

Samantha pensó que sentía: uno, miedo; dos, asco; y tres, rabia. Pero no lo dijo. Lo inteligente en su situación era comportarse con docilidad y salir del trance cuanto antes. Fue a por el pasaporte. No era una falsificación perfecta, sino un fraude verdadero. Aquel siniestro policía no podría objetar nada. Volvió al zaguán, Gutiérrez se había adelantado unos pasos, justo hasta el quicio de la cancela, para husmear hasta donde le alcanzaban los ojos. Cuando la vio volver, carraspeó y se asomó a la calle para esputar. Samantha oyó el gargajo y sintió una arcada.

—Tenga.

El agente ojeó el pasaporte, con sus letras doradas. Lo abrió y leyó los datos.

—Samantha Lisa Porter, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Qué está haciendo usted en España?

—Trabajo como traductora para los americanos. En la base. —Barajó la idea de dar el nombre de su jefe, pero no lo hizo. Seguramente empeoraría su situación.

—Ya, pero ¿por qué vino?

—Para trabajar, ya le digo. Como tanta otra gente, de Jerez, La Línea, Sevilla...

—Pero no creo que hasta Londres llegara noticia de que aquí daban trabajo los americanos, tampoco hay para todo el mundo.

—Yo estaba en Madrid y me enteré de que necesitaban gente con inglés. Eché el currículum y me aceptaron. Entonces me vine... Oiga, si me va a interrogar, exijo...

—No necesito moscas cojoneras ni que me diga usted cómo hacer mi trabajo. Ya le he dicho que se trata de unas preguntas informales. Estoy seguro de que su cónsul le habrá advertido de que debe colaborar con la policía española. —Ahora miraba la página del visado—. ¿Y qué hacía usted en Madrid hace un año?

Esa parte de su historia la tenía menos ensayada, porque casi nunca la contaba. No le preguntaban por ello. La gente consideraba natural que una inglesa trabajara con los americanos. Se sintió insegura al improvisar su narración:

—Bueno, estaba realmente de turismo. Me gustan mucho los idiomas y estaba aprendiendo español en Madrid.

—¿Estaba de turismo o estaba estudiando?

—Las dos cosas un poco. Vine para conocer España, pero me gustó y me quedé a aprender la lengua. Enseguida surgió la oportunidad de trabajar aquí.

—Ya.

Supo que no la estaba creyendo.

—¿Conoce a Rafael Portero? —inquirió él.

—No, no sé quién es.

—¿No le conoce de nada?

—No. —Se esforzó por arquear las cejas.

—¿Seguro...? El apellido es muy parecido al suyo: Portero y Porter... es casi lo mismo.

—Mi apellido es inglés, como es lógico. Le insisto en que soy ciudadana británica y no tengo muchos conocidos aquí en España. Mi consulado me asistirá si me quiere interrogar.

El agente torció el gesto y subió el tono.

—Deje ya al cónsul de los cojones, hombre. —La agarró por el brazo.

—¡Suélteme! —Se zafó de un tirón.

—Como vuelva a mentar al cónsul, la llevo al calabozo y la interrogo allí —murmuró—. Terminaremos enseguida si deja de poner obstáculos.

Samantha frunció el ceño y calló.

—¿Dónde viven sus padres?

—No vive ninguno de los dos.

—Ya. ¿Y dónde están enterrados?

—En el cementerio de Putney Vale en Londres.

—¿Juntos?

—Sí.

—¿Murieron a la vez?

Sabía que aquel tipo nunca iría hasta Londres para comprobar lo que le estaba contando. Se explayó en la respuesta para darle satisfacción y que se marchara pronto. Relató la historia que había imaginado otras veces sobre su padre como viajante de comercio y su madre como bibliotecaria. Habló de la familia que no habían sido, de la niñez que ella había fraguado a menudo en su imaginación... Empezó a enumerar los viajes de su padre, los horarios de su madre, pero el agente la interrumpió:

—Entonces no conoce a Rafael Portero...

—No tengo nada que ver con él.

—Es un desafecto, ¿sabe? Un elemento subversivo.

—Yo no entiendo de política española ni me meto en ella. —Samantha reparó en que hablaba de su padre en presente. Probablemente trataba de alterarla para que se delatara. Intentó tranquilizarse.

—A veces, hay cosas que uno no entiende, pero lleva en la sangre... No sé si sus padres, esos que dice usted que están enterrados en Londres, eran también ingleses los dos, o quizá tiene usted sangre española y no lo sabe...

—Sonrió con malicia.

Se hizo un silencio abismal. El agente mordisqueaba sus gestos con ojos hambrientos de evidencia: una mirada de rendición, unas manos nerviosas, unos hombros encogidos por la resignación. Confiaba en que se viniera abajo y contara algo de aquel hombre esquivo. Samantha no dijo nada.

—Veo que no quiere usted ser agradable con la policía española. —Acercó la cara y ella percibió el calor espeso de su respiración. El agente le pasó un dedo por la mejilla—. Es una pena, es usted muy guapa y podríamos llevarnos bien.

Ella se alejó bruscamente y salió a la calle. No había nadie.

—Ya le he dicho que no sé nada que pueda ayudarle. —Tragó un nudo de saliva hecha de estopa.

El agente se encaminó hacia la puerta.

—Elija bien sus amistades. Se la ve muy sola y quizá necesite usted ayuda. Estamos buscando a ese Rafael Portero, si tiene usted noticias de él, sepa que tiene obligación de comunicarlo a la autoridad competente de inmediato. Nosotros no vamos a parar hasta dar con él. El caso sigue abierto. Será lo mejor para usted...

—Adiós.

Samantha cerró el portón y suspiró hasta lo más profundo de su esternón. Se recostó contra la pared del zaguán y maldijo al farmacéutico Hurtado. Aquel policía lo sabía todo, pero solo con lo que había dejado caer en la conversación ya tenía motivos para preocuparse. ¿Cómo que estaban buscando a Rafael Portero? ¿No lo habían fusilado ya una vez? ¿Cuántas veces querían matarlo? ¿Qué había querido decir con «no vamos a parar hasta dar con él»? ¿Era su padre «el caso»? ¿Es que tenían alguna información que ella ignoraba? Empezaba a sentirse acorralada. Su situación había empeorado considerablemente en unas horas y ni siquiera podría contárselo a Rick hasta el día siguiente.

Arenas era el único que podía saber en qué andaba la brigadilla, pero Samantha temía entrar en el cuartel y no salir de allí. Estaba asustada y decidió dar un paseo para despejarse. Llegó hasta el Rompidillo y vio caer la tarde sobre el terraplén de escombros y basura. Las gaviotas picoteaban la carroña con voracidad. Aplazaría la conversación hasta la mañana siguiente.

Entre la multitud estaría más segura. O eso creyó.

## Capítulo 25

«Duende» (español).

«Magia o gracia especial en el arte, sobre todo el cante y el baile, que conmueve a quien lo ve».

En la plaza del ayuntamiento se había dispuesto un pequeño estrado con un atril, tras el que se alineaban cinco sillas de anea. Samantha deslizó la suya hacia atrás para situarse en la penumbra de los intérpretes y ocupó su sitio, entre el almirante Lumbroso y el capitán de navío Kirkpatrick. Traducir consistía en pasar desapercibida, lo que más ansiaba aquella mañana. Al sentarse, una astilla de la pata delantera se le clavó en el tobillo y le enganchó la media. Se acarició suavemente con los dedos y puso con discreción una gota de saliva intentando contener la carrera. Kirkpatrick la miró. Se dieron la mano con una sonrisa de tregua. El alcalde también estrechó la mano de Samantha y la dejó chorreando de sudor nervioso.

El acto comenzó poco después de las doce. Habían conseguido subsanar los retrasos desde que trabajaban conjuntamente con los americanos, que cuidaban con esmero el protocolo en sus actos públicos. Justo al levantarse para caminar hacia el atril, el capitán de navío Kirkpatrick la miró como si no le agradara del todo confiarle sus palabras. Samantha recibió el micrófono y empezó a traducir: irnos lugares comunes sobre la amistad hispano-americana, parabienes sobre la relación bilateral y buenos deseos para la convivencia de ambas comunidades. Al llegar al párrafo de buenas palabras sobre los beneficios de la colaboración de ambos pueblos en pro de la paz mundial,

introdujo una frase sutil sobre la crisis con los soviéticos en Cuba. Nada que pudiera causar preocupación a la gente, algo así como «el mundo está atravesando momentos de tensión y nuestras Fuerzas Armadas hacen cuanto está en su mano para garantizar la paz». En el documento original que había recibido Samantha, la frase proseguía: «... los Estados Unidos deseamos menos que nadie una guerra de consecuencias imprevisibles», pero Kirkpatrick la había tachado y, en su lugar, había anotado a mano, con bolígrafo rojo: «Por eso hemos comenzado el desbloqueo naval de Cuba y contamos con que los rusos terminen de desmantelar sus bases allí». Sin embargo, no llegó a pronunciarla. La crisis empezaba a remitir, aunque ni el mismo Kirkpatrick parecía completamente seguro.

Cerró su discurso cantando las alabanzas del pueblo de Rota, sus gentes hospitalarias y bla, bla, bla. La integración estaba resultando prodigiosa, los dólares regaban el pueblo, pero los americanos sabían que el éxito a largo plazo de su misión dependía de que fueran apreciados por los roteños. No les bastaba con ser tolerados, ni siquiera aceptados. Deseaban ser queridos y, con ese fin, celebraban encuentros festivos tres o cuatro veces al año.

El público escuchaba de pie y, aun así, el acto se alargó más de lo previsto: al alcalde parecía habersele adherido el micrófono a la mano. Mientras peroraba, Samantha vertía sus palabras en el oído de Kirkpatrick. A lo lejos avistó a Rick entre los oficiales americanos. Vestía su uniforme de gala color marrón claro, camisa y pantalón, con sus galones en la hombrera y sus medallas en la pechera. Relucía entre todos los demás, más guapo que nunca. Enseguida distinguió también al teniente Arenas, cuyo tricornio acharolado destacaba, casi en formación, junto a los de otros dos guardias civiles. En la tercera fila divisó a Hurtado, con su madre al lado y el párroco junto a ella. Al fondo, en las últimas filas, el pueblo en nombre de cuya prosperidad se organizaba el evento. Para animar la participación popular, se anunció un vino español al concluir los discursos y una breve actuación flamenca, que fascinaba a los americanos. Allí, entre los roteños, se camuflaba Gutiérrez de paisano, trabajando tras sus gafas oscuras. Samantha creyó sentir su mirada, pero no estuvo segura hasta que le vio esbozar una sonrisa de satisfacción, como un predador cuando tiene a su presa al alcance.

Cumplidamente, en el instante esperado, el público aplaudió con cortesía y



un medido entusiasmo, equiparable al de los oradores. Se hizo un silencio expectante mientras un guitarrista melenudo, dos palmeros gitanos, un cantaoar y una bailaora con falda bolera y zapatos negros subían al estrado. Los artistas comentaron algo entre ellos en voz baja mientras miraban las dimensiones del escenario. Por fin, le hicieron una seña al alcalde para indicarle que apenas tenían sitio y él invitó al resto de autoridades a bajar a la primera fila. Cuando aún se estaba retirando la última silla, las palmas empezaron a sonar con suavidad al compás de doce tiempos. Poco a poco, como si se desperezara, aquella mujer empezó a moverse despacio. Se veía cada nota recorrer su cuerpo, expandirse y recogerse desde sus manos, que dejaban huellas de vuelo en el aire. El calambre de los acordes la atravesaba. Poco a poco fue incrementando el ritmo y el guitarrista con ella, hasta alcanzar la rapidez furtiva de las alegrías. La bailaora enredaba y desenredaba sus pies más rápido en cada llamada, giraba, se diluía en el trote de las palmas. Zapateó como el diablo y terminó en seco. Con el frenazo, un golpe de energía salió despedido de su cuerpo. Si hubiera sido luz, el público se habría cegado; si hubiera sido viento, habrían salido despedidos; pero era la fuerza del movimiento que, de forma misteriosa, estalló al detenerse y se derramó sobre el público. Suspiros de asombro, olés, sacudidas de emoción. Samantha nunca había visto nada parecido. Aplausos atronadores. Jadeos de la bailaora, su torso latiendo aún al compás de la música, que había dejado de sonar, pero seguía escuchándose. Con el moño deshecho en mechones negros ondulados, sonreía de satisfacción. Dio las gracias.

El baile había abstraído a Samantha de la angustia de sentirse acorralada entre enemigos. En cuanto salió de su ensimismamiento, se hizo con una copa de vino blanco para participar de la socialización, mientras repasaba de memoria las conversaciones imprescindibles que tenía en la cabeza. Se fue directa hacia Arenas y su mirada se topó con un instante de complicidad de Rick entre la multitud. Le indicó con la mano que no se acercara aún a ella y él se quedó charlando sobre nada en particular con uno de los marines que habían aterrizado el día anterior y aún no sabía ni qué preguntar a los más experimentados.

Al llegar a Arenas, Samantha le presionó suavemente el codo por detrás para apartarlo y charlar con él.

—¿Por qué me está investigando la brigadilla? —Habló en voz baja y sin dejar de sonreír.

—¿La brigadilla? ¿A usted? ¿Quién?

—Gutiérrez. Algo saben de mi padre. Ayer vino a mi casa y me estuvo interrogando. Está por aquí. —Le describió con rapidez lo que había pasado y las insinuaciones de Gutiérrez—. Algo sabe, hablaba como si mi padre siguiera vivo.

—¿Vivo?

—Me dijo que lo buscan por desafección al régimen: un muerto no puede desafectarse de nada. ¿Qué les ha contado?

—Yo nada, doña Samantha. Ya se lo dije. Le di el nombre en su día, para ver qué podía averiguar, pero no le conté que era su padre. Esos de la secreta hacen la guerra por su cuenta. A nosotros no nos dicen nada, pero vamos, no se preocupan más que de las putas, la droga (si hay algo) y cosas pequeñas.

Samantha se retiró el pelo hacia atrás con su mano izquierda y giró ligeramente la cabeza, indicándole a Arenas hacia donde debía mirar.

—Está allí, con gafas de sol.

—Sí, nos mira. Tiene mala baba: convierte sus manías personales en casos policiales. Es muy amigo de Hurtado, sí.

—Como usted. Me ha delatado ante ambos, Arenas.

—No le he dicho nada de usted, Samantha. Se lo juro por mi padre, que Dios tenga en su gloria.

—El otro día soltó que yo era española. Y eso estando yo delante. ¿Qué no le habrá dicho a mis espaldas?

—¿Yo dije eso?

—Sí.

—No me acuerdo, son figuraciones tuyas, doña Samantha. Pero tenga cuidado, solo le digo eso.

—¿Por qué? ¿Va a detenerme?

—No, no la voy a detener.

—Prefiere que la brigadilla le haga el trabajo sucio, ¿verdad?

—Nunca haría eso, doña Samantha, nunca la detendría.

—Hágalo, deténgame aquí mismo, se cobrará una buena pieza y ganará en reputación. Le darán buenos palmetazos en la espalda sus amigotes.

—Sin ofender, doña Samantha, sin ofender... Y no suba la voz, que se delata usted sola. —Tenía razón. Estaba perdiendo la calma y no le convenía. Respiró hondo y trató de volver a sonreír. Arenas insistió—: Tenga cuidado, yo la aprecio.

—Téngalo usted y así podré andar más tranquila. Ese cabrón está siguiéndome los pasos. Le hablé de mi derecho a la asistencia consular y se lo pasó por el forro. A ese sádico le da todo igual.

—Aquí los derechos... Ya sabe... —De pronto, Arenas subió la voz—: ¡Hola, Hurtado! Qué alegría verte, hombre.

El farmacéutico se había acercado por detrás sin que ella lo viera llegar. Seguramente había oído su última frase. La gente se movía alegremente, saludando a irnos y a otros. El guitarrista tocaba una suave melodía de fondo.

Arenas y Hurtado se dieron un fuerte apretón de manos. Ella le saludó con una mirada de odio y un «buenos días» que sonó a crujido de madera seca.

—¿Qué tal, doña Samantha? Yo sí me alegro de verla.

—Estoy trabajando, no haciendo amigos.

—No se haga más enemigos, al menos.

Arenas se giró a saludar al párroco, le habló de lo avezado que era el nuevo monaguillo. En ese momento correteaba por la plaza con sus zapatos viejos azul marino. El cura lo llamó. El chaval tenía el pelo ralo y donde clareaba podían verse las escamas de una dermatitis sin tratar. Escuchaba atento las conversaciones a su alrededor. Hurtado se acercó a Samantha:

—Si tiene problemas, no dude en pedirme ayuda. Los farmacéuticos tenemos remedios para todo —murmuró amable. Una pasta espesa de cacahuets masticados le asomó por la comisura de los labios—. Ya sabe que yo siempre la he querido bien, doña Samantha.

—Cuando tengo problemas, no recurro a chivatos.

—No sea usted arisca, qué palabra tan fea, chivato. Qué carácter. Me gustan las mujeres con carácter, pero no tanto.

—Mejor.

—Siendo usted tan guapa y tan lista, si se casa otra vez, en el pueblo se olvidarán de que es divorciada. Un trapiés lo tiene cualquiera.

—No le he pedido consejos.

—Pero le daré uno. Usted no conoce esto. Aquí ha habido mucha hambre.

Ahora hay dinero, pero todos estábamos aquí cuando el hambre y hemos levantado esto a pesar de subversivos como su padre. —Lo dijo en voz baja, con la firmeza de un juez que lee una sentencia de muerte.

Samantha se quedó demudada. Tosió y trató de seguir la conversación con normalidad.

—Yo hago mi trabajo y no me meto con nadie.

—Para sobrevivir aquí no le servirán sus buenas maneras, aquí necesita las nuestras, que son las suyas, por cierto. No se fíe de los americanos. Ya ve, ellos vienen, patrullan, se acuestan con nuestras mujeres, se van. Ellos están de paso. No se esfuerce en hablar como una inglesa. Deje ya la farsa.

—¿Qué sabrá usted?

—No se altere. —Le acarició el brazo—. Solo quiero protegerla. Conmigo no tendría ningún problema. Aquí estoy muy bien relacionado. No le tocarían un pelo. Nadie.

Samantha trataba de componer todas las piezas. Con la información que le había sonsacado a Arenas sobre ella, Hurtado había hablado con el infame agente de la brigadilla para que la vigilara o algo así. Él la habría relacionado enseguida con Rafael Portero y había empezado a librar otra guerra: la suya, la de su fobia hacia los rojos. El caso se había convertido en político a causa de la paranoia de un policía aburrido, frustrado por verse obligado a reprimir la prostitución tolerando a las putas y perseguir el juego haciendo la vista gorda con los jugadores.

—¿Qué clase de invenciones hace sobre mi vida?

—Doña Samantha, no se irrite —contestó con parsimonia—. Aquí en el pueblo, quien más quien menos me debe un favor. Un farmacéutico saca de apuros a mucha gente, ¿no lo ve? Parece mentira, con lo lista que es usted y no ve lo que tiene ante sus ojos. Juegue con nuestras reglas y le irá bien. —Alzó su copa en un brindis monstruoso.

—No son las reglas del pueblo, son las suyas y de los cuatro que mandan. Límpiense la boca, ese puré de cacahuets es repugnante.

En ese momento, Arenas y el párroco se giraron hacia ellos. Hurtado estaba ocupado en sacar del bolsillo un pañuelo blanco de tergal con dos listas azul celeste, perfectamente doblado y planchado. Se frotó los labios con él. Los participantes en la fiesta parecían imanes unidos por corrientes

magnéticas que les hacían atraer unos interlocutores y repeler otros. Los corrillos se hacían y deshacían de forma orgánica, a un ritmo pausado. Samantha saludó al párroco y se dirigió al monaguillo, no debía de tener más de diez años:

—Ve a correr por ahí, aunque sea en faldones.

Samantha tenía trazado su propio itinerario entre la multitud festiva. Ahora quería acercarse a Rick sin dejar de sonreír a todos sus enemigos. Hizo un par de paradas con algunos miembros de la corporación municipal y llegó hasta la mesa donde los camareros servían el vino. Dejó la copa y enseguida un joven le preguntó:

—¿Quiere otro, señora?

—Sí —contestó sin levantar la mirada.

Hurgó con urgencia en su bolso. Sacó un bolígrafo y anotó en la palma de su mano un mensaje para Rick. Cogió la copa de vino llena y se fue hacia él lentamente, saludando aquí y allá, para aparecer a su lado como por azar. Rick departía con otros dos pilotos y sus mujeres. Ellos relataban las andanzas de su última patrulla marítima, sin saber que se encontraban frente a uno de los hombres de Hiroshima, que seguía con vida solo porque su impericia le había salvado del suicidio. Se les veía felices bajo el sol gaditano, liberados del tedio de un Ohio, una Oklahoma. Rick la presentó y les explicó que traducía para ellos. La saludaron con cordialidad. El corro de americanos desconocidos era un remanso de paz en medio de aquella fiesta de amenazas encriptadas. En cuanto vio la ocasión, hizo un aparte con Rick y le enseñó el mensaje que había escrito en la palma de su mano: «En mi casa dentro de una hora». Samantha alargó un instante la conversación, mientras volvía a otear la multitud. Arenas hablaba con el siniestro de Gutiérrez y ella no sabía si estaba obteniendo información para ayudarla o estaba dándole información sobre ella. El teniente sujetaba una copa de fino en la mano, el brigadilla se la acababa de terminar, miraba a Arenas y decía algo de cuando en cuando. Arenas se explayaba, tenía la lengua floja. Por instinto, Samantha se agarró al codo de Rick. Un bolero empezó a sonar y uno de los colegas de Richard ofreció bailar a su mujer. La segunda pareja los imitó y los cuatro empezaron a moverse, con alegre torpeza. Se miraron: no les quedaba otro remedio que bailar, o sea, acercarse. Se agarraron. La mano de él en su cintura dispó el

miedo en aquella intimidad a la vista de todos.

—¿Te gusta bailar conmigo? —le preguntó Richard. Sus dedos sentían la distensión de la espalda de Samantha.

—Me encanta el ritmo del bolero... —dijo ella—. Si cierro los ojos, estamos en un hotel de la Costa Azul, sin toda esta gentuza, tú y yo, con todo el día por delante para disfrutar despreocupados. Pero si los abro...

—Pues ciérralos y disfruta.

—Bailas muy bien... para ser un hombre y para ser americano.

Richard le contó que había aprendido en el instituto. En Texas uno no podía presentarse a la ceremonia de graduación sin saber irnos cuantos pasos de baile para sacar a una chica. Al menos, chachachá y samba, aunque él prefería por encima de cualquier otro el bolero. Samantha se acercó un poco más. Quería pegarse a él, recostarse en su pecho y guarecerse al son de la música. Los pies de ambos se movían al unísono, sus cuerpos se armonizaban con un *swing* que les conectaba en un solo cuerpo. Samantha pensó que aquel ensueño especial tenía que estar percibiéndose más allá de sí mismos.

—Tenemos que parecer desconocidos, Rick, hay mucha gente.

—No abras los ojos. Me gusta sentirte así.

—Hay mucha gente pendiente de nosotros —dijo ella.

—Un día bailaremos en un hotel de la Costa Azul y nos mirarán todos, pero con envidia —le dijo al oído—. No estamos haciendo nada malo. ¿Quién mira?

—Tu capitán de navío, mi teniente, mi agente de la brigadilla, nuestro farmacéutico...

—Vaya, eso suma al menos ocho ojos, seis uniformados.

—¿Es que no te puedes tomar nada en serio?

—Aquí estamos rodeados, pero somos inmunes. No sufras. Cuéntame qué ocurre —le susurró al oído.

—El de la brigadilla que vimos ayer, cuando Hurtado se paró en la avenida, ¿te acuerdas? Estuvo por la tarde en mi casa haciendo preguntas, un auténtico interrogatorio. Me quiso tender una trampa diciéndome que mi padre está vivo, pero es mentira. No solté nada, pero sabe quién soy. Y va a volver a por mí. El farmacéutico también está al tanto.

—Vamos a tener que fugarnos ya —dijo Richard despreocupado, como si

solo le pareciera un leve inconveniente.

—¿A dónde? A veces me crispa tu humor.

—Cuando has vuelto del infierno, como yo, nada parece tan grave.

—Eso me tranquiliza.

La melodía seguía tocando. Richard se sentía feliz, hablando de sus planes al ritmo de la música. En una hora se encontrarían en casa de ella. En una hora comenzaba la huida.

## Capítulo 26

«*Hüzün*». (turco).

«Sensación sombría de melancolía compartida, tristeza colectiva por una mala situación que es de naturaleza política».

Samantha fisgaba impaciente por un resquicio del visillo de su cuarto, como las comadres que tanto detestaba. Al fin distinguió a lo lejos una figura masculina que entraba por el callejón, pero no era Rick, sino el agente Gutiérrez. Soltó el visillo y el respunte bordado tembló. Contuvo la respiración. Se pegó a la pared junto a la ventana. Gutiérrez llegó hasta la puerta. El llamador retumbó tres veces en toda la casa. Cada uno de los golpes sonó como una campana que tocara a muerto. Sintió el corazón en la garganta. Se fundió de palidez con el tabique. Tenía la mejilla apoyada en la pared, respiraba agitada, pero no movía ni un músculo. Vio la figura de Gutiérrez aproximarse a la ventana. Se acercó aún más. Incrustó su cara de cerdo entre las rejas negras e intentó pegar la nariz al cristal. Estaba allí, a menos de medio metro de ella. Encajado en la reja, movía los ojos de un lado a otro. Samantha pensó que estaba en la posición perfecta para darle un sartenazo si hubiera tenido una sartén. Gutiérrez se llevó la mano a la frente a modo de visera, tratando de distinguir algo del interior. Volvió a la puerta y golpeó otras tres veces con parsimonia; ella permanecía inmóvil. Se acercó de nuevo al cristal, esta vez por el lado izquierdo, justo donde ella se agazapaba. Tocó con los nudillos en la ventana una vez. Toe. Samantha se sobresaltó, lo tenía apenas a unos centímetros, pero no se movió. Esperaba una segunda. Toe. Y



una tercera llamada. Ocurrieron metódicamente. Toe.

—¡Señora Porter! ¡Señora Porter! —Su voz sonaba a cazalla vieja, a esputos de bar de serrín. El buen oído fonético de Samantha percibió un ligero arrastre de la erre en su pronunciación, como si chapoteara en saliva. No acostumbraba a rogar, pero le pidió al cielo que estuviera borracho. Solo eso, solo una pequeña ventaja, ya que él jugaba y dictaba las normas más convenientes para él. Una mínima zancadilla qué compensara la arbitrariedad nada más.

Otra figura apareció espigada desde el fondo de la calle. Era él, caminando elegante y tranquilo, rematado por sus hombros vencidos. Seguía vestido de uniforme. Samantha se inquietó: no se le ocurriría llamar, claro, no se le ocurriría entrar. Pasaría de largo en cuanto viera al policía, pero entonces la dejaría en manos de aquel depredador. Desde su ángulo lo vio acercarse. Gutiérrez no se percataba, estaba de espaldas y no parecía oír sus pasos. Definitivamente, estaba lento de reflejos. Samantha contenía la respiración en su escondrijo.

—Buenas tardes, señor. —Rick fingió una ingenuidad auténtica.

Gutiérrez dio un respingo. Se había sentido descubierto y eso acentuó su agresividad.

—¿Qué quiere? Vamos, circule, circule.

Richard le hizo un gesto tranquilizador con la mano para aplacarle. Se dispuso a seguir caminando, cuando Gutiérrez reparó en quién era. Levantó la vista. Le brillaban los ojos como al cazador que ve dos pájaros y un solo tiro.

—¿Qué hace usted por aquí? ¿A quién busca?

—Solo paseaba. Acabamos de terminar una recepción con las autoridades municipales, me sobraba algo de tiempo antes de volver a la base y...

—La recepción no acaba de terminar. Yo también he estado allí.

—Bueno, es una forma de hablar. Nosotros nos quedamos siempre un rato hasta que acaba completamente el acto y se recoge todo... Para asegurar que no se causa ninguna molestia a los vecinos.

—Sí, pero es Policía Militar lo que se queda. Usted es piloto si no me equivoco —dijo, tocándose el hombro izquierdo en alusión a las divisas...

—Conoce bien nuestro Ejército.

—En eso son todos parecidos. Yo me muevo mucho por la avenida de San

Fernando, ya sabe... Hay mucho vicio y tenemos que controlar.

—Sí, el vicio... —Richard sonrió con complicidad e intentó un abordaje. Se aproximó a Gutiérrez y le puso una mano en el hombro. Bajando el tono, puso voz de ir a hacer una secreta confesión—. Qué sería del hombre sin vicio, ¿verdad? —Gutiérrez quiso hacer un comentario viril, pero no se le ocurrió nada. Rick siguió soltando cuerda—: De hombre a hombre, reconózcame que no sabríamos qué hacer sin ellas, las más...

—Jo, jo, jo. —Gutiérrez soltó una risotada y se cimbrecó bruscamente buscando el equilibrio. Bainfield aprovechó para ayudarlo a sostenerse.

—Huy, cuidado, hombre.

—Qué calor hace en este pueblo, joder. —Se desabotonó el cuello de la camisa. Richard lo tenía sujeto por el brazo y lo encaminó lentamente hacia la plaza, alejándole de la casa de Samantha, ayudado por los efluvios del vino que lo sofocaban. Ella contemplaba la escena desde dentro. Rick concitaba ahora la atención del policía y ella se había alejado un poco de la pared para ganar perspectiva.

—Vamos, vamos, sentémonos ahí en un banco —dijo Rick.

—Estoy bien, tengo que encontrar a esa mujer. —Hizo un gesto con la mano hacia atrás, un leve refunfuño que no resistió el empuje suave de Rick.

—Sí, ahora volvemos. Ahora le acompaño, siéntese aquí.

—Oiga, que estoy bien, ¿qué se ha creído, que soy un anciano borracho?

—Por favor, no me interprete mal. No sé a quién busca, pero no había nadie en esa casa, ¿no? Me ha parecido que llevaba un rato llamando.

—No había nadie, pero tendrá que volver.

Rick se acercó a la fuente y mojó su pañuelo blanco.

—Tenga, esto le refrescará mientras espera.

—Usted no estará encubriéndola, ¿no?

—¿A quién?

—A esa, a Amanda Portero. —Richard se quedó clavado en el banco al oír el nombre español de Samantha. Sentía la piedra dura recalentada por el sol. Negó con la cabeza y el policía se enfrascó en la épica local—: Mire esa torre, mire esa almena del castillo. ¿Ve los muros de piedra arenisca? Así somos nosotros, inexpugnables. Ese castillo lleva ahí siete siglos lo menos, está hecho con piedra robada al mar. Ostionera, la llamamos nosotros. Aquí el

mar nos lo ha dado todo, ¿sabe? En los cimientos de ese castillo hay fósiles marinos, conchas. Aquí, el mar está en la tierra y la tierra nos conduce al mar. Lo hemos temido y lo hemos cuidado, pero para nosotros era una frontera. Te aislaba aquí y te podía conducir a cualquier sitio, pero no se iba nadie, porque no había dinero ni para suela de zapatos. De este pueblo no se escapa nadie, y eso lo sabemos nosotros. Mis abuelos, mis padres vivieron siempre aquí, en unas docenas de kilómetros, entre la huerta y los peces. Eso era esto, ¿sabe? Calabazas y urta. Urtas y calabazas. Y no había escapatoria. Nunca pasaba nada, ni la guerra pasó por aquí. El odio, sí. El odio fue fiero. Eso a ustedes no se lo han contado, ¿verdad?

—Pues no, pero cuéntemelo, me interesa mucho España y para nosotros es una gran desconocida. —Richard le dejó vagar por el orgullo de su terruño mientras pensaba en su siguiente movimiento. Si aquel policía sabía hasta el verdadero nombre de Samantha, tenían poco tiempo para emprender la huida: el rato que tardara Gutiérrez en recobrar sus fuerzas mermadas por el vino.

—Da igual, ahora todo eso ha cambiado. Cuando ustedes llegaron, tenían los dólares y nosotros el hambre, pero los dos éramos igual de atrasados. Los marines de Idaho, de Alaska, esos chiquillos que llegan aquí con dieciocho o veinte años... ¿qué son, eh, qué son? Pues unos paletos como nosotros, solo que con dólares; paletos de Idaho, pero paletos. Esos no han visto más que campo, igual que los de aquí...

—Seguramente tiene usted razón.

—¿Usted de dónde es?

—De Van Alstyne, un pueblo cerca de Dallas.

—Lo mismo. Los marines llegan aquí con sus fajos de dólares y se crecen. Sobre todo los de la Sexta Flota, cómo salen... A veces me da pena de esas chiquillas, pero lo pienso y me dan más pena las que no se pueden ni vender. Esas lo pasan mal. A veces hago la vista gorda porque me lo mandan y otras porque quiero. Me asomo por encima de la cortinilla, esa que ponen los clubs hasta media ventana para que nosotros fisguemos y así parezca que se controla algo... En Madrid no quieren saber nada. La renta del terreno de la base les da mucho dinero... En fin, yo la mitad obedezco y la mitad hago lo que me parece...

—Obedecer no nos asegura hacer lo correcto.

Gutiérrez giró la cara bruscamente.

—A ver si se va a poner usted a filosofar.

—No, no, tranquilo —dijo Bainfield.

—Usted y yo obedecemos, soldados o policías, da igual.

—Claro, pero a veces... —Richard dejó la frase en suspenso. Quería que siguiera hablando para ganar tiempo.

—A veces hay que perdonarlas, a las chiquillas, se buscan la vida como hemos hecho todos... Y al padre Juanita lo tienen desesperado. —Gutiérrez no pudo evitar una sonrisa de condescendencia.

—¿Sí? —Le miraba con camaradería.

—Antes había más devoción, porque no había otra cosa que hacer. Ahora se ha llenado todo de bares, de diversión, de cines... Y él pierde clientela, la gente se separa, deja de ir a escucharle. Hay más distracciones.

—Claro...

—A los que no perdono es a los subversivos, ¿sabe? A los rojos, no. Con lo que nos ha costado levantar cabeza, un poco, un poquito, y ahora que se van enderezando las cosas, vienen a hablar de los derechos y la democracia y esas chorradas... Por cierto, las inventaron ustedes, ¿no? ¿Cómo se les ocurrió esa majadería?

—Es una larga historia...

—Deje, deje, ni me lo cuente.

—Voy a mojar el pañuelo otra vez.

Richard se levantó y miró de soslayo hacia la calle de Samantha. No veía nada, no había movimiento. No sabía qué podía haber pasado ni qué estaría haciendo ella. Quería librarse del policía e ir en su busca. Tenían que salir ya de aquella trampa.

—Pues eso le digo... —siguió mascullando palabras plomizas, cada vez más lentas, que parecían refocilarse un buen rato en los jugos bucales antes de salir de sus labios. La cadencia de su propia voz le fue adormeciendo. Con el codo apoyado en el respaldo del banco, se recostó y fue entornando los ojos. Cuando se aseguró de que dormía, Rick se escabulló hacia la casa de Samantha con pequeños pasos. Caminaba ágil y silencioso, como un gato con sus pezuñas de espuma sobre el empedrado. Enseguida alcanzó el portón. No se oía nada.

Se asomó entre las rejas de la cancela y la llamó, queriendo gritar sin levantar la voz. Subió un poco más el tono. Insistió en que era él, desesperado. Samantha no salía. No había ni rastro de ella.

## Capítulo 27

«*Ilunga*». (tshiluba).

«Persona capaz de perdonar una ofensa la primera vez, tolerarla una segunda vez, pero nunca una tercera».

Samantha los vio caminar hacia la plaza con un escalofrío. Rick sostenía por el hombro a la rata de Gutiérrez para que no lo venciera demasiado su tambaleo. Lo estaba alejando de su casa para que ella pudiera salir. Sonaba el gong de la escapada. Fue corriendo a su cuarto y rebuscó en una caja de cartón, que seguía pendiente de ordenar desde la mudanza, una faja de su madre. Era de color carne, sencilla, con un encaje de adorno en el remate de las ingles. Su madre la usó para salir de Gijón, como escondrijo de algunos billetes y una nota con nombres que no podían caer en manos de la policía de ninguno de los países que atravesaran. La compró suficientemente grande para que le cupieran aquellos salvoconductos y suficientemente justa para que se ciñera al cuerpo sin que se notara ningún bulto bajo el vestido. Al cabo de los años, cuando ya pudo empezar a hablar del éxodo, le contó que la faja las salvó. Con el tiempo llegó a hacer bromas con el doble fondo de su barriga. Samantha la había traído por si le tocaba volver a vivir el momento de salir andando con lo imprescindible. Este momento. Se la enfundó, ceñida a la perfección, y escondió la libreta de su padre a la altura del bajo vientre. Después se puso encima una combinación de raso negro, con encajes en el bajo y el escote. Sobre ella, un vestido amplio, azul marino, con una lazada en el cuello. Se miró al espejo alisándose las caderas y el vientre con las manos.

Perfecto y discreto. La carpeta con los recortes de periódicos la echó en un bolso enorme, como de cartero, que tenía el olor punzante del cuero viejo. En su cartera de mano metió el monedero con todo el dinero que tenía.

Salió de casa con sigilo y se alejó en dirección a la plaza Barroso. No sabía a dónde ir, pero sí que debía alejarse con rapidez de las callejuelas del casco histórico, un laberinto peligroso donde andaba suelto el Minotauro de la secreta que la destruiría en el acto si la encontraba. Se detenía en cada esquina, antes de doblar la calle, para atisbar antes de que la vieran a ella.

Nada. No veía a nadie. Rodeó por la calle Ignacio Merelló para salir a Duque de Nájera. Dejó la antigua batería de costa a un lado y, al doblar una esquina, se topó de golpe con el teniente Arenas.

—¿Dónde va, doña Samantha?

No dijo nada. Le temblaban los labios y no podía pronunciar palabra, solo le sostenía la mirada con una quietud rocosa. Tramaba una justificación, dudaba si salir corriendo o aprovechar para escupirle en la cara su complicidad. Transcurrieron los segundos, seguían escrutándose. No decían ni palabra.

—Doña Samantha...

Decidió lanzar un órdago.

—¿Va a detenerme? —Total, tampoco arriesgaba tanto. Si quería cogerla, lo haría. Si no, lo mejor era saberlo cuanto antes.

—No, claro que no. Ande, ande, venga conmigo al cuartel.

—¿Qué quiere? ¿Llevarme arrestada sin perder su don de gentes?

—No, mujer. Vayámonos de aquí, donde podamos hablar con un poco de tranquilidad.

—No iré, Arenas. Tengo mucha prisa. Adiós.

La agarró por el brazo con fuerza e insistió con una sonrisa afilada:

—Le he dicho que venga conmigo.

Samantha obedeció. Tal vez había llegado al final de su escapada antes de empezar.

Enseguida alcanzaron la puerta del cuartel. Ella respiró hondo varias veces. Quería entrar con la familiaridad de siempre y no dándose ya por detenida, con ese aire de culpa que le estaba hundiendo el mentón. Quería levantar la barbilla y pisar fuerte, como una cabaretera al salir al escenario,

pero sintió los tacones en el suelo como crampones de escalar un desfiladero.

Escuchó el tedioso tableteo de una máquina de escribir que tocaba un aprendiz. El cabo Castrejo levantó la vista sin despegar los dedos de las teclas de la Remington negra. Cuando entraron en el despacho de Arenas, él se abalanzó sobre las ventanas para cerrarlas a cal y canto. Después entornó los postigos y le indicó que se sentara, llevándose el dedo índice a la boca para pedirle sigilo.

—Gutiérrez la está buscando.

—¿Y para eso me hace venir? Ya lo sé, ¿de quién cree que huyo? Ha estado en mi casa dos veces hoy.

—Sí que está emperrado ese hombre, la Virgen.

—¿Qué busca? ¿Quién le manda? Le paga Hurtado, ¿verdad?

—La brigadilla no nos dice nada. Siempre estamos con estos tira y afloja...

—Hablaba usted con él en la fiesta...

—Naderías. —Y le quitó importancia con el arco de su bigote.

—La brigadilla y la Guardia Civil podrán pisarse la manguera, pero Gutiérrez y usted comparten información, a mí no me lo puede negar.

—No la puedo ayudar.

—Arenas, mi vida depende de esto. ¿Qué quiere el farmacéutico de mí?

—Usted es una mujer, debe de saberlo... —Hizo una pequeña pausa para enfatizar la ironía—. Ya sabe cómo son los hombres cuando se les mete una mujer en la cabeza. Está loquito por usted, loquito. Quería que usted, pues eso, que se fijara en él.

—¿Qué me fijara en él? Ya me fijé y me repugna.

—Que lo necesitara.

—¿Que lo necesitara?

—¡Coño! Que si la ponía en apuros con la brigadilla, usted se ablandaría y lo buscaría para que la protegiera. Algo así...

—Usted le contó mi historia en primer lugar.

—No, yo no le conté más que lo justo. Pero ¿por qué la ha interrogado? Se me escapa.

—Por mi padre. Lo sabe, pero quiere que yo confiese ser su hija.

—Ese hombre, como se le meta algo aquí... —Percutió el centro exacto de



su frente con el dedo corazón.

—¿Y quería conquistarme azuzando a un perro de la brigadilla contra mí? Muy hábil no es, no.

—Conquistarla no, tenerla. Romántico, romántico no es.

—Qué gracia.

—Doña Samantha, hay algo que debo decirle.

—Suéltelo rápido, me voy.

—Su padre...

—Lo sé. Está muerto.

—Por si le quedaba alguna duda.

—Supongo que Gutiérrez me dijo que lo están investigando para que yo cante... —Él bajó la mirada; los labios sellados y tensos, candados por una promesa. Samantha insistió—: Dígame qué sabe Gutiérrez de mí. Y dígame lo que me quede por saber de mi padre. El suyo me lo contaría. Nuestros padres tuvieron una relación humana, por encima de la política. —Arenas se rebullía en su asiento—. Esto es lo que nos salva a usted y a mí. —Se le estaba clavando la libreta de su padre en el bazo. Con disimulo, la recolocó dentro de la faja.

—No me comprometa más, doña Samantha.

—¿Qué va a hacer Gutiérrez conmigo? ¿Me va a detener? Pues menudo favor a su amigo.

—Usted se marchará. Mis cuatro hijos se criarán aquí y tendrán que ser amigos de los Gutiérrez y los Hurtado.

—Usted no tiene miedo.

—Yo he visto de crío cómo se llevaban a mi padre. De miedo no me da usted lecciones. He visto a mi madre enterrar a su marido de noche a toda prisa. Un responso y gracias. Y porque salvó al cura. Lucho por salir adelante y no me meto en líos. Usted debería haber hecho lo mismo... Ahora es tarde.

—¿Qué sabe de mí Gutiérrez?

El teniente resopló.

—Hablaré con él, a ver si la deja marchar. Ahora, váyase. Si nos relacionan, no podré ayudarla.

—Nunca me ha ayudado. Mi padre...

A Arenas le estalló una cólera roja en los carrillos, al tiempo que se le

desencajaba la perfección geométrica del rostro. Trataba de contener el tono de su voz, pero no pudo reprimir un puñetazo sobre la mesa. Se puso de pie.

—Deje a nuestros padres en paz. Déjelos, a cada uno en su tumba.

—Yo no sé dónde está la tumba de mi padre.

—Está muerto. Su busca es absurda desde el primer día. Pero usted se empeñó en saberlo todo. Déjelo ya, deje descansar a los muertos... Y déjeme a mí también, la Virgen.

—Si supiera dónde descansa mi padre, me sería más fácil...

—Murió, se lo estoy diciendo. Está muerto y más que muerto, como el mío. Déjelos tranquilos. ¡Arggh! Se me revuelven las tripas cuando hablo de esto. Váyase ya de aquí, váyase y déjeme tranquilo.

—Matan a tu padre y encima eres sospechosa, así es la vida. Pierdes un padre y llevas el estigma encima.

—Pues eso mismo me pasa a mí. Pero usted se irá con ese americano. Pues váyase de una vez. ¿De qué sirve el pasado? De nada, complicaciones nada más. Váyase ahora que todavía puede. —Arenas hizo una pausa y se frotó la boca con fuerza varias veces. Samantha se impacientaba. Ambos miraron sus relojes al unísono. Sabía que el esfuerzo de Rick por distraer a Gutiérrez no duraría mucho más que su cogorza, pero sentía que estaba a punto de llegar al final de su búsqueda.

—Quiero saber cómo murió, quién le mató. Y usted lo sabe —le urgió ella —, no tengo mucho tiempo.

—Y se irá.

—Se lo prometo.

—Su padre murió en la vieja almadraba.

—¿Qué es eso?

—La antigua fábrica de atún. Fue un campo de detención durante la guerra y unos años después. Lo que habrán visto esas paredes... Lo trajeron detenido. Aquí traían a presos de toda España para redimir penas por el trabajo. Empedraron muchas calles del pueblo, hicieron carreteras y de todo, trabajos forzados. Mientras podían ser útiles, los tenían ahí. Cuando dejaban de valer para el trabajo, desaparecían.

—¿Los fusilaban?

—Una inyección, se dice. Vaya usted a saber.

—¿Usted habló con él alguna vez? ¿Dónde está la almadraba?

—No, ni siquiera supe que estaba ahí. No eran cosa nuestra. Solo nos pedían ayuda a veces para traslados y cosas así. Luego supe que estuvo unos días nada más, no sé si llegó a trabajar, al menos yo nunca le vi en las cuerdas de presos. Unos días después me dieron una lista de los que habían arrojado a una fosa común para pasarla a Madrid y vi el nombre de su padre. —Samantha sintió apenas un pellizco. Era la tercera vez que le contaban su muerte y llevaba toda la vida perdiéndole. Arenas prosiguió—: Yo sabía que me estaban poniendo a prueba. Aquí en los pueblos todo se sabe, y alguno conocía la amistad de su padre y el mío. Me pinchaban. Un superior me dijo: «Ya ves, los bichos malos también mueren, aunque no lo diga el refrán». Quería que yo saltara, pero me refrené.

—¿Y qué hizo?

—Le dije: a sus órdenes. Ya no podía hacer nada. Ya estaba muerto.

—Ni lo hubiera hecho antes, ¿verdad? —Aquel extraño malestar le hacía sentirse mejor—. ¿Por qué no me lo ha dicho en todos estos meses?

—Quería ver si podía confiar en usted.

Hubo un silencio espeso unos instantes. De repente, tocaron a la puerta del despacho con apremio. El cabo Castrejo abrió sin esperar a que le dieran permiso.

—A sus órdenes, mi teniente, aquí hay un agente que pregunta por usted.

Samantha voló de la silla antes de que terminara la frase y se escondió detrás de la puerta. En una fracción de segundo, sus ojos recorrieron el despacho de un rincón a otro buscando una forma de huir. No había salida.

—Dígale que...

Gutiérrez entró en tromba.

—Buenas, mi teniente.

—Hola, Gutiérrez. ¿Qué pasa? ¿Por qué entras así, joder?

Se quedó en el quicio, agarrado al pomo. El extremo de la madera oscilaba levemente: la puerta lo sostenía a él. Una ráfaga de *brandy*, mezclada con el olor ácido del vómito de un enfermo, invadió el despacho. Tenía la voz ronca y la respiración premiosa.

—Estoy buscando a la inglesita. —Se fatigaba al hablar.

Arenas se levantó y fue hacia él.

—Joder, cualquiera diría que te persiguen los rusos. ¡Qué susto me has dado!

—¿La has visto?

A Samantha solo la separaba de él una puerta que oscilaba con la ebria inestabilidad de Gutiérrez. Se acercaba y al instante se alejaba de su cara, desacompasada. Contenía el cuerpo, apenas respiraba. Clavó las vértebras en la pared.

—Vete a casa, hombre. Mañana será otro día.

—Voy a por ella, Arenas, voy a por ella.

El guardia civil se acercó a él, para retenerle sin que pasara de la puerta, pero Gutiérrez dio un paso adelante y la descubrió.

—¡Ajá! —Su cara se iluminó de satisfacción—. Algo me decía que la liebre pisaría la trampa ella solita. Venga conmigo.

Arenas agachó la cabeza. Samantha trató de resistirse.

—Ya le he contado lo que sé. ¿Por qué me investiga? ¡No me voy de aquí sin mi cónsul!

Gutiérrez se retiró la chaqueta y mostró la empuñadura de su revólver Astra:

—Se viene conmigo por esto.

—No te pongas bruto, Gutiérrez, joder —terció Arenas—. Seguro que doña Samantha te explica lo que sea y se aclara el malentendido. —Resignado, le indicó que saliera. No quería líos en su cuartel.

Gutiérrez la agarró por el brazo.

—Andando.

—No se atreva a tocarme.

—No me toques tú los cojones, que te esposo.

El pueblo estaba en penumbra, la silueta de las casas se clavaba sobre un cielo azul oscuro que apuraba los rescoldos del sol.

—Llevas el pasaporte, ¿no? Ese pasaporte de inglesita falsa que tienes. —Gutiérrez estaba exultante, la adrenalina de haberse cobrado su presa despejaba la borrachera.

—No —mintió Samantha, asqueada por el olor a vómitos. Debía de haber arrojado ya la mitad del alcohol que había bebido por la mañana.

—Bueno, ya mandaré a alguien a tu casa, no te preocupes. De momento, te

voy a acusar de falsificación. Y te seguiré investigando. Lo sé todo. Solo tengo que encontrar algo que te relacione con el contubernio internacional.

En la mente de Samantha restallaban ideas de escapada a cada paso. Por aquí, pensaba al doblar una esquina. Por esta cuesta, doblo la calleja y corro como un demonio. Por aquí salgo a la Costilla, no, a la playa no, es campo abierto... Sin embargo, la pistola de Gutiérrez irrumpía con un estruendo sordo al final de cada carrera. Y ella caía al suelo. ¿Dónde estaría Rick? Tenía que ser paciente y tenía que ser rápida. ¿Sería una detención legal o ilegal? Pregunta irrelevante con un energúmeno así. ¿Qué garantías tendría? ¿Tendría derecho a una llamada telefónica? Pero ¿estaba detenida? Quizá se trataba de un simple desahogo de Gutiérrez. ¿O tal vez la obsesión de Hurtado quedaría en nada? De momento, tenía su pasaporte bien incrustado en la faja y tardaría en encontrarlo. No era una falsificación. Ya no. Fue falso, pero ya era verdadero, como su identidad inglesa. Los imitó hasta ser como ellos. Tenía también la protección consular, aunque las formalidades diplomáticas no impresionaban a Gutiérrez.

Entonces lo vio: una figura agazapada tras un seto de la plaza. Supo que era Rick. Apenas había distinguido un bulto moverse, pero sabía que era él. Miró por el rabillo del ojo al policía, que caminaba junto a ella tranquilo. No se había percatado. Tenía que distraerle. Respiró hondo para que la cháchara le saliera sin interrupción:

—No va a poder usted probar nada, ¿sabe? No tiene nada contra mí, habladurías simplemente. —Gutiérrez llevaba la cabeza muy erguida. Alargaba el cuello para abarcar más territorio con la vista. Movía los ojos de izquierda a derecha, sin inmutarse por las palabras de ella—. Los rumores no bastan para detener a una persona, ¿sabe?

—Aquí sí. Camine. —Le aprisionó el brazo más fuerte.

—¿Así hacen ustedes las cosas? Qué vergüenza, esto va a ser un escándalo internacional. Sepa que trabajo para los americanos y ellos serán los primeros que estarán de mi lado. Oiga, me hace daño... —Mientras hablaba, concentraba su atención en el seto. Se acercaban a él, pero ahora nada se movía, ni una hoja—. No se puede fabricar un caso con rumores oídos aquí y allá. Además, tengo derecho a la atención consular...

—¡Cállese de una vez!

—Oiga, me está haciendo daño, afloje la mano. Parece mentira que la diversión de un policía borracho sea detener extranjeras. Se sabrá que bebió usted de más en la fiesta municipal con los americanos y que le duró la cogorza todo el día. No le va a ser tan fácil construir un caso. Le traerá problemas el haber bebido estando de servicio. ¿Es usted siempre así?

Gutiérrez se detuvo y señaló su coche.

—Entre ahí. Y cálese de una puta vez o le doy dos hostias. —La empujó hasta la puerta del copiloto—. La voy a esposar para el trayecto.

—¿Es usted un alcohólico o solamente un borracho?

Gutiérrez apretó los dientes y se acercó hasta rozar la cara de Samantha con su rostro de plomo amenazador. Olía agrio, como si le hubiera orinado en la boca una procesión de gatos callejeros. Sintió náuseas.

—No le doy una hostia porque es mujer, *¡cagüendios!*

El estómago de Samantha se contrajo mientras vio moverse algo a espaldas de Gutiérrez. Era Rick, reptaba pegado a la pared, acercándose. Unió sus muñecas y se las ofreció sumisa al agente, animándole a esposarla, mientras una contracción exprimía su esófago. Justo cuando Gutiérrez se disponía a cerrar las esposas, Rick salió de su escondrijo para agarrarle con fuerza por los hombros y girarlo. Cargó el brazo hacia atrás y se lo lanzó a la boca del estómago con un golpe preciso que hizo a Gutiérrez tambalearse de medio cuerpo, como un tentetieso. Cuando volvía de la oscilación, el vómito de Samantha le granizó sobre la cara. Emitió un gemido de dolor, tal vez de asco, y se llevó la mano al rostro para sacudirse el mejunje que le impedía ver. El segundo puñetazo de Rick le cayó en la mandíbula. Lo tumbó sin que pudiera reaccionar. El segundo vómito de Samantha le cayó en la bragueta, y mientras ella terminaba de recuperarse, recostada sobre el coche, Rick cogió las esposas y lo encadenó. No se movía. Tirado en el suelo, regado por jugos gástricos y restos de comida triturada, hediondo, parecía él mismo una presa regurgitada que se hubiera cansado de digerir una bestia monstruosa.

## Capítulo 28

«*Resfeber*». (sueco).

«Literalmente, "la fiebre del viaje", un latido acelerado del corazón del viajero que está a punto de emprender un viaje, una mezcla de ansiedad y expectación».

Rick se acercó a Samantha para ver si se encontraba bien. La cogió por los hombros y, cuando se disponía a abrazarla, ella le apartó las manos y le urgió para que se marcharan. Sentía más miedo que malestar y solo pensaba en huir. Echaron a correr. Era ya noche cerrada.

—Vamos, tengo el coche detrás del castillo, aquí al lado.

Vieron salir a un matrimonio del casino y redujeron el paso para no llamar la atención.

—¿Y dónde vamos? ¿Qué vamos a hacer?

—Ahora pensamos.

Entraron al Dodge blanco de Rick. Se detuvieron un instante a recuperar el resuello.

—Sabe quién soy —dijo Samantha.

—Sabe quién eres —dijo Rick al unísono.

—Tengo miedo, Rick. Vámonos de aquí. Mi pasaporte es auténtico, pero no es verdadero. Me van a buscar la ruina. Me detendrán y empezará un infierno burocrático y no me dejarán en libertad hasta que hayan desenredado la madeja. Perderé la nacionalidad, estaré en sus manos.

—Apátrida, siempre me ha parecido una noble condición.

—A ti todo te parece bien... Arranca. Coge la periférica y salgamos de este pueblo. Ya pararemos en cualquier sitio a echar una cabezada.

—¿Cabezada? ¿Eso es más que una siesta o menos?

—Vamos... Arranca de una vez.

—De acuerdo, vamos a pensar.

—Es menos. Mi madre solía dar una cabezada después de comer.

—No podemos ir de noche por esas carreteras. Es mejor hacer noche en la base.

Allí podrían dormir tranquilos, le explicó. La policía española no entraba. Como mucho, avisarían al mando, y aun así no podrían justificar ningún tipo de urgencia o delito flagrante. Lo más probable es que no los buscaran hasta el amanecer. Dormir en la base les permitía también saber qué habían decidido finalmente sobre él. Samantha dudó, pero no se le ocurrió un lugar mejor. A su casa no podía volver.

—Primero quiero pasar por la almadraba. Está a las afueras, camino de... no sé qué pueblo me ha dicho Arenas. Pero tenemos que seguir la línea de la costa. No está muy lejos.

Cogieron la carretera negra, llena de baches. Solo las luces del coche quebraban la oscuridad. La silueta de la vieja fábrica de atún apareció a contraluz de la luna. No era más que un edificio abandonado, acosado por la mala hierba y la arena viva de las dimas. El candado de la cancela estaba reventado. Rick se quedó atrás y la siguió con la mirada mientras ella comenzaba a caminar. El viento de poniente zigzagueaba entre los arcos de la fachada y silbaba al deslizarse entre las rendijas de las ventanas. Samantha tenía aún un regusto agrio en la boca. Escupió sobre una baldosa agrietada, sin sentido. Un postigo golpeaba de forma sincopada en la fachada. Intentó imaginar a su padre, rengo, con un arrastre de la cadera al caminar, el pelo cano, tal vez no, atravesando una de esas puertas, la de la enfermería o la del dormitorio. ¿Habría dormitorios? ¿Se acostarían sobre jergones o en el suelo? No lograba verle. Se le aparecía vivo, con toda su energía en fuga, creyente con sus tenazas de arrancar cadenas. Se quedó unos minutos contemplando el interior del edificio a través de una de las ventanas. Las olas rompían el canto oxidado de las lechuzas.

En la tiniebla pudo distinguir una vitrina blanca, de hierro. Tenía los



cristales rotos y la puerta abierta. Había restos de un trapo grande en el suelo, una sábana. Más lejos, al fondo, vio una camilla desvencijada. Tal vez allí mataron a su padre. Cojo, ya con cierta edad y con sus antecedentes penales de maestro, no les debió de parecer muy útil. Al final de su búsqueda, solo había polvo de arena y una jeringa.

Al cabo de un rato se dio la vuelta. Vio a Rick recostado sobre el coche, con un cigarrillo en los labios. En el mar, los corrales enjaulaban el agua y dejaban escapar la espuma de las olas, que se rizaban sobre aquellas extrañas murallas marinas. Samantha emprendió la vuelta al coche. El viento azotó fuerte y levantó una ráfaga de arena. Saboreó los granos en sus labios y volvió a escupir. Se detuvo junto a una mata silvestre que nacía entre las baldosas rotas y cogió una amapola. La ató a la cancela por el tallo: estaba tierno y se acomodó al barrote con facilidad. Acarició los pétalos con el envés de su dedo índice y siguió caminando por la arena. Se le hundían los pies, pero sentía la tierra mullida. Ya no se preguntaba si le quería o le odiaba.

Rick abrió los brazos para cobijarla.

—Debemos irnos.

Cogieron el camino de vuelta al pueblo. A la entrada, donde aún la oscuridad era cerrada, se detuvieron para que Samantha se escondiera en el maletero. Atravesaron la avenida abarrotada, bares y burdeles bullían a pleno rendimiento.

Al llegar al control de acceso a la base, el comandante Bainfield mostró su identificación al soldado español de guardia, que saludó y levantó la barrera. Llegaron al 806 de la calle Jaén. Manióbró para dejar el maletero del coche mirando a la puerta de su casa. Lo abrió y ayudó a salir a Samantha, que se escabulló con rapidez hacia dentro. No tomó aire hasta que estuvo en la casa. Platón se había levantado de su colchoneta y los recibió con alegría. Mordió su pelota de tenis y se la dio a Samantha con el hocico. Rick oteó los alrededores para cerciorarse de que nadie los había visto y cogió las cartas del buzón. Platón golpeaba los muebles y las paredes con su rabo. Rick lo tumbó para que dejara de hacer ruido y le acarició la barriga. Él se puso patas arriba y entreabrió su hocico, como si quisiera sonreír.

—Rick, es una locura quedamos aquí. Ese hombre despertará, quizá ya se haya despertado, y vendrá a buscarnos.

—Estaba como si hubiera bebido plomo. Te aseguro que aún duerme el mono...

—La mona.

—¿La mona? ¿Por qué?

—Porque es así.

—Mañana a primera hora lo tendremos aquí preguntando por ti para cazar dos pájaros de un tiro.

Richard ojeaba la correspondencia y Samantha deambulaba por la casa sin saber qué hacer.

—Tengo una comunicación del coronel.

—¿Qué dice?

—¡Vaya! También tengo carta de Günther. ¡Qué alegría! Ahora la leemos. Voy a ver primero qué dice el coronel.

Despegó el lacre de la US Navy y sacó una cuartilla. Con una escueta línea y media le concedían un plazo de veinticuatro horas para presentarse ante el capitán de navío Kirkpatrick al objeto de ser informado de su nuevo destino.

—¿Eso qué significa?

—Que me devuelven a mi país.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Tenemos que pensar bien. Dentro de unas horas vamos a tener a la policía secreta española y a la Policía Militar americana detrás de nosotros. ¿Cuánto tiempo tenemos? Los míos nos dan veinticuatro horas desde... —Miró la hora de la comunicación, estaba timbrada a las tres menos cuarto de esa tarde—. Desde la hora de comer. Así que contamos con la mitad del día de mañana hasta que la Marina americana me considere un desertor. ¿Y la Guardia Civil? ¿Qué hará? —preguntó Richard.

—Arenas no tomará ninguna iniciativa, pero si la brigadilla le pide ayuda, se la prestará. Quizá sin mucha convicción, quizá trate de disuadirle, pero Gutiérrez está cargado de ira. Insistirá hasta que lo consiga.

—Bien. Estamos en situación de máximo riesgo: Def Con 1. Nos han parachutado en territorio enemigo y nos persiguen dos cuerpos de policía y un Ejército. Algo así como el desembarco de Normandía.

—No es muy alentador.

—No creas, los aliados ganaron, ejem, ganamos. Y en Europa, sin lanzar

la bomba atómica. —Rick deambulaba por el centro del salón parlotando.

—¡Para! Me estás poniendo nerviosa. Siéntate.

—No, Nietzsche decía que los mejores pensamientos son los paseados.

—¿Tú estuviste en Normandía?

—No, pero me escapé de Waco.

—Eso no me lo habías contado.

Rick no contestó, volvió la espalda y se quedó parado delante de la ventana. No veía nada más que oscuridad.

—¿Dónde estás? ¿Qué te pasa?

Se fue a la cocina y bebió un vaso de agua de un solo trago.

—Bueno, ya está. —Al fin se sentó junto a Samantha en el sofá y le puso la mano en la pierna.

—Cuéntamelo, Rick. Estás nervioso.

—A veces me siento invulnerable, por lo que he vivido y sobrevivido, pero esta sensación de huida, de ser perseguido como un animal en una cacería...

—Cuéntame tu huida de Waco.

—No estoy orgulloso. A veces, aún tengo... —Arqueó las cejas con incredulidad. Había cosas de sí mismo que no comprendía ni esperaba comprender—. Ya te lo contaré. Ahora debemos organizarnos. Tú vete a la cama, puedes dormir un par de horas. Mientras, yo preparo algo de comida y hago la ruta sobre el mapa...

Samantha le sostuvo la cara entre las manos. Le acarició el pelo y abrigó sus labios con un beso de rescate.

—Rick, yo no voy a dormir y esto no es una operación militar. No pienses en desembarcos ni en enemigos. Vamos a organizar esto juntos.

—Pero está bien algo de estrategia, ¿no?

—Civil, solo estrategia civil. Lo otro te hace daño.

De pronto saltó:

—Estaba desesperado. Había recurrido a todas las personas posibles, los médicos me daban la razón, pero nunca firmaban mi alta. Me encerraban con los locos cuando les venía en gana... Había intentado un juicio sin jurado, había reclamado a un juez...

Hablaba a borbotones. En Waco mantuvo todo el tiempo el sentido cívico

de acatar las normas, respetar los procedimientos, ir por los cauces legales. Y todo lo que encontró fue un muro de resistencia. Cuando lo saltaba, le ponían otro, y luego otro. Finalmente, saltó el muro de verdad y se escapó. Ahora le habían vuelto a dejar sin alternativas legales. De ningún modo se iba a ir a Estados Unidos sin ella, prefería desertar.

—Tranquilo.

—Yo dejé de creer en el sistema. Me sacaron en una ambulancia, el conductor me conocía bien y me preguntaba siempre cómo estaba. Se sabía mi vida, me trasladaba él cada vez que acudía a un tribunal o a una audiencia con un juez, y me preguntaba cómo iban las cosas. Cuando llegó el día, se lo pedí y dijo que sí. Salí oculto en la parte trasera de la ambulancia. Me tumbé en la camilla como si estuviera enfermo, un ayudante me pinchó la vena y me conectó a un bote de suero. Me cubrieron la cara con una mascarilla y me pusieron un gorro de quirófano: ropa de camuflaje sanitario. Me llevó a la casa de unos amigos y ellos me tuvieron allí escondido varias semanas. Ni aun en esos momentos dejé de escribir a Günther. Les daba las cartas a mis amigos y ellos viajaban a otro pueblo, a unas treinta millas, para mandarlas desde allí, sin mi nombre ni ninguna dirección en el remite. Por cierto, la carta de Günther, vamos a abrirla.

—Rick, tienes que tranquilizarte. Bebe más agua y siéntate un rato. Ya la leeremos por el camino.

—¿Qué hora es?

—Son ya las dos. Debemos irnos, pero necesitamos que tengas la cabeza fría.

—Sí, tranquila. Ya se me está pasando. ¿Tú cómo estás?

—Triste, pero bien. Vámonos.

—Aquí la gente madruga mucho, pero no podemos irnos antes de las cinco. Lo contrario levantaría sospechas en el control. Nadie sale antes de esa hora, no hay nada que hacer fuera. A las cinco, las cuatro como pronto, puedo decir que voy a llevar a Platón a correr por la playa, pero antes no, resultaría extraño.

—¿Y qué más da que les parezca raro en el control? Mañana vas a ser un desertor.

—Sí, pero esas horas serán vitales. Y todo depende de quién esté. Lo

normal es que nadie *dice* nada, al menos hasta el cambio de guardia, si lo hacen. Eso nos dará tiempo para llegar a Sevilla.

Samantha obvió el indicativo erróneo. Allí podría por fin acogerse a la protección consular y eso les daría tiempo para decidir los siguientes pasos.

—Vamos a preparar un petate y nos vamos —dijo Rick.

—Una maleta.

—El penique para ti.

Empaquetaron algunas prendas de abrigo contando con que en el interior haría más frío. Rick iba de la cocina a su cuarto, del trastero al salón. En un instante, había un equipo de supervivencia en la bolsa de viaje: linterna, cantimplora, brújula, algunas latas de conserva. También guardó una peluca masculina, de pelo canoso y lacio, con la raya al lado, así como un bigote postizo, blanco y poblado. Por último, cogió el meticuloso dibujo de las carreteras de la zona que él mismo había hecho al poco de llegar a Rota. Lo había copiado en la biblioteca de oficiales, marcando minuciosamente cada ruta; las pistas y los caminos, en color negro; la carretera, en azul. El pequeño mapa solo abarcaba hasta Jerez, ese sería su primer destino. Saldrían por el control de Fuentebravía. En caso de que Gutiérrez se hubiera apostado en alguna entrada para vigilarlos, no elegiría esa, sino la principal.

Samantha metió la última carta de Günther en su bolso y puso en la maleta su carpeta con los recortes de prensa.

—El arma la llevaré encima, por si acaso —dijo Rick—, y esto. —Eché en la maleta el fajo de cartas de Günther—. Espero que tengas encima todo lo importante.

Samantha se levantó la falda y se sacó de la faja la libreta de su padre. Rick soltó una carcajada.

—Veo que tienes escondrijos secretos.

Rick cerró la puerta de casa tras ellos despacio. Samantha volvió a esconderse en el maletero. El cielo estaba negro.

—Platón, sube al coche. *Up you go!* —dijo Rick susurrando.

Pero el perro no hizo caso. Miraba hacia los pinares, vigilante. Se le erizó el pelo del lomo y empezó a gruñir. Rick echó otra ojeada. No vio nada. Lo

agarró por el collar y lo metió en el coche antes de que ladrara. Solo se oía el canto de los grillos hasta que Rick arrancó el motor. Al salir a la calle principal, un poco más allá de la estación de tren, se cruzaron con una patrulla de «la Pica», la policía de tráfico de la base, que usaba furgonetas *pick-up*. Se miraron mutuamente y se saludaron. Un poco más adelante, entre los pinares, emergió la pantalla gigante del auto-cine. Le hubiera gustado ver allí *La reina de África* con Samantha. Rick se imaginó sintonizando la emisora para recibir el sonido y disfrutando juntos de la película en la intimidad de su coche. En medio de la noche cerrada, cobraba un cariz extraño: una enorme pantalla de hormigón pintado de blanco y delante una explanada de tierra completamente vacía: nada ocurría para nadie, aunque todo estuviera preparado para una aventura emocionante. Llegó enseguida al control de salida. Un soldado español lo saludó. Él hizo un comentario informal sobre el perro, que necesitaba unas buenas carreras.

—Sí que madruga usted, mi comandante —dijo el soldado.

Eso fue todo.

Estaba deseando sacar a Samantha del maletero. No sabía cuánto duraría el oxígeno en un espacio tan angosto.

## Capítulo 29

«*Eudaimonia*» (griego clásico).

«Suele traducirse por "felicidad", aunque realmente se refiere a la más profunda satisfacción con la vida. Puede ir acompañada de frustración y dolor».

Gutiérrez se despertó en la calle, dolorido y desorientado. Antes de abrir los ojos, un olor ácido le sacudió la modorra. Procedía de sí mismo, así que dedujo que había vomitado. Se movió y le crujieron los huesos. Estornudó. Se puso en pie y con gran esfuerzo llegó a su casa, se aseó y se curó las magulladuras de la mejilla con agua oxigenada. Se tomó un café de puchero en la cocina y se sentó para hacer tiempo. Al cabo de un rato, se dirigió al cuartel de la Guardia Civil. Sin dormir.

Sentía la ira bullir en su interior, pero sabía que daría mejor resultado mantener la cabeza fría y poner en marcha la operación que ya estaba pergeñando en su cabeza. Aquella mujer era una fugitiva y el ataque que había sufrido por parte de ambos constituía un atentado contra la autoridad, suficiente para detenerlos e interrogarlos. Ese comandante no sabía lo que había hecho: atreverse a golpear a un policía español... El acabose. Podía causar un conflicto diplomático entre los dos países y contravenía la exquisitez habitual de los oficiales americanos.

En el cuartel esperaba encontrarse al cabo de guardia. La bombilla de luz mortecina iluminaba la entrada. Una respiración profunda salía de uno de los despachos.

—Buenas noches, se saluda a la guardia —dijo Gutiérrez con su vozarrón. El cabo salió arrastrando los pies y frotándose los ojos.

—Buenas noches, don Agustín.

—¿Qué hay, Armero? Te veo muy atareado...

—Ya ve, tramitando. ¿Qué se le ofrece a estas horas?

—Me figuro que tu teniente no está por aquí. Tengo algo muy urgente.

—Pero no son ni las cinco de la mañana. Mi teniente estará en su casa durmiendo y..., salvo que haya una revuelta...

—Casi. Lo verás cuando te lo explique.

Gutiérrez le relató los hechos. Sin entrar en detalles, lo presentó como una afrenta a la policía española. Describió a Samantha como una impostora, una roja que quizá espiaba para los americanos o para los rusos. Algo hacía, con su pasaporte falso y sin rastro de ella en los archivos policiales nacionales. Lo poco que sabían de ella era mentira. Tenía motivos para pensar que se hallaban ante un caso de gran dimensión.

Gutiérrez no lograba convencer al cabo.

—Veo la gravedad de lo que me cuenta, pero el comandante ese, al fin y al cabo, no se va a escapar. Y ella sola no llegará muy lejos. Cuando amanezca, se pueden practicar los interrogatorios. No debo despertar a mi teniente por esto.

—Hay que movilizarse, cabo. Estos dos son muy peligrosos. Él está armado y me atacó. No creo que se quede sentado esperándonos.

—¿Dónde va a ir?

—Le digo que hay que hacer algo, Armero. Cada minuto que pasa va en contra nuestra.

—Déjeme que llame al puesto de vigilancia nuestro en el control de la base. A ver qué dicen.

El cabo telefoneó primero al puesto de la Benemérita en el control principal, donde le dijeron que no habían visto salir a nadie. Los que habían entrado eran muchos en las últimas horas y además se había producido un cambio de guardia. Imposible saber si alguien que respondiera a la descripción de Bainfield se encontraba allí.

A continuación, Armero llamó al puesto de control de Fuentebravía y le contaron que había salido un coche hacia quizá una hora y media o dos.



—¿Quién iba dentro?

—Un militar americano, nada extraño. Con su perro.

—¿Era oficial?

—Por el coche, yo diría que sí. Era un buen coche, un Dodge de cinco puertas.

Gutiérrez se inclinaba hacia el cabo, acercándose al teléfono para tratar de escuchar la información.

—Pregúntale a dónde ha ido... —dijo en voz baja.

—¿Sabe dónde iba?

—No, ni siquiera se ha detenido. Ya sabes que los americanos no nos dan mucho que hacer —fue la respuesta de su interlocutor al otro lado del hilo telefónico.

—¿Y no observaste nada raro? ¿Algo que te llamara la atención? ¿Un detalle?

—Mmm... —El guardia se quedó pensativo. La parte trasera iba un poco baja, no mucho, pero algo sí. Igual tenía las ruedas flojas o llevaba mucha carga... No sé. No, la verdad es que no había nada llamativo.

—Dile que le pregunte al compañero del control militar —le urgió Gutiérrez.

El cabo mantenía como podía la conversación a tres bandas. Su interlocutor le prometió volver a llamarle en unos minutos.

Gutiérrez aguardaba impaciente, golpeándose los labios con los dedos rítmicamente, como si emulara el tictac de un reloj desesperado. Los minutos transcurrían y el teléfono no sonaba.

—Llama otra vez, Armero. Estos se han echado a dormir.

El cabo movía carpetas de un archivador a otro, como si no le oyera. Habría pasado más de media hora cuando al fin sonó el teléfono. El soldado español le había contado al guardia civil lo único que sabía, que se trataba de un comandante y que había salido a correr con su perro por la playa, eso le había dicho. El soldado había visto al perro en el asiento trasero y no le había extrañado. Ahora que le preguntaban, quizá aquella no fuera la salida más apropiada para ir a la playa a correr, como había dicho el oficial, pero nada más. Les gusta mucho correr a los americanos, así que no había nada raro.

—¿Y ha vuelto? Pregúntale si ha vuelto... Porque no va a estar dos horas

corriendo, digo yo.

El cabo negó con la cabeza. Se lo estaban confirmando al otro lado del teléfono: no había regresado.

El soldado se ofreció a reseñarlo en el parte cuando lo cumplimentara, si tan extraña les parecía aquella salida de un oficial con su perro, que aún no había regresado; el perro no, el oficial. Aquellos partes siempre tenían un lenguaje complicado. Por lo demás, había sido una noche de lo más tranquila.

Gutiérrez ya no albergaba la menor duda. Había que despertar al teniente Arenas. La seguridad nacional estaba en juego.

—Si no lo haces tú, lo haré yo, Armero. Ya no podemos esperar más. Este tío se ha marchado con la impostora, te lo digo yo. Y tienen conexiones internacionales, las que sean, que lo averiguaré. Hay que ponerse en marcha. Cruza la calle de una vez y saca al teniente de la cama.

En apenas quince minutos, Arenas estaba listo para salir del cuartel. Antes de subirse, miró al cielo. Aún no clareaba.

—Mi teniente, ¿manda algo? —preguntó el cabo.

—Lanza la alerta de dos fugitivos a los puestos de la zona, pero espérate a que amanezca.

—A sus órdenes.

Enfilaron la carretera en un Land Rover de la Guardia Civil a toda velocidad, a trompicones marcados por la ansiedad de Gutiérrez. El *haiga* del americano no correría mucho una vez que abandonara la periférica. Arenas no rechistaba.

Samantha y Rick ya estaban lejos. Cuando se acabó la periférica, antes de comenzar el viaje por otro siglo, él detuvo el coche y, sin apagar el motor, abrió el maletero para sacarla. Le inspiró ternura verla acurrucada en posición fetal, con la maleta presionando en el coxis. Necesitó que Rick la sostuviera en pie mientras le desaparecía el hormigueo de las piernas. Se besaron. Siguieron ruta por una pista de asfalto resquebrajada, con socavones aquí y allá, bombardeada por la falta de presupuesto. Samantha no sabía si el canturreo de Rick obedecía a los nervios o a su despreocupación natural. Ambos pensaban en lo que podría ocurrir en las próximas horas. Cada cierto

tiempo, él miraba el retrovisor por si les seguía algún coche. Todo negro. Huían solos por la carretera. Cuando despuntó el amanecer, atravesaban un mar de algodones en flor. Millones de motas blancas florecían en la tierra estercolada.

—¿Qué hará tu jefe? —preguntó Samantha.

—Seguramente mandará que una patrulla pase por delante de mi casa, como quien no quiere la cosa, para ver qué estoy haciendo. Cuando no vean movimiento, se pondrán en alerta.

—¿No habrá mandado a alguien para seguimos?

—No, anoche habría tenido reparos para dar esa orden. Estaba obligado a dar tiempo a que yo recibiera la resolución y tuviera la posibilidad de comparecer ante él. Siempre he seguido las normas, así que esto le pilla por sorpresa.

El capitán de navío Kirkpatrick dio un puñetazo sobre su mesa a las siete y media de la mañana, poco después de llegar a su despacho. Maldecía a Bainfield, porque insistía en seguir complicándole la vida hasta el último minuto, cuando ya estaba a punto de devolverlo a Estados Unidos. Era un idiota. Habría podido negociar si hubiera sabido jugar sus cartas, que las tenía con esa mujer. Ahora era demasiado tarde. Estaba convirtiéndose en un desertor. De hecho, lo que le convertiría en un desertor sería la firma de Kirkpatrick en aquella instancia que tenía sobre su mesa, certificando que se había esfumado sin pedir permiso y sin causa justificada. Mandó un aviso de busca y captura a la comandancia de la Guardia Civil de Jerez. Era el segundo que llegaba. Hizo llamar a un marine para que condujera y se marchó tras los pasos del Dodge blanco de Bainfield. Quería estar presente cuando lo atraparan y traerlo él personalmente para zanjar todo de forma limpia. Lo personal, lo resolvería personalmente. Sin escándalos. Él y Bainfield. Punto.

Samantha y Richard llegaron a Jerez cuando la ciudad comenzaba a desperezarse. Rick necesitaba cambiar dólares y allí no llamaría la atención, pues la presencia de militares americanos era abundante en la ciudad. Tenía

localizada una oficina bancaria que abría temprano. Pese a la ventaja que sacaban a sus perseguidores no estaban tranquilos del todo, pero no les quedaba otro remedio que hacer una parada.

Se metieron a desayunar en una cafetería que encontraron abierta junto a la parada de los autobuses. Samantha miraba a su alrededor, se sentía vigilada.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—No sé si vamos a salir de esta, Rick.

—Pues claro que sí. No sufras. —Le pasó la mano por el pelo y se quedó un rato en su cuello, acariciándoselo. Aquella ternura tan temprano llamó la atención de un gitano acodado en la barra con un sol y sombra. Los miró e hizo un comentario sin importancia al camarero, que andaba azacanado de un lado a otro colocando los vasos de café, los platos y los azucarillos a lo largo de la barra.

Samantha se levantó para coger el ejemplar de *ABC* de una mesa cercana: «La orden de Krushev de dismantelar las bases en Cuba ha sido bien acogida en general». La información aseguraba que Kennedy, tras calificar la decisión de «importante contribución a la paz», había levantado el bloqueo naval, en principio, por dos días. Las Naciones Unidas supervisarían el dismantelamiento de los proyectiles soviéticos en Cuba. Krushev insistía en que desaparecieran también los misiles americanos de sus bases en Turquía.

—Parece que se va tranquilizando lo de Cuba.

Una señora saludó con familiaridad al camarero al entrar, llamándolo por su nombre. Sin que pidiera nada, él le sirvió un café con porras. Solo se oía tintineo de cacharros. Samantha sacó la carta de Günther de su bolso.

—Mira a ver qué dice tu amigo el filósofo, ¿no?

Rick desdobló la carta y comenzó a leer. Le contaba que pasaría unos días en Perpiñán a finales de octubre para asistir a un congreso antinuclear de científicos, pensadores, políticos de toda Europa. Se habían organizado rápidamente para reaccionar a la crisis de los misiles de Cuba que tenía al mundo al borde de la guerra nuclear. Animaba a Richard a asistir: «Tu testimonio, querido amigo, tendría un inmenso valor. Contar tu experiencia a algunos de los más relevantes pensadores europeos tendría un gran impacto sobre la opinión pública». A continuación, le daba las señas y las fechas donde se celebrarían las conferencias.

—Vaya, empiezan justo mañana. ¿Qué te parece? ¿Quieres conocer Perpiñán?

Samantha rio.

—Pues sí, no es la Costa Azul, pero se acerca. ¿Qué sabe Günther de tu situación? —preguntó.

—Sabe que me vigilaban de cerca otra vez, pero no hasta dónde han llegado las cosas y, desde luego, no tiene ni idea de que estamos huyendo. Le podríamos dar una sorpresa.

—Si salimos vivos, claro.

De repente, el gitano se inquietó.

—*Ozú*, la pareja —dijo—. Mariano, dime qué te debo, anda.

—¿Ya te vas?

—Estos, no me gusta tenerlos cerca.

—El que nada ha hecho nada teme —dijo entre risas—. Si todos fueran como tú, me quedaba sin clientela cada vez que entran.

—Fíate de la Virgen y no corras... —El gitano se despidió y salió justo cuando un par de guardias civiles entraban en el bar. Dieron los buenos días con autoridad, sabiéndose observados, y se acercaron a la barra con aplomo. Pidieron lo de siempre.

Samantha se rebulló en el asiento. Empezó a virar el tronco lentamente hacia la pared y se acodó en la mesa, para cubrirse al menos la mitad de la cara con su mano. Richard lamentó no haberse puesto la peluca, pero en la ventanilla bancaria debía parecerse a la foto de su pasaporte. No contaban con encontrarse a la pareja tan temprano. Uno era un poco más joven y corpulento, no dejaba de toquetear con los dedos de forma rítmica la barra; el otro, mayor, cogió un palillo y se lo incrustó en los molares.

Rick musitó unas palabras que solo Samantha pudo oír, indicándole que terminaran con normalidad su desayuno y se fueran. No debían hacer nada sospechoso, ni acelerarse ni retrasarse. Uno de los agentes quiso entablar conversación con ellos:

—¿Qué? ¿De viaje por la zona? —Samantha afirmó con la cabeza y sonrió. Rick ni siquiera se volvió. No querían decir nada que les comprometiera, pero los guardias insistían, por rutina o amabilidad—: ¿Van para la costa o para arriba?

—Para Málaga —dijo Samantha. La parquedad de su respuesta parecía estimular a los agentes.

—¿A ver a la familia o qué?

—Eso...

Samantha dejó transcurrir unos minutos para que no pareciera una huida, e hizo una seña a Rick indicándole que iba a acercarse a la barra a pagar. Tenían que marcharse. Ella se levantó y preguntó al camarero por la cuenta, con el mejor acento de nativa española que pudo pronunciar. El guardia joven tenía los ojos despiertos y los había puesto a trabajar a pleno rendimiento escrutando a Samantha de arriba abajo mientras se acercaba. Le extrañó esa formalidad al pedir la cuenta donde nunca se pedía ni se entregaba ningún papel y el trámite se solía resolver con un «qué te debo».

—¿Y qué? ¿Vienen ustedes de muy lejos?

Samantha titubeó, se le ocurrían muchos lugares, Madrid, Sevilla, pero le parecían poco verosímiles.

—De Chipiona, sí, venimos de Chipiona.

—No tenga miedo, que no nos comemos a nadie. Una mujer que paga la cuenta no es tímida... —Rick miraba a Samantha e identificaba como ellos las señales del miedo. Cogió la vuelta con urgencia en las manos. Un duro se le cayó al suelo y rodó. Rick lo recogió y se acercó a ella, mientras terciaba en la conversación:

—No, es que mi mujer es la que lleva el dinero.

—Ah, vaya, ¿es usted americano? ¿Militar?

—Sí. —Estaba claro que debía perfeccionar su acento.

—Ustedes, buenos amigos —dijo el más viejo, elevando la voz, mientras el otro asentía con la cabeza.

—Gracias, gracias. Adiós.

En el banco, Richard mostró su pasaporte para cambiar moneda mientras Samantha le esperaba en el coche. Preferían no ser vistos juntos en más sitios. Se pusieron de nuevo en ruta con rapidez, aquel encontronazo con la Guardia Civil les dejó un regusto de inquietud. Ninguno de los dos lo dijo, pero, en silencio, ambos lo pensaron mientras enfilaban la carretera hacia Sevilla.

## Capítulo 30

«*Zhi zi Zhi Shou, Yu Zi Xie Lao*». (chino).  
«Tomar la mano de alguien y envejecer juntos».

Llegaron a Sevilla agotados por la tensión del viaje. Ella había conseguido dar una cabezada, mientras él conducía sin dejar de vigilar. Aparentemente, nadie les seguía.

Aparcaron a una manzana de distancia del consulado británico, para evitar ser identificados enseguida por el coche. Rick se disfrazó con la peluca y el bigote falsos. Samantha se puso una gorra de los Lakers que le prestó él. Apenas trescientos metros los separaban de la libertad. Antes de bajarse, Samantha se aseguró de dejar abiertas las rendijas de las ventanillas del coche para que Platón pudiera respirar.

El edificio consular era un palacete discreto del siglo XVIII, con un gran jardín frontal y un camino de grava hasta la puerta.

El conserje les dio los buenos días.

—Soy ciudadana británica —dijo Samantha, enseñando su pasaporte—. Necesito ver al cónsul.

—¿Tiene hora?

—No, pero es muy urgente.

—Lo lamento, pero el cónsul no la puede recibir sin cita.

—Estoy en un problema grave.

—¿El caballero me puede mostrar su pasaporte? —preguntó el conserje. Rick enseñó su pasaporte americano.

—Señor, me temo que...

—Es mi marido —dijo Samantha.

El conserje les pidió que esperaran. Le vieron alejarse por el patio. Nunca nadie había caminado tan lento. Observaban su pie derecho despegarse del suelo, avanzar, posarse de nuevo; y luego el izquierdo, con la misma lentitud. La grava blanca resonaba bajo los pies al ralentí, mientras a ellos se les aceleraba el corazón. Se agarraron las manos. No decían nada. Rick avanzó un par de pasos para reconocer el terreno.

De pronto, un Land Rover de la Guardia Civil dobló la esquina a toda velocidad. Un cabo iba al volante. Frenó delante de la verja del consulado. El agente de la brigadilla Gutiérrez y el teniente Arenas salieron de las puertas traseras con parsimonia.

—Creían que iban a escapar, ¿eh? A quién se le ocurre parar en Jerez...

—Doña Samantha, si no complica las cosas, puedo ayudarla. Su situación es muy delicada —le dijo Arenas. Los cuatro estaban frente a frente, a no más de un metro de distancia. Arenas bajó la voz y se acercó ligeramente hacia el lado de ella—: La brigadilla va a por usted de todas todas. Yo me he ofrecido a venir con Gutiérrez para protegerla, para asegurarme de que no se exceda. No dificulte las cosas.

—Quiere detenerme con cariño, pero es imposible, Arenas. En la vida se elige. Ya dará cuentas a sus muertos. A mí no me debe nada. Ni yo a usted.

Entre tanto, Gutiérrez se relamía mirando a Bainfield. Se le acercaba lentamente. Rick no esperó a respirar de la misma molécula de oxígeno que él. Se levantó discretamente el faldón de la camisa y enseñó su pistola.

—Detente. Ya maté a cien mil personas y no quiero matar a nadie más.

El agente se detuvo en seco y la frenada de sus zapatos quedó impresa en la acera. Aquel tipo debía de estar tan loco como se decía. Retrocedió un par de pasos.

Samantha volvió la vista hacia el patio del consulado. El conserje regresaba. Cuando llegó hasta la cancela, dijo:

—De acuerdo, pueden pasar. Permítanme que les tome los datos.

Gutiérrez hizo el ademán de acercarse hasta el conserje para evitar que les franqueara el paso, pero Arenas lo agarró por la manga de la cazadora.

—Déjalos, Gutiérrez. Se van. Un problema menos para ti y para mí.



—A ese hijo de puta le debo un par de hostias, y si pueden ser cuatro, mejor.

—Bueno, ya habrá ocasión. Si los detenemos ahora, va a ser una complicación, con los americanos, con los británicos... Mira que te gustan los líos. A enemigo que huye, puente de plata.

—Joder, y para qué coño hemos venido. —Gutiérrez lo miró con desprecio, se zafó de él y se adelantó para enseñar su placa al conserje—: ¡Policía! Le conmino a que no proteja a dos fugitivos. Huyen de las autoridades españolas.

El conserje era británico.

—Permítame recordarle que la jurisdicción de la policía española acaba justo en la línea que marca el raíl de la cancela corredera. —El conserje agarró a Samantha del brazo y tiró de ella hacia dentro. Ella enganchó a Rick por la camisa y lo metió también.

Comenzaron a caminar de espaldas hacia el palacete consular, mientras los dos perseguidores se quedaban con la punta del pie rozando el raíl de la cancela. El comandante Richard Bainfield no separaba la mano de su arma y no despegaba los ojos del agente Gutiérrez, que gruñía como si estuviera a punto de echar espumarajos por la boca.

—¡Vendré con una orden del ministro! —gritó desesperado—. ¡No podrás escapar! No es inglesa, están ustedes protegiendo a una impostora. No es inglesa... Te acabarán echando, Amanda Portero, y yo estaré aquí en la puerta para cazarte.

Samantha y Rick recorrieron el camino de grava hasta la puerta del edificio escuchando sus gritos. El cónsul había bajado y se lo encontraron justo antes de entrar. Estrechó las manos de ambos sin mirarles, prestaba atención a las amenazas que profería Gutiérrez desde la acera.

—Pasen, por favor. ¿Quién es ese energúmeno?

—La brigadilla —respondió Samantha—. Policía secreta franquista, ya sabe.

Samantha le explicó que su madre y ella se exiliaron en Londres al finalizar la guerra, hacía más de veinte años. Le contó que trabajaba para los americanos en la base y le dio algunos datos más de su residencia en Inglaterra y algunos nombres de lugares donde había trabajado en su país.

—¿Por qué dice ese hombre que usted no es británica?

—Tengo origen español, pero mi nacionalidad es británica.

El cónsul ojeaba su pasaporte, mientras escuchaba la historia.

—No quiso usted tomar el apellido de su marido inglés, por lo que veo.

—Lo cogí, pero luego lo dejé. En España no tenemos esa costumbre, como sabe, y tras divorciarnos, preferí quedarme con el mío, adaptado.

—Tendrá usted protección del servicio diplomático de su majestad, señora Porter. En cuanto a él, dice que ahora es su marido...

—Lo seré en cuanto usted nos case —dijo Rick.

—Vaya, enhorabuena, pero eso lleva su tiempo.

—Ya ve usted a ese tipo. Mi vida corre peligro si salgo de aquí.

—Pero puede usted pedir ayuda a sus superiores en la base naval.

—Eso no es tan fácil... En la base no ondea la bandera americana, como sabe. Solo aquí estoy fuera de su alcance.

Samantha le interrumpió. El cónsul se mostraba indeciso.

—Ellos adorarán que volvamos allí casados. Es un héroe de Hiroshima, señor cónsul, mire, mire. —Sacó la hoja del periódico con el reportaje en el que figuraba la fotografía de Rick junto al B-29—. Honrará a nuestro país y a su majestad que sea un poco más británico con este matrimonio, ¿no cree?

Rick le lanzó una mirada reprobatoria, pero ella seguía hablando al cónsul de su actuación en Hiroshima.

—Está bien, vuelvan en un par de días. Iré preparando el papeleo.

—No, queremos casarnos ahora. Estoy embarazada y eso, en un pequeño pueblo como Rota... Ya sabe las costumbres españolas cómo son de tradicionales.

—En fin, este suele ser un consulado tranquilo... Pero así, de golpe...

—Las comunicaciones son tan difíciles... Esas carreteras llenas de socavones... Como tenga que venir otra vez aquí, pierdo al niño por el camino...

El cónsul se rascó la cabeza.

—Tenemos al perro en el coche —añadió Rick—, si lo dejamos mucho más rato, quizá se asfixie.

—De acuerdo. Pediré que preparen los papeles con urgencia. Esperen aquí. —El cónsul salió y los dejó en la sala de espera.

Una hora después, dos administrativos del consulado estaban ejerciendo como testigos. Justo cuando el cónsul terminaba de declararlos marido y mujer, Samantha y Rick se disponían a afrontar la luna de miel más azarosa que hubieran podido imaginar. En la puerta, un policía sádico y un guardia civil pusilánime los esperaban para una lluvia, no de arroz, sino de balas. El cónsul los condujo a la planta baja. Al salir al patio se toparon de frente con Kirkpatrick, vestido de uniforme.

—Vamos, Bainfield, vienes conmigo. —Lo agarró por el brazo y se dirigió al diplomático—. Señor cónsul, soy el capitán de navío Kirkpatrick, jefe del destacamento americano en la base naval de Rota. Ha prestado usted un gran servicio a nuestros países al retener aquí a este hombre. Es un impostor, un desertor de la US Navy, además tiene algunos problemas mentales, pero me lo llevo para que no le moleste más. Es peligroso.

El cónsul se quedó boquiabierto.

—¡Me han engañado! ¿Cómo es posible? ¿Y toda esa milonga del héroe de Hiroshima, capitán? ¿Es falsa?

—Bueno, sí es un héroe, o lo sería si quisiera, pero en realidad anda pensando en arremeter contra el Ejército de su propio país. Un traidor.

Era el fin de su escapada.

—Un momento, capitán —dijo Samantha—. Señor cónsul, este hombre no tiene aquí ninguna autoridad para practicar una detención.

Kirkpatrick empezó a tirar del brazo de Bainfield, mientras caminaba sobre la grava. Rick estaba desconcertado, pensando en cómo zafarse de él. El Land Rover de la Guardia Civil seguía en la puerta. Arenas se había amodorrado en el asiento del copiloto. Gutiérrez se bajó del coche con sigilo cuando los vio y se apostó tras el capó. Apuntaba a Bainfield mientras trataba de contener la saña, para que sus tripas no perturbaran su puntería. Siempre fue buen tirador, aunque hacía tiempo que no practicaba. Se sintió rejuvenecer al cargar la pistola. Podía ser muy frío cuando tenía que apuntar. Se secó una gota de sudor que le resbalaba por la frente.

Rick se soltó del brazo del capitán Kirkpatrick y le increpó:

—Usted sabía quién era yo cuando me aceptó en este destino.

—Sí, sabía que eras un mal ejemplo, Bainfield. Confiaba en que te hubieras reformado. —Lo agarró de nuevo. Forcejeaba con Samantha por ver

quién se quedaba el brazo de Rick. Kirkpatrick no estaba dispuesto a soltarlo.

—Usted también me toma por loco, ¿no?

—No, es la política lo que nos hace daño. Si no te hubieras empeñado en hacer campaña contra el armamento nuclear, todo habría sido más fácil.

—Si no lo hubiera hecho, me habría suicidado —dijo el comandante Bainfield.

—Habría sido mejor para todos.

En ese momento, Rick oyó una bala silbar en su oído. «La que oyes silbar no te ha alcanzado», evocó el mantra del frente. El capitán de navío Kirkpatrick se echó la mano al hombro y cayó al suelo, retorciéndose de dolor. En unos segundos, toda la pechera de su camisa blanca se tiñó de sangre.

Fuera, los dos policías forcejeaban. Arenas trataba de sujetar a Gutiérrez y este le insultaba por haberle golpeado con la puerta del conductor justo en el momento en que apretaba el gatillo. Por culpa de Arenas había fallado, que era justo lo que el teniente pretendía, para evitarle a Gutiérrez complicarse la vida innecesariamente. Disparar hacia territorio británico para matar a un militar americano no era lo mejor que un policía español podía hacer para ascender en el escalafón.

El cónsul comenzó a gritar desesperado. Pedía que llamaran a una ambulancia. Kirkpatrick estaba tendido en el suelo. Perdía mucha sangre. Los ojos se le abrían y se le cerraban involuntariamente, parecía a punto de perder la consciencia. Rick le quitó la camisa y la desgarró para hacerle un torniquete con los retales. Tenía una gran herida en el hombro. Era una herida limpia, hirviente de sangre a borbotones. Sabía que se podía sobrevivir a un disparo así, pero había que contener la hemorragia enseguida. Anudaba los harapos con fuerza, mientras le hablaba, para mantenerlo consciente.

—Kirkpatrick, señor, quédese conmigo, quédese aquí. Vamos, dígame, ¿cómo está? ¿Puede respirar? Señor, contésteme, señor, señor.

Kirkpatrick temblaba de dolor o de miedo. Sus labios palidecían. Ya no asentía con la cabeza siquiera. Rick lo llamó por su nombre de pila:

—Kenneth, Kenneth; vamos, responde, Kenneth. —Le daba cachetes en las mejillas.

El capitán abrió los ojos y lo miró fijamente. Tardó unos segundos en hablar con un hilo de voz:

—Bainfield, gracias... —Parecía estar volviendo.

—Hay una ambulancia en camino, aguanta.

—¿Por qué...?

—Para mí es mejor que tú vivas.

—Sí que estás loco.

Rick esbozó una sonrisa de satisfacción. El cónsul se secó el sudor de la frente. Parecía que aquel loco había conseguido frenar la hemorragia.

En la acera, Gutiérrez seguía enfrascado en sus recriminaciones a Arenas. Lo empujaba, se había plantado cara a cara frente a él. Quería pelear, pero Arenas intentaba contenerle. Apenas a medio metro de ellos, en el suelo, había quedado tirada el arma de Gutiérrez. Se oyó el ulular de la sirena de una ambulancia que, pocos segundos después, paró delante del consulado. Un médico se bajó de un salto.

—Señores, dejen paso, es una urgencia. —Entró apresurado y no vio el revólver en el suelo. Le dio sin querer un puntapié y el arma comenzó a avanzar en círculos, girando sobre su propio eje, hasta que sobrepasó el raíl de la verja, tocó la grava y se paró. Samantha vio la pistola: ahora estaba en territorio británico, bajo la custodia del servicio diplomático de su majestad. Gutiérrez seguía forcejeando con Arenas. Quería pelea, necesitaba pelea y estaba empeñado en conseguirla.

El médico se arrodilló junto al herido. Bainfield se hizo atrás y Kirkpatrick lo despidió con los ojos, autorizando su marcha con un parpadeo. Samantha y Rick comenzaron a caminar con pasos discretos en dirección a la calle. Ella cogió del suelo el revólver de Gutiérrez y, al pasar por su lado, lo empuñó. Él y Arenas se quedaron petrificados mientras veían pasar ante ellos a los dos fugitivos. No les quitaron los ojos de encima hasta que desaparecieron tras el toldo de la floristería de la esquina.

Siguieron corriendo hasta llegar al coche de Rick. Abrieron la puerta y Platón saltó fuera exultante, lamía sus manos, correteaba en torno a ellos para conseguir su caricia en el lomo. Brillaba de forma especial.

—Qué pelo tan precioso —dijo Amanda.

—Se dice pelaje. —Rick la abrazó. Reían tanto que no lograban unir sus labios en un beso.

Se subieron al coche. Había un largo viaje hasta Perpiñán. Amanda bajó

los cristales de las ventanillas traseras y Platón asomó el hocico. Era mediodía solar. El aroma de los naranjos cuajados de fruto inundaba la calle. El sol colgaba en su cénit, sin sombra. Era bárbaro y extraño, y por un momento fue de día en toda la tierra.

## **Agradecimientos**

Son muchas las personas que me han prestado ayuda desinteresada para escribir esta novela, pero he contraído una especial deuda de gratitud con Luis Mollá, capitán de navío de la Armada Española, que me guio por la base de Rota y los entresijos de la vida militar; José Antonio Martínez Ramos, cronista oficial de la villa de Rota, y Juan Pedro Caballero, exgerente de la Fundación Alcalde Zoilo Ruiz-Mateos, me instruyeron acerca de la Rota de los años sesenta. Sin el aliento de mis amigos Máximo Pradera y Sergio López Sardinero, creo que no la hubiera terminado. Gracias también a Ofelia de Pablo y Javier Zurita, por la intendencia.



IRENE LOZANO (Madrid, 1971) es escritora y periodista. Tras las elecciones del 20-N, es también diputada por UPyD.

Licenciada en Lingüística por la Universidad Complutense de Madrid y diplomada en Filosofía por el Birkbeck's College de la Universidad de Londres.

Entre 1995 y 2005 trabajó en el diario El Mundo, donde se desempeñó fundamentalmente como editorialista y como redactora de Internacional (enviada especial a Mauritania, Argelia, Kosovo, y a elecciones en Nicaragua y Suecia). Ha colaborado en numerosas revistas españolas y en medios extranjeros, como el programa Europe de la BBC y el diario sueco Expressen. Fue columnista de ABC así como de su suplemento cultural entre 2005 y 2010.

En 2005 ganó el Premio Espasa de Ensayo por *Lenguas en guerra*. En su obra ensayística figuran también los títulos: *El saqueo de la imaginación* (Debate, 2008; reed. 2009) y *Lenguaje femenino, lenguaje masculino* (Minerva, 1995). Es autora de la biografía *Federica Montseny, una anarquista en el poder* (Espasa, 2005), y ha colaborado en obras colectivas como el *Diccionario biográfico español, de la Academia de la Historia*, y el *Diccionario*



*biobibliográfico del exilio literario de 1939*, de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha prologado *Rumorología*, de Cass Sunstein (Debate, 2010), *Sobre el periodismo*, de Joseph Pulitzer (GalloNero, 2011) y *Es lo que hay*, de Rosa Díez (Debate, 2011). Su último ensayo publicado es *Lecciones para el inconformista aturdido en tres horas y cuarto* (Debate, 2009).

Es articulista de El País, donde publica mensualmente, y de la prensa regional del Grupo Vocento, en cuyos periódicos (El Comercio, El Correo, El norte de Castilla, La Verdad, etc.) escribe una columna quincenal.

Es adjunta al director, cofundadora y bloguera del diario digital [www.cuartopoder.es](http://www.cuartopoder.es). Colabora asiduamente con la revista de pensamiento Letras libres, y esporádicamente con Claves y Revista de Occidente. Asimismo, participa en diversas tertulias radiofónicas y televisivas.

Imparte Periodismo literario en la escuela de escritores Hotel Kafka y una clase magistral sobre columnismo en el Máster del diario Abc.